FRANCISCO RIVAS VICUÑA
Enviado Extraordinario
y Ministro Plenipotenciario de Chile

LAS GUERRAS DE BOLIVAR

PRIMERA GUERRA

1812 - 1814

FORMACION DEL ALMA VENEZOLANA



EDITORIAL "VICTORIA"
MANRIQUE & RAMIREZ ANGEL
Caracas - Venezuela

LAS GUERRAS DE BOLIVAR

En preparación:

LAS GUERRAS DE BOLIVAR

Segunda Guerra.

1815-1821

Formación de la Patria Venezolana.

FRANCISCO RIVAS VICUÑA
Enviado Extraordinario
y Ministro Plenipotenciario de Chile

LAS GUERRAS DE BOLIVAR

PRIMERA GUERRA

1812 - 1814

FORMACION DEL ALMA VENEZOLANA



EDITORIAL "VICTORIA"
MANRIQUE & RAMIREZ ANGEL
Caracas - Venezuela

GENERAL JUAN C. GOMEZ,

GOBERNADOR DEL DISTRITO FEDERAL,

Hago saber:

Que el señor Francisco Rivas Vicuña se ha presentado ante mí reclamando el derecho exclusivo para publicar y vender una obra de su propiedad, cuyo título ha depositado en este Despacho, y es como sigue: "LAS GUERRAS DE BOLÍVAR—PRIMERA GUERRA—1812-1814—FORMACIÓN DEL ALMA VENEZOLANA"; y que habiendo prestado el juramento requerido por la Ley de Propiedad Intelectual, le pongo en posesión del derecho que concede la mencionada Ley.

Dada en el Palacio de Gobernación y Justicia del Distrito Federal y refrendada por el Secretario de Gobierno, en Caracas, a 27 de setiembre de 1921.—Año 112º de la Independencia y 63º de la Federación.

JUAN C. GÓMEZ.

Refrendada.
El Secretario de Gobierno,

Ramón E. Vargas.

Al General Don Juan Vicente Gómez,

Presidente Electo de la República de Venezuela
y Comandante en Jefe del Ejército,

de cuya obra de orden y trabajo resultará la mayor
prosperidad de su país.

Francisco Rivas Vicuña.

INDICE

CAPITULO QUINTO

CAPITULO SEXTO

CAPITULO SEPTIMO

CAPITULO OCTAVO

CAPITULO NOVENO

PREFACIO

PREFACIO

¡Otro libro sobre Bolívar!

¿Por qué?

¿Para qué?

¿Por qué?—Esta respuesta viene desde grandes lejanías en el tiempo y en el espacio; en lo primero porque es el brote, en la vejez cercana, de recuerdos de la mocedad; en lo segundo porque esas memorias venidas de las frialdades de los climas australes han revivido en el ambiente adecuado, ni más ni menos que como las semillas guardadas en el hielo recobran su poder germinativo si las hiere el sol.

Pues bien, allá en los años en que el hombre no conoce al hombre y en que toda causa se sirve con entusiasmo, militábamos, modestos soldados de avanzada, casi de descubierta, en las filas del partido conservador chileno que se levantaba sobre las ruinas de un pasado honroso para él y para la Patria gracias al esfuerzo in-

quebrantable de un caudillo que habría sido Godofredo de Bouillon o Bayardo en otros tiempos y en otros medios y que en Chile fué Carlos Walker Martínez.

Este hombre superior, que lidió un cuarto de siglo en la n ble arena de las luchas políticas para llevar a su partido desde la inercia hasta las efectividades de su influencia en el equilibrio social y político, recordaba en todas sus oraciones tribunicias el ejemplo de Bolívar como modelo de la constancia en el esfuerzo y de la energía en el desastre.

¡Cuánto triunfo efímero, solía decir, y cuánta derrota provechosa antes de Boyacá y de Carabobo!

Y los jóvenes íbamos a buscar en la experiencia de la historia de Bolívar una lección para no exagerar el mérito del éxito y un estímulo para rechazar las pesadumbres del fracaso.

La vida de Bolívar ha sido en aquellas lejanas tierras algo así como un libro abierto que enseñó a nuestra generación y que debe seguir educando a la futura. Hé aquí una primera respuesta al *¿por qué?* de un nuevo libro sobre Bolívar. Es la demostración del vivo interés por un personaje cuyo recuerdo ha sido maestro de una juventud.

Y fué maestro sin haber conocido jamás a Chile, mas su genio supo adivinar las condiciones de un pueblo que, con legítimo orgullo, se complace en recordar la opinión que de él tenía el Libertador cuando, asilado en Jamaica, ociosa su espada, corría su mente por los campos del porvenir y la luz de su alma, penetrando en los siglos, veía a nuestro Chile con visiones proféticas que nos regocijamos en rememorar.

"El reino de Chile, escribía Bolívar en 1815, está "llamado por la naturaleza de su situación, por las cos-

"tumbres inocentes y virtuosas de sus moradores, por "el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del "Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las "justas y dulces leyes de una república. Si alguna per- "manece largo tiempo en América, me inclino a pensar "que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espí- "ritu de libertad: los vicios de la Europa y del Asia lle- "garán tarde o nunca a corromper las costumbres de "aquel extremo del universo. Su territorio es limitado; "estará siempre fuera del contacto inficionado del resto "de los hombres: no alterará sus leyes, usos y prácticas: "preservará su uniformidad en opiniones políticas y re- "ligiosas; en una palabra, Chile puede ser libre".

Aquellos recuerdos de una propaganda que tanto influjo han tenido en la formación de los caracteres morales de una generación y este juicio de Bolívar, que tan intenso interés tiene para Chile, responden con creces al *¿por qué?* de un nuevo libro sobre el Libertador, libro que brota de la pluma de un chileno por razón del interés propio del personaje altamente educativo.

Ahora bien, esto sería razón para un estudio privado, de conciencia si se quiere, mas no para repetir en una nueva publicación cuanto se ha dicho sobre el Libertador.

Si el *¿por qué?* se justifica como un homenaje, el *¿para qué?* debe también tener su objetivo. Lo primero puede ser la satisfacción de un literato, lo que no somos; pero lo segundo debe obedecer a un concepto más alto y, en realidad, lo que buscamos es evidenciar las lecciones benéficas que se derivan de la vida del Libertador, como del botón se abre la flor, y también puntua-

lizar los errores, para evitarlos en las prácticas de la vida pública, como se cortan las espinas que crecen junto a las rosas.

La razón del *¿para qué?* no es, así, sustancialmente distinta de la que motiva el *¿por qué?*

Las altas reglas que se derivan de la vida de Bolívar nos han inducido a la empresa, sin duda superior a nuestras fuerzas, de estudiar sus guerras, más vastas y más complicadas que las campañas de Alejandro y de Napoleón.

Más vastas porque el territorio de la acción de Bolívar no cabría entre el Epiro y el Indo, ni entre Madrid y Moscou.

Más complicadas por las condiciones de un territorio falto de comunicaciones, y con climas variadísimos; por las características de los pueblos que actuaron en la guerra, razas con diferenciaciones profundas y sin contactos que permitieran establecer conexiones más o menos estables, como las de Alejandro desde el Levante a la India o como las de Napoleón desde el Eslavo hasta el Francés, pasando por los Germanos; estos grandes capitanes pudieron estrechar lazos entre aquellos pueblos gracias a la comunidad de su origen; pero Bolívar no podía conectar fácilmente los elementos autóctonos, como los indios de la sierra, con hombres de procedencias africanas o casi tales, como los negros y los pardos, armonizándolos con los blancos que se encontraban, a su vez, divididos por intereses de bandería.

Vastas en el terreno, complicadas en el manejo de los hombres, las guerras de Bolívar no fueron una empresa de conquistas como las de Alejandro, ni campañas de equilibrio político como las de Napoleón, fueron cruzadas por el ideal de la Independencia, categoría

de expediciones militares que se encarnan en Bolívar porque él fué el alma de una lucha peculiarísima en América cuyos libertadores en otras comarcas no tuvieron que luchar, al extremo que Bolívar lo hiciera, con los propios elementos cuya salud buscaba.

En realidad, las guerras de Bolívar tuvieron esos tres caracteres. Fueron de conquista, como las de Alejandro, pues se trataba de aniquilar la soberanía española cuyas direcciones coloniales no habían dado a sus dominios las prosperidades que alcanzaron los establecimientos británicos débilmente atados a la metrópoli, casi libres, mientras que Hispano-América fué siempre una factoría estrechamente comprimida.

En la gigantesca concepción de Bolívar, sus guerras fueron también campañas de equilibrio, no de un pequeño sistema continental, sino de un orden más amplio en el cual la América entera, por su situación entre los grandes Océanos, por sus riquezas y por sus conveniencias naturales que la ligaban a la paz, debía ser árbitro de la tranquilidad mundial.

Cruzadas de propaganda, campañas de conquista y proyecciones de equilibrio universal, todo esto hay en las guerras de Bolívar y es como decir que en el Libertador podemos encontrar un político que organiza su propio país, un conquistador que procura fundir el alma de los pueblos y un internacionalista que actúa sobre el porvenir.

Los resultados inmediatos de la acción de los grandes hombres son relativamente pequeños; crean un núcleo de fuerzas que sigue perpetuando sus impulsos cuya finalidad queda confiada a los suceso-

res. Alejandro hizo el alma griega y, por el impulso que él diera, Grecia es hasta hoy el baluarte entre el musulmán fatalista y el cristiano progresista. Napoleón modeló el alma moderna francesa, la que proclamó la libertad en su tiempo, y que hoy cautiva al mundo con los ideales de una justicia nueva. Bolívar formó el alma venezolana e imprimió caracteres de solidaridad a los pueblos americanos; el tiempo trascurrido es corto para apreciar los resultados y las eficacias de su acción primera; pero sus prestigios directivos son garantía de que sus programas se realizarán tarde o temprano, con mayor o menor amplitud, impuestos por las necesidades que él presentía y en beneficio de los ideales que el Libertador proclamara.

Seguir a Bolívar en sus guerras, observar sus procedimientos de cruzado, de conquistador y de internaconalista, sin prejuicio, midiendo al hombre en su estatura real, sin aproximarse demasiado y sin buscar luces artificiales, poniéndose en el foco preciso que los pintores buscan para evidenciar las verdades que el arte pone en su obras; juzgar al hombre en esta forma, no por impresiones o antipatías, tal es la tarea que nos hemos propuesto para nuestra propia instrucción y, si la damos al público, sin pretensiones, es solamente para que otros aprovechen las lecciones que emanan de los directores del pueblo y que, en este caso, cada uno podrá interpretar según su criterio ya que no emitiremos jamás un juicio sobre Bolívar sin tener a la mano el documento que nos haya servido para caracterizarlo.

Si el *¿por qué?* de nuestro estudio no tiene otro motivo que el interés despertado en tiempos ljanos, el *¿para qué?* alcanza un objetivo que se refiere a los días futuros: presentamos al desnudo al Libertador para que se

vean sus cualidades y sus defectos, para que se aprecie al hombre que trazó rumbos de libertad y de unión americana, al que acarició ideales que entonces se llamaron locuras y que se van realizando gradualmente.

Hay errores en su obra y los manifestaremos para que no se incurra en ellos; hay grandes directrices morales y políticas y las acentuaremos para que sirvan de regla a los responsables que dirigen a los pueblos.

La tarea integral es ardua; debemos seguir al Libertador desde su alegre mocedad, casi libertina, hasta el abatimiento final en que le abandonó el cuerpo que dió al servicio de su causa y en que cayó en vértigos su espíritu ante el abismo de la mezquindad de los hombres. Iremos por sus huellas, paso a paso, midiéndole a cada instante de modo que las humildades de los días de preparación no influyan para juzgarle en las magnificencias de su mayor potencialidad. Trataremos de apreciar cada acto únicamente con las responsabilidades del momento, para que de este análisis se derive la enseñanza exacta que perseguimos.

Ardua es la tarea, dijimos, y hoy nos concretamos el estudio de las jornadas de 1812-1814 en las cuales el esfuerzo, el patriotismo, la ambición de Bolívar, si se quiere, fundieron el molde de algo que no existía antes de él. No queremos decir creó, porque sería caer como los romanos en el pecado de endiosar a los hombres que no son sino héroes. La heroicidad es lo propio de la naturaleza humana que persigue una pasión noble por su altura y esencialmente positiva; se es héroe por amor en el más egoísta sentido de la palabra y se lo es también por las abnegaciones a las purezas del ideal; por esto no diremos que creó el alma de su nación sino que despertó con las caricias de la nobleza de su pasión, como el

príncipe de la fábula, algo que dormía en las quietudes de la colonia, en las sombras materiales y morales que Bolívar iluminaría con las luces del progreso y de la libertad : iba a dar los impulsos de una vida nueva al alma venezolana. Su destino, como el de todos los reformadores, no logró ver el fruto definitivo de su obra ; la luz de la libertad que él deseaba tranquila y permanente fué sólo el incendio de los destellos de su gloria ; pero sus lcciones han dejado a otros la herencia de los grandes beneficios que él preparara y sólo depende de las generaciones actuales aprovecharlas para dar a nuestra América el rango que el Libertador, con justas razones, le atribuyera en el concierto de los pueblos para garantizar la paz del mundo.

LAS GUERRAS DE BOLIVAR

PRIMERA GUERRA

1812 - 1814

FORMACION DEL ALMA VENEZOLANA

CAPITULO PRIMERO

LA DECEPCION

I.—Partida de Bolívar después del fracaso de Miranda.—II.—La juventud de Bolívar.—III—Su propósito de incorporarse al ejército británico.—IV.—Labor política en Venezuela.—V.—La campaña de Monteverde.—VII.—Los elementos reaccionarios.—VII.—La primera reconquista.—VIII.—Las responsabilidades.

I

El 27 de Agosto de 1812 se hizo a la vela desde el puerto de La Guaira la goleta española *Jesús, María y José*, con destino a Curazao. La travesía del Mar Caribe fué durísima para la pequeña embarcación que avanzaba penosamente 25 millas diarias combatida por ese oleaje cuyas direcciones cambian sin cesar en su carrera desde el Océano hacia los acantilados de Costa Firme, a través de innumerables islas e islotes.

La *Jesús, María y José* recogió su velamen a pocos nudos de La Guaira y se puso en condiciones de navegar *a la bolina* a fin de resistir a las fuertes mareja-

das del norte que sacudían su débil casco y la alejaban de su rumbo.

Bajo un cielo gris y sobre un mar tempestuoso, viajaba en aquella goleta, juguete de los elementos, un hombre en cuyo espíritu arreciaba el huracán de las desgracias que le habían apartado de las grandes orientaciones de su ilusión. Las brisas suaves de tierra mecieron dulcemente a la *Jesús, María y José* en sus bordadas costaneras e iguales recuerdos de triunfos fáciles podía recordar nuestro viajero en sus menudas empresas; mas, así como el diario de la goleta no registraba calma alguna en sus travesías oceánicas, él solo veía borrascas y desastres en sus grandes empresas del pasado.

Su estatutra más bien pequeña, sus formas más bien débiles no guardaban armonía con los acentuados perfiles de su rostro vigorosamente alargado en el que se marcaban todos los caracteres de una raza de hombres pertinaces en el esfuerzo, las líneas de una familia eúscara que tomó como emblema una piedra de molino en campo de plata, símbolo de la constancia en el trabajo como garantía de éxito. Abatido en los rollos de cuerdas al pié del trinquete de la zarandeada goleta, los codos en las rodillas y el rostro reposando en sus manos delicadas, aquel hombre contemplaba con el claro mirar de sus grandes ojos sombreados por la fatiga y la vigilia el rudo golpear de las olas mientras la luz de su alma se concentraba en su pasado y ponía en sus perfiles la amargura de los dolores que no mereció o las huellas profundas de las preocupaciones hijas de sus propias responsabilidades.

Había entrado en aquella edad alumbrada por el sol de los entusiasmos, en esos magníficos treinta años

que marcan generalmente las culminaciones de un ideal que se va realizando poco a poco en la segunda mitad de la vida a favor de esos calores que fecundan sin quemar. Estaba en la hora crítica en que se prueban los caracteres; a los treinta años las decepciones de la vida y los golpes del destino anonadan a las naturalezas mediocres, pero templan con todas las resistencias y las elasticidades del acero a las almas elegidas.

En sus meditaciones, aquel hombre se concentraba en el pasado tan sólo para buscar en él los elementos de exploración del porvenir y, poco a poco, sus manos dejaron de ocultar su rostro, sus brazos tomaron la actitud de la acción, su mirada brilló con la luz de las resoluciones definitivas y se alzó en busca de un compañero a quien confiar con sus dolores de ayer sus esperanzas de mañana.

Aquel hombre abatido sobre un rollo de cuerdas en una miserable goleta había de subir a las mayores alturas materiales y morales; aquella mirada oscurecida por el fracaso estaba destinada a encender las almas de cinco naciones y a brillar permanente a través de la historia con una claridad cuya pureza se acentúa a medida que el tiempo la despoja de todo lo que es accesorio para dejarla en su esencia misma, en la chispa que la encendiera en esa hora crítica de la meditación, en el sentimiento de la responsabilidad que vinieron a evocar en la mente de nuestro viajero los antepasados eúscaros, aquellos que tomaron como emblema de la constancia infatigable una piedra de molino en un campo de plata.

Nuestro hombre abatido se llamaba Simón Bolívar y su primer confidente en esta hora de inmensa tribulación a bordo de la *Jesús, María y José* era su tío José Félix Ribas. La sangre eúscara había de obrar en Amé-

rica como en España iguales prodigios en favor de la libertad (1) La voz de los siglos llamaba a estos hombres a la acción y se hacía sentir en ellos bajo la forma imperiosa de las responsabilidades adquiridas, de los deberes ineludibles que aceptan las almas nobles cuando, encumbradas en altas posiciones, comprenden que si se conservan en ellas es por la confianza de quienes les sustentan porque les creen aptos para ejercitar las facultades propias de esos puéstos superiores. Suele acontecer con esta clase de hombres que el amor del éxito se compenetra de tal modo con los dictados de la responsabilidad que su acción aparece como inspirada por sentimientos meramente ambiciosos y personalísimos y es natural que así suceda ya que el calor de la gloria, como toda fuente de energía, puede provocar movimientos desordenados y tumultuosos, tanto mayores cuanto más fuerte sea la energía misma, ni más ni menos que como el ardiente sol del trópico, junto con dar vida a palmeras y samanes gigantes, puebla el suelo de malezas inútiles y los troncos de vegetaciones que no por ser hermosas dejan de ser parasitarias.

Lo que importa es buscar el origen de las acciones de estos hombres y sólo con esta luz debemos juzgarles; esa inspiración que les es propia da la medida real de su valor; lo demás es la obra del medio, es efecto de la educación y debe servir principalmente para caracteri-

(1) "Ayer a las 9 de la mañana se dió a la vela para Curazao la goleta española *Jesús, José y María,* con los individuos que la fletaron, a saber: D. José Félix Ribas, el Doctor Vicente Tejera, don Manuel Díaz Casado, don Simón Bolívar y un sobrino de Ribas, nombrado Francisco, que venía incluído en el pasaporte que V. E. dió.—Guaira, 28 de Agosto de 1812.—*Francisco Cervériz.*—Al señor General en Jefe Capitán General de Venezuela".—Blanco y Azpurúa. Documento 686, tomo III, página 715.

zar estas influencias y no a quienes las sufren. En la vida de todos los hombres, hay un momento crítico, una conjunción de fenómenos internos y externos que determinan toda una trayectoria definitiva; de esta naturaleza nos aparece el período solemne de 1812 en el cual Bolívar pudo meditar sobre la desolación de su patria y sobre su propia ruina hasta tomar las resoluciones inquebrantables que le abrieron el camino de la historia en vez del sendero del olvido que habría tomado si no hubiera sido un alma de elección.

II

¿En qué pensaba el fugitivo? Al ver sepultarse en las brumas del horizonte las cumbres de La Guaira, el puerto que fundaron sus mayores, evocaba sin duda las relativas frialdades de su hogar en el cual le faltó, a los tres años, la acertada dirección del padre y, a los seis, el abrigo cariñoso de la madre, quedando bajo la guarda de tutores y maestros de ocasión que, por celosos que fueran, no podían tener el interés fundamental de quienes desean perpetuar en los suyos un nombre ilustre.

Recordó, sin duda, sus excursiones por los valles de Aragua, sus cacerías en los llanos más amplios del Tuy y sus viajes a las montañas de Aroa, todo aquello que fué su vida de joven rico y de casa ilustre en aquellas colonias en que los hijos del amo eran más que los vástagos de reyes en la vieja Europa.

Vió esos tiempos de su niñez perdidos hasta que, hacia los 17 años, emprendiera viaje a la metrópoli, pudiendo darse cuenta en la Habana y en México de las debilidades de los vínculos coloniales que se desataban no tanto por voluntad de los pueblos como por los desatinos de una corte cuyas corrupciones pudo palpar en Madrid mismo, en donde, más que los sentimientos de abnegación por su propia patria a la cual veía ya casi huérfana de una madre que se moría en el culpable abandono de gobernantes ineptos o corrompidos.

Como un día de sol en medio de estas borrascas, pasó ante su mente su encuentro en Bilbao con Teresa de Toro, la que debía de ser la rosa blanca de su hogar venezolano, la fuente viva en que bebiera sus goces íntimos cuando volviera con ella a sus dilatadas posesiones para continuar la obra de esfuerzo y de progreso de sus antepasados en la risueña quietud del hogar que le faltó en la infancia. Y también debió ver aquel otro viaje triste de su vida, cuando al extinguirse en el jardín tropical el murmullo del agua viva que iba a fecundar su existencia, regresaba a Bilbao para decir al señor Bernardo del Toro que se había agostado la rosa blanca que pusiera en sus manos.

Cruel, el golpe ciego del destino destruía nuevamente el hogar que formaba el joven Bolívar y en los escombros del castillo de sus ilusiones principiaron a crecer los abrojos del mal y las flores del vicio que no habían de morir sino ahogadas por el brotar potente de nuevas esperanzas de aquel espíritu inquieto y vibrante como la onda eléctrica que no se apacigua mientras no transforma sus energías latentes en trabajos efectivos.

Viudo a los 19 años, sin el guía seguro de esos principios que las madres inscriben para siempre en el co-

razón de los hijos, el americano elegante y rico buscó en el juego y en los amores fáciles el olvido de sus dolores; empero, por hondo que fuera el fango en que penetrara, no pudo jamás cubrir al hombre en que vibraba el alma pura heredada de una larga línea de varones ennoblecidos por el trabajo y que era capaz de respirar sobre las emanaciones del vicio gracias a la elevación de sentimientos que le daban las lecturas en las cuales había bebido desde las doctrinas de Voltaire hasta el romanticismo de Chateaubriand, formándose cierto espíritu de propio examen y un concepto de la nobleza humana que debían servirle de alas potentes para levantarse de la sima en que le postrara su dolor.

Una chispa bastaría para encender la nueva lumbre en la atmósfera diestramente preparada por el maestro Simón Rodríguez y ella brotó en las entrevistas de Bolívar con el barón de Humboldt. El naturalista prusiano regresaba de su gran expedición americana y realzó a los ojos del joven criollo la riqueza y los esplendores de las regiones que él recorrió guiado por la ciencia y mostróle el porvenir de la América libre y, tal vez en ese instante, tuvo Bolívar la visión de hacer igual viaje en alas de la gloria.

Esta evocación de la patria en los propios días en que contemplaba las efusiones del pueblo de París que saludaba a Napoleón triunfante sobre la anarquía y el desorden y organizando la Francia grande de la primera República, fueron sin duda circunstancias determinantes de sus nuevos rumbos en los cuales tal vez no hubiera perdurado si no hubiera tenido en estos movimientos impulsivos el apoyo constante de un ser verdaderamente superior que supo comprender el alma entera de aquel muchacho de veinte años en el cual la li-

gereza aparente y el vicio que exhibía no eran sino las salpicaduras del mísero dolor humano.

Nos referimos a Madame du Villars, núcleo brillante de la Sociedad del Imperio, a la cual el joven americano *no podía negar nada,* ni siquiera el alzarse contra el príncipe Eugenio de Beauharnais por el atrevimiento de quemarle el incienso de sus amoríos a su prima nacida de Trobiand y Aristeiguieta, hija de un hermano del hombre generoso que instituyera un mayorazgo para Simón Bolívar que era sólo un segundón de familia criolla. En el romanticismo exquisito de su alma, Fanny du Villars fué para él siempre Teresa en las cartas que le dirigía, evocando la perdida ilusión de la rosa blanca que abrazó la fiebre tropical, de la clara fuente que, al apagar sus murmullos, trocó en un yermo el hogar de Bolívar.

Esta mujer ilustre que debió renovar en la intimidad del alma de su primo las dulzuras de aquel nido de amores que pensó colgar para siempre en los parques de San Mateo, fué la fuerza ascencional permanente que llevó a Bolívar a sustituir en su alma los afanes del hogar perdido por otro afecto que no es ni más grande ni más noble que la familia, pero que es más amplio puesto que a él tiende el que desea garantir su hogar y en él busca un abrigo el que no lo tiene; la patria sería la nueva aspiración de Bolívar, y la nueva Teresa, con el soplo del amor que todo lo crea, había transformado al pajarillo que se contentaba con volar en un jardín en águila que ambicionaba dominar las cumbres más soberbias.

Bolívar decidió consagrarse a la patria y escribía a su prima: *Teresa, no soy hombre como los demás y París no es el lugar que puede poner término a la vaga*

incertidumbre que me atormenta. Sólo hace tres semanas que he llegado aquí y ya estoy aburrido. ¡Ah! Teresa, este será el desierto de mi vida!

Y partió sordo ya al bullicio de las fiestas, insensible aún a esas suavidades de flor que dominaron su alma romátnica. La patria lo dominaba por completo y tal vez la gloria como lo presentía su segunda Teresa que no pudo retenerle a su lado y le escribía años despues: (2)

"¿Recuerda usted mis lágrimas vertidas, mis súplicas para impedirle marcharse?

"Su voluntad resistió a todos mis ruegos. Ya el amor a la gloria se había apoderado de todo su sér, y sólo pertenecía usted a sus semejantes por el prestigio que les ocultaba el genio que las circunstancias han aumentado...

"Consérvese usted para la felicidad y gloria del Nuevo Mundo; tengo todavía esperanza de volver a ver a usted, de estrechar contra mi corazón al sér más digno que ocupa todos mis pensamientos, al objeto de mi profunda admiración.

Fanny D. du Villars".

El hogar, el placer, el amor, todo había desaparecido ante la concepción superior de la Patria, la nueva ilusión del fugitivo de la goleta *Jesús, María y José,* ilusión que se acababa de desvanecer ante el fracaso de la primera tentativa de emancipación de Venezuela aprisionada en el vuelo prematuro que le imprimieran las ansias de libertad del Generalísimo Miranda.

---

(2) O'Leary.—Correspondencias, tomo XII, página 293.

¡ Ni hogar, ni patria ! Tal era el pensamiento de Bolívar al cruzar el Mar Caribe y quiso hacer ofrenda de su vida ya inútil para los suyos en otros altares de la libertad.

III

Dice O'Leary en sus Memorias que Bolívar, antes de embarcarse en la *Jesús, María y José*, expresó a dos de sus amigos la intención de ir a Inglaterra a fin de pedir a Sir Arthur Wellesley, el futuro duque de Wellington, un cargo en el ejército británico.

Confirma este mismo propósito José Francisco Heredia, regente de la real audiencia de Caracas, y dice que los amigos íntimos del fugitivo le aseguraron la sinceridad de esta disposición de ánimo sobre cuya circunstancia no es tan categórico el general O'Leary.

Nosotros creemos que esta determinación de Bolívar tuvo los caracteres de un rumbo definitivo al abandonar su Patria cuya liberación juzgaba imposible, o mejor dicho, innecesaria por oposición de los pueblos mismos o de su inmensa mayoría a los beneficios de un gobierno autónomo de cuyas ventajas parecían no darse cuenta cabal. La declaración que recibieron sus amigos fué sincera, como lo afirma Heredia, y parece natural que un hombre que había ya saboreado las amarguras y las satisfacciones de los grandes servicios públicos no se resignara a las tranquilidades de las labores agrícolas y que buscara otros horizontes para los esfuerzos de que se creía capaz. Cincinato es un caso realmente único.

El ejemplo de Miranda, que se había hecho un nombre, debió presentarse a su consideración; mas no tenía Bolívar las mismas libertades que el Precursor de la Independencia Sud Americana para escoger un servicio en Estados Unidos, Francia o Rusia, naciones cuyos apoyos a la obra emancipadora no fueron jamás eficaces y sólo le quedaba expedito el camino de Londres, donde él había encontrado cooperaciones que se tradujeron en hechos positivos a pesar de las negativas oficiales a que se veía obligado el gabinete de Saint James, por las continuas vacilaciones de la política europea, en los momentos en que, por un sinnúmero de razones que no es del caso analizar, las naciones buscaban nuevas bases de estabilidad interna y nuevos ejes de equilibrio exterior.

Su camino estaba trazado, impuesto por estas consideraciones y también porque únicamente en estos rumbos divisaba alguna esperanza, aunque lejana, de encontrar elementos extraños con que reconstruir la Patria, siempre que para esto se prestaran los materiales propios. Las influencias externas le parecían más fáciles de obtener y de aplicación más eficaz por cuanto ellas se engendraban en serios intereses de otros países y especialmente de Inglaterra; en cambio, el movimiento de las fuerzas coloniales mismas aparecía a los ojos de Bolívar como un conjunto caótico, aún sin fuerza orgánica propia y, por ende, poco susceptible de concentrarse rápidamente en núcleos vigorosos. Las posiciones externas eran más favorables para el objetivo de la liberación americana y entre todas ellas la de situar su punto de apoyo en la política inglesa daba las mejores garantías de éxito. Bolívar no vaciló ante este análisis y, si adoptó la resolución de entrar al ejército de Welles-

ley, no fué para congraciarse con España, como pretende Heredia, sino para tener un nuevo punto de partida en cuanto la natural evolución de su pueblo le permitiera reanudar la lucha por la libertad.

Este raciocinio justísimo, en cuanto al examen de la situación exterior, tenía bases sólidas, muy sólidas desgraciadamente, en el estudio del problema interno. La idea de libertad no estaba aún madura en la conciencia americana, salvo en ciertos grupos de gentes escogidas por su preparación intelectual o ligadas por valiosos intereses, o aún por meras ambiciones, a los nuevos ideales; pero estos elementos no bastaban para afrontar una lucha en que era preciso oponer a las masas de guerreros venidos de la Madre Patria a combatir por ella, o formados en la colonia al calor de la idea monárquica, otras masas de soldados patriotas conscientes. La independencia se realizaría por la guerra, no por la diplomacia, y como quiera que la revolución no podía contar aún con soldados en número suficiente y que acudieran a sus filas con espíritu de lealtad y de sacrificio, era preciso esperar la evolución de las ideas, sin dejar por esto de hacer por todos los medios posibles la propaganda necesaria para apresurar la madurez de las nuevas doctrinas.

Cuanto había pasado desde el 19 de Abril de 1810, fecha en que se inició el movimiento separatista, hasta el momento en que Bolívar abandonaba La Guaira, el 27 de Agosto de 1812, era un índice manifiesto de la resistencia a la autonomía y la guerra de la emancipación, continuada en esa forma, tendía hacia una contienda civil destructora de la vitalidad nacional. Era preciso evitarla y esperar.

IV

Cinco largos años de labores intensas habían dedicado los fugitivos de la *Jesús, María y José* a la redención de una colectividad que no comprendía sus esfuerzos y que repudiaba sus doctrinas.

Bolívar y Ribas recordaban las continuas reuniones en casa del primero desde su regreso de Europa, allá en los comienzos de 1807; allí estaban los Toros, los Ayalas, los Montillas, los Tovares, Bello, Roscio y cien otros que venían a regocijar sus espíritus oyendo los recuerdos de los que habían recorrido otros países o nutriéndose con los relatos de quienes, como Bello, sin haber salido de Caracas viajaban de continuo por los dominios universales del arte y de la ciencia.

Entre aquellos hombres de almas nobilísimas, deseosos de acción, con esas energías propias de la plena primavera de la vida, las conversaciones se encaminaban siempre a un mismo objeto; así como los jóvenes llegan por mil senderos diversos a terminar todas sus charlas con un recuerdo del sér amado, los contertulios de Bolívar no se despidieron jamás sin hablar del objeto de sus grandes amores: de la Patria que ya se había adueñado de sus corazones y que deseaban entronizar en todas las almas venezolanas.

De la tertulia íntima a la sociedad secreta no había sino un paso y, cediendo al empuje constante que desde Europa trasmitía el infatigable Miranda, aquella pléyade de jóvenes llegó hasta las conjuraciones que preparaban la acción definitiva. Era Bolívar el centro

de estas palpitaciones que anunciaban un nuevo sér en formación y, aunque no fuera el jefe real, era el tribuno que derramaba sobre el pueblo las doctrinas de un nuevo Evangelio, el alentador de todos los que deseaban una acción eficaz y, a menudo, el provocador atrevido aún en las fiestas del capitán general de Venezuela, donde Bolívar osara brindar por la libertad del Nuevo Mundo, según lo refiere O'Leary.

Bolívar se hizo sospechoso y las reuniones se trasladaron a casa de Ribas, sin que por eso desmayara la campaña social desde 1808 hasta 1810, agregando día por día nuevos adeptos y elementos serios para la lucha. Luégo fué una noble matrona venezolana, la madre de los Montillas, quien trajo a los conspiradores, esa garantía de éxito que es la protección de las mujeres de corazón cuya perspicacia y cuyo tino, por lo mismo que no rivalizan en la acción, les dan claridades de visión cuando las pasiones masculinas ocultan la verdad a los hombres. Y a esto se agregaron las exaltaciones patrióticas de un sacerdote chileno, el canónigo Cortés de Madariaga, y, finalmente, la promesa del auxilio de las milicias de Aragua, que ofrecía Toro, y la posibilidad de contar con armamentos y municiones.

Con verdadero orgullo recordaban Bolívar y Ribas aquelas noches de Abril de 1810 en que los forjadores de una patria nueva daban los últimos golpes sobre el yunque. Venezuela sería libre y entraría al concierto de las naciones por su propia fuerza y con sus propios elementos; tal era la ilusión de los tribunos que prepararon la jornada de 19 de Abril cuyo resultado debió ser una decepción para los promotores del movimiento.

El pueblo no aceptó el programa máximo y el nuevo gobierno, aunque con aires de autónomo y nacional,

era una *Junta Conservadora de los derechos de Fernando VII.* El vigoroso impulso de los próceres se estrellaba en la inercia del medio y el dardo lanzado no alcanzaba la trayectoria entera de sus proyectos; sin embargo, Bolívar no era hombre para desmayar en sus empresas, y al aceptar una misión diplomática en Europa, llevaba como programa propio el de volver acompañado por el padre de la independencia Suramericana, por el general Miranda, con cuyo prestigio quería galvanizar estos pueblos tan poco penetrables por el sentimiento nobilísimo de la libertad.

Su viaje fué rapidísimo y, mientras sus amigos delineaban una nueva organización y fundaban un centro de propaganda política, Bolívar adquiría ciertas seguridades del gobierno inglés, dejaba iniciada la campaña por el reconocmiento de la Independencia venezolana y ya el 4 de Diciembre estaba de vuelta, anticipándose a Miranda sólo 8 o 9 días.

Una nueva desilusión le esperaba: al propio tiempo que su mirada de águila le reveló la mala impresión que recibiera Miranda del nuevo campo para sus energías, tuvo el dolor de ver que sus compañeros resistían al hombre y a sus ideas. Apenas si logra obtener que la Junta le reconozca sus títulos de General al hombre que estaba removiendo todo un Continente y que, a pesar de esto no lograba influencia alguna en el primer congreso venezolano, Marzo de 1811, en el cual nuevamente se juró fidelidad a Fernando VII.

Incansables Bolívar y los suyos procuran unir sus esfuerzos a los del precursor en cuyas decepciones sienten como un menoscabo de sus propias energías; le hacen nombrar miembro del Congreso, lo exaltan a la dirección real de la Sociedad Patriótica y logran, por fin,

que la Asamblea nacional proclame los Derechos del pueblo en 1º de Julio de 1811 y cuatro días después la Independencia del país.

Por breves instantes pudo disfrutar Bolívar de este éxito al cual estaban ligados todos sus pensamientos desde la hora en que se despidió en París de sus amigos y de su segunda Teresa que tan honda influencia alcanzó en su alma, desde el momento en que dió a la Patria el puésto que antes tuvieran en su espíritu el hogar perdido y los amores abandonados.

Debía discutirse una constitución política para el nuevo Estado; él y Miranda deseaban un núcleo vigoroso, una república unitaria capaz de centralizar todas las fuerzas vivas para obtener la resultante máxima y obrar con ventajas en favor de las otras colonias; empero, las ideas federalistas de los Estados Unidos se propagaban sin maduro examen y, además, ciertos elementos exaltados y algunos deseosos de cosechar frutos personales buscaban la descentralización y fué tan formidable el vigor del naciente caudillaje que Miranda y Bolívar cedieron a su empuje; pero tal vez sin abandonar sus propósitos íntimos de consolidar un poder central en cuanto la ocasión se ofreciera propicia.

Rivalizaban las provincias y se envidiaban los hombres; Valencia se mostraba celosa de Caracas y muchos de los personajes que fueron instrumento del golpe de Abril de 1810 miraban con temores a la generación nueva que levantaba un estandarte que para sus almas timoratas era el pendón negro y rojo del desorden y de las represalias.

La conciliación se impuso y es justo decir que cedieron los que de ordinario suelen no plegar sus banderas; Miranda y Bolívar aceptaron el federalismo in-

consulto y ambos debieron experimentar la misma sacudida interna del desaliento: 1810 no fué la autonomía que soñaron y 1811 no traía la organización vigorosa que asegurara la Independencia recién proclamada. La joven nación entraba a la vida soberana sin ese guía fuerte de la autoridad que dirige los primeros pasos, y tal como a Bolívar le faltara la potente dirección del hogar, carecía la niñez de Venezuela de esas disciplinas iniciales que tánta influencia tienen en la vida.

De estas materias conversaban Bolívar y Ribas a bordo de la *Jesús, María y José* que desafiaba, arriando su velamen, el empuje del temporal caribeano. La ordenación política, sin base suficiente en el organismo social, había sido un fracaso y ambos debieron sentirse responsables de falta de energías en la consumación de una obra cuyas dificultades les obligaron a contemporizar con sus ideales.

V

Sin duda habían discutido con exceso y, enamorados de la fórmula, abandonaron el fondo del problema. Los entusiasmos encendidos en las tertulias políticas desbordaron en los comicios populares provocando explosiones de aprobación que los jóvenes agitadores tomaron por vibraciones al unísono del alma popular, cuando en realidad eran únicamente delirios momentáneos, fuego de hojarasca, de un pueblo a quien sólo atraía la novedad de los acontecimientos. Los autores del movimiento separatista se habían engañado y no

tardaron en convencerse de la ineficacia de sus esfuerzos para penetrar hasta la intimidad de la conciencia venezolana aún adormecida por las fascinaciones del poderío español.

Los pueblos de Coro y Maracaibo no habían aceptado las invitaciones de la Junta de Caracas y, fieles a la regencia de Cádiz, serían los apoyos para la reconquista. La situación geográfica de estos centros se prestaba para invadir el territorio: Maracaibo era la llave del lago de su nombre y sus playas eran el primer peldaño para escalar las regiones andinas donde existían poblaciones de importancia, como Mérida y Trujillo; desde Coro podía dominarse el extenso valle del Tocuyo y, mediante el apoyo de las poblaciones de Barquisimeto y San Felipe, se aseguraba el dominio de Venezuela por el Occidente.

En la Guayana y en el Orinoco, los misioneros, sustentadores del régimen español que les daba enormes prerrogativas, orientaban enérgicamente los sentimientos en contra de la revolución separatista y su acción a lo largo de las vías fluviales de comunicación formaba por el Sur como la mandíbula inferior de las fauces que amenazaban abrirse sobre Venezuela independiente desde Coro y Maracaibo hasta el Atlántico, devorando a la vez los valles andinos y los llanos del Orinoco.

Estrecho parecía el círculo propio de la revolución venezolana; irradiaban desde el centro de Caracas y sus tentáculos se extendían trabajosamente por las riberas del Mar Caribe y hacia el interior del país, buscando bases marítimas para recibir elementos del extranjero y líneas de su propia estructura para afirmar la situación del joven gobierno republicano. Las energías desplegadas para ensanchar esta esfera, sea por su escaso

valor propio o por su mala dirección, no producían los efectos apetecidos y en el camino abierto hacia el mar y hacia el Oriente aparecían continuamente nuevos obstáculos. Barcelona mostraba frecuentes tendencias a separarse de la situación republicana, ofreciendo un punto de cierre a las fuerzas españolas que comprimían el Occidente y el Sur. Los eslabones de esta cadena se estrechaban y ellos no serían sino los hierros inmediatos para entrabar la libertad venezolana; los verdaderos muros de la cárcel estaban más lejos, en las islas antillanas donde imperaba sin contrapeso el gobierno español y desde donde era fácil enviar expediciones desde la Habana o Puerto Rico a ponerse en contacto con los realistas de Maracaibo, Coro o Cumaná.

En los propios tiempos en que el joven Bolívar reforzaba su campaña por la declaración de la independencia, recomendando la unión y la celeridad en el hogar, una expedición enviada desde la Habana desembarcaba en Coro y amenazaba a Caracas y luégo una flotilla portorriqueña, encabezada por la fragata *Cornelia,* y con mil hombres de desembarco pretendió apoderarse de Cumaná. El Marqués del Toro, con el recién formado ejército de Venezuela, detuvo a la primera en La Sabaneta y Vicente Sucre, con fuerzas improvisadas, arrojó a sus naves a los expedicionarios que obraban sobre Cumaná. Estos éxitos lisonjeros inspiraron confianzas excesivas a los patriotas que creían en la adhesión popular, sentimiento que no tardaría en desvanecerse con los motines de Valencia insurreccionada contra Caracas, pocos días después de proclamada la independencia.

El fermento antirevolucionario diseminado por la Iglesia, a cuya organización no afectaban las recientes reformas, encontró un medio favorable en la ciudad ri-

val de Caracas y las torres de las iglesias valencianas dieron la primera señal de las luchas fratricidas en Venezuela.

Amargo como la decepción y desolador como el olvido debió ser el recuerdo de estos acontecimientos para los pasajeros de la *Jesús, María y José*, ante la evocación de aquellas reuniones de la sociedad patriótica en que el coronel Simón Bolívar decía: *Lo que queremos es que la unión sea efectiva y para animarnos a la gloriosa empresa de la libertad, unirnos para reposar, para dormir en los brazos de la apatía, ayer fué una mengua, hoy es una traición. Vacilar es perdernos.* (3)

Los peligros arreciaban y en vez de estimular la unión indispensable y la acción inmediata engendraban la discordia y las tardanzas propias de la falta de aquello que pudiéramos llamar una conciencia común en los creadores de una nueva nacionalidad. Las provincias limítrofes de Guayana, Coro y Maracaibo estaban fuera de la acción venezolana; a su antagonismo con la revolución se sumaba la protesta del núcleo central de Valencia y, para cualquier observador imparcial de aquellos años, la creación de una Venezuela independiente se presentaba como el inútil esfuerzo de quien pretende unir metales que no tienen igual temperatura. El calor del nuevo Evangelio no había penetrado uniformemente en las masas y los forjadores no golpeaban a compás.

La junta revolucionaria resistía al general Miranda quien, sin embargo, se presentaba como el hombre más adecuado para una gran obra de organización y éste a su vez recelaba del entusiasta Bolívar. La inminencia del peligro trajo aproximaciones únicamente superficia-

(3) Blanco y Azpurúa.—Documento 568, párrafo II, página 138, tomo III.

les; ante la sublevación de Valencia, la junta confió el ejército a Miranda con ciertas condiciones y el General rehusó a Bolívar el comando de un batallón, obligándole a ofrecer su cuota de sangre como ayudante del marqués del Toro. La insurrección valenciana quedó dominada, pero la trizadura del cuerpo nacional en formación se propagaba hasta las fibras más íntimas: desde las provincias avanzaba hacia las corporaciones directivas y, más hondamente, llegaba hasta la disociación de las propias energías del movimiento separatista.

Entre tanto, el enemigo penetraba en un medio que le era favorable, la expedición patriota organizada con elementos de Caracas, Barcelona, Cumaná y Margarita, obtenía triunfos sobre la escuadrilla española del Orinoco y lograba dominar por breves días en aquellas regiones, desfalleciendo luégo en el combate de Sorondo, a causa de la escasez de recursos y de la falta de unión entre los directores de la campaña.

Da la medida de la primera de estas circunstancias la relación de los pertrechos enviados al coronel Manuel Villapol: *Con esta fecha se remiten a Usía, le dice José Manuel de Sucre en carta de 4 de Marzo de 1812, los pertrechos que constan de la adjunta relación, sin perjuicio de lo más que pueda adelantarse con respecto a la existencia de estos almacenes.—Relación de los pertrechos: 12 balas de a 24, 8 de a 18, 16 cartuchos de a 24, 20 cartuchos de a 18.* (4)

¡Con una tonelada de plomo se quería dominar un país al cual tenía libre acceso la potencia colonizadora y en cuyo seno estaban diseminados los misioneros que encarnaban la resistencia a la República!

---

(4) Blanco y Azpurúa.—Documento 646, párrafo IV, página 552, tomo III.

La organización y la armonía no remediaban estas miserias y no hallamos palabras más elocuentes para rememorar el fracaso de la expedición que el siguiente párrafo de un informe contemporáneo: *Bien funestas fueron para las armas de la República las consecuencias de tántas réplicas y contradicciones, abiertamente contrarias al espíritu de unidad y concentración que garantiza las más veces el féliz éxito de las combinaciones y operaciones militares, pues, como se ha dicho, el día 26 de Marzo fueron batidas y totalmente destruidas las fuerzas de los independientes que se consideraban más que suficientes para la ocupación de Guayana y aseguramiento de las riberas del Orinoco. Después de tan desgraciados acontecimientos se retiró el Gral. Moreno a la villa del Pao de Barcelona, en donde lo hicieron prisionero las tropas realistas; y conducido posteriormente a las bóvedas de La Guayra, atormentado de disgustos, expiró en tan horrible prisión.* (5)

Todo se había perdido, salvo el pequeño contingente que el coronel Villapol púdo llevar a Maturín, en cuya plaza las lágrimas de estos desastres habían de fecundar las semillas del patriotismo.

Al propio tiempo que esto acaecía en Oriente, los españoles de Coro y Maracaibo destacaban, desde el primero de estos puntos una expedición de quinientos hombres al mando del capitán de fragata don Domingo Monteverde, quien, obrando en combinación con las poblaciones indígenas sublevadas por el cura Torrellas, se apodera de Siquisique, penetra hasta Carora, saquea la población, domina el Valle del Tocuyo, incrementa sus fuerzas hasta cerca de cinco mil hombres y, con este

(5) Blanco y Azpurúa.—Documentos 646, párrafo VIII, página 561, tomo III.

golpe de audacia, apoyándose en los elementos que la revolución no se había asimilado, se abre el camino de Caracas.

La expedición de Monteverde se manchó con crueldades y crímenes que serían punto de partida para terribles represalias y la base más seria de la propaganda contra España; dejemos a sus propios autores la confirmación de estos acontecimientos que tánta influencia debían de tener en las guerras venezolanas.

Dice el teniente Luis Ginetti, de la expedición de Monteverde, en su parte al comisionado regio de Puerto Rico: *Cabudare a 21 de Abril de 1812. Emprendimos nuestra marcha desde Coro a las órdenes de don Domingo Monteverde, sin más tropa que cien hombres de marina, cincuenta de Maracaibo y cincuenta de San Luis. Nos recibieron en Siquisique con muchos vivas, repiques de campanas y un gran regocijo. El 19 salí con 22 hombres de marina y de la Reina. Al día siguiente se me reunieron cien hombres adictos a la justa causa; después se me presentaron 70 más pidiendo armas para ir contra los insurgentes.*

Entramos en Carora. Aquí se les permitió a las tropas un saqueo general de que quedaron bastantemente aprovechados: esto fué el día 23 de Marzo. Después sacamos en procesión la imagen de Su Majestad Fernando VII". (6)

En las propias horas en que desfallecía la expedición patriótica de Oriente, en la tercera semana de 1812, Monteverde reconquistaba el Occidente y las fauces que amenazaban la libertad venezolana se iban cerrando en una atroz mordedura que hacía chorrear la sangre del

(6) Blanco y Azpurúa.—Documento 653, párrafo I, página 613, tomo III.

pueblo. La falta de unión que tánto temiera Bolívar en sus discursos de la Sociedad Patriótica era la causa del desmoronamiento de un edificio afanosamente construido y que iba a derrumbarse por un golpe ciego del destino: el terremoto del 26 de Marzo de 1812 que, coincidiendo con las derrotas republicanas de Oriente y de Occidente, fué para las masas ignorantes y fanáticas como el signo de alianza entre Dios y los enemigos de la República, la mano airada del Señor que aniquilaba a Caracas, Barquisimeto, San Felipe, a todos los pueblos donde se había enseñoreado la bandera venezolana, salvando del exterminio sólo los que estaban protegidos por el pendón de Castilla.

VI

Las fuerzas espirituales nacientes, contenidas por el régimen colonial, habían estallado en los movimientos de autonomía y de separación del 19 de Abril de 1810 y del 5 de Julio de 1811; asimismo, las energías materiales del suelo venezolano, comprimidas por las moles inmensas de los Andes occidentales, se agitaban buscando su natural expansión y sus movimientos se tradujeron en la sacudida ciclópea que agrietó la tierra, obra de Dios, y que destruyó las ciudades, obra de los hombres.

Aterrorizados ante el poder formidable de la naturaleza, en cuyo dominio vive confiada la civilización, los moradores de Venezuela volvieron instantáneamente al estado de ánimo de los primitivos, a las manifestacio-

nes del terror y de la humillación que es su fruto; mientras los edificios se derrumbaban en los fragores de la tierra cuyos crugidos ahogaban los lamentos de los heridos y las angustias de los moribundos, los que lograban escapar se prosternaban unos pidiendo perdón, que es la manera de humillarse de los débiles, otros haciendo propósitos de enmienda, que es el abatimiento de los egoístas ante el peligro, y muchos debieron aprovechar la confusión y el desorden para entregarse a todos los excesos del hombre que volvía al estado salvaje ante los furores de la naturaleza rebelada.

Era un día de festividad católica, el Jueves Santo de 1812, y coincidía con el segundo aniversario del movimiento de emancipación que tan combatido fuera por la iglesia venezolana. Esta catástrofe, unida a las humillaciones de las armas patriotas en Oriente y en Occidente trajo un mismo pensamiento a todos los misioneros y puso en sus labios una misma frase: ¡Dios castiga a Venezuela por su traición al Rey!

Y la cruzada reaccionaria principió sobre los escombros de las ciudades, inflamando a las multitudes aterrorizadas y hambrientas que se asilaban en las plazas públicas. La joven República se perdía, ahogada en la sangre de sus soldados, en las lágrimas del desastre que le traía el terremoto y sobre ella entonaban un *De profundis* los curas y los frailes interesados en mantener el régimen español que les era ventajoso y los únicos que permanecían organizados y fuertes en medio de las palpitaciones de un pueblo que venía buscando trabajosamente los métodos de vivir en libertad.

Era necesario oponer un dique a la ola que se desbordaba y los fugitivos de la *Jesús, María y José* por ese fenómeno de concentración que en las tribulaciones deja

vivos solamente los recuerdos dolorosos, comentaban los días de pavor en los cuales el coronel Simón Bolívar se vió obligado a arrojar de un púlpito improvisado en la plaza mayor a un fraile reaccionario; con la espada en alto, símbolo de los esfuerzos redentores del futuro, Bolívar contuvo a la muchedumbre, abriéndole los verdaderos horizontes de los hombres de trabajo; fueron sus viriles antepasados eúscaros los que hablaron por su boca cuando dijo: *"Si la naturaleza conspira con el despotismo lucharemos contra ella y la haremos qué nos obedezca"*.

La espada que contenía el motín popular volvió al cinto y, en la calma restablecida, Bolívar organizó el entierro de los muertos, los auxilios de los heridos y los socorros de todo género para la población; pero esto no bastaba, era preciso cortar las cabezas de la hidra reaccionaria que amenazaba fundamentalmente la tranquilidad pública.

El gobierno invitó al Arzobispo de Caracas a dictar una pastoral que devolviera el reposo a los ciudadanos y que les invitara a reanudar las labores reconstructivas que tanto necesitaba la República. El poder ejecutivo se mostraba nervioso, reiterando estas peticiones al Ilmo. y Rvdmo. Dr. Narciso Coll y Prat en dos notas seguidas del 4 y del 5 de Abril. (7)

El Arzobispo ganaba tiempo y sólo el 10 de Abril respondía al gobierno federal, prometiendo una pastoral cuyas enseñanzas no tendrían el alcance pedido, a juzgar por el tono general de un ofrecimiento en que se hablaba sobre todo de la necesidad de hacer penitencia.

(7) Blanco y Azpurúa.—Documento 654, párrafos II y III, página 615, tomo III.

Pasa un mes y el Arzobispo no cumple su promesa; el gobierno exige de nuevo su cooperación para mantener el orden público y Monseñor Coll y Prat, por nota de 10 de Mayo, fechada en una mansión de campo de los alrededores de Caracas, se excusa por el banal pretexto de la salud quebrantada. Por fin, el 8 de Junio envía el Arzobispo un documento inaceptable y el gobierno debió agotar sus esfuerzos para obtener una transacción, pues devolvió la pastoral sólo quince días después con una nota altiva que decía: "*Ilustrísimo señor: No siendo la pastoral que vuestra Señoría Ilustrísima ha remitido, el documento que desea y ha pedido el gobierno, éste ha acordado hacérselo así presente, mandando archivarle por antipolítico y prohibiendo absolutamente su circulación*". (8)

La falta de sinceridad del jefe de la Iglesia venezolana era evidente y adquirió singular relieve en breve tiempo cuando, tras el desastre final de la primera República, dictaba una pastoral en 1º de Agosto de 1812 en que decía a los fieles: "*Después que habéis experimentando los horrores de la guerra, los temblores de la tierra, la ruina de vuestro edificios, la muerte de vuestros hijos, hermanos y amigos, las más sensibles privaciones, indigencia, hambre, enfermedades; no puedo menos que creer, que os hayáis perfectamente convencidos de la enormidad de vuestros pasados excesos y de que ellos han provocado la ira de Dios. Sí, creedme y no dudéis que las facciones, la revolución y la sangre eran la funesta herencia que preparábais a vuestros hijos. A vosotros toca aprovecharos del beneficio, emprendiendo la reforma de todas vuestras costumbres,*

(8) Blanco y Azpurúa.—Documento 654, párrafo XI, página 620, tomo III.

de modo que os déis mutuas pruebas de deferencias y de pronta, firme y constante obediencia a nuestro legítimo soberano el señor Don Fernando VII, a sus cortes y concejos de regencia, a todos y a cada uno de sus Ministros. (9)

VII

Entre tanto, la obra de propaganda progresaba abriendo el corazón de los pueblos y las puertas de las ciudades a la hueste de Monteverde que se apoderaba de Barquisimeto el 2 de Abril, llegaba a Cabudare 5 días después y se aprontaba a dominar los llanos mediante una expedición sobre Araure, en que triunfaría el capitán Mármol el 18 de Abril, y su propia marcha sobre San Carlos que le sería entregado por un traidor el 25 del mismo mes. Valencia se abandonaba al reconquistador español el 3 de Mayo y el jefe patriota Ustáriz tenía el dolor de plegarse no por falta de energías propias sino por las decepciones de sus tropas que hacían imposible la empresa de detener una avalancha que venía en alas del favor popular.

Los refuerzos continúan llegando de la madre patria y se dirigían por Coro, en auxilio de Monteverde, hacia Valencia y, por Maracaibo, a las órdenes de Ramón Correa, a posesionarse de Mérida y del territorio de los Andes. Tanto la simpatía por la causa de la reconquista como la rapidez de las operaciones del invasor

(9) Blanco y Azpurúa.—Documento 691, página 691, tomo III.

hacían posibles el envío de expediciones volantes, como llamaríamos hoy, que a las órdenes de Antoñanzas penetraban en los llanos, sometían a Calabozo, se internaban hasta San Juan de los Morros, y aún más lejos, amenazando las líneas patriotas por su retaguardia para reconcentrarse luego con celeridad en el cuartel general de Valencia. Estas invasiones llevaban por doquiera la desolación y la muerte como lo expresó Manuel Bonalde, individuo de las fuerzas de Monteverde, testigo ocular de los sucesos, que informa a la Regencia de Cádiz diciendo que: *"No sólo se había permitido el saqueo general de Carora sino que habían sufrido igual suerte las villas de Araure, San Carlos, Calabozo, pueblos de Aragua y la arruinada ciudad de Barquisimeto.* (10)

Ante la tempestad que se veía venir, el poder ejecutivo delegó todas sus facultades en el Generalísimo Miranda el día 26 de Abril. El Precursor concibió un plan defensivo en cuya práctica podría ganar tiempo para la reorganización y para el cual era preciso conservar a Valencia en la extremidad del lago de su nombre, llave a la vez de los caminos hacia Caracas y de los accesos hacia los llanos; desgraciadamente, la capital estaba en poder de Monteverde y su defensor patriota se había retirado a Guacara, a distancia de unos veinte kilómetros. El Generalísimo ordena la recuperación de Valencia y las tropas patriotas abandonan sus posesiones para ir en busca del enemigo; el contacto se produjo en Los Guayos, el 9 de Mayo de 1812, y su resultado fué un primer desastre para Miranda en vista de las deserciones que eran la mejor fuerza del enemigo.

---

(10) Blanco y Azpurúa.—Documento 653, párrafo II, página 613, tomo III.

Con la verdadera concepción de un estratega, modifica Miranda sus posiciones sin olvidar su objetivo: se atrinchera en Maracay el 12 de Mayo y fortifica el puerto de Guaica en el sur del lago de Valencia, manteniendo el contacto entre ambas plazas por medio de lanchas cañoneras; con estas medidas quedaba cerrado el paso del ejército realista hacia Caracas. Bolívar estaba en Puerto Cabello con el elemento y guarnición suficiente y Casas en La Guaira, cubriendo ambos estos puntos que eran bases para los aprovisionamientos del exterior y, además, puéstos de avanzada contra cualquiera sorpresa del invasor marítimo.

El Generalísimo debió tener plena fé en el éxito de su plan defensivo, pues se apresuró a enviar Misiones diplomáticas a los países amigos, Inglaterra, Estados Unidos y Nueva Granada, con el propósito de obtener la ayuda moral necesaria y los pertrechos que requería la enérgica continuación de la guerra contra España.

Para dar vida a este plan fué necesario un esfuerzo gigantesco. Bolívar, que estaba retirado en San Mateo, voló a Caracas desde las primeras noticias de la invasión de Monteverde y contribuyó a la organización del nuevo ejército, aceptando en seguida el comando de la plaza de Puerto Cabello. Es preciso convenir que la obra realizada fué enorme; aún temblaba la tierra con el terremoto de 26 de Marzo y ya se estaba en plena organización hasta entregar al Generalísimo Miranda tres divisiones con dos regimientos de línea a las órdenes del Coronel António José Urbina y del teniente coronel Domingo Mesa, las milicias de Barlovento mandadas por el coronel José Félix Ribas, el batallón de blancos bajo su jefe el comandante Adriano Blanco, el batallón del Sur con el coronel Antonio Alcover, el del Hatillo que co-

mandaba Manuel Escalona, los pardos guiados por el comandante Carlos Sánchez, los morenos del comandante Francisco de Paula Camacho y los zapadores del teniente coronel Béniz.

El coronel Manuel Cortés, con diez piezas de campaña, y los comandantes José Lazo y Antonio Solórzano, con dos escuadrones de caballería debían proteger en sus avances y asegurar los triunfos de estas huestes que eran superiores en número a las tropas de Monteverde. Entusiastas piquetes de agricultores y de extranjeros mandados por Francisco Tovar, José María Uztáriz y el coronel Ducayla se agregaron a la expedición sin que sus esfuerzos unidos al empuje de los jefes de las tropas regulares lograran contener las deserciones que precipitaron a Miranda en su retirada desde Los Guayos a sus trincheras de Maracay y de Guaica el 12 de Mayo.

Monteverde le ataca sin éxito en Guaica el 19 y se posesiona de las alturas que circundan el lago de Valencia, renueva sus presiones el 12 de Julio y Miranda evacua a Maracay el mismo día para retirarse al pueblo de La Victoria, a cuyas puertas se presenta el incansable Monteverde 8 días después. Dos sangrientas derrotas sufrieron allí los españoles y su desconcierto habría sido total si el Generalísimo Miranda, con más confianza en las tropas ya probadas, hubiera aniquilado a Monteverde en su fuga a San Mateo.

Vacilar es perdernos, había dicho Bolívar y aún recordaría este aforismo que caracteriza su temperamento cuando amenazado por la traición, en su fortaleza de Puerto Cabello, pedía socorros a Miranda. Se vaciló ante los triunfos de La Victoria y no se auxilió al defensor de Puerto Cabello por error, por mala concepción o

por influencias de esas circunstancias mínimas que obran como la voz que suena en la montaña y precipita una avalancha; desgracia, error o traición, tal debió ser el tema de las conversaciones de los viajeros de la *Jesús, María y José,* y principalmente de Bolívar y de Ribas, actores importante en el sitio de Puerto Cabello el primero y en la breve campaña de Valencia a San Mateo el segundo.

Bolívar perdía la plaza fuerte que era la llave del centro venezolano el 6 de Julio de 1812. El Generalísimo Miranda capitulaba en San Mateo el 25 del mismo mes: cien días había durado su poder y en sus manos agonizaba la primera de estas jóvenes repúblicas cuyo alumbramiento fuera la preocupación constante de su vida de aventuras internacionales.

VIII

¿Quién era el responsable del desastre? Aquellos hombres jóvenes, animosos, que habían ofrendado hogar y fortuna en los altares de la Patria buscaban un culpable con la misma impresión con que los viajeros de un buque en peligro se amotinan contra el capitán en las angustias de un naufragio, motín casi siempre injusto, pues son raros los casos en que las naves se hunden por impericia. Los barcos se destrozan porque el temporal es más fuerte que ellos y tal era en 1812 la situación de Venezuela; la nueva nación era una estructura muy débil para dominar la mar embravecida por los vientos de pasiones que soplaban en todos sentidos.

La creación de una entidad, con independencias efectivas debía tener como base una nacionalidad ya hecha, una conciencia común que fuera el fruto natural de la compenetración de intereses y de la analogía de ideales de una gran mayoría de la población. Semejante estado de cosas no existía en la colonia española de Costa Firme. Los indios de raza pura, poco más de cien mil almas, no eran factores apropiados para un movimiento de esta naturaleza y en cuanto a los esclavos negros, unos sesenta mil en número redondo, no eran capaces de moverse a impulso de una idea, sólo las pasiones simples, como el odio o el amor, podrían llevarlos a una lucha y ésta siempre en favor de *alguien*, no de *algo*. (11)

La masa de la población venezolana, cerca de la mitad del total; la formaban 400 mil mestizos de todas las razas, verdadera paleta en que se habían revuelto en los matices más diversos los tintes cobrizos del indio, el ébano del negro y las variedades mismas del caucasiano español rubio como el vándalo, trigueño como los marinos del Mediterráneo o bronceado como el moro. Esta masa, en general, no era penetrable por los ideales de la independencia, cuyas ventajas no podía apreciar falta de todo conocimiento cívico; la gran influencia en este medio era la de la única instrucción que poseía, la enseñanza religiosa de los curas y misioneros diseminados en ellas y que tenían su verdadera dirección. Sobre esta casta se alzaban los criollos de origen español puro cuya uniformidad era más aparente que real; serían doscientos mil los venezolanos españoles, y entre ellos había sangre de todas las provincias, de Galicia a Casti-

(11) Datos del libro "Cesarismo Democrático" del prominente sociólogo venezolano don Laureano Vallenilla Lanz.

lla, de Navarra a Andalucía, marcándose diferenciaciones que debieron ser profundas a juzgar por lo que acontece en estos propios días en el territorio mismo de la madre patria. La unión en torno de un ideal común era muy difícil y sólo podía pensarse en agrupaciones de intereses y estas mismas debieron ser débiles a causa de las grandes distancias de los centros poblados y de la masa tan pequeña de las riquezas individuales. En este orden de ideas era nautral que los elementos más vecinos y más ricos se congregaran con relativa facilidad, atracción incrementada por las reuniones sociales frecuentes y las lecturas de los mismos libros que van uniendo los corazones y los cerebros como en una red de afecciones y de pensamientos comunes.

Este núcleo social, independiente, rico e ilustrado debió ser muy débil en la colonia de Costa Firme; eran tal vez diez o doce mil personas, lo que importa colocarlas en equilibrio con un número igual de españoles nacidos en la Península o en las Islas y que se encontraban diseminados en todas las esferas de la actividad venezolana. Entre estos dos grupos había de trabarse la lucha para formar la nacionalidad y es fuera de duda que, si la dirección peninsular hubiera tenido otros métodos de gobierno que no fueran la comprensión de los espíritus dentro de las censuras inquisitoriales, la emancipación de Venezuela se habría desarrollado en forma muy diversa, sin efusión de sangre y sin desligarse totalmente de la metrópoli. Hombres hubo en todas las colonias que desearon realizar esta evolución que había transformado el imperio de Isabel la Católica en la más próspera federación internacional; pero sus ideales no fueron apreciados ni en la metrópoli ni en las colonias, frustándose el procedimiento organizado de transforma-

ciones para degenerar en guerras sangrientas, a causa del mísero estado de instrucción en que estaban estos pueblos.

La semilla que los maestros no habían derramado en las almas, la lanzarían los guerreros en los surcos abiertos de las trincheras para regarla con sangre de los pueblos; la ansiada libertad, el privilegio natural que reclama el progreso, pudo engendrarse a la luz de la idea y al arrullo de la mutua inteligencia, pero quiso el destino de estos pueblos que ella naciera al fulgor de las espadas y en medio del tronar de los cañones.

Los fletadores de la *Jesús, María y José,* en su largo y penoso viaje de La Guaira a Curazao, midieron la magnitud entera del problema cuya solución esbozaron y debió embargarles la más amarga decepción. La Patria que desearon formar era una creación de sus fantasías, espectro que sus manos no alcanzaron a tocar, algo así como una nebulosa que en vez de condensarse en el núcleo brillante de un astro nuevo se dislocaba como simple materia cósmica.

Allí quedaba el objeto de sus ilusiones, sepultado en los escombros de un terremoto, manchado con la sangre de las batallas y sin más rumores que los lamentos de las madres, de las viudas, de las hijas, de las hermanas que lloraban en la miseria a los primeros mártires de la libertad venezolana. Allí quedaba el pueblo que soñaron libre comprimido materialmente por las fuerzas del nuevo conquistador Monteverde y entre las rejas espirituales de una enseñanza religiosa mal orientada.

¡No había nada qué hacer! Por esto pensó el jefe de nuestros fugitivos, el coronel Simón Bolívar, llevar la fuerza de su espíritu al país que entonces aparecía como asilo de la libertad, a Inglaterra, mas, en el mo-

mento definitivo, él y los suyos meditaron en sus propias responsabilidades y buscaron mejor camino.

Sin hogar en su niñez, roto el nido de amor de su mocedad, abandonada por la Patria la pasión fundamental de su vida en París, muerta al nacer esa Patria que pensó fundar y a la cual hiciera la ofrenda entera de su vida, Bolívar vió el cuadro de otras decepciones como la suya, de otros corazones que sangraban como el suyo, de otros ojos preñados de lágrimas y oscurecidos por el desaliento como los suyos, vió a sus compañeros en las cárceles de Monteverde o reconstruyendo afanosamente sus ranchos incendiados y, midiendo la responsabilidad propia, se alzó sobre la miseria de dolor hasta la altura de su deber.

¡No había nada qué hacer! Esto no era cierto. *¡Todo estaba por hacer!* Era este un pensamiento más apropiado y la nueva empresa sería más fácil que la primera; la simiente de la libertad germinaría sobre la tierra removida de las batallas y llegaría el momento de cuidarla para que no abortara de nuevo en desarrollos prematuros de los cuales Bolívar se sentía responsable.

El instante de la decepción había pasado y Bolívar volvió a ser el hombre que tan intensamente comprendiera su prima Fanny, baronesa du Villars, cuando le recordaba "*su genio que las circunstancias han aumentado*" en aquella carta que antes citamos y que es una obra maestra porque es la expresión espontánea del nobilísimo amor que inspiró esas frases en las cuales, sí hay los recuerdos de las exquisitas sensibilidades de labios que respiraron juntos, hay también un profundo misticismo y una abnegación sin límites en palabras que serían dignas de Santa Teresa y por sobre todo, hay el conocimiento perfecto del sér amado, de aquel genio a quien

las *circunstancias* darían cada día nuevos y nuevos vigores. La amante, que le sedujo con sus encantos físicos y que dominó y perduró porque el amor encendiera a la vez sus pupilas y su cerebro, se anticipó al juicio de la historia y la palabra *circunstancias* es evocativa de la comprensión cabal de cada posición, del examen que Bolívar haría constantemente de las situaciones que le iba creando su destino a fin de obtener de ellas el mejor resultado para lograr los ideales que llevaba en su alma y que había confiado a su prima hacía largos años en sus entrevistas en París.

En conformidad a este juicio, Bolívar ha debido contemplarse, a la vez, fugitivo de Puerto Cabello en el bergantín *Celoso* y alumbrando con una lámpara de cárcel la faz robusta del Generalísimo Miranda a quien entregara prisionero en manos de los agentes de Monteverde. Ahora, él huía y el Precursor era una fuerza aniquilada, y ambos actos eran iniciativas suyas y, por ende, su propia enorme responsabilidad que le ligaba a otros seres y a su conciencia misma.

El Coronel Bolívar, al pisar la tierra curazoleña el 2 de Setiembre de 1812, tras siete días de un viaje de tormentas en el mar y de tempestades en el espíritu, pasaba de las violencias del reproche, a las amarguras de la decepción y, finalmente, al sentimiento de la responsabilidad y, alzándose sobre el rollo de cuerdas de la *Jesús, María y José*, debió decir a sus compañeros, esbozando un nuevo programa, *vacilar es perdernos.*

CAPITULO SEGUNDO

LA RESPONSABILIDAD

I.—Primeras tentativas de Miranda.—II.—Bolívar hace volver a Miranda.—III.—Auxilio de Bolívar a la acción de Miranda; primeros desacuerdos.—IV.—Bolívar en Puerto Cabello.—V.—La campaña del Precursor.—VI.—La prisión de Miranda.

I

Pocos sitios hay en el mundo que inspiren mayor tristeza que la isla de Curazao; es tal la desolación de esa tierra, que el viajero se siente empequeñecido hasta la miseria misma de esos valles áridos encerrados entre paredes de arcilla roja y sin más vegetación, de cuando en cuando, que algunas mimosas enanas, que rasgan la tierra con sus espinas.

Tal es la impresión de Curazao en pleno siglo XX, en medio del progreso de una colonia holandesa que ha construido muelles, edificado una ciudad casi pintoresca y embellecido algún rincón apropiado con quintas que sombrean los cocoteros; pero, en cuanto se pierden

de vista estos esfuerzos de la civilización moderna, y se penetra en esas arideces horribles, parece que en un instante hubiéramos sido trasportados, como en los cuentos de hadas, al país deseado por los dioses para la meditación, a la tierra ideal de los anacoretas. Sin ninguno de los adelantos que la paciencia del comerciante holandés ha logrado en un siglo, el Curazao de 1812, en los días del desembarco de los pasajeros de la *Jesús, María y José,* no podía ofrecer atenuación alguna al sentimento de pesadumbre que provoca esta mole roja azotada por el mar y, tras la penosa travesía, el Coronel Bolívar debió sentirse en una cárcel casi tan dura como las prisiones de La Guaira, en las que dejaba encerrado al Generalísimo Miranda, su ídolo en otros tiempos, su amigo más tarde, su rival en seguida, y finalmente, el enemigo sobre el cual precipitara la desgracia definitiva de su vida.

Miranda y Bolívar eran de esas naturalezas robustas, capaces de todas las pasiones humanas, y como quiera que, al propio tiempo, fueran espíritus nobilísimos, se había de adueñar de ellos el más alto y el más altruista de los sentimientos que bullían en sus almas: la libertad de los pueblos, doctrina que venía conquistando los cerebros desde la propaganda filosófica del siglo XVIII y que penetraba en los corazones con los himnos de triunfo de la revolución francesa que levantaba un trono para un soldado salido del pueblo, que se había mostrado capaz de organizar las reivindicaciones en el fuero interno y que, bajo las apariencias de la tiranía de la espada, iba a conquistar en Europa, más que un Imperio para la Francia, innumerables naciones para la idea democrática nacida en suelo francés y cultivada por el pueblo francés.

Miranda había perseguido su programa con sus medios propios de acción en las cortes europeas y ante el gobierno de Estados Unidos cuyos accesos le eran facilitados por su posición de general francés, a la cual se había elevado por sus talentos el criollo venezolano que abandonara la tierra natal en el albor de su juventud, herido en el alma por las dificultades que encontrara su padre para obtener el reconocimiento de las cualidades nobiliarias que le abrían paso hacia los comandos de las milicias coloniales. Concibió variadísimos planes para la emancipación del Continente y no le arredraban los fracasos; a cada negociación abortada correspondía un avance en el terreno de la necesidad imperiosa de emancipar las colonias de América a fin de quitar esta inmensa base a la reacción europea que luchaba a la desesperada con los que estaban organizando el nuevo sistema de gobierno autónomo de los pueblos. Infatigable en sus propósitos, Francisco Miranda no se contentaba con preparar estas presiones externas para aniquilar el poderío español, organizaba también focos interiores de propaganda y acumulaba energías en las manos de los afiliados a la vasta sociedad secreta que contó en su seno a todos los grandes hombres de la revolución emancipadora. Estas fuerzas necesitaban un punto de apoyo para obrar en el momento oportuno y Miranda, con clara visión política, lo fijó en los cabildos de las grandes ciudades americanas, centros administrativos en los que el elemento criollo tenía, o podía alcanzar, influencias efectivas. La obra de Miranda era verdaderamente herculeana, la plataforma por él construida debía ser indestructible, aunque los primeros muros elevados sobre ella se derrumbaran sepultando al propio artífice.

Bolívar había llegado al amor supremo de la libertad por vías diferentes de las que siguiera Miranda; colocado por su nacimiento y por su fortuna entre los primeros de la sociedad venezolana, deseaba instintivamente mayor participación en la dirección de la colonia y no debía satisfacerse con los títulos de oficial en las milicias del rey, lazos de oropel con los que el gobierno de la metrópoli ataba a su carro a los súbditos americanos que pudieran rivalizar en influencia con los propios funcionarios españoles. La educación que recibiera y sobre todo la experiencia que adquirió en Europa y el ejemplo de Miranda, dieron mayor vuelo a estas tendencias del joven criollo y elevó su espíritu desde el círculo casi egoísta de la intervención en los negocios de la colonia, hasta la concepción más alta de la independencia venezolana y, gradualmente, hasta la libertad de todos los pueblos americanos y su perfecta armonía, gravitando en un sistema propio que fuera garantía de la paz del mundo.

Por temperamento, también por influencia del clima en que naciera, estas primeras impresiones de Bolívar tuvieron más de romanticismo, de apasionamiento por un ensueño que de propósito decidido de entrar en acción. Mientras Miranda organizaba expediciones, él confiaba sus ansias de libertad y sus vistas para el futuro al oído de su amada Fanny du Villars, según ella misma nos lo recuerda en su admirable carta al Libertador. *"Creo haber merecido, le dice, todos los sentimientos que a usted inspiré, por la pureza y sinceridad de los míos. Con orgullo recuerdo sus confidencias respecto a sus proyectos para el porvenir, la sublimidad de sus pensamientos, y su exaltación por la libertad..*

Yo valía algo en aquel tiempo, puesto que usted me encontró digna de guardar su secreto". (1)

En medio de estas ansias por la libertad, el joven Bolívar olvidaba la acción y recorría la Italia, volvía a París, visitaba a los Países Bajos, se empapaba en las prácticas del gobierno democrático de los Estados Unidos y sólo en Febrero de 1807 llegaba a La Guaira. Entre tanto Miranda, hombre de acción y cuya edad avanzaba sin llegar a ver la aurora de la libertad americana, había pasado ya los cincuenta años, se agitaba preparando expediciones arriesgadas y, por fin, lograba equipar una escuadrilla de tres barquichuelos, *Leander, Bacchus* y *Bee*, el primero de los cuales, que era el mayor, desplazaba apenas 200 toneladas. Los elementos con que Miranda pretendía libertar a las Américas eran inferiores a los que tuvo Colón para conquistar éstas para la diadema de la reina castellana.

Llevaba el buque insignia sólo 18 cañones y en sus bodegas se acumulaban lanzas y fusiles para 300 hombres y 40 piezas de artillería de campaña; con estos elementos debía romper la línea de navíos españoles que cruzaban la costa y silenciar las 150 bocas de fuego de los fuertes de Guayana, Cumaná, La Guaira, Puerto Cabello y Maracaibo. Había un solo punto vulnerable, el abrigado puertecillo de Ocumare y lo eligió Miranda para hacer su desembarque el 15 de Mayo de 1806. El plan estaba bien concebido; treparía por el delicioso valle tropical hasta las alturas que hoy se llaman Rancho Grande, aumentaría su pequeño contingente con el auxilio de las poblaciones que por primera vez saludaban la bandera tricolor de la libertad que traía Miran-

(1) O'Leary.—Correspondencias. XII, 293.

da, haría funcionar la imprenta de a bordo para diseminar la fausta nueva en la patria redimida y caería sobre Maracay para abrirse camino fácil a Caracas y preparar una marcha triunfal hacia Valencia y el Occidente.

El destino siniestro del Precursor había dispuesto las cosas de otro modo: los navíos reales *Argos* y *Celoso* le sorprenden en pleno desembarco, se apoderan de dos goletas y de sus tripulantes y el *Leander* se escapa aligerándose para su fuga de todo su material de guerra. Los 57 tripulantes apresados fueron conducidos a las bóvedas de Puerto Cabello y juzgados por una corte marcial que envió 4 de ellos a las cárceles de Cartagena después de haberlos obligados a hacer un saludo funeral a las cabezas cortadas de los diez compañeros que tiñeron con su sangre el pendón de la República en el crepúsculo matutino de su despertar.

No desmaya Miranda y ahora acude a las Antillas inglesas, donde encontró apoyo en el almirante Cochrane, y pudo alistar una nueva expedición, siempre capitaneada por el *Leander*, y compuesta de 4 barcos de guerra adicionales, 4 trasportes y una barca con víveres. Artillaban su escuadra 64 cañones y llevaba 600 hombres de desembarque con los cuales pensaba posesionarse de la isla de Margarita que le serviría de base para sus operaciones marítimas.

El gobierno colonial temblaba ante un nuevo ataque de Miranda y se preparaba a resistirlo en tierra, organizando milicias, y en el mar, solicitando el auxilio de la escuadrilla francesa de Guadalupe. El corsario *Austerlitz* alcanza a uno de los buquecillos de Miranda, el *Prevost*, frente a Cumaná, le toma al abordaje y la expedición revolucionaria elige como nuevo punto de apoyo el puerto de la Vela de Coro. El 2 de Agosto de

1806 efectúa Miranda un feliz desembarco en esta rada, hace penetrar patrullas hacia el interior. Casi todas ellas al mando de oficiales extranjeros, y sólo encuentra indiferencia en unos pocos, hostilidad en casi todos.

¡Venezuela estaba por España y repudiaba a los libertadores! Con una inmensa amargura saboreó Miranda su desengaño y se reembarcó el 13 de Agosto. Corrió su flotilla las rudas tormentas del Caribe, se dispersó en diferentes islas y los que meses antes fueran tratados con los honores de quienes iban a redimir un Continente, eran hoy escarnecidos y befados. A pesar de esto, aquel carácter pertinaz como la raíz que entra en la tierra, aquella voluntad robusta como el tronco gigantesco que se alza sobre ella en las selvas tropicales, no cedía y procuraba equipar nuevas expediciones y bastaban estas agitaciones para que el poderío colonial, temeroso del éxito, organizara los ejércitos españoles de Costa Firme, reforzara y amunicionara los fuertes y estrechara las vigilancias costaneras.

Miranda era como un águila inmensa que rodaba a todas horas por las costas venezolanas, buscando la roca natal para hacer un nido a la libertad y dispuesto a destrozar las cadenas que oprimían a sus hermanos; así le preciaban los funcionarios españoles de todo orden y lanzaban contra él anatema tras anatema, alejándole cada día más de aquellos corazones que quería conquistar para el sentimiento de la patria.

Entre tanto, las energías de Miranda desfallecían y, en Abril de 1807, vendía en Trinidad el barquichuelo *Leander,* la nave almirante de sus dos expediciones desalentadoras, y regresaba a Europa casi al mismo tiempo que Bolívar volvía al seno de los suyos con el ánimo decidido de auxiliarle en sus generosas tentativas. Las

fuerzas que estos hombres representaban no habían podido sumarse y Bolívar llegaba tarde a sublevar a los pueblos del interior para acudir en auxilio de Miranda en la rada de Ocumare o en el puerto de Coro y, tal vez, en aquellas desoladas playas curazoleñas se reprochó el haber perdido demasiado tiempo en Europa, en meras contemplaciones, en vez de acudir en auxilio de Miranda a la primera noticia de sus expediciones libertadoras.

II

El recuerdo de estas tentativas del *Precursor*, que se atrevió solo a desafiar el poder de España, y el de sus fracasos, que debían atribuirse a la falta de cooperaciones venezolanas, movieron a Bolívar a procurarse a toda costa el consejo y el auxilio personal de este hombre a quien veía con proporciones de gigante en la intriga internacional y con magníficas actitudes de héroe en sus intentos de penetración en el suelo americano con el estandarte de la libertad, como antes penetrara en él Colón con la cruz de Cristo y la enseña castellana.

La ocasión de hacer esta conquista se le presentó cuando la Junta de Gobierno, creada en 1810, le designó para una misión diplomática en Inglaterra, en compañía de López Méndez y de Bello. Era Bolívar, a los 27 años, el jefe de la primera embajada sud-americana que trataba con las cortes europeas y es preciso acentuar que en estas labores puso el sello propio de su ca-

rácter y marcó los rumbos que ya se tenía trazados, dominando por la altura de sus miras a los dos compañeros que le diera el extraño gobierno creado en 19 de Abril de 1810, corporación de hombres saturados de recelos mutuos y en cuyo seno los independientes de verdad se enmascaraban con la adhesión a Fernando VII y los españolizantes, si se nos permitiere la expresión, se cubrían con la careta de la autonomía local.

El diputado de Caracas, como se le llamaba en su país, el embajador de Sud-América, como decía la prensa londinense, recibió instrucciones precisas y terminantes respecto a su política con el gobierno inglés y muy especialmente definidas para sus relaciones con Miranda. Hay escritores que pretenden que Bolívar jamás leyó estas instrucciones que se le confiaron y que se apartó de ellas por este motivo; nosotros no podemos aceptar semejante información y esto por una consideración simplemente humana, a saber la incongruencia evidente entre la importancia de la cuestión confiada a un joven de 27 años y el desinterés que mostrara este personaje por imponerse de los documentos que se le confiaban. Si fuera efectivo, como muchos lo aseguran, que Bolívar no leyó los pliegos que recibiera, no queda sino una hipótesis, la de que conocía su contenido y que, teniendo un criterio propio, estaba dispuesto a obrar por su cuenta. Esto es muy verosímil, pues dado el conocimiento de la situación de ambos mundos que pudo adquirir Bolívar en sus viajes a Europa, se encontraba en situación de juzgar mejor que sus mandantes y de encaminar su acción hacia objetivos más definidos que los acariciados por los espíritus timoratos que aparecían como simples contemporizadores entre el viejo régimen y la nueva éra que él se proponía fundar.

4

Iniciar negociaciones en nombre de Fernando VII y eliminar a Miranda, eran los puntos culminantes de las instrucciones de Bolívar y no cumplió ni lo uno ni lo otro, pues, desde su llegada a Londres, el joven diplomático buscó el auxilio y la cooperación de Miranda, veladamente al comienzo, con ruidosa ostentación en seguida, en cuanto lo juzgó favorable para sus intenciones.

En 17 de Julio de 1810, Bolívar y sus compañeros entregaban sus credenciales y aún sus instrucciones al Ministro británico de Relaciones Exteriores, el Marqués de Wellesley, en su residencia de campo, a fin de no dar un sello oficial a esta entrevista con los representantes de un gobierno de hecho en rebelión contra España, aliada de Inglaterra. En la carta de la Junta de Caracas, llena de vaguedades y escrita en el ampuloso estilo de la época, la frase más precisa que encontramos dice: *"El voto unánime de Caracas ha sido llamar la atención de los americanos hacia el peligro que los amenaza;... y especialmente mantener la integridad de estos dominios para el soberano a quien hemos jurado fidelidad. Hé aquí los deberes que la Junta Gubernativa de esta localidad se impone y que serán invariablemente el objetivo de sus deliberaciones y procederes. Al llenar parte de estos deberes, el Gobierno de Caracas ha considerado indispensable y necesario manifestar a V. M. su sincera disposición a cooperar por todos medios al bien general, a someterse al resultado que dé el libre sufragio en todas las localidades de la nación española que se liberten de la usurpación de Francia y también apoyen un sistema imparcial de fraternidad y confederación".* (2)

(2) O'Leary.—Narración. Tomo I, página 31.

En las últimas palabras hay como un indicio de la idea de libertad, insinuación débil que bastó a Bolívar para hablar al Marqués de Wellesley ardorosamente en favor de la independencia venezolana, sugestionado sin duda por Miranda que había recibido en ese día el juramento del joven diplomático como miembro, en el más alto grado, de la Gran Logia Americana. Las necesidades de la política inglesa en Europa, por una parte, y la certidumbre de la continuidad en el movimiento de emancipación americana que tenía el gabinete de Wellesley, por otra, dictaron resoluciones en que se contemplaban, a la vez, los intereses del aliado español y las expectativas venezolanas; pero esta solución a medias no podía satisfacer a Bolívar y buscó con ardor la manera de exhibir su deseo de independencia y de convertirlo en una hermosa realidad.

Llevó su primer propósito con la más amplia publicidad de su afecto por Miranda, cuya cabeza había puesto a precio el Capitán General de Venezuela y contra quien solicitaba medidas de rigor el embajador español en Londres. En todas partes se les veía juntos y Bolívar se hizo retratar en el concurrido taller del pintor a la moda, Charles Gill, ostentando una medalla que llevaba como inscripción uno de los lemas favoritos de Miranda *"Sin libertad no hay patria"*. Además, insistía con el hombre en que había puesto su admiración, y a quien creía indispensable para la causa de la independencia, para que arreglara sus negocios en Europa y se trasladara a Venezuela sin pérdida de tiempo.

La Junta caraqueña recordaba a Bolívar para su instrucción que *"Miranda, el general que fué de la Francia, maquinó contra los derechos de la monarquía que tratamos de conservar, y el gobierno de Caracas, por las*

tentativas que practicó contra esta provincia en el año 1806 por la costa de Ocumare y por Coro, ofreció 30.000 pesos por su cabeza. Nosotros consecuentes con nuestra conducta debemos mirarlo como rebelado contra Fernando VII y bajo de esta inteligencia si estuviera en Londres, o en otra parte de las escalas o recaladas de los comisionados de este nuevo gobierno, y si se acercase a ellos sabrán tratarlo como corresponde a estos principios y a la inmunidad del territorio en que se hallase: y si su actual situación pudiere contribuir de algún modo que sea decente a la comisión no será menospreciado". (3)

Miranda podía ayudarles para el éxito de su misión diplomática y nada más; la Junta no deseaba la intervención en sus negocios de un personaje perturbador y Bolívar tomaba sobre sí una enorme responsabilidad decidiendo a Miranda a tomar participación directa en la organización de su patria liberada.

En realidad, la Junta tenía razón, el campo más apropiado para las energías del Padre de la libertad americana estaba en la diplomacia europea, en el ambiente de la política de bastidores que tan bien conocía y de la cual le era dado obtener resultados favorables para la causa. Colocada en las relativas humildades de la colonia, su figura resultaría excesiva, aplastadora y por la natural reacción del medio y de la fuerza que en él actúa, Miranda se sentiría inclinado al mando y al desprecio y sus conciudadanos le replicarían con la desconfianza y la hostilidad sorda.

---

(3) Instrucciones a los Comisionados de Caracas por Juan Germán Roscio, secretario de Estado de la Junta de Caracas.

Encontramos en una carta de Roscio, publicada por don Miguel Luis Amunátegui en su *"Vida de don Andrés Bello"*, algunos párrafos que caracterizaban la situación de Miranda. "Fué recibido, dice Roscio a Bello, "que se encontraba en Londres, con las aclamaciones y "obsequios que ya Ud. habrá leído en nuestras Gace- "tas. Fué condecorado con el grado y sueldo de tenien- "te-general; y recibió otros obsequios que no exigían "especificarse en los periódicos. Se quemaron todos los "papeles actuados por el anterior gobierno español con- "tra su conducta pública y privada; y en su lugar, se "sustituyeron las providencias honoríficas que conde- "naban al olvido y exterminio semejantes documentos.

"Pero, en ninguno de nuestros periódicos habrá "Ud. leído, ni leerá siquiera una acción de gracias por "estos beneficios, porque el beneficiado no ha producido "ningún rasgo de la gratitud que inspira el derecho na- "tural...

"La táctica política de este anciano es muy des- "graciada. No supo disimular su genio, ni aprovecharse "de las favorables impresiones que esparcimos para "zanjarle el camino. Un isleño que lo recibió en La "Guaira y lo acompañó hasta Caracas, le notó luégo que "hablaba mal del Gobierno de los Estados Unidos y "que en el tránsito de La Venta y de otros puntos que "exigían mejoras y reparos, se jactaba de que él todo "lo compondrá como si ya tuviese en su mano el timón "de la nueva República de Venezuela.

"Muchos también le notaron que, en ninguno de "los brindis que recibió en los banquetes con expresio- "nes demasiados honoríficas, hiperbólicas y excesivas, "jamás contestó una palabra ni correspondió con la co- "pa, oía y pasaba todos los brindis con mucha satisfac-

"ción, como si todos fueran inferiores a su mérito. "Aquellas expresiones que, en semejantes casos, dictan "la buena educación, la modestia y decencia, nunca salie- "ron de su boca".

El círculo de relaciones sociales de Bolívar, leal con el hombre a quien había arrastrado a un medio que no le cuadraba, era el refugio de Miranda, según lo atestigua la propia carta de Roscio que venimos citando.

"Miranda, dice, fué miembro de esta corporación "(la Sociedad Patriótica), desde sus principios; pero, "propuesto para presidente de ella en el mes de Mayo, "no tuvo votos ni para vicepresidente. Mas, los periódi- "cos de Santa Fe, y la venida de los Ribas y el hallarse "cultivando la opinión de los pardos, van reparando "algo sus quiebras; y le trajeron la presidencia de aquel "velorio patriótico, o jugadores de gobierno, semejantes "a los muchachos que recuerdan las juras, los avances, "los ensayos militares, las maromas y volatines, los dia- "blitos y gigantes, las tarascas y otras funciones religio- "sas y profanas"...

"Vuelvo a Miranda para decir a Ud. que su actual "conducta trae la desconfianza de la mayor y más sana "parte del vecindario. Sus amigos más notables son los "Toros, los Ribas y los Bolívares. Diseminador de la "discordia y chismes, no da una paso de conciliación. "Trabaja incesantemente por calumniar y desacreditar a "los que no sufragaron por él. Procura escribir, y escri- "be sus cartas a los vecinos notables de la tierra aden- "tro, recomendando su persona, sus méritos y sus ser- "vicios". (4)

---

(4) Carta de Germán Roscio a D. Andrés Bello.—Miguel Amunátegui.—Vida de Don Andrés Bello. Página 98.

Durísimo es el juicio que sobre Miranda nos ha dejado este hombre que tanta influencia tuvo en la organización de la primera república venezolana y no encontramos otra atenuación a sus conceptos que aquella que pueda derivarse de una agriedad general de las expresiones de Roscio, acusadora de un carácter descontentadizo, casi díscolo y demasiado dispuesto a la censura. Así, refiriéndose al propio Bolívar le trata despectivamente y dice a Bello: "Considero que ya sabrá Ud. "la conducta de Bolívar con Onis. Este tunante engañó a aquel joven en Filadelfia y le comprometió a ser "mediador para que Caracas reconociese las cortes y "enviase sus diputados, por lo cual ha ido don Telésfo-"ro Orea o relevarlo". (5)

Roscio, que tan ampliamente condenaba a Miranda, no muestra gran benevolencia por Bolívar, el subalterno de su departamento administrativo que no había acatado sus instrucciones ante el Gobierno de Londres y que llegara hasta el extremo de traer a Miranda al país y es, así, comprensible que procura colocarle a los ojos de Bello como fracasado nuevamente en la diplomacia. Años más tarde, Roscio, en el ejercicio de iguales funciones ministeriales, había de escribir desde Angostura a su jefe, el Presidente Libertador: "Yo estoy tan lejos "de abandonar la causa, que si el exceso hubiera llegado "al extremo de separarme del empleo, habría tomado "luégo el camino del cuartel general de Ud. para que "me diese servicio militar en el ejército. Esta era mi re-"solución y me vanagloriaba a mis solas con este pensa-"miento". (6)

---

(5) Amunátegui, ut-supra.

(6) O'Leary.—Correspondencias. Tomo VIII. Pág. 478.

Hacemos este recuerdo para marcar el ascendiente que las abnegaciones por la causa de la patria iban conquistando a Bolívar en todos los ánimos, cariñosamente en unos, con resignación en otros, con pretextos airados y sordos en sus émulos, entre los cuales desgraciadamente, a nuestro juicio, se encontró Miranda que no comprendió el carácter del joven criollo y, temeroso de que le arrebatara una situación que él consideraba como que le era indiscutiblemente debida, no le guardó los miramientos que le correspondían a quien trasgredió sus instrucciones en servicio de su ideal y para enaltecerle, prodigándole en seguida toda clase de auxilios a su llegada a Caracas y colocándose francamente en la bandería que levantaba el general francés, un transplantado en la tierra que le vió nacer y por la cual sentía el desencanto propio de quien mide las pobrezas de la realidad con la vara inmensa de las ilusiones.

"Miranda no da un paso hacia la conciliación", decía Roscio; esta característica la llevaría al rompimiento definitivo con Bolívar y el aguilucho criollo volaría un día sobre el cielo del águila tan temida del gobierno español y con un feroz picotazo le precipitaría al fondo del abismo.

Allá en la playa curazoleña, Bolívar rememoraba sus responsabilidades como único autor del regreso de Miranda a Venezuela y escrutaba su conciencia para sincerarse de la parte que a él pudiera corresponderle en los éxitos y en los fracasos del Precursor y para dar su justo valor a su acción enérgica e irrevocable de entregar a los hierros del carcelero de Monteverde las manos que habían querido romper los grillos que entrababan a las colonias hispano-americanas.

III

Consecuente con su programa, Bolívar siguió prestando su más ardiente cooperación al general Miranda para la realización de sus planes, obrando con todo desinterés personal y sin otro objetivo que sus propios ideales, cuya realización dependería de los conocimientos y de la acción enérgica del hombre predestinado, a su juicio, para organizar de un modo eficaz la emancipación venezolana.

Combatía Miranda en el Congreso Constituyente en favor de la declaración inmediata de la independencia, que era la base indispensable para obtener el necesario auxilio de otras potencias en la lucha contra España, y Bolívar lleva el entusiasmo por Miranda hasta increpar a sus contradictores desde las galerías de la sala de sesiones, a las cuales concurría como simple espectador con un grupo de amigos de la Sociedad Patriótica que presidía Miranda, a fin de estimularle con sus aplausos.

En el seno de esta corporación, que tenía influencias efectivas en la opinión, a pesar del ridículo que de ella hace Roscio en su carta a Bello, llamándola *velorio patriótico*, Bolívar arranca, el 3 de Julio, víspera del aniversario de la independencia de Estados Unidos, un acuerdo para comunicar al Congreso los deseos de una franca declaración, en la forma de un discurso preparado por el Dr. Miguel Peña, que abundaba en los conceptos que expresaron Miranda, Yanes y otros próceres en las agitadas reuniones del Congreso. Al día siguiente,

los degelados de la Sociedad patriótica entregan su petición en sesión pública y luégo se deliberó en reunión secreta, acordándose pedir un dictamen al Ejecutivo, antes de continuar las discusiones.

Los mejores amigos de Bolívar sostenían a Miranda en el Congreso y entre ellos el prestigioso doctor don José Angel Alamo, en cuya casa habían tenido lugar las últims reuniones antes de la declaración de autonomía, 19 de Abril de 1810, y que ahora, desde su banco de diputado por Barquisimeto, iba a pronunciarse por la independencia efectiva. "El reglamento de elección con "que hemos sido constituido nos autoriza para todo lo "favorable a nuestros constituyentes, decía Alamo en "la sesión del 3 de julio de 1811. Nada puede serlo tan-"to como la independencia, por ella vamos a recobrar "enteramente nuestros derechos y todos los bienes irre-"parables de tan valiosa adquisición. Si estamos, pues, "autorizados como lo creo y sostengo, debemos no de-"tenernos en esta razón y, si no hay otras que la contra-"ríen, declarar desde luego nuestra absoluta indepen-"dencia".

Reabierta la sesión el 5 de Julio, Miranda apoyó calurosamente la opinión de la Junta que recomendaba la independencia inmediata, pues "difiriéndola, quizás "se aventuraría para siempre la suerte de la patria y, "declarándola, se destruiría de una vez la ambigüedad en "que estaba el país y se trastornarían los proyectos del "enemigo". (7) El Presidente Rodríguez Domínguez dió por agotados los debates y declaró solemnemente la independencia de Venezuela en medio de las aclamaciones de un público que solemnizaba esta victoria de las ideas de libertad.

(7) Gil Fortoul.—Tomo I, página 14.

Miranda triunfaba y a sus éxitos cooperaba Bolívar con todo el calor de sus 27 años y con toda la adhesión que le merecía un hombre a cuya suerte había ligado las mayores responsabilidades que le habían correspondido, hasta ese momento, en el servicio público. El Precursor, que miraba desde muy alto a la Sociedad venezolana y que, a causa de esta circunstancia, se rodeaba del elemento extranjero que viniera con él y no adquiría los contactos necesarios con los hombres públicos, se atribuía, con toda naturalidad, la parte más importante en todos estos éxitos y empeoraba su situación estimulando las hostilidades que le había manifestado el medio ambiente y privándose del conocimiento profundo de los personajes que pudieran servirle de cooperadores en los innumerables problemas que afectaban a la República. Algo había ganado Miranda en el concepto público, como lo atestigua Roscio en una carta dirigida a Don Andrés Bello el 31 de Julio de 1811: "Miranda, le dice, entró en el Congreso como diputado "de uno de los territorios capitulares de Barcelona; y "su conducta en este encargo le granjeó mejor concep- "to. Se portaba bien; y discurría súbitamente".

La declaración de la independencia apresuró los sordos trabajos de los agentes españoles que obraban sobre las masas populares dirigidas por los misioneros y Valencia se levantó en armas contra el gobierno independiente. La represión se imponía a la vez con vigor, a fin de extirpar el contagio de estos levantamientos, y con prudencia para no herir los sentimientos de la masa popular que obedecía ciegamente a los políticos del campanario más por inercia que por antipatías hacia la causa que se les llamaba a combatir y cuyas doctrinas no conocían. Marchó el ejército republicano, a las órdenes

del Marqués del Toro y de su hermano Fernando, a dominar la rebelión; después de ligeros fracasos se replegaron sobre Maracay y la Junta confió el mando de las tropas a Miranda que sumaba un éxito militar a sus triunfos políticos.

Bolívar deseó compartir en este caso las responsabilidades del nuevo general en jefe y, modestamente, en vez de solicitar un cargo en su plana mayor, pidió el mando de un regimiento. Miranda se lo negó sin atenuación alguna en la ofensa que hacía a su amigo leal de todas las ocasiones y hay quienes sostienen que intrigó para que Bolívar no tomara parte alguna en la expedición.

Tan extraña conducta no tiene sino dos explicaciones satisfactorias. En el círculo que rodeaba a Miranda, brindándole amistad, mantenían los españoles un buen número de espías que, conocedores de la influencia real de Bolívar y de sus aptitudes, obraban en contra de él en el ánimo del Precursor, privándole, así, de un auxiliar que había sido garantía de sus éxitos definitivos. Por otra parte, los oficiales extranjeros que vinieron con Miranda, o algunos de ellos, deben haber mirado con recelos al joven criollo que se presentaba como un rival indiscutible para sus propias carreras o, por lo menos, como un peligro para sus influencias si llegaba a imponerse en el ánimo de Miranda o a suplantarle en el mando.

Una tercera explicación habría aún y esta, a nuestro juicio, no es satisfactoria, pues se basaría en la mezquina pasión de la envidia que Bolívar hubiera despertado en el ánimo de Miranda. No creemos en este sentimiento tan bajo y nos inclinamos a pensar que el General no penetró jamás el alma de su joven amigo; al

verle en París, alegre, enamorado y vividor, le atribuyó un carácter simplemente ligero; más tarde, en su misión a Londres, se equivocó igualmente sobre la actitud del diplomático en quien creyó ver un instrumento de su propio juego, cuando, en realidad, Bolívar le buscaba por acto personalísimo e inspirado en sus propósitos de independizar a Venezuela. Con arreglo a esta idea, siguió tratando en Caracas a su joven amigo cuya actitud de continua cooperación le confiramaba en su opinión anterior.

En una síntesis de su examen, Miranda ha podido decirse, en el lenguaje de los políticos de hoy, *Bolívar es un hombre mío,* y como quiera que las consecuencias de esta idea concordaban con las intrigas de su propio círculo, no vaciló en sacrificar las ambiciones patrióticas de su amigo, negándole el comando de un batallón.

No se conformó con el rechazo el coronel de milicias, la ofensa quedó sin duda inscrita en su alma, mas como su amor patrio fuera superior a estas pasiones personales, Bolívar partió a la campaña de Valencia como ayudante del Marqués del Toro. Esta actitud nos hace recordar el gesto admirable de una religiosa que pedía limosna para sus pobres en las calles de Caracas; un hombre vulgar la injurió con cumplimientos soeces que se hacían más y más enérgicos ante la resignación de la hermana limosnera que, al fin, replicó con estas solas palabras: "Guardo para mí sus insultos; ahora deme su limosna para mis pobres". Y el hombre dió generosamente.

A este noble gesto de abnegación por su causa, agregó Bolívar su heróico comportamiento en el asalto de los fuertes que los valencianos habían improvisado

en el cuartel de los Mestizos y en el convento de San Francisco, mereciendo por esto y por sus constantes servicios que el propio Miranda le propusiera al Congreso para el empleo efectivo de Coronel. El general afirmaba su prestigio en los sacrificios de las personas cuyos méritos desconocía y esta misma circunstancia le enajenaba algunas voluntades, según se desprende de la carta de Roscio que hemos citado. "Miranda, dice, "salió a tomar el mando del Ejército contra Valencia y "manifestó el rigor de la disciplina militar. Por esto le "resultaron algunos mal contentos que lo vituperaban y "acusaban de ambición desmesurada. Otros le colma-"ban de elogios por su pericia militar".

Dominada la insurrección de Valencia, Miranda qusio llevar sus armas a Coro y Maracaibo para sofocar en esas regiones las tendencias anti-republicanas; pero no pudo llevar a cabo sus deseos pues la Junta de Gobierno se mostraba conciliadora a pesar del decreto que acaba de dictar, creando un tribunal para investigar los delitos de traición que provocaron el alzamiento de Valencia.

El decreto que lleva la firma del presidente Cristóbal de Mendoza, y fecha 10 de Agosto de 1811, reconoce que "es absolutamente necesario que se averi-"güen, verifiquen y castiguen los delitos de traición "contra la patria cometidos en la ciudad de Valencia "que han causado tantos males y dado tan pésimo ejem-"plo. Para facilitar la averiguación, calificación y cas-"tigo de los delincuentes, ha acordado S. A. se forme en "el cuartel general del ejército destinado contra la ciu-"dad de Valencia, una sala de justicia compuesta del "General en Jefe y de tres Ministros letrados que le "serán Don Juan Antonio Rodríguez Domínguez, don

"Francisco Yanes y don Nicolás Anzola. Será Presi-
"dente de esta sala el dicho General en Jefe". (8)

Después de sus éxitos en el Congreso y de sus triunfos militares, Miranda llegaba a la altísima función de reprimir los movimientos subversivos con la fuerza de la justicia y autorizado, según el decreto que citamos, para "conocer los delitos de traición y proceder contra
"sus actores, cómplices y complicados, sin excepción de
"persona, ni de fuero por privilegiado que sea, hasta
"pronunciar sentencia conforme a las leyes que riguen
"aún".

A la cabeza de una hueste victoriosa de más de 4.000 hombres y con las facultades que le daba esta resolución del Poder Ejecutivo, pudo Miranda acometer la Pacificación completa del país y haber afirmado, desde el primer momento, la independencia venezolana; no lo hizo, sin embargo, porque este hombre de tan extraordinarias energías no supo defenderse de los elementos que intrigaban constantemente en su círculo y que le arrastraban a sus propias interesadas soluciones de complacencias y debilidades.

Bolívar deseaba una política vigorosa, a la vez en la guerra y en las fiscalizaciones judiciales destinadas a demostrar a todos los descontentos que el nuevo gobierno tenía la firme resolución de consolidar el nuevo orden de cosas. El General Miranda se apartó de este programa; a instancias de algunos miembros del Poder Ejecuitvo decretaba el mismo la disolución del Ejército y la Corte Marcial que él presidía llenaba sus deberes con una debilidad excesiva, rayana en el abandono de sus funciones.

---

(8) Blanco y Azpurúa.—D. 593.—Pág. 206, tomo III.

Un nuevo alejamiento debió producirse entonces entre Bolívar y Miranda que se había dedicado de lleno a las sesiones del Congreso constituyente, dejando de mano lo que debió ser su preocupación preponderante. Mas, como ambas coincidieran en la idea principal de un gobierno central fuerte, Bolívar prestó a Miranda su más decidido concurso en la opinión sin que lograran derrotar a los partidarios del sistema federal que consultaba más las ambiciones personales que la estabilidad del nuevo régimen.

Mientras los patriotas malgastaban su tiempo en estas discusiones, remedando un poco a las Asambleas francesas, los jefes españoles se organizaban en la costa y el audaz Monteverde preparaba un golpe de muerte para la República recientemente constituida. A fines de Diciembre de 1811, en los momentos en que se sancionaba la constitución federal penosamente elaborada en largas discusiones, los realistas envolvían la Guayana y el Orinoco con expediciones que debían triunfar; y, al reunirse el primer Congreso de Valencia, de acuerdo con la Carta Fundamental, en Marzo de 1812, se desprendían de Coro y Maracaibo las huestes que, favorecidas por la propaganda anti-revolucionaria, abatirían el gobierno republicano, aterrorizando a sus adeptos por el incendio, el pillaje y la matanza.

De nuevo se confió el gobierno a Miranda, quien asumió esta vez la dictadura con el título de Generalísimo y de nuevo aceptó Bolívar el puésto que se le indicara para servir a su patria, aunque le creyera inferior a sus merecimientos y poco adecuado para utilizar sus capacidades. Miranda le confiaba la defensa de Puerto Cabello, lo que equivalió a encerrar en un fuerte al hombre que por sus influjos populares y por su conocimien-

to del país habría estado mejor a su lado, en el terreno de la campaña abierta, a fin de dominar con su palabra a los desertores y de hacer útiles indicaciones sobre los movimientos militares.

La posesión de Puerto Cabello habría sido de suma importancia si Miranda hubiera sabido aprovecharla; en la concepción estratégica del Generalísimo, que analizaremos más adelante, esa plaza fortificada era sólo un coeficiente de seguridad, menos que éso, casi un punto muerto, y el enviar a ella al Coronel Bolívar equivalía a relegarle a un cargo de segundo orden, lo que talvez era el deseo tácito de los espías que rodeaban a Miranda y de los émulos de un político que se acentuaba marcadamente en la opinión.

IV

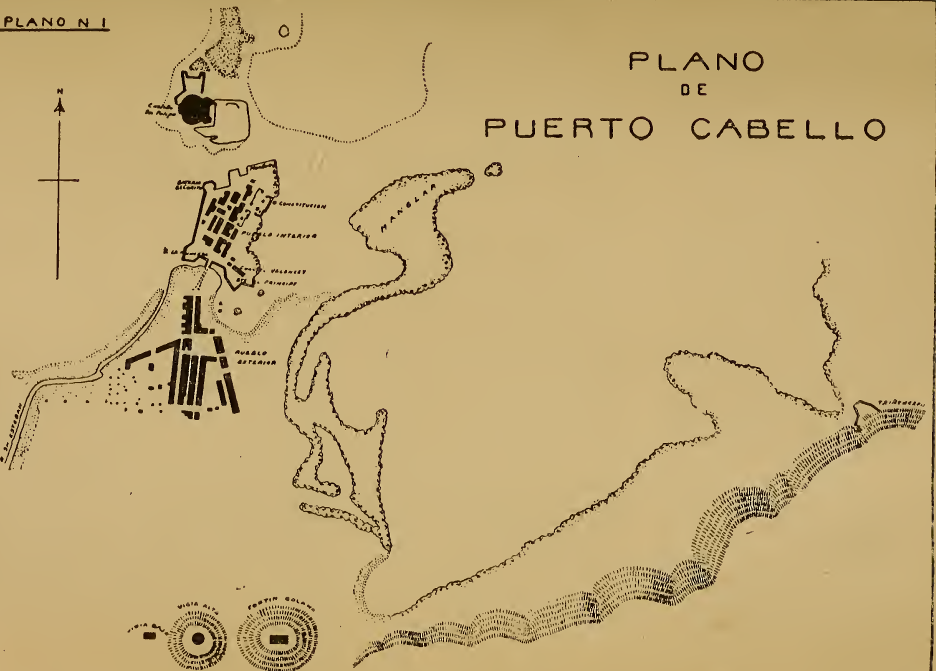
Dice don Bartolomé Mitre en su Historia de San Martin (9) que "la custodia de esta importante plaza "(Puerto Cabello), había sido confiada al Coronel Bo- "lívar. Existía allí un número considerable de prisione- "ros españoles, los que aprovechándose de una ausencia "de Bolívar, sublevaron la guarnición de la ciudadela y "se hicieron dueños de ella". Hemos querido conocer la situación que describe Mitre tan a fondo como sea posible, consultando los documentos de la época y los datos con que hemos sido favorecidos por más de un escritor venezolano de estos días.

(9) Historia. Cap. XXXVI, párrafo VIII.

¿Es Bolívar culpable o no de la caída de Puerto Cabello? Para delinear la situación que se desarrolló en los primeros días de Julio de 1811, es preciso tener a la vista un plano de Puerto Cabello y sus alrededores. El continente se prolonga en una estrecha península inclinada hacia Occidente, dejando un saco en la dirección de este viento, donde desemboca el río San Esteban y teniendo, por el Oriente, una pequeña escotadura que se llama puerto de Borburata. En las alturas de esta península había un fortín, llamado Solano, y guarnecían sus costas dos baterías, habiendo además unos barrancos, el Thincherón, fáciles de fortificar. (*Plano número uno*).

Comunicaba la península, por medio de un puente levadizo con el islote artillado que era la plaza propiamente dicha y en la cual debía residir el jefe de ella. Como posición avanzada, se había construido el Fuerte de San Felipe en un peñón en aguas más profundas que la plaza, reducto bien fortificado para la época y que abrigaba, junto con los almacenes de armas y municiones, las bóvedas que servían de cárcel. Completaban los recursos de la plaza los bergantines *Celoso* y *Argos,* la goleta *Venezuela,* un pequeño buque apostadero y un número muy reducido de embarcaciones menores.

Bolívar, que no tuvo la elección completa de su personal subalterno, manifestó, sin que fuera atendido, los peligros propios de una plaza en que existían muchos prisioneros políticos, enviados allí en la época de la sublevación de Valencia, hombres influyentes, ricos y con elementos, por lo menos, para intentar la fuga. Los comandos de las diferentes secciones incumbían al Coronel Ramón Aymerich en el fuerte San Felipe, al teniente-Coronel Garcés en el fortín terrestre de Solano


PLANO N 1
PLANO
DE
PUERTO CABELLO
MANGLAR
CONSTITUCION
PRINCIPE
PUEBLO
EXTERIOR
VIGIA ALTO
FORTIN SOLANO

y el jefe de la plaza, para mayor facilidad de comunicaciones, residía en la isla central.

Dice el Coronel Bolívar en su parte al Generalísimo Miranda que la insurrección del real San Felipe se inició el 30 de Junio, poco después de medio día, y que "un momento antes de comenzar el fuego había venido "a mi casa el Comandante del Castillo, T. C. Ramón "Aymerich, a quien pregunté qué novedad era aquella "que sucedía en el Castillo y me respondió ignorar- "la". (10).

En este documento, hace Bolívar un sereno elogio de este jefe a quien declara inculpable, a pesar de que en el momento de la rebelión no estaba en su puésto en el fuerte San Felipe; había venido por breves horas a la plaza a formalizar la ceremonia de su matrimonio. Bolívar estaba en su casa y, por consiguiente, resulta infundado el reproche, aunque sea indirecto, de haber servido la ausencia de Bolívar de pretexto a la insurrección.

El real San Felipe se rebeló porque el motín estaba preparado de antemano por los prisioneros de la plaza, en combinación con los agentes de Monteverde, por medio de los innumerables espías que era fácil encontrar en una población que no simpatizaba con los republicanos. Los oficiales corrompidos por el oro y las promesas de los españoles, un llamado Francisco Fernández Vinoni, teniente de las milicías de Aragua, y un tal Carbonell, habrían deseado dar el golpe traidor teniendo en el castillo a Bolívar a fin de engalanar su acción con el apresamiento de un jefe patriota de alta situación y el más capaz de organizar el contra-ataque. Dados los

---

(10) Simón Bolívar por el Marqués de Rojas, página 51.

procedimientos de aquella época, no es aventurado juzgar de esta intención por la respuesta que el teniente sublevado diera a la intimación de rendirse que le envió Bolívar.

"El Comandante del Castillo de San Felipe de la "Plaza de Puerto Cabello, ha hecho enarbolar el pabe-"llón del rey nuestro señor don Fernando VII, dice el "traidor Fernández Vinoni, y como sus fieles vasallos "pretenden defenderlo hasta derramar la última gota de "sangre, ha intimado la rendición de la plaza al Coman-"dante de ella, inteligenciado que lo demás es una te-"meridad y querer derramar sangre inútilmente. Pide, "después de dicha entrega, por comandante de la misma, "al Coronel Domingo de Taborda, despachando inme-"diatamente a buscarle con un bote; y en el interino que "venga que quede por sustituto el Coronel Faustino Gar-"cés, viniendo para este convenio los comandantes de la "Plaza, Artillería y Cuerpo veterano, ciudadanos Simón "Bolívar, Diego Jalón y Miguel Carabaño". (11)

El plan no ofrecía dudas, era demasiado burdo, y de él estamos autorizados para deducir que la intención de los amotinados, ciertos como estaban de una sublevación total y de ser auxiliados por Monteverde, era el apresamiento de Bolívar y de sus más caracterizados subalternos.

El Coronel Comandante de la plaza comunicó al Generalísimo Miranda el desgraciado suceso una hora después de ocurrido, diciéndole: "A la una de la tarde "se han apoderado del Castillo de San Felipe un oficial "infidente con la tropa de su mando y todos los reos "que allí se encontraban; han roto un fuego temible

(11) Marqués de Rojas.—Ut-supra.

"sobre esta ciudad; en el Castillo se encuentran 1.700 "quintales de pólvora y casi toda la artillería y municio- "nes de esta plaza; ésta padece sumamente, sus casas "son derribadas, y yo trato, sin víveres ni municiones, "de defenderla hasta el extremo. Los marineros de los "buques, forzosamente han pasado al Castillo, y él se "hace temible; espero que a la mayor brevedad me en- "viéis cuantos recursos estén a vuestro alcance y que "me socorran antes que sea destruido.—*Simón Bolívar*".

Organiza Bolívar la reacción; se baten los cañones del fuerte San Felipe y de la Plaza, funciona el fortín Solano cuyo comandante Garcés ha merecido la confianza de su jefe, a pesar de las sospechas con que pretendió envolverle el traidor Fernández; procura Bolívar salvar las naves, mas el día trascurre en inútiles esfuerzos y en la madrugada del 1º de Julio envía a Miranda el siguiente parte:

"Ahora que son las tres de la mañana os repito co- "mo un oficial indigno de serlo con la guarnición y los "presos se han sublevado en el Castillo de San Felipe y "han roto el fuego desde la una de la tarde sobre esta "plaza; en el Castillo están casi todos los víveres y mu- "niciones y sólo hay fuera diez y seis mil cartuchos. La "goleta *Venezuela* y el Comandante Martínez han sido "apresados, los demás buques se hallan bajo sus fuegos "como bajo los míos y solamente el *Celoso* se ha salva- "do muy estropeado. Debo ser atacado por Monteverde, "que ha oído ya los cañonazos; si vos no le atacáis in- "mediatamente, y lo derrotáis, no sé cómo puede salvar- "se esta plaza, pues cuando llegue este parte debe él es- tar atacándome.—*Simón Bolívar*".

El defensor de la plaza no se desalienta, aunque no tenga esperanzas de recibir refuerzos; en el segundo

día de combate, el 1º de Julio, tiene el dolor de ver incendiado el bergantín *Argos*, contempla la deserción del capitán Camejo con 120 hombres y, en medio de estas angustias y del éxodo de la población, intenta el asalto del real San Felipe con 300 hombres. Desmaya en este plan por falta de elementos y prepara el ataque desde las baterías de tierra, cubriéndose, además, del lado del Trincherón y de San Esteban por donde pueden venir los auxilios de Monteverde a los traidores. Se propone una captiulación y la rechaza el 3 de Julio; el 4 combate el Coronel Mires con los refuerzos que vienen de Valencia y es rechazado; el 5 Mires, Jalón y Montilla con 200 soldados, atacan a los realistas en San Esteban y sólo salvan 7 hombres que se replegan al Trincherón y ensayan una última resistencia en unión de un destacamento de 40 infantes apostados allí. Entre tanto, Rafael Martínez, que apenas disponía de 131 hombres en la Plaza, con sus fuerzas diezmadas por las balas y la deserción, capitula y Bolívar, no pudiendo morir en el sitio del combate, como dice en su parte, se embarca con ocho oficiales de su plana mayor en Borburata, a bordo del averiado bergantín *Celoso*.

Llega a Caracas Bolívar e inmediatamente escribe al Generalísimo una carta en que le anuncia el parte detallado de la pérdida de Puerto Cabello. "Mi General, "dícele, mi espíritu se halla de tal modo abatido que no "me hallo en ánimo de mandar un solo soldado; pues "mi presunción me hacía creer que mi deseo de acer- "tar y el ardiente zelo por la patria suplirían en mí "los talentos de que carezco para mandar. Así ruego a "Ud. o que me destine a obedecer al más ínfimo oficial, "o bien que me dé algunos días para tranquilizarme y "recobrar la serenidad que he perdido al perder a Puer-

"to Cabello: A esto se añade el estado físico de mi salud "que después de trece noches de insomnio, de tareas y "de cuidados gravísimos, me hallo en una especie de "enajenamiento mortal. Voy a comenzar inmediatamen- "te el parte detallado de las operaciones de las tropas "que mandaba y de las desgracias que han arruinado la "ciudad de Puerto Cabello, para salvar en la opinión pú- "blica la elección de Ud. y mi honor. Yo hice mi deber, "mi General, y si un soldado me hubiese quedado, con "ese hubiera combatido al enemigo. Si me abandonaron "no fué mi culpa. Nada que quedó que hacer para con- "tenerlos, comprometerlos a que salvasen la Patria: pe- "ro ¡ah! ésta se ha perdido en mis manos". (12)

Y días después, el 14 de Julio de 1812, Bolívar remite la anunciada relación y hace presente al Generalí- "simo que "su cabeza y su corazón no están para nada. "Así, suplico a Ud. me permita un intervalo de poquí- "simos días para ver si logro reponer mi espíritu en su "temple ordinario.

"Después de haber perdido la mejor plaza del Es- "tado, ¿cómo no he de estar alocado, mi general?

¡"De gracia no me obligue Ud. a verle la cara! Yo "no soy culpable, pero soy desgraciado y basta.

"Soy de Ud., con la mayor consideración y respeto, "su apasionado súbdito y amigo que. B. S. M.—*Simón "Bolívar"*. (13)

El Coronel Bolívar había salvado su honor y también justificado a Miranda que le designara para una misión llena de peligros y en la cual el defensor de Puerto Cabello dió esas muestras de amor a la disciplina y de capacidad para organizarse en medio de las dificultades

(12) Marqués de Rojas.—Bolívar, pág. 48.
(13) Ut supra. Página 49.

que habían de ser las características del gran general americano.

En sus meditaciones, allá en la desolada playa curazoleña, el Coronel Bolívar escuchó la voz severa de su conciencia que le absolvía de toda culpa en la pérdida de Puerto Cabello y las sentidas expresiones con que comunicara al Generalísimo Miranda su estado de alma eran el quejido profundo por la desgracia de su patria, que no estuvo en sus manos evitar, y no el remordimiento por una catástrofe cuya responsabilidad le afectara. Hay hombres para quienes el cumplimiento del deber no tiene sino aspectos positivos; lo que se ordena hay que cumplirlo y el éxito es inseparable en ellos del sentimiento de la simple abnegación; por enorme que sea el sacrificio realizado, su conciencia no queda satisfecha si no se logra el objetivo que se les encomienda y esta impresión es tanto más profunda cuanto más alta y mejor comprendida es la obligación que se acepta. Bolívar atribuyó a la posesión de Puerto Cabello toda la importancia que otros no le dieron y, al perderla, se sintió ligado para siempre a su patria, ligado por el lazo fuerte de llevar un día sus esfuerzos hasta el éxito, no en virtud de esas responsabilidades que se juzgan en los tribunales de los hombres, sino por esas identificaciones entre el sér mismo y los ideales que le animan, que es lo propio de las almas privilegiadas.

Volvería a la lucha, en cualquier puésto humilde, como dijo a Miranda, al cual hasta el momento de volver a Caracas daba sinceras muestras de afecto, a pesar de sus desdenes; volvería para curarse del dolor de aquella pérdida que había hecho exclamar al Generalísimo, al leer el primer mensaje de Bolívar: *¡Vénézuéla est blessée au cœur!*

V

Justa era la exclamación del Dictador, más la puñalada que daba un golpe de muerte a la primera república venezolana no había sido la de los traidores de Puerto Cabello; la joven nacionalidad caía desangranda en mil reveses y en las encrucijadas de otras tantas traiciones diarias que iban debilitando los ánimos y haciendo perder la confianza hasta al propio Miranda que, al frente ahora de 5.000 hombres y con todo el poder público en sus manos, manifestaba menos entereza que en el lejano día de 1806 cuando intentaba desembarcar en Ocumare, desafiando con unos pocos valientes a los ejércitos de España.

Miranda no supo dominar ese medio inquieto por las novedades del sistema, sobresaltado por los temores supersticiosos del terremoto y profundamente minado por la propaganda de la Iglesia cuyos miembros habían sido las verdaderas patrullas de avanzada de la temeraria expedición de Monteverde. No dominaba el Generalísimo la situación integral de su país y, en el fondo de su alma, se imponían las consideraciones sobre los peligros de una campaña prematura, dejando en segundo término las virilidades para asegurar las conquistas materiales y para incrementar las adhesiones de voluntades y de intereses a la causa de la patria.

Hasta en el problema militar mismo, Miranda se mostró inferior a lo que fuera y a lo que de él se esperaba. Para analizar esta situación vamos a ponernos en el peor de los casos posibles. El capitán de Fragata

Monteverde con 500 hombres o menos, gracias a la traición y al estupor del terremoto de 26 de Marzo, y habiendo desenterrado algún armamento y municiones entre los escombros de Barquisimeto, logra apoderarse de Valencia en los comienzos del mes de Mayo. Recibe refuerzos poco más tarde y despacha al feroz Antoñanzas hacia los llanos en los cuales penetra por Calabozo, como tigre sediento de sangre, asesinando niños, mujeres y ancianos en San Juan de los Morros y alumbrando su camino con las llamas de los incendios hasta Villa de Cura. Todo esto ocurría tres semanas después de la ocupación de Valencia por Monteverde, de modo que, al fijar estos puntos como posiciones simultáneas de las fuerzas del reconquistador español, nos colocamos en el peor de los terrenos, pues los suponemos dominando todo el occidente y el sur de Venezuela y admitimos que el ejército de Miranda influye solamente sobre la hoya hidrográfica del lago de Valencia, sobre la serranía marítima en cuyos contrafuertes se encuentra Caracas y que abriga los valles orientales, disponiendo, además, de todo el litoral del Mar de las Antillas, desde Puerto Cabello a Cumaná, por lo menos.

Extenso es el campo que atribuimos por entero a los realistas; pero, a pesar de las enormes ventajas que les daba la propaganda de los misioneros, la situación propiamente militar se resentía de la falta de una base de reclutamiento eficaz, de la relativa carencia de recursos y, muy principalmente, de la lejanía de su base de operaciones, el puerto La Vela de Coro, del cual se había apartado el imprudente Monteverde más de 400 kilómetros.

El Generalísimo Miranda estaba en mejor postura, aunque en campo más estrecho; ocupaba la región ve-


PLANO N° 2.
CAMPAÑA DE MONTEVERDE
1° DE MAYO – 25 DE JULIO
1812
MAR DE LAS ANTILLAS
DESDE CORO
PUERTO CABELLO
OCUMARE
CHORONI
LA GUAYRA
CARACAS
MARACAY
TURMERO
LA VICTORIA
SN MATEO
VALENCIA
VILLA DE CURA
SN JUAN DE LOS MORROS
SN CARLOS
CALABOZO
LINEA QUE DEBIO CUBRIR MIRANDA.
LINEA DEL ATAQUE DE MONTEVERDE

nezolana mejor y más poblada y, por consiguiente, la más rica en recursos de todas clases. Tenía en Puerto Cabello abundantes pertrechos de guerra y podía comunicarse fácilmente con esta plaza, por tierra y por mar. Disponía de varios buques de transporte, de tres bergantines y una goleta armados y de varias lanchas cañoneras para el servicio marítimo y una pequeña escuadrilla republicana dominaba en la laguna de Valencia. La confianza en estos recursos y la que tenían los patriotas en la habilidad de Miranda permitieron, en el breve espacio de poco más de un mes, organizar un ejército de 5.000 hombres de las tres armas, bien amunicionado, y que, si flaqueaba por la disciplina, era sin embargo una masa fácil de organizar mediante la elección de los hombres apropiados, en lo que Miranda no fué feliz, y por el estímulo de los éxitos que unen a los hombres de armas en las fraternidades de la gloria más poderosas, generalmente, que las enseñanzas del cuartel.

El plan de Miranda, que estaba a las puertas de Valencia pocos días después de su ocupación por Monteverde y que dominaba la laguna, debió ser el sitio de esa ciudad y el ponerse en contacto con Puerto Cabello con el fin de atacar la plaza asediada por el norte y por el oriente, cortándole su retirada hacia su base de aprovisionamiento y destruyendo de un solo golpe las fuerzas españolas que el capitán de fragata había comprometido en un golpe tan audaz como poco juicioso. Hecho esto, quedábale abierto el camino hacia Coro y Maracaibo para apoderarse de los pequeños elementos que allí tenían los realistas e ir cazando, si se nos permite la expresión, los elementos que pudieran llegarle de ultramar. (*Plano número 2*).

Las ventajas de semejante programa no eran una novedad para el Generalísimo que ya en 1806, al desembarcar en Ocumare, unas 30 millas al oriente de Puerto Cabello, tuvo sin duda el pensamiento de formar una línea de operaciones desde la costa al lago de Valencia, a fin de apoyarse en esta región para su acceso a Caracas y dominar los llanos occidentales. En época posterior, cuando mandaba la expedición contra los valencianos sublevados, Miranda buscó de nuevo esta línea, enviando una expedición hacia Cata y Ocumare, y nos aparece como verdaderamente inconcebible que en la nueva campaña que emprendía, mucho más grave que las anteriores, el Generalísimo olvidara su vieja experiencia y se privara de esta cortina trasversal de defensa y de seguridad para reducirse a un simple trazado longitudinal de retiradas desde el lago a Caracas.

Si hubiera preparado el cerco de Valencia, manteniéndose en comunicación con Ocumare, habría podido enviar recursos de hombres al defensor de Puerto Cabello y recibir de él armamentos y municiones, asegurando la compresión definitiva de Monteverde que tenía fuerzas inferiores y mal dotadas. Bolívar le sugirió estos programas a Miranda sin más variante que la de ser auxiliado por Choroní, en vez de Ocumare.

Dentro de las incertidumbres de la suerte de las armas, este plan era el más seguro, pues habrían bastado unos 500 hombres de refuerzo con oficiales bien elegidos para haber garantido completamente la plaza de Puerto Cabello, dándole, además, el papel activo que debió corresponderle en la campaña.

Dice Bolívar en su parte del 14 de Julio: "La ciu-
"dad quedó reducida a 40 hombres de guarnición y con-
"siguientemente era imposible se sostuviese contra el

"castillo guarnecido de 200 hombres y los destacamentos "corianos que cubrían ya las avenidas de la plaza. El "número de estos destacamentos no es fácil fijarlo, por- "que sus avanzadas fueron las que derrotaron nuestras "partidas, mas yo congeturo que el enemigo no excede- "ría de 500 hombres". (14)

Tan evidente era la eficacia de este programa, tan impuesto por sí mismo, que Monteverde se sintió alarmado y, en la certidumbre de ser asediado en Valencia, tarde o temprano, escribía a su jefe a Coro, el 5 de Mayo, pidiendo elementos con urgencia.

El Generalísimo disminuyó erradamente su radio de acción, concretándose a maniobrar sobre el lago valenciano para proteger a Caracas. Es cierto que, en un principio, ordenó la recuperación de Valencia después de haber concentrado sus fuerzas en las inmediaciones, en los campos de Guacara; mas, atemorizado por una primera derrota de sus avanzadas en Los Guayos, retrocede hasta Maracay y defiende el norte del lago con los atrincheramientos de La Cabrera y la ribera sur con las fortificaciones de La Guaica, posiciones que mantuvo desde el 12 de Mayo al 17 de Junio, un largo mes en el que tuvo ocasión de disciplinar sus tropas y de probarlas en el fuego. Flanqueado por Monteverde, y sin hacer mayor resistencia, se retiró al pueblo de La Victoria después de quemar el parque de municiones que tenía en Maracay. Atrincherado en este sitio, que es la gran puerta que defiende a Caracas, rechazó dos veces al ejército realista, sin obtener fruto alguno de sus triunfos que habían reducido al jefe español, el 28 de Junio,

(14) O'Leary.—Narración. I, página 68.

a una disponibilidad de 500 hombres con 8 cartuchos para cada soldado.

La persecución del enemigo se imponía por parte de Miranda y el retiro hacia Valencia era lo único posible para Monteverde; sin embargo, el general patriota contuvo los ánimos de sus tropas y volvió a sus trincheras, sin que haya razones inamovibles, de esas que no admiten discusión, que nos expliquen la extraña línea de conducta de Miranda; en cambio, Monteverde se detenía en su retirada hacia Valencia, que se había resuelto en consejo de oficiales superiores, y a ruego del presbítero Juan Antonio Rojas Queipo decidió esperar aun dos o tres días en San Mateo. ¡Lo que se aguardaba era la traición de Puerto Cabello y la sublevación de los esclavos negros que se preparaba en los pueblos de Oriente!

La herida mortal que aniquilaba la primera república venezolana no fué la caída de Puerto Cabello; a lo sumo este desgraciado suceso podía calificarse como una puñalada de ensañamiento en un cuerpo que agonizaba, a pesar de las resistencias enérgicas manifestadas en los ataques de Guaica y de La Cabrera y en los triunfos de La Victoria. Algo había excepcionalmente débil en el organismo republicano, algo que, obrando anormalmente, hacia imposible la concentración de todos los vigores hacia el fin anhelado; este desequilibrio procedía del propio generalísimo a quien preocupaban más la política interior y las relaciones extranjeras que el problema principal que se le confiara o sea el dominio del país por las armas.

Mientras estaba en Maracay, el 18 de Mayo, solicitó una conferencia con los representantes del poder federal, de la legislatura y de la provincia de Caracas y se

hizo nombrar Dictador, desde cuyo cargo ordenaba un reclutamiento general y ofrecía la libertad a los esclavos que sirvieran en su ejército e iniciaba persecuciones contra personas como el Arzobispo Coll y Prat, medidas cuyos resultados no podían ser otros que dar base a la propaganda española. Despachaba sus emisarios al exterior en busca de auxilios y demostraba una confianza inalterable en su política defensiva según se colige de la proclama que dirigió el 21 de Mayo a los pueblos desde su cuartel de Maracay.

"Magistrados superiores de las provincias, pueblos "todos que las componéis; yo os empeño mi palabra so- "berana de no dejar la espada que me habéis confiado, "hasta vengar las injurias de nuestros enemigos y res- "tablecer una libertad nacional en Venezuela; yo no "abandonaré jamás el puésto importante en que me ha- "béis colocado, sin dejar satisfecha vuestra confianza y "vuestros deseos. Entonces, volviendo al rango de sim- "ple ciudadano, veré con placer vuestra felicidad que "tanto anhelo y en que tanta parte habré tenido". (15)

La energía, el tino, la inteligencia misma en la acción no correspondían a estas declaraciones y el descontento principió a cundir entre los oficiales de Miranda que veían con pena el abandono de las grandes líneas estratégicas y que envainaban con desagrado el sable de las persecuciones al enemigo que huía en Pantanero, en las vecindades de La Victoria, llamados por el clarín del comando a regresar a sus trincheras. Fué tal el descontento de los jefes que veían perderse sus cosechas de gloria, que resolvieron apoderarse de la persona del jefe y confiar el mando a hombre de más alientos. Mi-

(15) Blanco y Azpurúa.—Tomo IV. Doc. 688, pág. 727.

randa contaba 56 años, edad en que los jefes militares alcanzan, junto con el perfecto dominio de su arte, las tranquilidades de acción que los subordinados aprecian como seguridades de éxito; mas, no era este el estado de ánimo del Dictador; vacilaba, se abatía y el ejército ya no tenía confianza en él. Por un gravísimo error de concepto, después de la segunda batalla de La Victoria, el 29 de Junio, creyó Miranda bastante escarmentado a Monteverde e hizo un viaje a Caracas, resolución desgraciada que aumentó el descontento y provocó una conspiración del Comandante de Artillería D. Francisco Tinoco y otros para privarlo del mando cuando regresara al cuartel general.

El movimiento fué sofocado; pero en su represión sintió Miranda que su prestigio estaba perdido y, como quiera que esta coincidiera con las noticias de la pérdida de Puerto Cabello, hizo pesar con una frase, *Vénézuéla est blessée au cœur*, sobre Bolívar todas las responsabilidades de una campaña a la que él mismo iba a poner un extraño fin, iniciando negociaciones para capitular el 12 de Julio, en la semana siguiente a su conocimiento de la caída de Puerto Cabello.

Las razones que tuviera para adoptar esta gravísima resolución nos las da el mismo Miranda en el memorial dirigido a la real audiencia de Caracas, desde las bóvedas del Castillo de Puerto Cabello, en 8 de Mayo de 1813. (16) "Son demasiado notorios los aconteci-"mientos de esta campaña que omito analizar; pero sí le "diré que, conociendo Caracas el peligro inminente que "corría entonces su seguridad, por un movimiento y "acuerdo general de todas sus autoridades, fuí nombra-

(16) O'Leary. Documentos. Tomo XII, pág. 61.

"do Generalísimo de sus tropas y revestido de todas las "facultades supremas que ellas ejercían y depositaron "en mis manos. Desempeñé, me parece, tan arduos en-"cargos con el honor y celo que estaban a mis alcances, "poniendo en acción todos los resortes de mi actividad "para la consecución de un feliz éxito; pero sin embar-"go de los ventajosos y repetidos sucesos que obtuvie-"ron nuestras armas en el puerto de Guaica y pueblo "de La Victoria, como por otra parte estaba persuadi-"do del calamitoso estado a que se hallaban reducidos "la capital y puerto de La Guaira, por la falta de víve-"res, y por la incursión que rápidamente y al mismo "tiempo hacían los esclavos de los valles y costas de Bar-"lovento, estimulados con la oferta de libertad que le "hicieran nuestros enemigos, habiendo ya comenzado en "Guatire y otros parajes los más horrendos asesinatos; "me hicieron conocer la necesidad absoluta en que me "hallaba de adoptar una medida que, cubriendo mi honor "y responsabilidad, atajando tantos males trascendenta-"les, aún a los mismos que los fomentaban, restituyera "a estos pueblos el sosiego y la tranquilidad, reparare "en algún modo los desastres del terremoto y, en fin, "reconciliase a los americanos y europeos para que en "lo sucesivo formasen una sociedad, una sola familia y "un solo interés, dando Caracas al resto del Continente "un ejemplo de sus miras políticas y de que prefería "una honrosa reconciliación a los azarosos movimientos "de una guerra civil y desoladora".

La decisión de Miranda era obra de su propio desaliento originado por múltiples causas entre las cuales han debido tener la mayor influencia el desprecio que ostentaba el Generalísimo por el medio ambiente, desdeñando a los criollos, y hasta afectando olvidar su pro-

pio idioma, y también la certidumbre que tenía del mayor influjo de la administración española y de la Iglesia sobre la masa de la población insensible a las ideas de libertad que se les mostraban como blasfemias contra Dios e injurias para el Rey. Miranda se cansaba y temía, además, que la nueva situación europea de aproximaciones hispano-británicas privara a la revolución del auxilio inglés y deseó terminar su cometido, afectando todas las formas del derecho, en la capitulación de San Mateo, 25 de Julio de 1812, que él consideraba como un tratado perfecto y cuya consecuencia sería la tranquila unión de la metrópoli y su colonia. "Yo protesto, dice "Miranda a la real audiencia, que jamás creí haber cum-"plido mis encargos con mayor satisfacción que, cuan-"do en las desastrosas circunstancias que dejo referidas, "ratifiqué con mi firma un tratado tan benéfico y análo-"go al bien general, estipulado con tanta solemnidad y "sancionado con todos los requisitos que conoce el de-"recho de gentes; tratado que iba a formar una época "interesante en la historia venezolana; tratado que Gran "Bretaña vería igualmente con placer por las convenien-"cias que reportaba su aliado; tratado, en fin, que repor-"taría a los españoles de ultramar un asilo seguro y per-"manente, aún cuando la lucha en que se hallaren em-"peñados con la Francia terminase de cualquier modo".

Sin ánimos para luchar, lo que se evidenció en la corta campaña de Valencia a La Victoria, en menos de cien días en que Miranda tuvo todos los elementos para triunfar, la conducta del Generalísimo no tiene sino dos explicaciones posibles: o bien sus capacidades estaban decaídas hasta el punto de no poder apreciar un problema de estrategia o bien, convencido de la imposibilidad del éxito, buscaba una manera airosa para

terminar el conflicto. No creemos en lo primero, pues los generales de 56 años están en plena capacidad de concepciones militares y, en cambio, la actitud de Miranda en la capitulación y las opiniones que encontramos en su memorial a la real audiencia nos inclinan al segundo término del dilema, al pensamiento de terminar su carrera de aventuras internacionales con un tratado solemne que garantizaría a su patria ciertos derechos de representación en las Cortes Españolas, situación que él juzgaba superior a la de un régimen de libertad difícil de lograr. Había luchado con pertinacia, se había sacrificado hasta la temeridad y ahora se consideraba con derecho al descanso en una atmósfera de prestigios en que se honrara su serenidad en la última hora.

VI

No pensaban así los patriotas y pocos han resumido mejor su juicio que el propio Bolívar en un informe que envió al gobierno granadino el 3 de Abril de 1813. "Ni los triunfos de Monteverde, dice, han sido constan- "tes y sucesivos, como se asegura; pues de diez accio- "nes que se dieron en Venezuela, sólo las cuatro prime- "ras le fueron favorables, habiendo perdido las seis úl- "timas y quedado en tres de ellas completamente derro- "tado. Porque es preciso convenir en que las capitula- "ciones vergonzosas de Miranda, no fueron la obra de "Monteverde, sino de las circunstancias y de la cobar- "día del General del Ejército de Venezuela". (17)

El Coronel Bolívar, que hasta el 14 de Julio guar-

(17) O'Leary.—Pág. 178, tomo XIII.

daba a Miranda la cariñosa deferencia que demuestran sus partes de Puerto Cabello, principió a sentir todo el torcedor de sus remordimientos por la cooperación tan constante que había otorgado a un hombre que iniciaba, en esos mismos días, negociaciones para capitular cuando aún disponía de un ejército superior al realista y que acababa de obtener dos triunfos mal aprovechados. Es fuera de duda que los militares descontentos de la dirección del Dictador, y que desearon despojarlo del mando en La Victoria, buscaron el contacto de los derrotados de Puerto Cabello en la primera ocasión posible, para ver manera de reparar el desastre o, por lo menos, de vengarlo.

La rapidez con que se trató la capitulación hizo ilusoria toda tentativa de resistencia; Miranda estipulaba la disolución del ejército patriota, sin más atenuación que dejar sus espadas a los oficiales con las seguridades que prestaran bajo su palabra de honor, y facultaba a Monteverde para posesionarse de La Victoria desde el siguiente día, 26 de Julio, y para hacer su entrada a Caracas inmediatamente después. Los patriotas, que habían estimulado por todos los medios posibles la acción del Generalísimo, estaban desarmados y sólo quedaban la venganza y el castigo.

Bolívar, el más caracterizado de los jefes en la campaña tan débilmente dirigida, encabezaría la acción contra Miranda y la precipitaría hasta el extremo lógico de la comprensión de sus deberes tan pronto como los actos del ex-generalísimo confirmaran públicamente sus recelos. Miranda, responsable de la capitulación y el más adecuado para imponer a Monteverde el respeto de las cláusulas que daban seguridades a los patriotas, estaba en vísperas de salir de Venezuela, a bordo de

una nave inglesa llegada a La Guaira con oportunidad que debió parecer sospechosa a los compañeros de Bolívar, tanto más cuanto que se hablaba de caudales embarcados por él.

Era la noche del 30 de Julio, última en que el Generalísimo respiraría los aires de la libertad; dormía en las habitaciones del Coronel Manuel María Las Casas, jefe militar de La Guaira, plaza aún no entregada a Monteverde, y listo para embarcarse a la mañana siguiente y hacerse a la vela en el *Saphire*.

Entre tanto, los Coroneles Bolívar, Paz del Castillo, Mires y Cortés; los Comandantes Montilla, Chatillón, Carabaño, Castillo, Landaeta y el mayor Valdés, todos los cuales se habían distinguido en la reciente campaña, decidían con el propio Las Casas y con Peña, el jefe político de La Guaira, la suerte de Miranda. En aquella horrible velada, según el testimonio del Coronel B. H. Wilson, quien fué después edecán de Bolívar, éste propuso el fusilamiento del Dictador, decidiéndose, al fin, su prisión de la que se encargó Bolívar en la madrugada del 31 de Julio.

En una nota de Monteverde al Gobierno Español, recomienda a algunas de las personas que tomaron parte en la prisión de Miranda; (18) "en esta clase, dice, "se hallan Don Manuel María Las Casas, Don Miguel "Peña y Don Simón Bolívar. Casas y Peña eran los que "estaban encargados del Gobierno de La Guaira; el "primero de lo militar y el segundo de lo político, cuan-"do los facciosos de esta provincia trataron de embarcar-"se por aquel puerto con su dictador Miranda, llevan-"dose consigo los restos del caudal de S. M. en los días

(18) Gil Fortoul.—Hsitoria Constitucional de Venezuela. Pág. 189.

"que inmediatamente precedieron a la entrada de mi "ejército a Caracas. En el momento en que pisé esta "ciudad dí orden para la detención de aquellos en La "Guaira; pero, afortunadamente, cuando llegaron, aun- "que dirigidos con la mayor rapidez, ya Casas con el "auxilio de Peña y por medio de Bolívar había puesto "en prisiones a Miranda y asegurado a todos los cole- "gas que se encontraban allí".

Este documento coloca a los tres personajes nombrados en situación de traidores y más de un historiador ha arrojado espesas sombras sobre la memoria de Bolívar. Respecto de Casas, hemos tenido la fortuna de conocer la opinión de una biznieta del jefe militar de La Guaira, cultísima dama de la cual no sabemos qué admirar más, si el encanto de su carácter, las claridades de su inteligencia o su propia belleza que servirían de admirable modelo a cualquier pintor para ataviarla con las galas de una reina española; con timidez le pedimos una explicación sobre la conducta de su antepasado y su respuesta fué cortísima: "El Coronel era godo, nos dijo, y firmó todas las adhesiones a su Rey". La conclusión para nosotros se imponía; Miranda, que jamás se preocupó de conocer a fondo a sus hombres, que no tuvo tino para elegirlos y destinarlos por sí mismo sino por las referencias de los interesados en su fracaso que le rodeaban, caía víctima de su propia negligencia. Por otra parte, en descargo de Casas, puede alegarse la orden que recibiera de Monteverde para impdir el embarque de Miranda so pena de anular las capitulaciones de San Mateo y, es indudable que el jefe militar de la plaza, comprometido él mismo en la revolución, deseó garantir el cumplimiento de un pacto que le favorecía, arrestando a Miranda.

La situación de Peña es menos clara y el Marqués de Rojas en su "Simón Bolívar" ha publicado un documento que le condena. El 29 de Julio, Peña hacía renuncia de su jefatura política a Miranda, diciéndole: "Mi "permanencia puede ser penosa a varios de los que ya "tienen preparada su marcha. Esto me mueve a suplicar a Ud. se sirva removerme inmediatamente del en-"cargo; pues de otra manera, Ud. conoce mi carácter y "éste me hará proporcionar muchos disgustos que pue-"den evitarse con el favor que pido ahora a Ud. y a que "creo accederá inmediatamente". Esta misiva de amenazas se cumplía dos días después por las iniciativas de Peña en la persona del mismo Dictador.

La prudencia pudo ser la consejera de la acción del Coronel Las Casas y ciertamente Peña fué impulsado por sentimientos menos nobles, por irritaciones que se transparentan en su precipitada renuncia; mas Bolívar obró por móviles muy diferentes. Su patriotismo profundamente herido le inspiró las energías con que propuso inmolar en el sepulcro de la primera república venezolana al hombre que malograba tanto sacrificio hecho por la libertad y, no pudiendo lograr la pena máxima que, a su juicio, merecía Miranda, debió contentarse con reducirlo a prisión como lo hiciera personalmente a las tres de la mañana del 31 de Julio.

No hubo en Bolívar ni emulación ni envidia; sirvió siempre a Miranda con toda lealtad, desentendiéndose de las humillaciones grandes o pequeñas que le impusiera el Generalísimo a las cuales respondía con esas sumisiones del cariño que se desprenden de sus cartas de Puerto Cabello; mas, cuando pudo juzgar la obra militar del dictador y convencerse de que abandonaba por completo la idea de la libertad venezolana, por fun-

dada que fuera esta determinación, Bolívar que se sentía el único responsable de la venida de Miranda y que se había exhibido como su más ardiente sostenedor, no quiso hacer causa común con él ante sus compatriotas; deseó, por el contrario, desligarse ampliamente de toda sospecha a fin de conservar los prestigios necesarios para reanudar la tarea emancipadora y, por este motivo y no por otro alguno, hizo por su mano la justicia que pedían los miembros del ejército contenido en sus éxitos de La Victoria. Miranda pudo tener razón en su política de contemplaciones; pero Bolívar, que no desmayaba en su propio programa, obró también correctamente, sacrificando en aras de la patria al hombre que juzgaba un obstáculo para su felicidad.

Las comunicaciones de Monteverde al gobierno español no pueden servir de base para acusar a Bolívar de complicidad con el reconquistador; desde luego, no hay precisión alguna en la carta y, al especializar un agradecimiento para los autores de la prisión de Miranda, sólo habla de Las Casas y de Peña y únicamente a estos nombres se refiere el secretario de Estado de la Regencia en la respuesta que dice: "Su Alteza en vista "de todo ha tenido a bien resolver se conteste a Vd., "como lo ejecuto, que manifieste a Casas y Peña lo mu-"cho que debe esperarse de las pruebas que han dado "de su reconocimiento y que Su Alteza les atenderá en "las solicitudes que hagan, por estar firmemente per-"suadido de que los acompañarán con otras nuevas del "interés que toman en la conservación del orden y unión "nacional". (19)

Monteverde que, desde su llegada a Coro se había valido de la intriga constante para lograr sus planes

(19) Gil Fortoul.—Ut supra, pág. 191.

personales, llegando hasta suplantar por medio de ellas a su propio Jefe el Capitán General Miyares, aprovechado toda ocasión para dividir a sus enemigos y la mención que hiciera de Bolívar en sus comunicaciones oficiales ha debido ser el reflejo de las versiones que Monteverde sembraba para desconceptuar al criollo arrogante en cuyas energías veía un poderoso elemento para futuras resistencias. Aún es posible que esta táctica de Monteverde haya influído en las violencias de la resolución que tomó Bolívar y en su altanera respuesta cuando el afortunado vencedor de Miranda le entregara su pasaporte.

Refiere Iturbe, el fiador de Bolívar ante Monteverde, que el jefe español, al ordenar que se le dieran facilidades para salir del país, acentuó que el permiso se le concedía en recompensa del servicio que hiciera al Rey con la prisión de Miranda, a la cual el solicitante repuso con agriedad: *Le prendí para castigar a un traidor a su patria, no para servir al Rey.*

La acusación de traidor hecha a Bolívar por el deseo de congraciarse con el gobierno español carece, pues, de todo fundamento y, en cuanto a su actitud misma con el hombre a quien tanto sirviera, encuentra amplia justificación en las censuras desgraciadamente muy razonables que Bolívar y otros miembros del ejército hicieran de la actitud militar del Generalísimo y en las críticas, también muy fundadas, de su anhelo por abandonar el país cuando se le juzgaba el único capaz de garantir las capitulaciones que Monteverde se aprestaba a violar, como realmente lo hizo desde el primer momento.

Para decidirse a este acto que tan profundamente debió conmover su alma, Bolívar tuvo en cuenta la imperiosa necesidad, el objetivo primordial de no perder su prestigio en la opinión venezolana, desligándose de

toda responsabilidad común con el Generalísimo, a fin de tener toda la influencia necesaria cuando llegara el momento de abrir una nueva campaña por la emancipación de su patria.

El momento se acercaba; tras de sus largas preparaciones sentimentales, Bolívar había adquirido en dos años de zozobras políticas y de preocupaciones militares la experiencia necesaria para aquilatar el alma de su pueblo y para conducir ejércitos a la victoria; Monteverde le despedía con desprecio, al oir su declaración sobre la prisión de Miranda, interpretando mal la frase del fiador Iturbe: *No haga Ud. caso de este calavera, déle Ud. el pasaporte y que se vaya.* (20)

Y el *calavera* se embarcaba al día siguiente, 27 de Agosto, en la *Jesús, María y José* para llegar el 2 de Setiembre a Curazao, meditar allí sobre sus responsabilidades para con la patria cuyas costas podía divisar desde las rocas curazoleñas, reflexionar sobre las desgracias de su pueblo que sangraba en las manos de Monteverde y de sus secuaces y decidirse, por fin, a correr de nuevo en socorro de sus hermanos, aplicando para redimirlos los mismos métodos que empleara el afortunado Monteverde. Y en aquellos momentos tomó la resolución que más tarde comunicara al gobierno granadino: "Yo concluyo con decir: que por los mismos "medios que el opresor de Caracas ha podido subyugar "la Confederación, por esos mismos, y con más segu- "ridad que él, me atrevo a redimir a mi patria".

La crisálida se desprendía de su envoltura y desplegaba sus alas el genio que le adivinara la mujer que le amó.

---

(20) Carta de Fco. de Iturbe a Felipe Larrazábal.

CAPITULO TERCERO

LA INICIATIVA

I.—El Tratado de Alianza con Nueva Granada.—II.—La propaganda popular.—III.—El manifiesto de Cartagena.—IV.—Negociaciones con el Congreso de Nueva Granada.—V.—La campaña del Magdalena.—VI.—La guerra en Los Andes.

I

El Coronel Bolívar nos ha trazado con su propia mano su profundo abatimiento al llegar a Curazao, en la carta que escribió al español Iturbe, con fecha 10 de Setiembre.

"Amigo y dueño mío, le dice, con infinitas incomo-"didades y penas he logrado llegar aquí ocho días há. "Mala navegación, peor a bordo y detestable recepción. "Digo que mi recepción fué detestable porque todavía "no había bien llegado cuando ya estaba mi equipaje "embargado por dos causas muy caras; la primera por-"que mis efectos y trastos estaban en la misma casa en "que estaban los de Miranda; y la segunda porque el

"*Celoso* contrajo deudas en Puerto Cabello, que ahora "he de pagar yo, porque yo era comandante de la plaza "cuando las contrajo. Esta es la exacta verdad. De esto "resulta que yo me hallo sin medio alguno para alimen-"tar mi vida que ya comienzo a ver con demasiado "hastío y hasta con horror.... Sin tener nada que ha-"cer ni con Miranda ni con el antiguo gobierno yo pago "sus deudas y aún sus créditos. Paciencia!...

"P. D.—Si por allá llegaren algunos chismes con-"tra mi conducta política o contra mis procedimientos, "puede Ud. combatirlos con la seguridad de que son "falsos. Esta advertencia la hago, no porque me ocurre "que pueda suceder, sino porque tengo estendido que "aquí hay muchos malquerientes de los hijos de Caracas "que desean obtener favor del Gobierno con delacio-"nes.—*Simón Bolívar*". (1)

Las noticias que recibía de su patria eran cada día peores; Monteverde violaba las capitulaciones de San Mateo, llenaba las cárceles de patriotas y los subalternos del llamado Pacificador de Venezuela ahogaban en un mar de lágrimas y de sangre a los partidarios de la libertad. El mismo, aunque en lejanas tierras, sufría las persecuciones, se le embargaban sus propios bienes, y aún los de su hermano que debía recibir como herencia, y, para subsistir en Curazao, vendía las modestas joyas que llevara consigo.

Sus riquezas, según le dijera en Europa el maestro Simón Rodríguez, le creaban especiales obligaciones para con su patria y debía invertirlas en su emancipación; el sacrificio estaba ya consumado y el criollo brillante que paseara con boato por las capitales europeas,

(1) O'Leary.—Cartas del Libertador. Tomo 29, pág. 13.

deslumbrando por su lujo en Londres, derramando el oro a cambio de placeres en París o exponiéndole para sentir las emociones del juego; el joven pensador que había abandonado esta vida de molicies para entregar a su patria un corazón que habían dejado desierto el hogar y el amor; el político que malograra sus esfuerzos para procurar un gobierno fuerte que consolidara la independencia venezolana; el militar que lloraba lágrimas de sangre sobre la plaza fuerte en cuyas almenas no pudo conservar la bandera republicana, se veía, después de dos años de fatigas materiales y de continuas decepciones morales, abatido, pobre, abandonado y sin más ofrenda que su vida para dar en holocausto por la libertad de su pueblo.

Como el fuego que consume a la débil madera, pero que limpia de escorias a los metales finos, la desgracia iba a obrar en el alma de Bolívar para despojarla de todas las debilidades que ocultaban la pujanza sin igual de su carácter. La empresa que no pudo realizar desde las alturas en que le colocaban su posición social y su fortuna, la llevaría a cabo ahora, subiendo desde lo hondo de su propia miseria, a través de todas las capas de su pueblo, compenetrándose con sus necesidades morales y materiales, dándoles también el reflejo de sus propias cualidades, hasta llegar a la fundación de la patria venezolana en el alma venezolana que él crearía, golpeando, en la fragua de angustias y de dolores que compartiría con el pueblo, las pasiones más encontradas hasta fundirlas en la aspiración única de la libertad del suelo que fecundaron los antepasados y del que deberían ser únicos señores las generaciones futuras.

Bolívar, en aquellos días de su permanencia en Curazao, era un náufrago del ideal que buscaba los me-

dios de reconstruir su nave y su desaliento debió ser enorme al considerar que sólo podía contar con los esfuerzos personales de sus compañeros de la *Jesús, María y José.*

En otros años, él mismo había procurado la ayuda poco decidida, pero ayuda en fin, que le ofreciera el gabinete británico y que emanaba de la respuesta que el Marqués de Wellesley diera a las peticiones de Bolívar en su calidad de jefe de la primera embajada sud-americana.

En 8 de Agosto de 1810, el Gabinete inglés había prometido a Bolívar. (2):

"1º Se dará la protección marítima de Inglaterra a "Venezuela contra la Francia, a fin de que aquella pro-"vincia pueda defender los derechos de su legítimo so-"berano y asegurarse contra el enemigo común.

"2º Se recomienda con ahinco que la provincia de "Venezuela intente inmediatamente una reconciliación "con el gobierno central y trate en primer lugar de es-"tablecer una acomodación amistosa de todas sus dife-"rencias con aquella autoridad. Se ofrecen cordialmen-"te los buenos oficios de Inglaterra para aquel propó-"sito útil.

3º Con los mismos objetos amigables, se recomien-"da con ahinco que la provincia de Venezuela manten-"ga las relaciones de comercio, amistad y comunicación "de la madre patria. Se emplearán los buenos oficios de "Inglaterra para conseguir un ayudamiento de tal modo "que se asegure a la metrópoli la ayuda de la provin-"cia durante la lucha contra Francia, bajo las condicio-"nes que parezcan justas y equitativas, conforme a los

(2) Amunátegui.—Vida de Bello. Pág. 90.

"intereses de la provincia y provechosas a la causa co-"mún.

"4º Con respecto a las instrucciones que se piden para los jefes de las escuadras y colonias antillanas "para que favorezcan el comercio venezolano, en espe-"cial con los súbditos británicos, se han recomendado ya "a los oficiales de S. M. con la plena confianza de que "Venezuela continuará manteniendo su fidelidad a Fer-"nando VII y cooperando con la España contra el ene-"migo común".

La política inglesa de 1810 daba cierto sustento moral a la colonia que se independizaba y le había acordado, además, algunas facilidades materiales mientras Venezuela libre pareció afianzada; pero los acontecimientos habían alterado tan fundamentalmente la situación que el propio Miranda se plegaba, ahora, en virtud de las capitulaciones de San Mateo a la política del gabinete inglés y recomendaba el avenimiento con la madre patria. Bolívar que, al abandonar La Guaira, tuvo el pensamiento de ofrecer su espada al gobierno inglés y cobijarse bajo su ala, mientras pasaba la tempestad que arreciaba en su patria y las almas se abrían a la nueva luz, buscó orientaciones nuevas al darse cuenta en Curazao que las actuales disposiciones del Gobierno inglés con respecto a las colonias hispanas eran aún menos favorables que en épocas anteriores y esto por la doble razón de su alianza con España y de las incapacidades para establecer un gobierno autónomo que revelaban las nuevas nacionalidades en formación.

Era preciso elegir otros rumbos y Bolívar encontró su camino en las negociaciones felices que el gobierno de la primera república venezolana llevara a cabo con el vecino Estado de Cundinamarca el 28 de Mayo de

1811, por intermedio del canónigo chileno José Cortés Madariaga.

Venezuela y Cundinamarca habían pactado "un tratado y acta de unión, alianza y federación", según lo dice el certificado que publicaba el secretario de Gracia y Justicia del gobierno cundinamarqués y en él se insertaba una vigorosa cláusula de cooperaciones militares que debía servir de base a las nuevas actividades de Bolívar.

"El objeto principal de este tratado, dice el acta "publicada, es asegurarse mutuamente los dos Estados "contratantes, la libertad e independencia que acaban de "conquistar y que, en caso de verse atacados por cual- "quiera potencia extraña, sea la que fuere, con el ob- "jeto de privarlos de esta libertad e independencia, en "el todo o en alguna parte; harán causa común y sos- "tendrán la guerra a toda costa, sin deponer las armas "hasta que estén asegurados de que no se les despojará "de aquellos preciosos bienes". (3)

Perdida toda esperanza inmediata de un levantamiento espontáneo de las energías venezolanas tan duramente experimentadas por las crueldades de la guerra y por los trastornos de la naturaleza misma, alejadas las posibilidades de auxilios europeos, sólo quedaba el recurso de acudir al pueblo hermano que, corriendo iguales peligros, debía unirse a Venezuela en un desesperado esfuerzo para arrojar al reconquistador. El Gobierno de Caracas había despachado a don José María Salazar con el objeto de "perfeccionar en Bogotá los "tratados de alianza que celebró el ciudadano Cortés "de Madariaga", según el nuevo diplomático decía al

---

(3) Blanco y Azpurúa.—Doc. 554, página 31, tomo III.

Presidente de Cundinamarca en carta de Agosto 30 de 1812. (4)

El enviado Salazar iniciaba tarde sus gestiones; hacía un mes que Miranda había capitulado y las provincias granadinas mismas se debatían en la lucha armada por o contra el federalismo.

La carta que acabamos de citar termina diciendo: "Me hallo informado de las desavenencias que infeliz-"mente han sobrevenido en este país y que impiden "combinar sus armas con las de Caracas o hacer una "diversión importante contra los enemigos. Suplico en-"carecidamente, a nombre del supremo gobierno que re-"presento, y como ciudadano de la Nueva Granada, que "miremos todos por nuestra cara patria, que restablez-"camos la unión y hagamos por salvarla todo género de "sacrificios".

Tres eran, por aquel entonces, las principales entidades que se disputaban la supremacía en el antiguo virreinato de Nueva Granada: Santa Fe que deseaba constituir un gobierno central con ideas análogas a las que Miranda y Bolívar sostuvieron en Venezuela; el Congreso Constituyente, en el que dominaban los programas federalistas y la provincia de Cartagena que demostraba tendencias muy independientes y que, particularmente, se encontraba empeñada en una guerra parcial con su vecina Santa Marta en poder de los españoles. En este desconcierto, la reacción realista asomaba por todas partes, organizándose en las cabeceras de los grandes ríos colombianos, dominando en las provincias litorales del Pacífico, extendiéndose por Santa Fe hasta darse la mano con los españoles en la provin-

(4) O'Leary.—Tomo XIII, página 105.

cia venezolana de Maracaibo y mostrándose, finalmente, poderosa hacia el Oriente por donde avanzaban las fuerzas españolas que se habían agrupado en la reconquistada Venezuela.

Mientras los patriotas granadinos discutían en los campos de batalla las bases constitucionales que los venezolanos habían debatido en el Congreso, la presión realista se hacía sentir en todos los contornos del país y el momento era poco apropiado para perfeccionar tratados de alianza y menos aún para distraer las fuerzas propias en beneficio ajeno. Sólo un punto de contacto había entre el exterior y las actividades internas de Nueva Granada en fermentación y éste correspondía a la provincia de Cártagena, siempre que pudieran mantenerse expeditas sus comunicaciones fluviales con las provincias mediterráneas donde residían los elementos de mayor importancia política. Cartagena era el centro de atracción de todas las fuerzas externas que deseaban aplicarse a la reconstrucción del arruinado edificio de la independencia; desde allí escribía Salazar al Presidente cundinamarqués para negociar la alianza efectiva con Venezuela y allí llegaba Bolívar y sus compañeros a mediados de Noviembre de 1812, a realizar la alianza.

Dos meses de miserias y de cavilaciones en las desiertas playas curazoleñas le habían permitido a Bolívar valorizar con toda exactitud la causa de la independencia, precisar los objetivos inmediatos, medir los errores del pasado y madurar un plan completo para el futuro y se decidió a ofrecer sus servicios al gobierno de Cartagena bajo cuyo patrocinio ensayaría aquella espada gigante destinada a romper los hierros del coloniaje desde el Pacífico hasta las riberas atlánticas del Orinoco.

y desde el Mar de las Antillas, a lo largo de 600 leguas de la Cordillera de Los Andes, hasta el nudo de montañas en que se encuentran los misteriosos orígenes del Amazonas y del Plata.

Bolívar iba a poner en práctica el tratado de alianza y fué un joven dictador de 24 años, el Presidente de Cartagena, Don Manuel Rodríguez Torices a quien cupo la suerte de acoger al emigrado de Caracas, al hombre que meditaba en Curazao y que llegaba con su pequeña hueste de fugitivos de la *Jesús, María y José,* a incorporarse al ejército de Rodríguez Torices con su grado de Coronel, aceptando para iniciar su labor, que debía ser inmensa, la humilde situación de jefe de un destacamento que defendía el río Magdalena en el puertecillo de Barrancas.

II

En los tres meses que había durado el éxodo de Bolívar y sus compañeros hasta Cartagena, el Capitán Monteverde había violado los compromisos que contrajera en San Mateo con la audacia que se apartara antes de las órdenes de sus jefes militares y civiles, Ceballos y Mirayes. El éxito inmediato parecía ser la consigna del capitán español y lo buscaba por todos los medios posibles sin cuidarse de las consecuencias que ellos pudieran tener en el futuro.

Miranda, en su presentación a la Real Audiencia de Caracas, nos dice: "Yo ví entonces con espanto, re-"petirse en Venezuela las mismas escenas de que mis

"ojos fueron testigos en la Francia. Ví llegar a La "Guaira recuas de hombres de los más ilustres y dis-"tinguidos, tratados como unos facinerosos; los ví se-"pultar juntos conmigo en aquellas mazmorras; ni la "venerable ancianidad, ni la tierna pubertad, al rico, al "pobre, al menestral, en fin, al propio sacerdocio redu-"cidos a grillos y a cadenas y condenados a respirar un "aire mefítico que, extinguiendo la luz artificial, infi-"cionaba la sangre y preparaba a una muerte inevitable; "yo ví, por último, sacrificados a esta crueldad ciudada-"nos distinguidos por su probidad y talentos y perecer "casi repentinamente en aquellas mazmorras, no sólo "privados de los auxilios que la humanidad dicta para "el alivio corporal, sino también destituidos de los so-"corros que en semejantes casos prescribe nuestra san-"ta religión. ¡Hombres que estoy seguro hubieran pere-"cido mil veces defendiéndose con las armas en la ma-"no, cuando capitularon generosamente antes que so-"meterse a semejantes ultrajes y tratamientos!". (5)

Y agrega el anciano prisionero de Puerto Cabello que estos reveses no sólo afectan a la provincia de Caracas que lleva sobre 1.500 de sus hijos detenidos en las cárceles, pues las violaciones del pacto de garantía son llevadas, con vilipendio de la buena fe, a Cumaná, Barcelona y Margarita, con infinitas crueldades por un comisionado del gobierno real.

Una de las primeras preocupaciones de Bolívar, al desembarcar en Cartagena, fué informar al gran público sobre los orígenes, tramitaciones y garantías de las capitulaciones de San Mateo, demostrando la perfidia de Monteverde que había dicho públicamente, en

(5) O'Leary.—Tomo XIII, página 63.

los propios días en que iniciaba la persecución de los patriotas, "mis promesas serán *literalmente cumplidas,* "vivid tranquilos por este *cumplimiento inviolable,* des- "cansad en la *buena* fe de quien llora con vosotros vues- "tros infortunios para remediarlos". (6)

Esta proclama que lleva las firmas de Bolívar, del Dr. Vicente Tejera, Ministro de la Corte de Justicia del gobierno venezolano y del comandante de infantería D. Miguel Carabaño, fué publicada en Cartagena, y termina diciendo: "Cerremos para siempre la puerta "a la conciliación y a la armonía; que ya no se oiga "otra voz que la de la indignación. Venguemos tres si- "glos de ignominia que nuestra criminal bondad ha "prolongado; y sobre todo venguemos dignamente los "asesinatos, robos y violencias que los vándalos de Es- "paña están cometiendo en la desastrada e ilustre Ca- "racas!".

Bolívar preparaba de este modo el alma de los pueblos para la nueva éra en que, para construir el tan deseado templo blanco de la libertad, se necesitaría una base horrible de osamentas humanas, el sacrificio de la sangre de las mejores clases de la población venezolana; época terrible cuyas consecuencias pesarían por largo tiempo sobre la joven nacionalidad.

Empero, esta propaganda simplemente popular no bastaba; era necesario llevar los convencimientos hasta los dirigentes mismos y, con este objeto, Bolívar preparó en Curazao el documento cuya publicación ordenó inmediatamente después de terminada su primera odisea, notable pieza de exposición del pasado y de vistas

(6) Blanco y Azpurúa.—Doc. 681 Tomo III, página 708.

para el futuro que es conocida con el nombre de *Manifiesto de Cartagena.*

No tenían los directores del pueblo venezolano la conciencia plena de los deberes de los caudillos que, si llegan a ser tales, es porque sienten hondamente las responsabilidades de su situación; Bolívar era un convencido del deber que le señalaba su posición e iba a buscar en tierra extraña los elementos para salvar a su patria.

III

Largamente había meditado el Coronel Bolívar sobre las causas del fracaso republicano en Venezuela y, por eliminación de estos errores, llegaba hasta formularse un nuevo plan de esfuerzos para dar vida propia a las naciones en germen, arraigando las ideas de libertad en el alma misma de los pueblos, y procurando seguridades de subsistencia mediante el apoyo mutuo de las nuevas repúblicas.

Desde las primeras líneas del *Manifiesto de Cartagena*, traza Bolívar con vigor su objetivo: "Permitidme, "dice, que animado de un celo patriótico me atreva a "dirigiros a vosotros para indicaros ligeramente las cau-"sas que condujeron a Venezuela a su destrucción; li-"sonjeándome que las terribles y ejemplares lecciones "que ha dado aquella extinguida república persuadan a "la América a mejorar su conducta, corrigiendo los vi-"cios de unidad, solidez y energía que se notan en los "gobiernos". (7)

(7) O'Leary.—Narración. Tomo I, página 87.

Penetra Bolívar al fondo del problema y anota la completa falta de armonía entre los ideales de los revolucionarios y los medios de lograrlos, de la cual debía resultar el fracaso del nuevo sistema y su consiguiente desprestigio en el ánimo popular.

"Los códigos que consultaban nuestros magistra-"dos, leemos en el *Manifiesto,* no eran los que podían "enseñarles la ciencia práctica del gobierno, sino los "que han formado ciertos buenos visionarios que, ima-"ginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la "perfección política, presuponiendo la perfectibilidad "del linaje humano. Por manera que tuvimos *filósofos* "*por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por tác-*"*tica y sofistas por soldados.* Con semejante subversión "de principios y de cosas, el orden social se sintió extre-"mamente conmovido y desde luego corrió el Estado a "pasos agigantados a una disolución universal, que bien "pronto se vió realizada.

"De aquí nació la impunidad de los delitos de Esta-"do cometidos descaradamente por los descontentos, y "particularmente por nuestros implacables enemigos los "españoles europeos, que maliciosamente se habían que-"dado en nuestro país, para tenerlo incesantemente in-"quieto, y promover cuantas conjuraciones les permi-"tían formar nuestros jueces, perdonándolos siempre, "aun cuando sus atentados eran tan enormes que se di-"rigían contra la salud pública".

En realidad, los principios democráticos para algunos de los dirigentes de la colonia no tenían más valor que el de una teoría seductora, pero inaplicable; tal vez sus espíritus se complacían en discusiones académicas, pero sin pensar seriamente en que hubiera llegado el momento de reorganizar la sociedad y el Estado con arre-

glo a las nuevas máximas de igualdad en los derechos y de libertad en la acción.

Los pocos espíritus cultos, amantes platónicos de las teorías que estaban removiendo a los pueblos europeos, hacían muy escasa propaganda, desde luego porque divisaban sólo en las lejanías de nuevas generaciones el advenimiento del régimen democrático y, en seguida, porque no encontraban terreno preparado para la semilla de la libertad; en ciertos grupos sociales, esos donde se forma la clase media, sólo se pensaba en las fascinaciones de la fortuna y en la plebe reinaban sin contrapeso las ideas reaccionarias de la Iglesia tan interesada entonces en el gobierno de los pueblos.

A pesar de estas inercias, un grupo de convencidos entre los que se destacan las figuras de Bolívar, José Félix Ribas, los Montillas, Alamo y otros, lograron iniciar el movimiento revolucionario, pero no les fué dado organizar la nueva república, no por falta de capacidades propias sino por culpa del medio que no reaccionaba con las energías de los nuevos programas y se mostraba apático, indiferente.

"El mayor error que cometió Venezuela al presen- "tarse en el teatro político, dice el manifiesto de Carta- "gena, fué la fatal elección que hizo del sistema *toleran-* "*te;* sistema improbado como débil e ineficaz por todo "el mundo sensato y tenazmente sostenido hasta los úl- "timos períodos con una ceguedad sin ejemplo".

El clero debía aprovecharse de estas debilidades orgánicas de la revolución para acrecentar sus prestigios populares. "La influencia eclesiástica, nos recuerda el "*Manifiesto*, tuvo una parte muy considerable en la su- "blevación de los lugares y ciudades subalternas y en la "introducción de los enemigos en el país, abusando sa-

"crílegamente de su ministerio en favor de los promo-
"tores de la guerra civil. Sin embargo, debemos con-
"fesar ingenuamente que estos traidores sacerdotes se
"animaban a cometer los execrables crímenes de que
"justamente se les acusa, porque la impunidad de los
"delitos era absoluta, la cual hallaba en el Congreso un
"escandaloso abrigo".

La escasa penetración del ideal puro en los espíritus venezolanos haría descender la contienda desde el terreno elevado de las doctrinas hasta el campo bajo de los intereses personales y, así, al formar las bases del nuevo gobierno se perdería de vista el objeto primitivo, la formación de una república soberana con fuerza suficiente para conservar su independencia, y se llegaría a la descentralización que consultaba las ambiciones particulares, pero que estaba en abierta oposición con las necesidades del cuerpo colectivo.

"El sistema federal, prosigue el *Manifiesto*, bien
"que sea el más perfecto, y más capaz de proporcionar
"la felicidad humana en sociedad, es, no obstante, el más
"opuesto a los intereses de nuestros nacientes Estados.
"Generalmente hablando, todavía nuestros conciudada-
"nos no se hallan en actitud de ejercer por sí mismos y
"ampliamente sus derechos, porque carecen de las vir-
"tudes políticas que caracterizan al verdadero republi-
"cano, virtudes que no se adquieren en los gobiernos ab-
"solutos, en donde se desconocen los derechos y los de-
"beres del ciudadano.

"Por otra parte, ¿qué país del mundo por morige-
"rado y republicano que sea, podrá, en medio de las
"facciones intestinas y de una guerra exterior, regirse
"por un gobierno tan complicado y débil como el fede-
"ral? No es posible conservarlo en el tumulto de los

"combates y los partidos. Es preciso que el gobierno se "identifique, por decirlo así, al carácter de las circuns- "tancias, de los tiempos y de los hombres que lo rodean. "Si éstos son prósperos y serenos, él debe ser dulce y "protector; pero si son calamitosos y turbulentos, él de- "be mostrarse terrible y armarse de una firmeza igual a "los peligros, sin atender a las leyes ni constituciones, "interín no se restablezcan la felicidad y la paz.

"Yo soy de sentir que mientras no centralicemos "nuestros gobiernos americanos, los enemigos obtendrán "las más completas ventajas; seremos indefectiblemen- "te envueltos en los horrores de las disensiones civiles "y conquitados vilipendiosamente por ese puñado de "bandidos que infestan nuestras provincias.

"Las elecciones populares hechas por los rústicos "del campo y por los intrigantes moradores de las ciu- "dades, añaden un obstáculo más a la práctica de la fe- "deración entre nosotros; porque los unos son tan igno- "rantes que hacen sus votaciones maquinalmente, y los "otros tan ambiciosos que todo lo convierten en fac- "ción; por lo que jamás se vió en Venezuela una vo- "tación libre y acertada, lo que ponía el gobierno en ma- "nos de hombres ya desafectos a la causa, ya ineptos, "ya inmorales.

"El espíritu de partido decidía en todo y, por con- "siguiente, nos desorganizó más de lo que las circuns- "tancias hicieron. Nuestra división, y no las armas espa- "ñolas, nos tornó a la esclavitud".

Amarga era la censura que dirigía a sus compatriotas el Coronel Bolívar; pero ni su temperamento, ni su deseo de lograr la independencia le permitían hablar otro lenguaje que el de la verdad desnuda para cauteri-

zar con su fuego ardiente las plagas sociales que mermaban las energías de la naciente nacionalidad.

El régimen federalista iba a provocar nuevas divisiones en los elementos venezolanos ya de suyo fraccionados por la diversidad de orígenes; a las rivalidades de clases y de razas se sumarían los antagonismo regionales y la masa entera vibraría en agitaciones continuas sin encontrar el nivel del reposo que sólo podía darle una larga evolución natural o la férrea mano de un organizador.

Diseminada la autoridad, no era posible estabilizar ninguno de los servicios públicos en cuya práctica los hombres se van acostumbrando a la disciplina y al orden y sin estos organismos era ilusoria la vida permanente de la república.

El régimen económico, que como ninguno requiere unidad de acción, regularmente establecido en la colonia, fué un desastre en la primera república. Bolívar acusa con energía al gobierno caído. "La disipación de "las rentas públicas, dice su manifiesto, en objetos frí- "volos y perjudiciales, y particularmente en sueldos de "infinidad de oficinistas, secretarios, jueces, magistra- "dos, legisladores provinciales y federales dió un golpe "mortal a la república porque la obligó a recurrir al pe- "ligroso expediente de establecer el papel moneda sin "otra garantía que la fuerza y las rentas imaginarias de "la confederación. El papel moneda remató el descon- "tento de los estólidos pueblos internos que llamaron al "comandante de las tropas españolas para que viniese a "librarlos de una moneda que veían con más horror que "la servidumbre".

Con hombres que sentían muy débilmente las bondades republicanas al frente del gobierno, sin una ener-

gía central que diera unidad a la acción de las administraciones federales, sin rentas adecuadas y malgastando los pocos caudales disponibles, el sistema estaba minado en su base y, por la incuria de los gobernantes, el edificio se desplomaría falto de un cimiento que no podía ser otro, en aquellos días, que el poder militar o sea la defensa contra España en manos de un general competente y la garantía del orden bajo la supervigilancia de un político severo.

El sistema de tolerancias y clemencias, nos dice el *Manifiesto,* engendró "la oposición decidida a levan- "tar tropas regulares, disciplinadas y capaces de presen- "tarse en el campo de batalla ya instruídas, a defender "la libertad con suceso y gloria. Por el contrario, se es- "tablecieron innumerables cuerpos de milicias indiscipli- "nados, que además de agotar las cajas del erario na- "cional con los sueldos de la plana mayor, destruyeron "la agricultura, alejando a los paisanos de sus hogares; "e hicieron odioso el gobierno que obligaba a éstos a to- "mar las armas y a abandonar a sus familias".

Fracasaba el primer ejército como instituto militar y las bases en que se le fundaba, lejos de atraer al pueblo hacia la causa de la emancipación, le hacían lamentar las tranquilidades coloniales; por obra refleja, la mala organización de la defensa nacional se traducía en el quebranto político del sistema republicano.

El federalismo agravaba los males, pues la fuerza armada no pudo emplearse con las oportunidades debidas. "La competencia entre el poder federal y el pro- "vincial, dice Bolívar, dió lugar a que los enemigos lle- "gasen al corazón del Estado, antes que se resolviese la "cuestión de si deberían salir las tropas federales o pro-

"vinciales a rechazarlos, cuando ya tenían ocupada una "gran porción de la provincia".

Examina el *Manifiesto de Cartagena* todo este desorden y concluye que la pérdida de la primera república se debe a seis causas principales: el federalismo, la debilidad de los gobernantes, la falta de ejército veterano, el fanatismo religioso, las facciones políticas y la catástrofe del terremoto de Marzo de 1812.

Salvo las violencias de la naturaleza, todo tenía remedio y Bolívar al escribir su manifiesto, en las soledades curazoleñas, se trazaba su programa del futuro, el que había de aplicar en breve: centralizar la administración, gobernar con energía, crear un ejército, atraer a la Iglesia a la causa republicana y procurar, por todos los medios posibles, que todas las banderías políticas postergaran sus ambiciones ante la necesidad primordial de tener patria.

Dar nueva vida a Venezuela independiente, ante el juicio de Bolívar, no era sólo una cuestión nacional; era un problema que interesaba a Nueva Granada, desde luego, y que influía, además, en todos los pueblos de Hispano-América.

"España, poseyendo el territorio de Venezuela, po- "drá con facilidad sacarle armas y municiones de guerra, "para que bajo la dirección de hombres experimentados "contra los grandes maestros de la guerra, los france- "ses, penetren desde las provincias de Barinas y Mara- "caibo hasta los últimos confines de la América Meri- "dional.

"La España tiene en el día gran número de oficia- "les generales, ambiciosos y audaces, acostumbrados a "los peligros y a las privaciones, que anhelan por venir

"aquí a buscar un imperio que reemplace al que acaban "de perder.

"Levantarán quince o veinte mil hombres que dis- "ciplinarán prontamente con sus jefes, oficiales, sar- "gentos, cabos y soldados veteranos. A este ejército se- "guirá otro, todavía más temible, de ministros, emba- "jadores, consejeros, magistrados, toda la jerarquía "eclesiástica y los grandes de España, cuya profesión es "el dolo y la intriga, condecorados con ostentosos títu- "los, muy adecuados para deslumbrar a la multitud, los "cuales, derramándose como un torrente, lo inundarán "todo, arrancando las semillas y hasta las raíces del ár- "bol de la libertad. Las tropas combatirán en el campo "y éstos desde su gabinete, nos harán la guerra por los "resortes de la seducción y del fanatismo.

"Así, pues, no nos queda otro recurso, para preca- "vernos de estas calamidades, que el de pacificar rápida- "mente nuestras provincias sublevadas, para llevar "nuestras armas contra las enemigas y formar de este "modo soldados y oficiales dignos de llamarse columnas "de la patria".

Y junto con establecer la necesidad imperiosa de privar a los españoles de toda base en Venezuela, esboza el plan de la expedición libertadora. "La naturaleza "de la presente campaña nos proporciona la ventaja de "aproximarnos a Maracaibo por Santa Marta y a Ba- "rinas por Cúcuta.

Debemos considerar el estado actual del enemigo, "que se halla en una posición muy crítica, habiéndose- "le desertado la mayor parte de los soldados criollos, y "teniendo que guarnecer las patrióticas ciudades de Ca- "racas, Puerto Cabello, La Guaira, Barcelona, Cumaná

"y Margarita, en donde existen sus depósitos; sin que "se atrevan a desamparar estas plazas, por temor de una "insurrección general en el acto de separarse de ellas. "De modo que no sería imposible que llegasen nuestras "tropas hasta las puertas de Caracas, sin haber dado una "batalla campal".

Bolívar había expuesto en este análisis del pasado las causas precisas de la derrota republicana en Venezuela; evidenciaba la importancia de la emancipación de su patria para dar garantías a las demás repúblicas en formación; trazaba con prudencia las líneas generales de la reconquista, indicando que no sería necesario un gran ejército para iniciar la campaña.

La memoria del Coronel Bolívar circulaba desde el 15 de Diciembre de 1812 en Cartagena y su exposición viril, sin contemplaciones para nadie; metódica en el señalamiento de los errores cuya anotación envolvía todo un programa de gobierno; bien razonado bajo el aspecto de la importancia de Venezuela en la conflagración general de las colonias hispanas y, finalmente, hábilmente presentado como concepción militar, sedujo a los patriotas neo-granadinos y, aunque ella era una dura lección para sus propios desacuerdos, acogieron con entusiasmo al joven venezolano que, en vez de abatirse bajo el peso del desastre, erguía muy alta la cabeza y, colocándose en la inmensa cumbre de su patriotismo, anatematizaba a los republicanos medrosos y clamaba por un puñado de tropas para ir a libertad a su patria, llave del arco grandioso de la independencia de Hispano-América.

Con la fuerza de la verdad, conquistó Bolívar los favores de la opinión y, aún no expiraba el cuarto mes de su salida de La Guaira en la *Jesús, María y José*,

cuando se encontraba en situación de tratar con los gobiernos de Nueva Granada para realizar la empresa que era el único objetivo de su vida.

IV

La política de Bolívar a su llegada a Cartagena da singulares relieves a una nobilísima cualidad de su alma que se manifiesta con mayor intensidad a medida que se ensancha su campo de acción. Hay hombres para quienes la causa que abrazan se indentifica con su persona y que, profesando iguales amores al yo y al ideal, llegan a colocar sus programas al servicio de su egoismo. Hay otros que ven en sus doctrinas algo eminente, superior al que las sustenta, pues ellas son herencias del pasado y generosos dones del medio actual, algo imperecedero o, por lo menos, de más duración que la corta vida humana; para éstos la adhesión a la causa y el amor de sí mismos caminan en sentido inverso, mientras más se apasionan por aquélla más se desprenden de su personalismo. Los primeros son los grandes parásitos de la política que atraen a sus figuras de relumbrón la mejor sangre del país; los segundos son los grandes servidores públicos, los que transfusionándole la fuerza de su ideal dan nuevos vigores a la Patria, la elevan en la escala de las naciones y caen desfallecidos, pues dieron todo su sér, desde sus energías materiales hasta las delicadezas del amor propio.

De estos últimos hombres era Bolívar. Ante Valencia insurreccionada contra la República, Miranda le

humilló; pero él, fija la mente en su ideal, fué a combatir en un puésto de ayudante. En la lucha contra Monteverde, se le rebaja aún, encerrando sus energías en la oscura defensa de una plaza fuerte descuidada por el Generalísimo, y de nuevo ofrece a sus doctrinas el sacrificio de su persona. Cae la primera república y ante la desgracia se acrecientan sus adhesiones a la causa, ama con más intensidad a su patria desangrada y se siente capaz de mayores sacrificios; derrotado, empobrecido. ofrece su espada a un gobierno extranjero, mas es con el propósito de atraerlo al servicio de Venezuela y mientras se rebaja, aceptàndo un cargo subalterno a las órdenes de un aventurero francés, Labatut, proclama con valentía sus propósitos en el *Manifiesto de Cartagena.*

Con su espada iba a cortar las trabas que embargaban al Estado de Cartagena y con la fuerza de su convencimiento, apoyándose en razones indiscutibles y en el prestigio de sus triunfos, iba a procurar a Venezuela el apoyo de Nueva Granada.

El modesto Coronel de guarnición en Barrancas, no olvida las imposiciones de sus responsabilidades y en virtud de ellas toma la representación de su patria dolorida y, mientras se imprimía el Manifiesto, dirige al Congreso de la Unión granadina, una petición formal de auxilios.

"Serenísimo señor, le dice el 27 de Noviembre, la "instalación de ese Soberano Congreso, hecha en el tiem- "po mismo de la destrucción de la República de Vene- "zuela, no puede menos que servir de auspicios favo- "rables al restablecimiento de aquel infeliz Estado, cu- "yos débiles restos, acogidos en éste de Cartagena, se "atreven a dirigirse a V. A.".

Bolívar traza en seguida un clarísimo resumen del manifiesto preparado en Curazao y, aunque sus frases envolvieron una severa crítica para los neo-granadinos, que estaban cometiendo iguales errores, no vacila en vigorizar su programa de un gobierno fuerte y, en la sinceridad de su alma que no le permite plegar ante sus principios, cree que su deber le ordena precaver contra los peligros a los mismos a quienes va a pedir un servicio. Tal vez contrariará muchas ambiciones personales en un medio político seducido por el federalismo y esto dificultará su empresa; pero él tiene confianza en los republicanos granadinos y estima que compensa el servicio que pide con las atinadas advertencias que les hace. Bolívar no podía obrar de otro modo; si esto le creaba dificultades, buscaría la manera de conciliarlas; pero la lógica de hierro le llevaba a sugerir la necesidad de constituir en Nueva Granada un gobierno enérgico que fuera garantía para Venezuela, como el de esta república debía ser la seguridad de la Unión neogranadina.

Termina la exposición de hechos y Bolívar continúa su comunicación diciendo: "Escapados prodigiosa-
"mente de las garras de aquellas fieras, los pocos que
"aquí nos hallamos hemos venido a implorar la protec-
"ción de Nueva Granada, en favor de sus compatriotas,
"los desdichados hijos de Venezuela.

"Para fundar sobre algún mérito nuestra solicitud
"hemos querido tomar antes parte en la civil contienda
"que sostiene este Estado contra la provincia de Santa
"Marta, y habiendo tenido ya el honor de ver admitida
"la oferta de nuestros servicios en el ejército, espera-
"mos presentarnos a ese soberano Congreso, luégo que
"hayamos cumplido nuestro empeño.

"La identidad de la causa de Venezuela, con la "que defiende toda la América, y principalmente la Nue- "va Granada, no nos permite dudar de la compasión "que excitarán nuestros desastres en los corazones de "sus conciudadanos. Sí, los más ilustres mártires de la "libertad de la América Meridional, tienen colocada su "confianza en el ánimo fuerte y liberal de los granadi- "nos del Nuevo Mundo. Caracas, cuna de la indepen- "dencia colombiana, debe merecer su redención, como "otra Jerusalén, a nuevas cruzadas de fieles republica- "nos: y éstos no pueden ser otros que los que, tocando "tan inmediatamente los tormentos que sufren las víc- "timas de Venezuela, se penetrarán del sublime entu- "siasmo de ser los libertadores de sus hermanos cau- "tivos.

"La seguridad, la gloria, y lo que es más, el honor "de esos Estados confederados, exigen imperiosamente "cubrir sus fronteras, vindicar a Venezuela, y cumplir "con los deberes sagrados de recobrar la libertad de la "América del Sur, establecer en ella las santas leyes de "la Justicia y restituir sus naturales derechos a la hu- "manidad". (8)

Suscribía este mensaje Simón Bolívar, con los títulos de Coronel de Ejército y Comandante de Puerto Cabello, y para darle mayor solemnidad, firmaba con él Vicente Tejera, como Ministro de la Alta Corte de Caracas.

Mientras esta comunicación y su *Manifiesto de Cartagena* eran estudiados por el Congreso de la Unión, Bolívar limpiaba de fuerzas españolas el río Magdalena, despachaba sus emisarios a Tunja y a Bogotá y

---

(8) O'Leary.—Documentos. Tomo XIII, página 57.

tenía la satisfacción de saber que sus peticiones eran acogidas favorablemente, en virtud de la siguiente providencia recaída en su comunicación del 27 de Noviembre de 1812: *"Tunja, Febrero 18 de 1813.—Al poder Eje-"cutivo para su inteligencia y contestación, en la que el "Congreso, mirando como una misma la causa de Ve-"nezuela y la de la Nueva Granada, ha deseado e insis-"te en aplicar sus recursos en el momento que pueda, a "favor de aquélla.—Por el Supremo Congreso.*—Cama-"cho, *vice-presidente.*—Dávila.—C. Palenzuela".

Bolívar triunfaba en esta extraña empresa diplomática en que buscaba la alianza de un país que vivía una existencia independiente, aunque precariamente tal, con otra nación subyugada después de su primer esfuerzo heroico por la libertad; triunfaba sin credenciales ni poderes de un gobierno que no podía dárselas porque no existía y sus documentos eran únicamente la exposición verídica de los hechos, sincera hasta la crueldad, y la presentación de un programa de reacción bien fundado y que merecía confianza; triunfaba, finalmente, porque su campaña del Magdalena estaba demostrando que era capaz de dar cumplimiento a sus promesas.

Sin formalidades protocolarias, por la consagración de un hecho simplemente, Bolívar llegaba a los perfeccionamientos del tratado de alianza negociado por el canónigo Cortés de Madariaga; la voluntad del Congreso de la Unión le era francamente favorable, el Presidente Torres era un decidido amigo de Bolívar y, aunque esto bastaba para llenar sus propósitos, el sagaz y afortunado Coronel-diplomático procuraría conciliarse la voluntad de todos los Estados, obrando con exquisita prudencia, en un medio un tanto anarquizado por el partidarismo político, y buscando la estimación

general por su abnegación a la causa común y por los ejemplos que estaba dando en su marcha hacia el Alto Magdalena.

Una sola limitación contenía la providencia del Congreso a la petición de Bolívar: *se aplicarían los recursos de Nueva Granada a la liberación de Venezuela cuando se pudiera.*

Bolívar iba a despejar esta incógnita, demostrando con las victorias de un centenar de hombres que él conducía que *ya podían* las fuerzas granadinas socorrer a los oprimidos venezolanos.

V

El Gobierno de Cartagena había tomado a su servicio a un aventurero francés, Labatut, que había servido con Miranda en Venezuela y que conocía el temperamento dominante de Bolívar y sus capacidades para la acción. Labatut, jefe de la expedición que obraba sobre Santa Marta y cuyo objetivo verdadero era el afán de enriquecerse, vió en Bolívar un auxiliar peligroso que bien podía sustituirle en su comando para dirigir las operaciones en un rumbo en armonía con los anhelos de independencia y sin contemplar ninguna consideración personal.

Obligado por el Presidente Torices, aceptó los servicios de los venezolanos y los destinó a diferentes empresas lejanas en las que supieron distinguirse por su valor, especialmente Campomanes y Carabaño que vencieron a los españoles en arroyo de Manco-Mojan y en las bocas del Sinú, respectivamente, eliminando estas fuerzas que amenazaban a Cartagena.

La más insignificante destinación correspondió al Coronel Bolívar; debía comandar el puésto de Barrancas, en la orilla izquierda del Magdalena, mantenerse a la espectativa y no tomar resolución alguna sin recibir nuevas órdenes. No era Bolívar hombre para permanecer en la inacción, máxime si su conciencia le indicaba que esta actitud era perjudicial a la causa.

A juicio de Bolívar, el retardo en operar sobre el río Magdalena desalentaría a numerosos pueblos de sus márgenes que simpatizaban con los republicanos y que se encontraban aislados de Cartagena y entre ellos por las diferentes guarniciones españolas; en vista de las actividades de Monteverde en Oriente y del Presidente de Quito por el sur de Nueva Granada, se hacía indispensable obrar con la mayor diligencia y el jefe del destacamento de Barrancas concibió un atrevido plan para apoderarse de la navegación del Magdalena y lo puso sin demora en ejecución.

Dice el general O'Leary, cuya lealtad para con Bolívar nadie podrá poner en duda, que él obró en rebelión contra su jefe Labatut y procura excusar su indisciplina en virtud de la conducta de Labatut; mas, luégo pronuncia una censura franca en el fondo, aunque ligeramente velada en la expresión. "No faltará, dice en sus "memorias, entre esos militares, los que se hallan a las "órdenes de jefes inferiores, quien disculpe la conduc- "ta de Bolívar; pero ninguno intentará presentarlo co- "mo ejemplo, porque la desobediencia, aunque el triun- "fo le acompañe, destruye la disciplina".

Los historiadores Baralt y Díaz confirman la desobediencia a que se refiere O'Leary, diciendo que Labatut pidió que se juzgara a Bolívar en consejo de guerra y que *"los jefes de Cartagena animaron y sostuvie-*

"ron a Bolívar; tanto más, cuanto que en el interés de "Labatut por la disciplina militar supieron distinguir un "gran fondo de envidia, y que no les pesaba tener una "reputación militar que oponer a la de aquel violento "y codicioso aventurero". (9)

Briceño Méndez, citado por O'Leary mismo, está en contradicción con él y sostiene que "el gobierno de "la provincia le concedió la autorización necesaria, sin "avisarlo al general del ejército". (10)

En esta contradicción, recurrimos al único documento que existe sobre la materia; el parte de la campaña que Bolívar envió al Congreso de Nueva Granada y en el cual afirma que "fué encargado por el Gobierno "de Cartagena de pacificar los lugares que ocupaban los "enemigos en el Sur de la provincia de Santa Mar- "ta". (11)

Ahora bien, es muy posible que Bolívar procediera únicamente de acuerdo con el dictador Torices, joven de 24 años, entusiasta, atropellado tal vez, y sobre el cual ha debido Bolívar ejercer fascinadora influencia. En este caso no habría habido falta de disciplina, sino una desautorización al aventurero Labatut.

Nos inclinamos a esta última hipótesis y aún a creer que Bolívar partió de Cartagena con la seguridad de tener la aprobación del jefe de Estado, porque a los siete días de su llegada a Barrancas, el 21 de Diciembre, ya estaba listo para embarcarse y remontar el Magdalena, lo que no habría hecho tan rápidamente sin contar con auxilios eficaces.

---

(9) Historia de Venezuela.—Baralt y Díaz, página 127, tomo I.

(10) O'Leary.—Narración. Tomo I, pág. 101.

(11) O'Leary.—Documento I. Tomo XIII, página 133.

En la fecha que acabamos de indicar, embarcó Bolívar 200 hombres en 10 balsas y se presentó el 23 de Diciembre a intimar rendición al puerto enemigo de Tenerife, guarnecido por 500 soldados. La plaza no quiso rendirse, la atacaron los patriotas con decisión y casi por sorpresa; sus defensores huyeron, dejando en poder de Bolívar elementos militares y embarcaciones que le permitieron reforzar su flotilla.

Proclamada en Tenerife la Constitución cartagenera y reforzadas sus tropas, se embarcó nuevamente Bolívar con rumbo a Mompox y, después de dispersar algunas columnas realistas de la margen izquierda del Magdalena, fué recibido el 27 de Diciembre en esa ciudad, afecta a la causa de la independencia, con las mayores demostraciones de júbilo.

La juvenud de Mompox corrió a enrolarse en las filas de la pequeña hueste de Bolívar con un entusiasmo que no había de apagarse en toda la campaña que entonces se iniciaba; con estos elementos, y aprovechando el pequeño parque capturado, las fuerzas se elevaron a 500 hombres que Bolívar embarcó sin demora para subir el río hasta Banco.

El 28 de Enero se retiraba la guarnición española de este punto hacia Chiriguaná; Bolívar siguió en su persecución por el río César y tras un combate, el más sostenido de esta audaz campaña, lo derrotó el 1º de Enero de 1813, capturándoles cuatro buques de guerra, dos piezas de campaña y una buena cantidad de municiones y fusiles.

Vuelve sin demora hacia el Magdalena, toma por sorpresa el puésto de Tamalameque y avanza hasta Puerto Nacional el 6 de Enero. Sin pérdida de tiempo, el 8 de Enero, comunicaba un éxito al Congreso de

Tunja, con el manifiesto propósito de apoyar en él la petición de auxilio para libertar a Venezuela; en ocho o diez líneas describe su campaña y termina diciendo: "Bien pronto tomaré posesión de Ocaña. Todas estas operaciones se han ejecutado en el término de quince días". (12)

El Estado de Cartagena se enseñoreaba de todo el río Magdalena dentro de su territorio y la audaz acometida de Bolívar, a la vez que creaba una base estratégica para las expediciones libertadoras, despejaba las vías comerciales hasta la costa, lo que tendía a crear recursos para la campaña misma.

Asegurada la posesión de la vía fluvial, Bolívar penetraba en la región montañosa de Oriente y establecía su cuartel general en Ocaña para reformar su ejército en la espera de nuevas órdenes del gobierno cartagenero, a quien servía, y, principalmente, de las resoluciones del Congreso de Tunja sobre su cooperación para marchar a Venezuela.

Organizada la dirección general de sus fuerzas, Bolívar inició los reconocimientos del territorio posible de operaciones futuras y se puso en comunicación con el Coronel Manuel Castillo, que mandaba el destacamento de Pié de la Cuesta, al sur de Pamplona, a fin de precisar las posiciones del enemigo, especialmente de los elementos que Monteverde había hcho avanzar hasta el Rosario de Cúcuta, a las órdenes del Coronel Don Ramón Correa, que conducía una columna de más de mil hombres.

El extraordinario éxito del Coronel venezolano al servicio de Cartagena se difundía por todo el país y tan-

---

(12) O'Leary.—Documento I. Tomo XIII, página 133.

to el Congreso como el Estado de Pamplona iban a pedirle el inmediato auxilio de sus tropas vencedoras. La campaña entraba en nuevos rumbos y ellos serían los que le imprimiera Bolívar para acercarse al objetivo de tanto sacrificio y de una abnegación de cada momento: redimir a su patria, rompiendo las cadenas con que la oprimía Monteverde.

VI

La presión del enemigo sobre las fronteras de Nueva Granada traía profundamente alarmados a los gobernadores de los Estados comarcanos que recibían apremiantes peticiones de auxilios de los jefes colocados en los puntos estratégicos de la sierra.

El Coronel Castillo, a cuyas órdenes estaban los destacamentos que defendían las posiciones fronterizas al norte de la provincia de Tunja, tenía sus avanzadas en Pamplona y él se había situado más al sur, en Pié de la Cuesta, como para servir de escalón a los socorros que pudiera recibir de su capital y concentrarlos en la dirección del enemigo. El comando de Castillo era el cuartel general de las fuerzas granadinas que procuraban contener la invasión del Coronel Ramón Correa al mando de las lejanas avanzadas que preparaba Monteverde, desde Caracas, para dar sobre Nueva Granada un golpe análogo al que asestara en 1812 sobre Venezuela.

Bolívar había comunicado su marcha victoriosa, desde Barrancas a Ocaña, tanto al Congreso de Tunja como a los gobernadores de los diferentes Estados, sin

olvidar al Coronel Castillo a quien suplicaba le diera noticias del enemigo.

Los éxitos de Bolívar podían ser indicios de un ejército numeroso, cuando sólo eran obra de su proceder sin vacilaciones, y los expertos jefes españoles, que no temían las lentitudes de las guarniciones patriotas, se alarmaron ante la marcha del ejército libertador e iniciaron sus avances hacia el Rosario de Cúcuta, creando la situación amenazante que tenía desasosegados a los granadinos.

El prestigio moral del triunfador y la concentración de las fuerzas generales harían fracasar los planes de Monteverde y todas las autoridades interesadas, el Congreso de Tunja, el gobierno de Pamplona y el jefe de la vanguardia del Norte, como movidos por un mismo resorte, escribían a Bolívar entre el 19 y el 23 de Enero, pidiéndole que acudiera en su socorro para evitar la caída de Pamplona.

Recibió estas comunicaciones el jefe venezolano cuando exploraba las montañas de Los Andes a fin de conocer las dificultades y cerciorarse de los recursos que podía encontrar en esas regiones elevadas, ásperas, frías, a través de las cuales debía conducir, para llegar a la fronetra venezolana, sus tropas reclutadas en los climas cálidos de la costa y del bajo Magdalena, contingente el menos apropiado para su atrevida expedición. Los temores del viaje y el clima rudo estaban diezmando por las deserciones la pequeña columna de Bolívar en los momentos en que más necesitaba de sus elementos para acometer una empresa a cuyo éxito, ciertamente, subordinaría el Congreso granadino la resolución definitiva para autorizar la marcha sobre Venezuela.

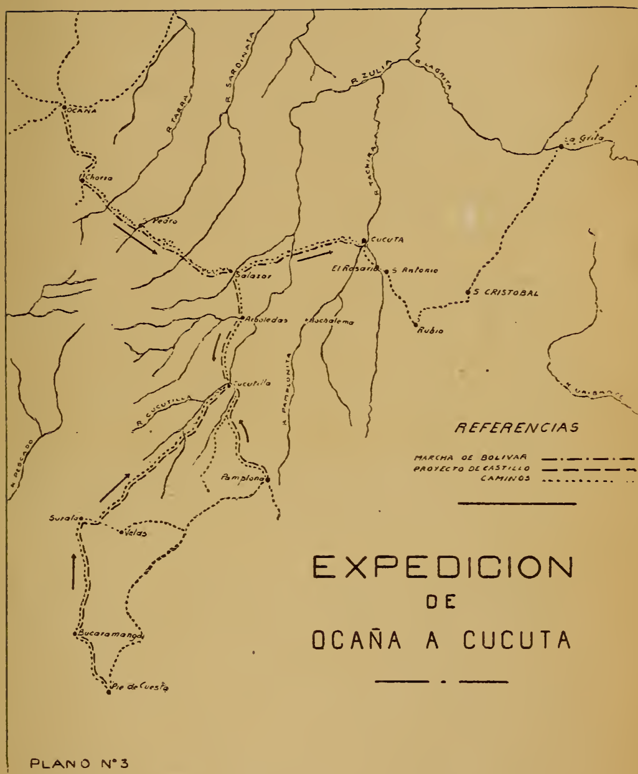
Mientras reorganizaba su ejército, procuraba ganar tiempo y contestaba al gobernador de Pamplona: "estoy dando los pasos más conducentes a llenar los de-"seos de V. E., poniendo en marcha la expedición de "mi mando hacia Pamplona, con el objeto de detener "el curso de las operaciones del enemigo y expulsarlo, "si me es posible, del territorio de Nueva Granada. Pe-"ro, para realizar empresa tan deseada de mi corazón, "debo aguardar el permiso del Exmo. Señor Presiden-"te del Estado (Cartagena), a quien he suplicado ya me "conceda la gracia de dejarme ir al encuentro de los ti-"ranos de Venezuela que invaden los Estados Federa-"dos, al abrigo de la imprudente y sangrienta guerra "civil que los devora". (13)

El carácter de Bolívar se revela de nuevo en estas líneas; manifiesta su disciplina como militar, mas el político se coloca en su propio terreno y censura agriamente las divisiones internas que ponen a Nueva Granada a los mismos peligros que trajeron la pérdida de su patria.

No permanece inactivo Bolívar; despacha un rapidísimo correo para Castillo, rogándole que prepare caballos, víveres y mantas para las tropas y pidiéndole un oficial que sea capaz de informarle sobre la situación exacta de los elementos patriotas y de las fuerzas enemigas, y, él mismo baja desde Ocaña al Magdalena, desciende hasta Mompox a buscar su parque y tropas de reserva, mientras llega el permiso del Gobernador Torices, y ya el 8 de Febrero, a las pocas horas de recibida la anhelada autorización, puede anunciar su programa al Congreso de Tunja.

---

(14) O'Leary.—Doc. 8. Tomo XIII, página 140.



OCAÑA
Chorro
Pedro
Salazar
Arboledas
Cucutilla
Pamplona
Suratá
Velas
Bucaramanga
Pie de Cuesta
CUCUTA
El Rosario
S. Antonio
S. CRISTOBAL
Rubio
La Grita
Bochalema
R. ZULIA
R. TARRA
R. SARDINATA
R. TACHIRA
R. PAMPLONITA
R. CUCUTILLA
R. PESCADO
REFERENCIAS
MARCHA DE BOLIVAR
PROYECTO DE CASTILLO
CAMINOS
EXPEDICION
DE
OCAÑA A CUCUTA
PLANO N° 3

"Mi vanguardia, le dice, parte mañana en direc- "ción a Salazar, en donde el enemigo ha tomado posi- "ciones ventajosas y fortificándose bien, según se me "avisa por el Comandante General del Ejército del Nor- "te". (14) Bolívar tomaba el mismo camino con la retaguardia el 16 de Febrero.

El rumbo elegido era el más directo para llegar hasta los valles de Cúcuta, donde acampaba el grueso de las fuerzas realistas; al propio tiempo, este camino le acercaba como ningún otro a su objetivo principal: la invasión de Venezuela por San Antonio, en las vecindades de Cúcuta.

Castillo propiciaba un plan distinto: las fuerzas de Pamplona permanecerían en esta plaza, él subiría de Pié de la Cuesta a Surata y Bolívar se defendería en Salazar, formando los vértices de un triángulo en cuyo centro, Cucutilla, se reunirían todos para esperar el ataque español. Cuatrocientos hombres traería Bolívar, trescientos procuraría Pamplona y Castillo llevaría otros trescientos, desarmados para equiparlos con los elementos venidos de Mompoz.

El proyecto de Castillo no tenía sino inconvenientes; desde luego, abandonada por Bolívar la fuerte posición de Salazar, que se proponía sorprender, abriría paso a Correa hacia las provincias granadinas, exponiéndose él mismo a ser perseguido en su camino a Cucutilla. Si, por otra parte, el jefe español no tomaba esta determinación, después de la propuesta asamblea de Cucutilla, sería preciso contramarchar para seguir por Salazar a Cúcuta. (*Plano número* 3).

---

(15) O'Leary.—Doc. 8. Tomo XIII, página 140.

En cambio, el camino de Ocaña a Cúcuta por Salazar, despejaba el camino de las fuerzas de Castillo situadas al sur de esa línea y, en el caso de una derrota, brindaba una retirada fácil de cubrir hacia el territorio amigo del Magdalena.

Bolívar desestimó aquellos planes y se puso en marcha desde Ocaña hasta Salazar, cruzando la áspera serranía que divide las hoyas del Magdalena, del sistema del lago de Maracaibo y del Orinoco. Mediante la diseminación de informaciones inexactas, logra sorprender el 22 de Febrero el puésto avanzado del Alto de la Aguada y las tropas enemigas se dispersaron por los caminos de Cúcuta unas, de Arboledas las otras.

Sin tardar, temeroso de que ocuparan una fuerte posición llamada Alto de Jagual, despacha una avanzada a conquistar este punto y se prepara para seguirla y posesionarse del valle del río Zulia.

Entre tanto, los fugitivos de Arboledas, amenazados por un posible avance de los patriotas de Pamplona, contramarchan hacia el Zulia, diezmándose en el penosísimo viaje.

Bolívar llega a las márgenes de este río el 25 de Febrero y, después de cruzarlo con el auxilio de una sola lancha, derrotó a las fuerzas de Correa en el pueblo de San Cayetano, con el concurso de su avanzada únicamente.

Esperó el jefe de la expedición la llegada de la retaguardia, del parque y de una columna de 126 hombres que le traía Lino Ramírez desde Pamplona; cruzó el 27 de Febrero el río Zulia y el 28 al amanecer se presentaba en las alturas que dominan al valle de San José de Cúcuta.

El Coronel Correa trató de capturar la división patriota con un movimiento envolvente en el cual la diseminación de su fuego dió ventajas a las tropas de Bolívar; cambió de táctica, apoderándose de unas alturas a la izquierda del ejército libertador y allí le atacó con denuedo el centro, al mando del Coronel José Félix Ribas, terminándose la acción por la desordenada fuga de las tropas realistas ante el empuje de las bayonetas lanzadas al asalto cuando las municiones empezaban a escasear.

"El enemigo, dice Bolívar, sobrecogido en este mo-
"mento de un temor pánico, se escapó precipitadamen-
"te, dejando en nuestro poder la plaza, artillería, per-
"trechos, fusiles, víveres y cuantos efectos pertenecían
"al gobierno español y a sus cómplices". (15)

Un rico botín llenaba las cajas y el parque del ejército de Bolívar; quedaba expedito el camino para que el Coronel Castillo se le reuniera con sus fuerzas y constituir una buena falanje capaz de asegurar la destrucción de Correa que se retiraba a La Grita.

En 67 días, mediante su sólo esfuerzo, pues Castillo no acudió a la expedición sobre Cúcuta, Bolívar había destruido el poderío español en el Magdalena inferior y estaba a las puertas de las fronteras patrias, después de atravesar los valles del trópico y las cumbres andinas. Ningún detalle dejó de merecerle su atención, desde las alpargatas y las mantas para sus soldados hasta las municiones; concibió los planes estratégicos que mejor consultaban las circunstancias; no rehusó el concurso de su fatiga personal en momento alguno, y el fruto que lograba era fundamentalmente la

---

(15) O'Leary.—Doc. 14. Tomo XIII, página 149.

obra suya, la creación de su cerebro y la inspiración de su amor patrio.

"Ya tiene V. E., dice al Congreso de la Unión, ter-
"minada la campaña de Cúcuta, libertando una bella
"porción de la Nueva Granada de los tiranos que la
"asolaban. Ahora, sólo nos resta por vencer a los opre-
"sores de Venezuela, que yo espero serán bien pronto
"exterminados, como lo han sido los de Santa Marta y
"de Pamplona, que en pocos días se han visto arran-
"car el cetro de hierro con que abrumaban estos Esta-
"dos". (16)

El Coronel fugitivo, empleado en una modesta plaza de Cartagena, y que, no obstante, se había atrevido a proponer una alianza militar al gobierno neo-granadino, cambiaba de posición; era un general victorioso, tenía un ejército en su mano, podía hacer valer los servicios prestados a Nueva Granada y apoyar en todo esto sus reiteradas peticiones para realizar aquella cooperación militar. Bolívar que, ante todo, deseaba los prestigios de la autoridad, sin olvidar su potencialidad propia, obrará con disciplina y discreción hasta lograr su designio.

Seis meses había pasado desde que abandonara La Guaira, y ya podía de nuevo prosternarse ante el sol que se alzaba en las mañanas sobre las llanos de su patria cuyo suelo podía besar; tras la decepción amarga, su responsabilidad le había hecho capaz de la vigorosa iniciativa en que triunfaba y estaba listo para el ataque en el que también triunfaría.

---

(16) O'Leary.—Doc. 14. Tomo XIII, pág. 149.

CAPITULO CUARTO

EL ATAQUE

I.—Desacuerdos de Bolívar y Castillo.—II.—Se autoriza la campaña a Mérida y Trujillo.—III.—Posiciones y elementos realistas.—IV.—El Ejército libertador.—V.—Combate de La Grita y separación de Castillo.—VI.—De La Grita a Trujillo.—VII.—El decreto de guerra a muerte.—VIII. —Triunfo de Ribas en Niquitao y conquista de Barinas.—IX.—La entrada en Caracas. (*Plano número 4*).

I

La campaña que había emprendido el Coronel Bolívar, y a la cual daba glorioso término en San José de Cúcuta, no tiene precedentes en la historia ni por la rapidez ni por la desproporción entre los elementos empleados y los objetivos que se lograron. Con un puñado de hombres, el Coronel venezolano al servicio del Gobierno de Cartagena había llegado desde las tropicales bocas del Magdalena hasta las serranías de los Andes

y se colocaba en un centro interior cuyo aprovechamiento habría permitido a los revolucionarios Sud-Americanos proyectar metódica y vigorosamente las conquistas republicanas en el sentido de los tres sectores que cubren a Colombia por el Noroeste, a Venezuela por el Noreste y al Ecuador por el Sur.

Este programa de actividades no existía, desgraciadamente, y sólo una parte de él era acariciada por Bolívar. Las tres entidades que se dividían la dirección de Nueva Granada, Torices en Cartagena, Nariño en Bogotá y Torres en Tunja como Presidente del Congreso de la Unión, veían en los éxitos de Bolívar el alejamiento de los peligros de reconquista por los elementos que preparaba Monteverde desde Caracas para emprender la invasión de Nueva Granada, sea cruzando los Andes o sea auxiliando por mar a los realistas de Santa Marta, fuerzas que podían sumarse a las huestes que el Presidente Montes organizaba en Quito para amenazar la frontera granadina por el alto Cáucas.

Se tributaron a Bolívar aplausos y honores, el Congreso de la Unión le reconocía como ciudadano de la Nueva Granada y le nombró Brigadier General del Ejército; no obstante, se mostraba rehacio para acceder a sus reiteradas peticiones de permiso para penetrar al territorio venezolano con las tropas de su mando y realizar, siquiera hacia el Oriente, una parte del programa de liberación de las colonias septentrionales de Sud-América por medio de un poderoso empuje del centro.

Bolívar no se contentaba con exponer sus ideas a los dirigentes granadinos, trataba también de interesar a la opinión y, después del triunfo de Cúcuta, penetraba hasta el vecino pueblo venezolano de San Antonio y

dirigía a su ejército una proclama en que, sobre la base de los sucesos recientes, anunciaba los planes del futuro:

"Soldados del Ejército de Cartagena y de la Unión: "vuestro valor ha salvado la Patria, surcando los cau- "dalosos ríos del Magdalena y del Zulia: transitando "por los páramos y las montañas: atravesando los de- "siertos: arrostrando la sed, el hambre, el insomnio: "tomando las fortalezas de Tenerife, Guamal, Banco y "Puerto de Ocaña: combatiendo en los campos de Chi- "riguaná, Alto de la Aguada, San Cayetano y Cúcuta; "reconquistando lugares, con cinco villas y seis ciuda- "des, en las provincias de Santa Marta y Pamplona.

"Vuestras armas libertadoras han venido hasta Ve- "nezuela, que ve respirar ya una de sus villas, al abrigo "de vuestra generosa protección. En menos de dos me- "ses habéis terminado dos campañas, y habéis comen- "zado una tercera, que empieza aquí y debe concluir en "el país que me dió la vida. Vosotros, fieles republica- "nos, marcharéis a redimir la cuna de la independencia "colombiana, como las cruzadas libertaron a Jerusalén, "cuna del cristianismo.

"Yo que he tenido la honra de combatir a vuestro "lado, conozco los sentimientos magnánimos que os ani- "man en favor de vuestros hermanos esclavizados, a "quienes pueden únicamente dar salud, vida y libertad, "vuestros temibles brazos, y vuestros pechos aguerri- "dos. El solo brillo de vuestras armas invictas hará des- "aparecer en los campos de Venezuela, las bandas espa- "ñolas, como se disipan las tinieblas delante de los rayos "del sol.

"La América entera espera su libertad y salvación "de vosotros, impertérritos soldados de Cartagena y de

"la Unión! No, su confianza no es vana, y Venezuela "bien pronto verá clavar vuestros estandartes en las "fortalezas de Puerto Cabello y de La Guaira.

"Corred a colmaros de gloria; adquiriéndoos el su- "blime renombre de Libertadores de Venezuela". (1)

Mientras alentaba de este modo a sus soldados, vislumbrándoles el camino de la gloria, y mandaba heraldos de su llegada a todos los pueblos de los valles andinos, no descuidaba la labor diplomática efectiva y despachaba a su tío político, el Coronel José Félix Ribas, con plenos poderes para obtener la cooperación eficaz del Gobierno de Nueva Granada.

El 4 de Marzo, partió del Cuartel General de Cúcuta el incansable Ribas, nervio de esta campaña y verdadera encarnación del alma venezolana, llevando la siguiente carta de Bolívar para el Presidente del Poder Ejecutivo de la Unión:

"Excmo. señor: El Coronel José Félix Ribas, que "tendrá el honor de presentar a V. E. los homenajes de "mi obediencia y respeto, y los del ejército combinado "de mi mando, va en comisión cerca de V. E. a implo- "rar en nombre de nuestra patria común y de las vícti- "mas de Venezuela, la protección de ese cuerpo sobera- "no, para que prestándonos sus poderosos auxilios, par- "tan nuestras armas victoriosas de estos Estados liber- "tados, a combatir a los tiranos que hacen gemir a Ca- "racas y amenazan constantemente la libertad de la Nue- "va Granada, que jamás podrá contar con ella, sin ale- "jar de sus fronteras a los odiosos enemigos, que ya se "han atrevido a invadirla.

(1) O'Leary.—Documentos número 18, página 151, tomo XIII.

"La suerte de la Nueva Granada está íntimamente "ligada con la de Venezuela: si ésta continúa en cade- "nas, la primera las llevará también, porque la esclavi- "tud es una gangrena que empieza por una parte, y si "no se corta, se comunica al todo y perece el cuerpo en- "tero.

"No haciendo mención de las infinitas razones de "conveniencia y política que nos estimulan violentamen- "te a tomar parte en las desgracias de Venezuela, que se "extenderán al resto de la América no remediándolas a "tiempo: el solo deber que impone el honor a todo pue- "blo colombiano que sabe estimar la justicia y el valor "de la libertad, sería más que suficiente para ponernos "las armas en la mano, y marchar todos los que son sen- "sibles a la gloria de redimir a sus hermanos y de des- "truir a los tiranos.

"Yo me lisonjeo de que el Cuerpo Nacional que re- "presenta la soberanía del pueblo granadino, no podrá "ver con frialdad el deshonor y el infortunio de los ha- "bitantes de la Costa Firme, y que poniendo en acción "todos los resortes de su poder y sabiduría, levantará "tropas y reunirá los elementos indispensables a la gue- "rra que vamos a emprender contra los opresores de "Caracas.

"El Coronel Ribas comunicará a V. E. los detalles "que desée saber, relativos al verdadero estado de nues- "tros enemigos, y a los medios que habemos menester "para emplearlos contra ellos; en el concepto de que las "estipulaciones que dicho Coronel Ribas firmare, serán "religiosamente cumplidas por mí y por la República de "Venezuela, luégo que ésta se restablezca. Yo suplico a "V. E. se digne aceptar con indulgencia los ruegos que "le hago en obsequio de la salvación de ambos Estados.

"acogiendo con benignidad los tributos afectuosos de "mi alta consideración". (2)

Encontró Ribas un auxiliar entusiasta en el Presidente Camilo Torres que tenía confianza en las ideas de Bolívar y fe en su estrella; pero cuyos entusiasmos eran moderados por las resistencias de los timoratos que no querían comprometer fuerzas granadinas, por pequeñas que fueran, en la empresa de libertar a Venezuela cuando podían ser indispensables en la Patria misma. El principal enemigo de Bolívar era el Coronel Castillo, el Jefe granadino de la vanguardia de Pamplona, que se resistía a obedecer sus órdenes e intrigaba contra él, manifestando al Congreso los peligros de verse privado de sus tropas para comprometerlas en lo que él llamaba delirante empresa del Coronel Bolívar y procediendo en forma tal que las órdenes del Jefe se encaminaron al fracaso de sus planes. Así, según cartas de Bolívar al Gobernador de Cartagena y al Congreso de Tunja, Castillo recibió instrucciones terminantes el 23 de Marzo de 1813 para atacar a Correa en La Grita, después del desastre de Cúcuta, orden que el General granadino se resistía a cumplir aún el 31 de Marzo, exponiendo la campaña a los gravísimos peligros que el General Bolívar comunicó al Presidente de la Unión.

"Hasta este momento, dice Bolívar en carta desde "Cúcuta fechada el 31 de Marzo, no ha partido el Co- "ronel Castillo a atacar a Correa en La Grita; porque "según dice él mismo, quiere hacer las cosas con orden, "y este orden no es más que una morosidad la más per- "niciosa, cuyas consecuencias pueden ser funestas. Así,

(2) O'Leary.—Documentos. Tomo XIII, número 20, página 156.

"yo no respondo del suceso de la acción, después de ha-"ber dado al enemigo sobrado tiempo para reforzarse "con todas las ventajas que estén a su alcance. Sin em-"bargo, debemos contar con la victoria, si atendemos al "número y entusiasmo de nuestros soldados, y a la des-"moralización de los enemigos, que quizás no tendrán "el valor de esperar el ataque". (3)

Puede decirse, sin exageración, que la mayor dificultad que encontró Bolívar en esta campaña inicial provino de la sorda resistencia del Coronel Castillo que, así deseamos creerlo, inspirado únicamente por su patriotismo, no deseaba franquear el paso a lo que él conceptuaba *locuras de Bolívar.* Una obediencia inmediata y el auxilio de todas las tropas de Castillo habrían permitido ganar tiempo, evitar las concentraciones del enemigo y disponer de elementos que dieran mayores eficacias a la campaña de liberación.

La verdad había de imponerse y su aplicación, al estrellarse con las pasiones humanas, no tendría toda la amplitud que anhelaba el Jefe de la expedición; los dirigentes granadinos se habían de inspirar en sus propios intereses y, considerando que el dominio de ambas faldas de la sierra andina era un poderoso baluarte contra la reconquista por el Oriente, sólo autorizaron a Bolívar para llevar a cabo este programa que se disfrazaba bajo el nombre de permiso para ocupar las provincias de Mérida y Trujillo.

---

(3) O'Leary.—Documento 28, tomo XIII, página 167.

II

Se debatía Bolívar contra las intrigas de Castillo con el ánimo sereno de quien tiene, a la vez, confianza en los proyectos detenidamente madurados y tranquila la conciencia por su continua rectitud en el obrar; sin apartarse de su objetivo, no descuidaba por estas preocupaciones la preparación de una campaña que había de realizar *a pesar de todo,* tan firme era su fe en la amistad del Presidente Torres y en el éxito de la misión que confiara a Ribas. Esperaba Bolívar la resolución del Congreso granadino en medio de los afanes para organizar su ejército y, al recibir las órdenes deseadas, el 7 de Mayo de 1813, en su campamento de Cúcuta, se olvida de sus desacuerdos con Castillo, de las injurias que de él recibiera, de la obligación en que le colocó de enviar su renuncia, de las contingencias a que expuso el éxito, de todo en fin, hasta el punto de no mencionar siquiera estos incidentes en su respuesta al Poder Ejecutivo de La Unión.

Lograda, siquiera en parte, la autorización solicitada sólo piensa en agradecerla y en las medidas necesarias para obtener todo el fruto de su empresa; libre de reproches, su corazón desea únicamente obrar para vencer, según se desprende de su comunicación al Ejecutivo de Nueva Granada:

"He recibido ayer el oficio de V. E. fecha 27 del "pasado, en que el señor Secretario de Estado se sirve "comunicarme a nombre del Gobierno la orden de mar-

"char el ejército a ocupar las provincias de Mérida y "Trujillo.

"Doy a V. E. las más rendidas gracias por la heroi- "ca resolución que ha tomado de mandar a libertar dos "de los Estados que componían la confederación de Ve- "nezuela. Mi corazón se inunda de placer y gratitud al "contemplar las armas libertadoras de la Nueva Grana- "da, marchando a redimir a mi querida patria; pero ¡ah "Excelentísimo señor! los bienes más puros están siem- "pre mezclados de peligros e inconvenientes, y el de la "libertad que vamos a obtener, se halla colocado entre "los dos más grandes escollos que puede presentar la "guerra; la carencia de dinero y la de municiones. Voy "a explicarme.

"Debemos marchar a posesionarnos de Mérida y "Trujillo, países que apenas podrán suministrar víveres "para alimentar la tropa, permaneciendo en ellos un mes "cuando más, y por consiguiente nos faltarán los suel- "dos para el ejército, pues no hay caudales en aquellas "provincias, que han aniquilado el terremoto, la guerra "y las persecuciones de los enemigos. Necesitamos, pues, "que los gobiernos particulares y el general de la Nue- "va Granada nos suministren mensualmente la cantidad "de veinte y cinco mil pesos, interin nos internamos en "la provincia de Caracas, que es la rica y la que puede "subvenir a los gastos del ejército. Estas cantidades se- "rán reintegradas por la República de Venezuela, luégo "que esté restablecida, con los intereses que se hayan "estipulado con cada uno de los prestamistas, bajo la "garantía del Gobierno de la Unión. A este efecto voy a "mandar dos diputados a las provincias del Socorro, "Tunja y Cundinamarca, con las credenciales e instruc- "ciones de que acompañaré copia luégo que las haga.

"Por otra parte, insto al Gobernador de este Estado, "para que tome todas las medidas más eficaces, a fin "de obtener algunas cantidades que nos pongan en ap- "titud de marchar adelante; pues estamos reducidos a "no tener ni aún para suministrar el socorro diario a los "soldados.

"Luégo que lleguemos a Mérida, éstos me pedirán "sus sueldos atrasados, y yo no tendré fondos con qué "pagarles. Entonces los oficiales mismos aumentarán "quizá el descontento de las tropas, atribuyendo al país "de Venezuela la falta de prest, que tampoco tendrían "aquí si se demorasen más tiempo en el territorio de la "Unión.

"El caso es arduo y aseguro a V. E. que el valor "que me sobra para combatir a Monteverde, me falta "para arrostrar el inconveniente en cuestión.

"El segundo obstáculo para lograr un suceso com- "pleto en esta guerra, es que las pocas municiones se "van a disminuir con la naturaleza de la campaña que "nos hemos propuesto, quiero decir, por la lentitud con "que vamos obrando, quedándonos uno o dos meses en "cada población.

"Yo conceptúo que siempre que las circunstancias "nos sean tan favorable como nos dicen, y la fortuna "nos proteja un tanto, podemos llegar o presentarnos "delante de Caracas con sólo las municiones que lleva- "mos, obrando rápidamente y procurando dar una ac- "ción general que nos abra las puertas de aquella capi- "tal, que abrazará inmediatamente nuestra causa si el "ejército de Monteverde es una sola vez derrotado. Mas "si adoptamos un sistema opuesto, cual es el de darle "al enemigo tiempo para que se organice y nos presente

"cuerpos con quienes combatamos frecuentemente, por "de contado agotaremos nuestros pertrechos sin ventaja "decisiva; sobre todo si no tenemos órdenes para per- "seguir al enemigo según lo permitan las circunstancias "y aprovechar las oportunidades que los accidentes ca- "suales y comunes en las revoluciones puedan ofrecer- "nos.

"La distancia de nuestro Cuartel general a esa ca- "pital será doble, luégo que esté en Trujillo; así gasta- "rá nuestra correspondencia dos meses en ida y vuelta; "en estos dos meses perece el ejército por falta de dine- "ro y alimentos, o por que demos a nuestros contrarios "lugar para obrar con libertad, poniendo en ejecución "todos los resortes de su actividad y poder, lo que va a "aumentar nuestros embarazos y facilitar al enemigo "sus medios de defensa.

"Yo me tomo la libertad de presentar a V. E. estas "observaciones, para que se sirva tomarlas en conside- "ración, y resuelva, si lo juzgare justo y conveniente, "que yo pueda obrar con arreglo a las circunstancias, o "que se me nombre una comisión compuesta de dos o "tres Jefes del ejército con quienes deba consultar las "grandes operaciones, y particularmente las que tengan "una tendencia directa sobre la dirección que se haya de "dar al ejército, avanzando o retrocediendo, según lo "exija la utilidad o el peligro.

"La contestación de este oficio la recibiré en Tru- "jillo, donde esperaré las ulteriores determinaciones, "que no dudo serán claras y formales, arregladas a las "circunstancias en que nos vamos a encontrar: impe- "lidos, por decirlo así, por la falta de medios de sub- "sistencia, y retenidos por las órdenes extrictas que se

"me han dado para no pasar en adelante. De esta deter-"minación depende, según me parece, el resultado de la "campaña". (4)

Un propósito bien definido anuncia el general Bolívar en esta carta: el de llegar a Caracas que será su verdadero centro de acción para proveerse de elementos de toda suerte destinados a la campaña militar y para hacer desde allí la propaganda de opinión que juzgaba indispensable para afianzar los ideales republicanos en el corazón del pueblo que debía sostenerlos. Cualesquiera que fueran las órdenes que recibiera en lo futuro, Bolívar no podía apartarse de este rumbo primordial, no podía romper la línea maestra de su concepción estratégica y llegaría a Caracas, *con autorización o sin ella*, a causa de la necesidad misma de cumplir la orden de conservar las posesiones de Mérida y Trujillo.

Asomaba Bolívar en las cumbres de los Andes y ya su sombra, que había de ser gigantesca, se extendía por las faldas y por los llanos e iba a oscurecer la mente del Capitán Monteverde que sentía llegar, con las intranquilidades del remordimiento, al vengador de las violaciones del pacto de San Mateo y de las crueldades de sus secuaces. El águila iba a desplegar sus alas en un vuelo magnífico y no vacilaría en atacar en todos sus reductos al león castellano.

---

(4) O'Leary.—Documento 55, tomo XIII, página 209.

III

En realidad, águila debía ser quien pudiera atravesar por entre los grupos de fuerzas que Monteverde había organizado desde la frontera granadina hasta Caracas, formando dos líneas por entre las cuales parecía imposible que pudiera cruzar el atrevido invasor. (*Plano número 4*).

De avanzada en los Andes, estaba el Coronel Correa con 700 hombres, dominando a la vez desde La Grita los accesos al Magdalena, las pendientes que llevan al lago de Maracaibo y las vertientes del Apure.

Más al Norte y siguiendo el eje de las cordilleras, el Capitán Cañas cubría con una fuerza de 500 hombres la plaza de Trujillo que podía ser socorrida desde Maracaibo y desde donde le era fácil avanzar hacia los llanos por el valle de Boconó.

En el nudo de montañas de Barquisimeto, el Capitán Oberto mandaba una guarnición de 1.000 hombres escogidos que tenían a su espalda, como centro de aprovisionamiento, el puerto Vela de Coro y, como campo de retirada para reforzarse, el extenso valle del Tocuyo, disponiendo para sus ataques al frente, de fáciles accesos al llano.

Desde Coro a La Grita, por Barquisimeto y Trujillo, existía una línea occidental que se apoyaba en los puertos de La Vela y de Maracaibo, con un extenso país para la subsistencia en la retaguardia y que, sin considerar las guarniciones marítimas, disponía de 2.200

soldados bajo las órdenes de oficiales competentes. Ninguna fuerza invasora podía penetrar a espaldas de esta línea y una filtración por el frente aparecía imposible ya que, en cualquier momento, podía encontrarse entre dos fuegos.

Al oriente de estos centros, Monteverde había formado otras agrupaciones militares que le permitían movilizarse desde Puerto Cabello hasta los llanos del Apure.

En los orígenes de este río, el Capitán Yañez, con un grupo de 900 hombres, mantenía un centro de reclutamientos en Guasdualito y se encontraba, además, en situación de acudir en socorro de los puéstos vecinos de la línea occidental. El destacamento de Yañez, que estaba destinado a desempeñar papel de importancia en la campaña, era la retaguardia de la división que mandaba en Barinas el marino don Anonio Tizcar, cuyos contingentes pasaban de 1.500 hombres. Algunos piquetes diseminados existían al norte de Barinas hasta llegar a la plaza de San Carlos, centinela avanzado en los llanos sobre el camino de Valencia, que estaba a las órdenes del Capitán Izquierdo con 1.200 hombres de buenas tropas.

Por fin, Monteverde en Caracas contaba con una guarnición selecta de 700 hombres y un contingente en fromación de 1.700 soldados. Fuera de la guarnición de Puerto Cabello, y de las pequeñas patrullas diseminadas, en virtud de estos datos, disponía el Jefe español de más de 6.000 hombres de tropas regulares en las plazas de Guasdualito, Barinas, San Carlos y Caracas, formándose un total de más de 8.000 combatientes con las divisiones agrupadas en la línea de La Grita a Coro.

Por entre estas dos filas, verdadero callejón de fuerzas, debía pasar el invasor y parecía indudable que recibiría en él una verdadera *corrida de baqueta,* salvo que contara con fuerzas muy superiores a las que podía concentrar el defensor.

Una primera reunión parecía posible: la contra marcha de Correa desde La Grita hacia Mérida, llamando en su auxilio a los contingentes de Yañez en Guasdualito y Tizcar en Barinas, permitía una asamblea de más de 3.000 soldados realistas, cuya cifra da la medida de las fuerzas que necesitaba el invasor.

En el caso de una derrota de las fuerzas españolas así concentradas, y dentro de la hipótesis que su pérdida fuera total, había aún la posibilidad de formar una segunda cortina de resistencia por un movimiento convergente de las columnas de Trujillo, Barquisimeto y San Carlos que sumaban otros 3.000 hombres, contingente que vuelve a fijar el mínimo de las fuerzas invasoras en coincidencia con los resultados de la combinación que acabamos de analizar.

Finalmente, si contamos con los recursos que hubieran podido suministrar Coro y Puerto Cabello a las tropas españolas en esta imaginaria retirada y los hacemos converger a Valencia con la guarnición de Caracas y con los elementos que hubieran podido salvarse, llegamos, en virtud de los datos apuntados, a la posibilidad de reunir en Valencia una tercera falange de 3.000 realistas para detener a Bolívar.

IV

¿Con qué elementos contaba Bolívar para romper esta doble línea que podía, metódicamente, replegarse para formar una triple barrera de resistencia? El Jefe de la expedición libertadora pudo haber contado con una excelente brigada de 1.000 hombres probados; pero los desacuerdos, verdaderas rebeliones de Castillo y de Santander, habían reducido sus contingentes a sus leales tropas de Mompox, a los cuadros del 3º, 4º y 5º batallones que le facilitó el Congreso de Nueva Granada y a 100 hombres que le proporcionó el presidente de Cundinamarca.

No hemos encontrado datos documentados correspondientes a la iniciación de la campaña y nos referimos a las cifras que apuntan las notas oficiales un mes después de recibida la autorización de avance hacia Mérida y Trujillo.

En el archivo del Libertador figura el extracto de un oficio de 15 de Junio de 1813, dirigido al Gobierno de Colombia, (5) en el cual se anota que la vanguardia, a las órdenes del Teniente Coronel granadino Atanasio Girardot, tenía la siguiente composición:

Infantería.

Del batallón 3º.	44	plazas
,, ,, 4º.	165	,,
,, ,, 5º.	200	,,
Del mismo, destacadas en Betijoque	46	,,
	455	plazas

(5) O'Leary.—Documento 90. Tomo XIII, página 254.

Artillería.

De la Unión y Cartagena . . . . . 13 plazas

Caballería.

De voluntarios de Mérida . . . . 20 plazas

Sumaba, así, la vanguardia, 488 combatientes; en cuanto a la retaguardia, el General Rafael Urdaneta la estima como sigue, en la misma fecha a que se refieren los datos anteriores: "La retaguardia, dice en sus memo-"rias, mandada por el Coronel José Félix Ribas, que se "ocupaba en reclutar en Mérida, sólo tenía 300 hombres, "de ellos 100 venidos de Bogotá como auxilio que dió "aquella ciudad en favor de la libertad de Venezue-"la". (6)

El total de estas fuerzas es de 788 hombres; mas, para tomar la cifra inicial, hay que descontar los reclutamientos posteriores y agregar las tropas que abandonaron a Bolívar con el Coronel Castilló, en número de un centenar más o menos; como los reclutamientos aparecen estimados en 220 combatientes habría que rebajar sólo 120 para determinar la fuerza primitiva, lo que fija el ejército libertador en el número de 650 soldados.

¡Bolívar acometía la magna empresa con la quinta parte del ejército mínimo que se requería para abordar las posiciones enemigas! Confiaba en la rapidez de la acción que daría a su minúsculo ejército la fuerza que no podía obtener de su masa misma.

(6) Memorias del General Urdaneta. Página 3.

No estaba el parque de la división libertadora más rico que los cuadros de sus batallones. En una relación oficial encontramos las siguientes descripciones: (7)

Artillería.

Obuses montados de 6 pulgadas . .	3
Obuses montados de 3 pulgadas . .	1
Cañones montados de a 4..	3
Cañones montados de a 3 pulgadas .	1
Pedreros de a 3.	2
Pedreros de a ½	2
Balas de a 4 libras	930
Balas de a 3 libras	81
Balas de 4 libras	264
Metrallas de a 4 libras	721
Metrallas de a 3 libras	174
Metrallas de a ½ libra	11
Cartuchos de pólvora de 4 libras. .	359
Cartuchos de a 3 libras	427
Cartuchos de a ½ libra	150

Infantería.

Fusiles en servicio	1.226
Fusiles de útil composición	78
Escopetas de útil composición	53
Piedras de fusil	10.700
Cartuchos de fusil con balas	120.600
Pólvora, libras	615
Balas de plomo para fusil	16.000

(7) O'Leary.—Documento 40. Tomo XIII, página 183.

Caballería.

Sables	300
Lanzas	500

Tales eran los miserables recursos del parque material para armar malamente un máximo de 2.000 hombres, 3 toneladas y media de balas y apenas una tonelada y media de pólvora.

Con tan pobres medios, el éxito de la expedición quedaba subordinado a la pericia del Jefe, a la competencia de los subalternos inmediatos, al heroísmo de los oficiales y a las abnegaciones sin límites del soldado anónimo.

La campaña se iniciaba con el Brigadier Simón Bolívar como General en Jefe y el Coronel Castillo como mayor General, quien fué luégo reemplazado por el comandante Urdaneta; la vanguardia estaba bajo la responsabilidad de Atanasio Girardot y llevaba a Luciano Delhuyar como segundo; la retaguardia obedecía al Coronel José Félix Ribas y completaban el cuadro militar que daría vida a la expedición los edecanes de Bolívar, Pedro Briceño Méndez, N. Pumar, José Jugo, Juan José Pulido y Fermín Ribón.

Vamos a seguir estos hombres en su prodigiosa carrera de triunfos, reconquistando el suelo patrio, hasta su entrada en Caracas, un año después de los desastres de Miranda, como si el destino hubiera querido alentar con esta coincidencia los ánimos viriles de los libertadores.

V

La fecha inicial de la primera campaña de Bolívar en Venezuela puede fijarse en el 23 de Marzo de 1813, cuando daba órdenes a Castillo, que llevaría como segundo a Girardot,, para destruir a Correa en La Grita o desalojarle de esa posición. "Esta operación, con 500 "ó 600 hombres, no es muy difícil decía el Brigadier "Bolívar al Gobernador de Cartagena, tanto por la na-"turaleza de las fuerzas de Correa, como por el valor "de nuestros soldados y el talento y virtud militares que "distinguen al Coronel Castillo y al Teniente Coronel "Girardot". (8)

Castillo, a pesar de los halagos con que le trataba Bolívar, demoraba su partida y sólo el 2 de Abril pudo el General en Jefe anunciarla al Gobierno granadino, diciendo que llevaba 800 hombres y que consideraba su éxito seguro. La urgencia demostrada por Bolívar se justificaba por los temores de una asamblea de fuerzas españolas en La Grita, lo que haría peligrar desde su primer paso, el programa de batir en detalle a los núcleos apostados por Monteverde.

Finalmente, Castillo partió y Bolívar tuvo la satisfacción de recibir un primer parte de su segundo, fechado en el campo de La Cruz sobre la Angostura de La Grita a 11 de Abril. "Ayer, dice Castillo, a la una "y media del día me he posesionado de esta altura, for-"zando el inexpugnable estrecho de La Grita que guar-

(8) O'Leary.—Documento 25. Tomo XIII, página 162.

"necía el enemigo con 150 hombres. Se han tomado 4 "prisioneros, tres fusiles, 5 cartuchos, 1 tienda, 5 puña-"les, 5 bayonetas, 1 pistola, algún ganado, ropa, etc. He-"mos tenido heridos al Subteniente Daboura y un sol-"dado e igual número el enemigo. A pesar de esta venta-"ja que parece lo ha allanado todo, creo aún muy difí-"cil tomar a La Grita porque estoy seguro de que el co-"mandante Correa ha sido reforzado considerablemen-"te". (9)

Basta la lectura de este parte para evidenciar que las dificultades de la operación no eran excesivas y, en efecto, dos días después, el 13 de Mayo, Castillo se apoderaba de La Grita y Bailadores y el Jefe español Correa se retiraba a Mérida. El peligro de la concentración subsistía siempre, pues la marcha de Correa tendía a cerrar un triángulo cuyos vértices eran Trujillo, Barinas y Mérida y en su sector era fácil agrupar las fuerzas de Cañas, de Tizcar y de Correa mismo para oponer al avance patriota un contingente de 2.500 hombres,

En estos momentos difíciles Castillo reunía un consejo de oficiales en el cual se acordaba protestar ante el Congreso de La Unión del inútil sacrificio de las fuerzas granadinas si avanzaban más allá de Mérida bajo la dirección temeraria de Bolívar. Concluía el consejo pidiendo como Jefe al General colombiano Baraya y el propio Castillo anunciaba su renuncia fundado en que "la reconquista de Venezuela, de un modo que choca-"ba con sus principios políticos y aún morales y el con-"ducirle como un instrumento de la ruina indefectible "de las pocas fuerzas de Nueva Granada y, por consi-

(9) O'Leary.—Documento 44. Tomo XIII, página 191.

"guiente, de su libertad, le prescribía sufrir primero la "muerte que soportar tamaño sacrificio".

De hecho abandonaba el mando de las fuerzas que había conducido victoriosamente a La Grita y las confiaba al sargento mayor Manuel Ricaurte, que rehusó la comisión por solidaridad con Castillo, recayendo, finalmente, la jefatura en el sargento mayor Francisco de Paula Santander.

Esta actitud de los jefes estimulaba la indisciplina de las tropas y Bolívar se vió obligado a trasladarse personalmente a La Grita donde fué recibido, según cuenta O'Leary, (10) por el flamante jefe con la tropa formada en actitud sospechosa. Como Santander no aceptara la orden de marcha, Bolívar le increpó duramente: "*no hay alternativa, o usted me fusila o positivamente le fusilo yo a usted*". Y la división marchó sin Santander, a quien reemplazó el comandante Urdaneta, el mismo que en estas dificultades escribía a Bolívar: "*General, si con dos hombres basta para emancipar la Patria, pronto estoy para acompañarle a usted*".

VI

Resueltos estos gravísimos tropiezos el 17 de Mayo, sólo nueve días después de recibir en Cúcuta las instrucciones del Congreso, Bolívar marchaba desde La Grita a Mérida en persecución de Correa, resuelto a aniquilarlo y, en todo caso, a posesionarse de esa región

---

(10) O'Leary.—*Narración.* Página 123.

que simpatizaba con los revolucionarios y en la cual le sería posible organizar nuevos contingentes o, por lo menos, mejorar los de que disponía.

Sin elementos adecuados, la movilización era difícil y el General en Jefe se vió obligado a despachar, sucesivamente, la descubierta, el centro y la retaguardia de su ejército con los recursos indispensables, sirviendo él y su Estado Mayor de escolta a este grupo, mientras la reserva y el parque se organizaban en La Grita bajo la dirección del Coronel Ribas. La marcha en esta forma no era peligrosa, pues se obraba en terreno amigo y Mérida esperaba con ansia a la columna libertadora. El jefe español Correa, en vista de la actitud de los merideños, había resuelto retirarse hacia Betijoque por el Occidente de los Andes, buscando un contacto con las fuerzas estacionadas en Carache. Este era un gravísimo error del desalentado Jefe realista; su marcha estaba indicada por el lado oriental de la Cordillera, lo que le permitía llamar en su auxilio, a la vez, a las guarniciones de Carache y de Barinas.

Al llegar a Mérida, el 23 de Mayo de 1813, encontró Bolívar un servicio de informaciones ya establecido por el súbdito español Vicente Campo Elías, adicto a la causa independiente, que obraba de acuerdo con las autoridades que fueron de la primera república venezolana. (1) Los previsores merideños habían hecho aún más: desde las primeras noticias de la llegada de Bolívar, destacaron una avanzada de 80 hombres al lugar de Las Piedras, a fin de vigilar los movimientos de las tropas realistas de Barinas.

(11) O'Leary.—*Memorias.* Documento 67, tomo XIII, página 225.

Sabedor Bolívar de la falsa situación de Correa y del pobre estado moral de sus tropas, desde el subsiguiente día de su llegada a Mérida despacha en su persecución al Capitán Hermógenes Maza a la descubierta, al Capitán Francisco Yépez de avanzada y con el grueso de las fuerzas al Capitán José María Ricaurte (12). Las órdenes eran terminantes: perseguir a Correa y anonadarlo y, si esto no era posible, obligarle a embarcarse en la laguna de Maracaibo. No descuidaba el General los peligros de una concentración de Correa con los bandidos de Carache, como él llamaba las fuerzas del capitán Cañas, y para distraerlas, mandaba por el camino de Las Piedras un destacamento comandado por el capitán Gogorza.

Agrupa toda esta expedición a las órdenes del teniente coronel Atanasio Girardot que estaba *autorizado para obrar con libertad, arreglando su conducta al imperio de las circunstancias y tomando todas las medidas convenientes para gobernar los pueblos que liberten nuestras armas*, según lo establece el nombramiento de este jefe expedido por Bolívar el 31 de Mayo. Tres días después, se producía un primer contacto con el enemigo en Escuque; Correa, que estaba en Ponemesa, abandonaba sus posiciones y se embarcaba en el puerto de Moporo con dirección a Maracaibo.

Se había destruído un primer núcleo de las resistencias escalonadas por Monteverde y la vanguardia triunfante iba a ocupar el pueblo de Trujillo abandonado por Cañas que se situada en Carache.

Tres semanas escasas permaneció Bolívar en Mérida y durante ellas organizó el gobierno de acuerdo

(12) O'Leary.— *Memorias.* — Tomo XIII, Documentos 79-80-81-82-83, páginas 242 y siguientes.

con las instrucciones del Congreso granadino y sin olvidar sus propios ideales ni las necesidades de la campaña. Eligió como jefe de la provincia al ciudadano Cristóbal de Mendoza, antiguo miembro del gobierno federal de Venezuela, quien recibió su investidura del cuerpo Municipal, bajo la protección del Congreso de La Unión, esperando el restablecimiento del Gobierno de su propio país. Mendoza tomaba el título de Gobernador y se declaraba que, *"en lo relativo a la guerra, recibiría las órdenes directas del General en Jefe como emanadas de la autoridad soberana"*. (13) De este modo se contemplaban los intereses del Gobierno Federalista sin olvidar la centralización que requerían las operaciones militares.

La población merideña recibió a Bolívar con júbilo y le probó con hechos sus adhesiones; un nuevo contingente de 400 infantes, a las órdenes de Vicente Campo Elías, y 200 jinetes comandados por Francisco Ponce se incorporaba al ejército patriota.

El 10 de Junio, dejando a Ribas a cargo de la retaguardia en Mérida, partió Bolívar a Trujillo, ocupado ya desde la víspera por la Brigada de Girardot. En cumplimiento de sus instrucciones, el vencedor de Correa procuró restablecer en el Gobierno a los que fueran elegidos durante la primera república venezolana; mas, como se hallaran dispersos o prisioneros, llamó un Cabildo abierto para hacer la elección de una junta en esta forma de votación popular que era el máximo de la aplicación democrática en aquellos años.

El 14 de Junio, entraba Bolívar en Trujillo y era objeto de las mismas cordiales manifestaciones de adhesión que se le tributaron en Mérida. El programa mí-

(13) Blanco y Azpurúa.—Doc. 801. Tomo IV, pág. 577.

nimo del Congreso de Tunja estaba realizado casi en su totalidad, faltando tan sólo apoderarse de las fuerzas del Capitán Cañas que huían hacia el Norte para unirse a la guarnición de Barquisimeto. Bolívar no dudó del éxito de esta captura confiada al denonado Girardot y dióse por entero a las organizaciones de la nueva campaña cuyo objetivo era apoderarse de Caracas.

A la intensa labor intelectual que exigían la ordenación del ejército y el problema estratégico mismo, se agregaba la inmensa preocupación moral que agobiaba el corazón de Bolívar en aquellos días en que asaltaban su conciencia los sentimientos humanitarios en contradicción con las prescripciones de su responsabilidad como generador de la Independencia de su Patria; la piedad con el vencido era el grito de su alma superior de hombre que estaba sobre los demás, la represalia enérgica era la inspiración del jefe que sentía que todo gesto de perdón sería interpretado como debilidad sin excusa por los adictos a una causa que, defendiendo la libertad de su patria, también pretendían vengar las afrentas recibidas personalmente o en las personas y bienes de los suyos.

Fueron, sin duda, esas noches de Mérida y Trujillo las más amargas de la vida de Bolívar; de sus meditaciones iba a resultar el rasgo eminente de su fisonomía histórica: aceptaba la imposición de la responsabilidad que estaba ligada a la causa de su pueblo y repudiaba el dictado simplemente personal; salvaría a su nación, aun a trueque de su propia honra y de las sombras que sobre su gloria pudieran proyectar los juicios de la posteridad; no tendría piedad, que era una satisfacción para él; iría a las represalias que eran la aspiración del pueblo humillado que combatía por la libertad.

VII

El 31 de Mayo de 1813, al nombrar a Girardot para jefe de la vanguardia, Bolívar le dió instrucciones precisas sobre la manera de conducirse con las tropas realistas y con los pueblos conquistados que debía tratar con benignidad, sin olvidar las represiones de la contra revolución.

El jefe de vanguardia, en su proclama a los trujillanos el 10 de Junio, les dice: "a nombre del General "en Jefe y del soberano gobierno de la Nueva Grana-"da, ofrezco indulto y garantía a todos los soldados dis-"persos del ya exterminado ejército de Correa y a los "que se presenten con su fusil, bayoneta y fortnitura la "gratificación de cuatro pesos". (14)

Mientras esta promesa hacía Girardot en nombre de su jefe, Bolívar expedía desde su cuartel general de Mérida una terrible proclama que señalaba el término de las vacilaciones de su alma. (15) "Valerosos meride-"ños, decía el 8 de Junio, los verdugos que se titulan "nuestros enemigos han violado el derecho de gentes y "de las naciones en Quito, La Paz, México, Caracas y "recientemente en Popayán. Ellos sacrificaron en sus "mazmorras a nuestros virtuosos hermanos en las ciu-"dades de Quito y La Paz, degollaron a millares de "nuestros prisioneros en México, sepultaron vivos en "las bóvedas de Puerto Cabello y de La Guaira a nues-"tros padres, hijos y amigos de Venezuela, han inmo-

(14) O'Leary.—*Memorias.* Tomo XIII, Doc. 46, página 248.

(15) Blanco y Azpurúa.—Tomo IV. Doc. 829, página 620.

"lado al Presidente y Comandante de Popayán con to-"dos sus compañeros de infortunio, y últimamente ¡oh "Dios! casi a presencia de nosotros han hecho una es-"pantosa carnicería en Barinas de nuestros prisioneros "de guerra y de nuestros pacíficos compatriotas de aque-"lla capital. Mas estas víctimas serán vengadas, estos "verdugos serán exterminados. Nuestra bondad se ago-"tó ya y, puesto que nuestros opresores nos fuerzan a "una guerra mortal, ellos desaparecerán de América y "nuestra tierra será purgada de los monstruos que la "infestan. *Nuestro odio será implacable y la guerra se-"rá a muerte*".

Los hechos citados por Bolívar eran exactos y los patriotas no habían olvidado ni las cabezas expuestas de los diez compañeros de Miranda que desembarcaron en Ocumare en 1806, ni el saqueo de Carora por fuerzas de Monteverde, ni las atrocidades de Antoñanzas en San Juan de los Morros al expirar la primera República, ni los crímenes de los negros sublevados a instancias de los realistas, ni las inauditas crueldades que siguieron a las capitulaciones de San Mateo violadas por Monteverde.

El cruel Francisco Cervériz, ayudante del capitán general, en los precisos días en que Bolívar vacilaba ante la declaración de guerra a muerte, escribía a su jefe desde Río Caribe: "V. S. no debe ignorar que los suce-"sos de Maturín han encendido un fuego terrible en la "provincia y así no hay más que no dejar con vida a "ninguno de estos infames criollos que fomentan estas "disenciones". (16)

El subalterno no hacía sino abundar en las ideas

---

(16) Blanco y Azpurúa.—Tomo IV, Doc. 833, página 625.

de su jefe, el usurpador de la capitanía general de Venezuela, que sostenía en un informe a la Regencia Española que, *"si bien Coro, Maracaibo y Guayana merecían estar bajo el imperio de la constitución, Caracas "y las demás provincias debían ser tratadas por la ley "de la conquista, es decir por la dureza y obrar según "las circunstancias"*. (17)

La ley de la conquista se aplicaba mediante la prisión arbitraria, la confiscación de bienes, el asesinato de ancianos, mujeres y niños y el incendio de los pueblos; era el régimen del terror en que la voluntad de un hombre reemplazaba al tribunal, *el machete* a la guillotina y en el cual las víctimas expiraban en el silencio de las selvas tropicales y nó, como en París, ante el pueblo que por lo menos sancionaba con su presencia las iniquidades de mandatarios de ocasiones.

El jefe realista Toribio Montes había proclamado la guerra a muerte ya en Diciembre de 1812, cuando desde Quito escribía a sus oficiales que obraban sobre Popayán: "El Presidente de la Junta de Popayán y el "inglés-americano Macaulay merecen pasarlos por las "armas, y que se ejecute desde luego, quintando a los "oficiales prisioneros y diezmado a los soldados para "que sufran la misma suerte, verificando a presencia de "los que queden libres, a quienes se permitirá regresar "a su patria, apercibidos de que si vuelven a tomar las "armas se les quitará la vida. Por este medio se evitará "la peste que entre ellos se ha extendido y la tropa de "ese ejército no tendrá necesidad de ocuparse de su custodia, además del gasto de su manutención". (18)

---

(17) Blanco y Azpurúa.--Tomo IV. Doc. 832, página 623.

(18) Blanco y Azpurúa.—Tomo IV. Doc. 835, página 627.

Un fogoso venezolano, miembro del Congreso Constituyente de 1811, juró vengar tanta ignominia y organizó una expedición en Cartagena con el objeto de exterminar a los españoles y canarios, ofreciendo repartir el botín entre los oficiales, la tropa y el Estado y prometiendo grados en sus filas, según el número de cabezas presentadas; Bolívar desaprobó tan descabellado proyecto que, sin embargo, puso en práctica el titulado comandante Antonio Nicolás Briceño. En una primera excursión, logró matar a dos españoles, cuyas cabezas envió a Bolívar y al Coronel Castillo, y luégo prosiguió su marcha a Guasdualito, que era el cuartel general realista de Yañez. Las desordenadas patrullas de Briceño fueron exterminadas, pudiendo huir sólo 5 oficiales y clases y 7 soldados; el propio comandante de la montonera y 7 de los suyos fueron apresados y conducidos a Barinas, al campamento de Tizcar.

Estos sucesos, que acaecieron el 8 de Mayo, fueron conocidos por Bolívar en Mérida a fines del mismo mes y los comunicaba al Congreso granadino, con la censura que merecía la torpeza de Briceño, y trazando una línea divisoria entre la conducta de este montonero y sus propios procedimientos.

"V. E. verá, dice Bolívar, que la inobediencia de "este intruso militar lo ha conducido a su ruina y qui- "zá a su muerte, arrastrando tras sí a todos los impru- "dentes y desgraciados que tuvieron la mala suerte de "seguirlo a una expedición desesperada, sin armas de "fuego, sin municiones, sin cartuchos y aún sin valor, "pues la acción se ha decidido vergonzosamente por la "muerte de un solo caballo. El enemigo podría tomar "aliento con este inesperado suceso, pero como debe ha- "ber tomado declaración a los prisioneros, que habrán

"dicho que aquel pequeño destacamento no pertenece a "nuestro ejército, y marchaba sin orden, ni pertrechos, "como una partida de bandidos que tienen sólo por obje- "to el pillaje, se habrá desengañado que las tropas de "La Unión marchan y combaten con más orden y más "valor". (19)

A la fecha de esta carta, que coincide con la del pliego de instrucciones de Girardot, que antes recordamos, Bolívar no pensaba en la guerra a muerte cuya declaración se impuso después en su ánimo como una necesidad evidente, ineludible, imperiosa, a fin de mantener la cohesión de su ejército que, conocedor ya por las personas que venían de Oriente de las crueldades cometidas por los secuaces de Monteverde, clamaba venganza y se adhería más en torno de esta bandera que del pendón mismo de la Patria; la represalia era una impresión clarísima en los corazones de la hueste bolivariana, la Patria era todavía una idea confusa y, en aquellas almas casi primitivas, el primero de estos sentimientos absorvía al segundo de tal modo que hablarles de perdón y benignidad en nombre de la Patria habría sido apartarles definitivamente de las adhesiones de una causa cuyo alcance comprendían únicamente los jefes y oficiales del ejército invasor.

Los ánimos se exaltaban y la indignación llegó al paroxismo al conocerse el fusilamiento ordenado por Tizcar de Briceño y sus compañeros en las prisiones de Barinas, represalia excusable si se quiere, pero a la cual agregó el Jefe español la sangre inocente de inofensivos vecinos a quienes se condenó por simples sospechas,

(19) O'Leary.—*Memorias.* Tomo XIII. Doc. 73, página 236.

por odios personales tal vez, sin tener la menor prueba de su complicidad en la temeraria empresa de Briceño.

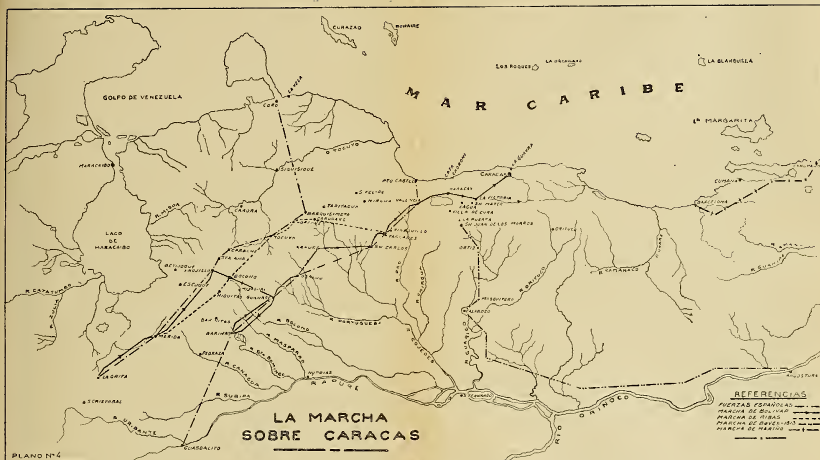
Este sacrificio de los civiles, unido a las gravísimas responsabilidades que nacían del descontento de un ejército que sentía a su jefe inferior en energías al general enemigo, decidieron a Bolívar a proclamar la guerra a muerte en su cuartel de Trujillo, el 15 de Junio de 1813.

"Venezolanos, dice la sangrienta proclama, un ejér-"cito de hermanos enviado por el Soberano Congreso de "la Nueva Granada ha venido a libertaros, ya lo tenéis "en medio de vosotros, después de haber expulsado a los "opresores de las provincias de Mérida y Trujillo.

"Nosotros somos enviados a destruir á los españo-"les, a proteger a los americanos, y restablecer los Go-"biernos republicanos que formaban la Confederación "de Venezuela.

"Los Estados que cubren nuestras armas, están re-"gidos nuevamente por sus antiguas Constituciones y "magistrados, gozando plenamente de su libertad e in-"dependencia, porque nuestra misión sólo se dirige a "romper las cadenas de la servidumbre que agobian to-"davía a algunos de nuestros pueblos; sin pretender dar "leyes, ni ejercer actos de dominio a que el derecho de "la guerra podría autorizarnos.

"Tocados de vuestros infortunios, no hemos podido "ver con indiferencia las aflicciones que os hacían ex-"perimentar los bárbaros españoles que os han aniquila-"do con la rapiña y os han destruido con la muerte: que "han violado los derechos sagrados de las gentes: que "han infringido las capitulaciones y los tratados más so-"lemnes; y en fin, han cometido todos los crímenes, re-"duciendo la República de Venezuela a la más espanto-


CURAZAO
BONAIRE
LOS ROQUES
LA ORCHILA
LA BLANQUILLA
MAR CARIBE
GOLFO DE VENEZUELA
CORO
LA VELA
MARACAIBO
LAGO DE MARACAIBO
R. TOCUYO
SIQUISIQUE
PTO CABELLO
CARACAS
LA GUAIRA
MARACAY
LA VICTORIA
SN MATEO
CAGUA
VILLA DE CURA
LA PUERTA
SN JUAN DE LOS MORROS
S FELIPE
NIRGUA
VALENCIA
TARITAGUA
BARQUISIMETO
CARORA
TOCUYO
TINAQUILLO
TAGUANES
SN CARLOS
Iª MARGARITA
CUMANA
BARCELONA
ORTIZ
CALABOZO
MOSQUITERO
R. GUARICO
S FERNANDO
ORINOCO
ANGOSTURA
BOCONO
TRUJILLO
ESCUQUE
GUANARE
BARINAS
MERIDA
LA GRITA
PEDRAZA
NUTRIAS
R. APURE
R. PORTUGUESA
R. COJEDES
R. CATATUMBO
R. ZULIA
S. CRISTOBAL
GUASDALITO
LA MARCHA SOBRE CARACAS
REFERENCIAS
FUERZAS ESPAÑOLAS
MARCHA DE BOLIVAR
MARCHA DE RIBAS
MARCHA DE BOVES-1813
MARCHA DE MARIÑO
PLANO Nº 4

"sa desolación. Así, pues, la justicia exige la vindicta, "y la necesidad nos obliga a tomarla. Que desaparez-"can para siempre del suelo colombiano los monstruos "que lo infestan y han cubierto de sangre: que su es-"carnamiento sea igual a la enormidad de su perfidia, "para lavar de este modo la mancha de nuestra igno-"minia, y mostrar a las naciones del universo que no se "ofende impunemente a los hijos de la América.

"A pesar de nuestros justos resentimientos contra "los inicuos españoles, nuestro magnánimo corazón se "digna aun abrirles, por la última vez, una vía a la con-"ciliación y a la amistad.

"Todavía se les invita a vivir entre nosotros pací-"ficamente, si detestando sus crímenes y convirtiéndose "de buena fe, cooperan con nosotros a la destrucción del "gobierno intruso de la España y al restablecimiento de "la República de Venezuela.

"Todo español que conspire contra la tiranía en "favor de la justa causa, por los medios más activos y "eficaces, será tenido por enemigo, y castigado como "traidor a la patria, y por consecuencia será irremisi-"blemente pasado por las armas. Por el contrario, se "concede un indulto general y absoluto a los que pasen "a nuestro ejército, con sus armas, o sin ellas: a los que "presten sus auxilios a los buenos ciudadanos que están "esforzando por sacudir el yugo de la tiranía. Se con-"servarán en sus empleos y destinos a los oficiales de "guerra y magistrados civiles que proclaman el Gobier-"no de Venezuela, y se unan a nosotros: en una palabra, "los españoles que hagan señalados servicios al Estado, "serán reputados y tratados como americanos.

"Y vosotros, americanos, que el error o la perfidia "os ha extraviado de la senda de la justicia, sabed: que

"vuestros hermanos os perdonan y lamentan sincera-
"mente vuestros descarríos, en la íntima persuación de
"que vosotros no podéis ser culpables, y que sólo la ce-
"guedad e ignorancia en que os han tenido hasta el pre-
"sente los autores de vuestros crímenes, han podido in-
"duciros a ellos. No temáis la espada que viene a ven-
"garos, y a cortar los lazos ignominiosos con que os li-
"gan a su suerte vuestros verdugos. Contad con una in-
"munidad absoluta en vuestro honor, vida y propieda-
"des: el sólo título de americanos será vuestra garan-
"tía y salvaguardia. Nuestras armas han venido a pro-
"tegeros, y no se emplearán jamás contra uno solo de
"nuestros hermanos.

"Esta amnistía se extiende hasta a los mismos trai-
"dores que más recientemente hayan cometido actos de
"felonía, y será tan religiosamente cumplida, que nin-
"guna razón, causa o pretexto, será suficiente para obli-
"garnos a quebrantar nuestra oferta, por grandes y ex-
"traordinarios que sean los motivos que déis para exci-
"tar nuestra animadversión.

"Españoles y canarios, contad con la muerte, aun "siendo indiferentes, si no obráis activamente en obse- "quio de la libertad de la América. Americanos, contad "con la vida, aun cuando seáis culpables". (20)

Paso más grave no ha sido dado jamás por general alguno y confesamos que se requiere la mayor serenidad de espíritu para juzgar este documento que no sería sino el cartel de desafío de un hombre fuera del orden social, si no hubiera sido dictado por la necesidad de asegurar los elementos para la independencia de una nación que era la llave de la emancipación de todas las co-

(20) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 88, página 251.

lonias españolas. La guerra a muerte fué iniciada por los aventureros peninsulares que, en horas turbias para su patria, se habían adueñado de las colonias y buscaban tan sólo riquezas y ascensos; la declaración de Trujillo no es, así, sino la consagración de las represalias indispensables para la seguridad misma de la causa. Un ilustre escritor venezolano, Gil Fortoul, critica con sentida amargura esta decisión de Bolívar, pues no comprende "que un patricio de vasta ilustración política, como el "doctor Briceño, se acordara únicamente de imitar el "heroísmo bárbaro de su antepasado el conquistador don "Sancho, *cual si durasen aún las guerras de raza a raza "que ensangrentaron el siglo XVI;* que otro patricio de "refinada cultura como Bolívar, educado en las capitales "europeas, olvidase que descendía de aquel primer Don "Simón de Bolívar, tan hidalgo por la sangre como por "su alto entendimiento; que hombres nacidos en limpia "y noble cuna como José Félix Ribas, Rafael Urdaneta, Santiago Mariño, Juan Bautista Arismendi y tántos más se contagiaran en seguida de la pasión vandálica de un Tizcar o un Cervériz, es cosa que acusa un "descarrío mental apenas comprensible. *Porque si aniquilar a los criollos entraba en el interesado propósito "de los jefes españoles, fundar la patria y acrecerla en "población y riqueza era el objetivo de los jefes venezolanos.* Al equipararse estos en salvajismos con aquellos, no hicieron más que retardar el triunfo definitivo "de la Independencia". (21)

Bajo el aspecto sentimental, esta censura es intachable; pero no nos sentimos inclinados a aceptarla en sus razones fundamentales y ésto en virtud de los mis-

(21) Fortoul.—Historia constitucional de Venezuela. Capítulo VII.

mos principios en que ella descansa. La guerra de la emancipación venezolana tiene dos aspectos bien distintos: es una contienda internacional y es también una lucha de razas, lucha tripartita, si se nos permite la expresión, pues ella se trababa entre los españoles nacidos en la Península y en las Islas y los criollos de raza pura o casi pura, perfectamente diferenciados de aquellos en cuanto al carácter, la educación y los intereses, siendo el tercer elemento las poblaciones mestizas en diversos grados cuya adhesión o cuya obediencia, si se quiere, se disputaban ambos bandos, sin que tuviera marcada preferencia por uno ni por otro; pues los mismos elementos militaban ya bajo la enseña de Castilla, ya bajo el tricolor de la República.

Como fuerza, era muy superior la pasión de la masa combatiente a las directivas puramente intelectuales de los jefes que se veían obligados a llevar sueltas las riendas, a fin de que no se encabritara el potro mal domado, y, en este orden de ideas, es justo hacer el elogio de los jefes patriotas que no accedieron a las peticiones de represalia sino cuando ellas se hicieron indispensables, mientras que los oficiales españoles erigieron las persecusiones en sistema que trajo como consecuencia inevitable la dolorosa declaración de Bolívar.

Fué, pues, la lucha de razas estimulada por los peninsulares la causa real y positiva, el origen social de la guerra a muerte. Por otra parte, si, como lo dice el señor Gil Fortoul, el aniquilamiento de los criollos era el propósito interesado de los jefes españoles, es evidente que, militarmente, no podía lucharse sino con armas iguales y en este sentido la valiente declaración bolivariana debió ser un llamado a la conciencia de los jefes realistas para volver a los procedimientos humanos en la perse-

cución de esa dolorosa enfermedad orgánica de los pueblos que se llama la guerra.

Así como la elevada antena de una estación radiotelegráfica recoge las vibraciones que vienen de todas partes, así los hombres colocados en las cúspides de los pueblos reciben, como a pesar suyo, las impresiones de la opinión y sus actos suelen ser gestos fatales que se sobreponen a las propias orientaciones. No dudamos que esos nobilísimos caudillos de la emancipación venezolana sentían todas las repugnancias de la guerra a muerte y, si la decretaron y la cumplieron, fué porque a ello les obligó la lucha de razas que se sumaba a la campaña internacional y, también, porque no era posible vencer sin armas iguales a las que empleaba el enemigo. Al gas asfixiante y al Zeppelin germánico fué preciso oponer, en la reciente guerra mundial, el dardo de fuego y los aviones de los aliados.

Empero, el alma misma de aquellos hombres sale limpia de este horno ardiente y el propio Bolívar se muestra en breve dispuesto a la clemencia al exepedir la siguiente proclama en su cuartel general de San Carlos.

"Conducidas nuestras armas libertadoras por el Sér "Omnipotente que protege la causa de la justicia y de la "naturaleza, hemos libertado todas las provincias de Oc- "cidente, batiendo cuatro ejércitos, que en número de "seis mil hombres, oprimían a Mérida, Trujillo, Barinas "y los pueblos internos de Caracas.

"Nuestro ejército de Oriente ha dado la libertad a "Cumaná, Barcelona y a todos los Llanos hasta Calabo- "zo. No resta, pues, al imperio de los tiranos más que "el pequeño territorio comprendido entre Valencia y Ca- "racas, que ellos oprimen con extrema crueldad; pero

"que está cubierto de millares de patriotas que conocen "sus derechos, saben defenderlos y morirán, si es pre- "ciso, por la gloria de salvar a su patria.

"Un puñado de españoles y canarios pretende con "demencia detener el veloz carro de nuestras victorias, "guiado por la fortuna y sostenido por el valor divino "de nuestros soldados granadinos y venezolanos. Las "bandas enemigas desaparecen delante de nosotros, aun "antes de presentarnos, porque temen una espada exter- "minadora, que la justicia del cielo ha puesto en nuestras "manos para vengar la humanidad, que tan vilipendio- "samente ha sido escarnecida en el suelo americano.

"Nuestra benignidad, sin embargo, os convida nue- "vamente, españoles y canarios, a gozar de la felicidad "de existir entre nosotros en paz y armonía: abando- "nad estas tristes reliquias del partido de bandidos que "infestaron a Venezuela, acaudillados por el pérfido "Monteverde, que os ha puesto en la crítica y desespe- "rada situación de morir en el campo o en los cadalsos, "perdiendo vuestras familias, vuestros hogares y vues- "tras propiedades.

"Si queréis vivir, no os queda otro recurso que pa- "saros a nuestros ejércitos, o conspirar directa o indirec- "tamente contra el intruso e inicuo Gobierno español; "pero si permanecéis en la indiferencia sin tomar parte "en el restablecimiento de la República de Venezuela, "seréis privados de vuestras propiedades; y sabed que "cuantos españoles sirvan en las armas, y sean prisione- "ros en el campo de batalla, serán sin remisión conde- "nados a muerte.

"Confiad en nuestras ofertas liberales, y temed "nuestras amenazas, pues ellas son infalibles. Todos los "españoles y canarios que se han presentado en nuestro

"ejército, han sido conservados en sus destinos, y son "tratados como americanos, asegurándoos que son dig-"nos de este título, y se portan con el valor y lealtad "que caracterizan a los hijos de Colombia. Del mismo "modo, han sido recibidos con amistad y clemencia todos "aquellos españoles, que han probado no ser desafectos "a nuestro sistema, y se han mantenido en inacción "mientras los tiranos perseguían con el oprobio y la "muerte a los inocentes americanos.

"Nuestras huestes no han menester de vuestros "auxilios para triunfar; pero nuestra humanidad nece-"sita de ejercerse en favor de los hombres, aun siendo "españoles, si resisten a derramar la sangre humana, que "tan dolorosamente nos vemos obligados a verter al pié "del árbol de la libertad.

"Por la última vez, españoles y canarios, oid la voz "de la justicia y de la clemencia. Si preferís nuestra "causa a la de los tiranos, seréis perdonados y disfru-"taréis de vuestros bienes, vidas y honor; y si persis-"tís en ser nuestros enemigos, alejaos de nuestro país, "o preparaos a morir". (22)

Con actos y no con palabras interpretaría el General Bolívar el verdadero alcance del decreto de Trujillo, que no era sino la aceptación del reto que venía de los subalternos españoles y que Monteverde legalizaba *el 15 de Marzo del año 13, exhibiendo a sus contendores de Caracas la resolución del ministerio real en que se aprobaba su programa de exterminio, cuatro meses antes de la declaración de guerra a muerte.* (23) El jefe vencedor no consentiría sino en las aplicaciones míni-

---

(22) Blanco y Azpurúa.—Doc. 838, página 632.

(23) Baralt y Díaz. Pág. 114. Edición de 1841.

mas de una orden que había dictado con acuerdo unánime de sus oficiales, circunstancia que se ha complacido en establecer el historiador de San Martín.

Al referirse a la entrada de Bolívar en Caracas, dice el ilustre don Bartolomé Mitre: "el triunfador me- "recía esta ovación a doble título: había vencido y no "manchó su victoria con ninguna venganza. A pesar de "la sentencia de muerte que pesaba sobre las cabezas de "los españoles y que sólo había ejecutado hasta enton- "ces en los prisioneros tomados con las armas en la mano "en el campo de batalla, no usó de su tremenda facultad "y se limitó a retenerlos presos, secuestrando sus bienes. "Las prisiones de los cautivos patriotas se abrieron. Los "vencidos quedaron amparados por el contento General, "según el testimonio de uno de los más acervos enemi- "gos del triunfador". (24)

En diferentes ocasiones, a raíz de sus éxitos en la campaña, invitará Bolívar a los jefes españoles a mitigar las consecuencias de una guerra que ellos iniciaron en los hechos y que él ratificó únicamente, encontrándoles siempre sordos a sus peticiones de clemencia.

La guerra a muerte fué de hondas influencias en la lucha emancipadora, de terribles resultados que hasta hoy pesan sobre la noble nación venezolana; cabe examinar qué habría sucedido si la contienda titánica no se hubiera desenvuelto en esta forma.

A nuestro juicio, dadas las influencias de la Iglesia y los prestigios de la administración española, la reacción realista habría perdurado y la colonia de Costa Firme habría pasado a ser el centro inexpugnable del poderío español. Terminadas las guerras napoleónicas

---

(24) Mitre. Historia de San Martín. Capítulo 38. Párrafo XI.

y firme España con el apoyo de la Santa Alianza, habría constituido en Venezuela un núcleo vigoroso para aniquilar la independencia de Nueva Granada, mantener a la América Central y a México en el coloniaje y, por reflexión, hacer larga, cruel, ilusoria casi la lucha emancipadora de las Repúblicas del Sur.

Venezuela y los países vecinos del Mar de las Antillas habrían tenido la suerte de Cuba y Puerto Rico, retardando por un siglo su libertad, y la América Austral se habría desangrado en un esfuerzo de medio siglo de sacrificios. Al holocausto del pueblo venezolano deben las naciones meridionales las relativas facilidades de sus campañas y la guerra a muerte en Venezuela librólas de idénticas miserias, permitiéndoles salvar sus energías para su progreso.

Basta esta consideración para excusar la guerra a muerte, como medida de política continental, y ella es razón para que las naciones meridionales se inclinen reverentes ante el pueblo generoso que aceptó el sacrificio y ante el hombre que asumió la responsabilidad enorme de que le redime la historia del conjunto de los países libres nacidos de las colonias Hispano-Americanas.

VIII

Al meditar en estas graves responsabilidades, Bolívar no olvidaba la campaña misma y, deseoso de dominar la región andina, había despachado a Girardot hacia Carache para destruir la división del capitán Cañas. Este

jefe español, abandonando su primer refugio, se retiraba a Barquisimeto; el activo jefe de la vanguardia patriota le alcanzó la noche del 17 de Junio en el sitio de Pozo Seco del cual huyó, temeroso de una derrota que no podría evitar, pues al día siguiente Girardot destrozaba sus columnas en Agua de Obispos, tomándole casi todo su material de guerra y haciendo prisioneros a la cuarta parte de los soldados españoles. (25)

El 21 de Junio, Bolívar recibía triunfalmente a Girardot en Trujillo y daba los primeros pasos efectivos para su expedición sobre la provincia de Barinas, cuya conquista deseaba agregar a la de Mérida y Trujillo para la que estaba únicamente autorizado por el Congreso de la Unión.

No había descuidado el General en Jefe preparar los ánimos de los amigos colombianos para esta campaña que juzgaba indispensable como seguridad del territorio granadino y como punto de apoyo para saltar sobre Caracas. Ya desde su campamento de Cúcuta, el 12 de Mayo, decía al Congreso: "como el ciudadano "Nicolás Briceño se fué hacia Guasdualito, y puede ir "a cometer mil violencias y depredar el país sin prove- "cho del ejército, me parece muy conveniente enviar de "Mérida una expedición que vaya a ocupar a Barinas". (26). Doce días después, insiste sobre el mismo tema y se hace más explícito en carta del 24 de Mayo: "creo, "escribe al Presidente de la Unión, que si nuestros mo- "vimientos son rápidos, podemos conseguir en estos paí- "ses con qué sostener nuestro ejército hasta llegar a Ca-

(25) O'Leary. Tomo XIII. Doc. 106. Página 266.
(26) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 63, página 22.

"racas, después de haber pacificado las provincias de "Mérida, Trujillo, Barinas y la misma Caracas". (27)

Entre tanto, ultima los preparativos para su marcha que es, en la mente del General en Jefe, un negocio ya decidido. El 23 de Junio, al siguiente día de recibir en Trujillo al vencedor de Carache, Bolívar escribe a los altos comisionados del Gobierno granadino: "si el enemigo no viene, como nos lo aseguran por todas "partes, pienso reunir todo el ejército en Guanare para "cortar de este modo la comunicación entre Caracas y "Barinas, proteger la deserción de esta última y la in-"surrección de aquella provincia, sin dejar de aprove-"char la ventaja que nos presenta el enemigo de atacar-"le con suceso y acabar de una vez la guerra, que en "Barinas debe concluirse porque nuestra marcha a la "Capital será después un paseo militar". (28)

El problema de aislamiento de las fuerzas españolas iba encontrando soluciones acertadas y la que se proponía obtener Bolívar, atacando por su retaguardia al destacamento de Tizcar en Barinas, demostraba el atinado juicio con que procedía para mover sus tropas dentro de la red enemiga, sin dar paso alguno que no fuera previamente madurado y resuelto, en virtud de las informaciones que diariamente recogía.

Partiría con la vanguardia a posesionarse de Guanare, punto de arranque para el ataque sobre Barinas, mientras la división de retaguardia, protegida por las montañas y descendiendo por el valle de Boconó, iría a reforzarle en el momento oportuno.

---

(27) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 75, página 238.

(28) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 109, página 271.

El movimiento de las avanzadas no ofrecía peligros; pero la marcha de las reservas estaba expuesta a ser flanqueada por alguna columna española, destacada de Barinas, cuyo éxito habría cortado las comunicaciones entre Bolívar y José Félix Ribas que mandaba la retaguardia.

En estas condiciones de duda, era preciso definir la situación, atrayendo al enemigo a un punto determinado. Bolívar envió, en consecuencia, al Coronel Ribas las siguientes instrucciones el día 16 de Junio: "ayer he "dirigido a V. S. una orden para que inmediatamente "se ponga en marcha hacia Las Piedras con todas sus "divisiones, trayendo consigo las municiones que hayan "llegado ya a esa capital (Mérida), dejando disposicio- "nes para que se remitan las que vayan llegando pos- "teriormente. El objeto de la marcha de V. S. por el "camino de Las Piedras es incorporarse con la vanguar- "dia en Boconó, para marchar después hacia donde el "enemigo nos llame; pero V. S. deberá tomar las más "activas medidas para que una partida de 100 hombres "de infantería marche ligeramente armada y con sólo "los cartuchos de sus cartucheras, hacia Barinitas a lla- "mar la atención del enemigo por esa parte; pero de "modo que no se comprometa una acción, pues esto no "es más que un ataque fingido. Esto deberá hacerse con "la mayor celeridad para que el cuerpo de retaguardia "pueda sostener la retirada de la partida y reunirse des- "pués como he dicho". (29)

Las noticias de un posible avance español de Barinas a Las Piedras se acentuaba cada día y Bolívar apresuraba la partida de Ribas desde Mérida y aún

(29) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 104, página 265.

prepara a la vanguardia de Girardot en Trujillo para encerrar entre dos fuegos a la columna realista. A fin de no pisar terreno desconocido, destaca el 21 de Junio al Teniente Luis Martí hacia Boconó, que era el punto de asamblea, con una patrulla de caballería cuya misión era vigilar el camino de Guanare. (30)

No arredran a Bolívar los tropiezos de toda suerte que encuentra la organización de la campaña; necesita con urgencia caballos, mulas y dinero y pide estos elementos a las autoridades trujillanas que acuden en vano a la generosidad del pueblo. El General en Jefe se muestra airado, amenaza con tratar al Estado como país enemigo y acepta la renuncia del Gobernador dándole "las gracias, a nombre de la Patria, por la actividad, celo y patriotismo con que ha procurado llenar las obligaciones que estaban a su cuidado, cuyo desempeño ha tenido la desgracia de que no salga a medida de su deseo con la indolente apatía de sus conciudadanos". (31) Reemplaza al Gobernador Mendoza por Francisco Guillén y da mayor actividad a su movilización, encaminándose el 28 de Junio a Guanare con su vanguardia, salvo un destacamento de 50 hombres que, a las órdenes de Urdaneta, quedaba para escoltar al material de su Brigada.

En la marcha, sorprendió Bolívar una columna realista, en el sitio llamado Desembocadero, y sin tardarse más entraba el 1º de Julio a Guanare, en donde encontró existencias de tabacos y mercaderías que le aseguraban una buena suma para llenar las vacías cajas del cuerpo expedicionario. En este cuartel recibió la noticia

---

(30) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 115, página 276.

(31) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 118, página 278.

del más brillante triunfo de las armas patriotas en la campaña de invasión, la victoria de Niquitao que coronaba de laureles al Coronel Ribas.

El jefe de la retaguardia, fiel a sus instrucciones, siguió su marcha a Boconó por Las Piedras y, al llegar a su destino con su pequeña columna de 300 hombres, se cruzó con Urdaneta que marchaba hacia Guanare. Allí supieron, por un aviso de la guarnición de Niquitao, que una división de 700 hombres de infantería y 100 ginetes había llegado de Barinas, por el camino de Calderas, hasta el sitio de La Vega, distante una legua de Niquitao. La decisión de los Jefes patriotas, que sólo podían oponer 350 hombres a los 800 realistas, fué tan pronta como heroica; resolvieron contramarchar sobre el enemigo y presentar batalla contando solamente con el empuje de sus tropas y su propia abnegación.

El combate se empeñó en el lugar de las Mesitas, que es la zona de contacto entre la Cordillera y los Llanos, terrenos de aluviones profundamente cortados por las corrientes de las quebradas y en el que sobresalen los últimos filones de las rocas que cruzan las montañas. Los españoles estaban bien parapetados en una de las crestas de estos barrancos y allí fueron atacados, a pecho descubierto, por Urdaneta que mandaba el centro y Ortega que dirigía el ala derecha de los patriotas. El combate había durado tres horas, desde las nueve de la mañana del 2 de Julio, y los realistas abandonaban sus trincheras, logrando rehacerse en una altura superior que parecía inexpugnable a no ser, como dice Ribas en su parte: "para unas tropas que, prefiriendo la muerte "a la deshonra, obraran con el valor que caracteriza a "los republicanos".

Ordena Ribas, hacia mediodía, un ataque general

de la infantería, realizándose con empuje tal que las tropas casi venían a las manos; al propio tiempo, la caballería patriota lograba encontrar un camino para tomar al enemigo por la espalda. Dos horas más duraron estos combates, produciéndose la derrota completa de la división realista del comandante José Martí.

La persecución se hizo sin tregua, logrando la destrucción completa de la fuerza enemiga cuyo jefe huía con un grupo desordenado de 25 hombres. "445 prisio-"neros, 450 fusiles, 60 sables, 160 tiros de cañón de a 4, 26.000 cartuchos de fusil, 2.600 piedras de chispa, "250 cartucheras y sus fornituras, un *violento* de a cua-"tro montado para campaña, 7 cajas de guerra y sus "bagajes todos han caído en nuestras manos", dice Ribas a Bolívar en su parte de victoria, y luégo agrega que los dispersos realistas vuelven a incorporarse en las filas del ejército republicano.

La destrucción del destacamento de Barinas facilitaba el avance desde Guanare y la vanguardia de Bolívar se movió sin tardanza en busca de las fuerzas de Antonio Tizcar. El jefe español, aterrado, abandonó sus posiciones y se retiró a Nutrias. Bolívar entraba triunfante en Barinas el 6 de Julio y destacaba a Girardot en persecución de Tizcar.

El desaliento y el espanto se difundían en las filas realistas que llegaban dispersas a Nutrias y cuyo jefe escapaba hacia Guayana. La división española que se encontraba en Guasdualito a las órdenes de José Yañez, viéndose aislada emprende a su vez la fuga, recoge los restos de las tropas de Tizcar en Nutrias, y baja por los llanos inundados a rehacerse en San Fernando de Apure.

Bolívar había libertado tres provincias: Mérida, Trujillo y Barinas y su éxito le abría el camino de Ca-

racas. La Villa de Araure, puésto avanzado en la provincia capital, le ofrecía su concurso y su adhesión. "En "este momento, dice Bolívar en su informe al Congreso "de la Unión, fechado en Barinas el 9 de Julio, he reci-"bido un acta de la Municipalidad de la Villa de Arau-"re, con fecha 5 del corriente, en que pone aquel Distri-"to Capitular a disposición del ejército y me ofrece 200 "hombres de caballería bien armados para servir bajo "nuestras banderas. Además, han escrito de aquella vi-"lla a los pueblos de Caracas, exagerándoles nuestras "fuerzas y convidándoles a la rebelión contra el tirano, "que se halla temblando en aquella capital del temor de "ser sorprendido por los patriotas que están en una "completa fermentación contra él". (32)

Las prudentes combinaciones estratégicas de Bolívar le habían permitido este avance sin dejar a sus espaldas sino la lejana guarnición de Maracaibo y las fuerzas escapadas de Guasdualito y Barinas que podían reorganizarse en los Llanos con el auxilio de Guayana; estos peligros no se le ocultaban al General en Jefe y, desde Barinas, anunció que mandaría al mayor de caballería, Francisco Ponce, hacia Calabozo, a dominar los Llanos, y a buscar la fusión de sus armas con el ejército de Oriente que operaba a las órdenes de Mariño y, para cubrirse por el Occidente, ordenaría a la división de Guanare, bajo el comando de Rafael Páez, que abriera guerrillas en la dirección de Coro y Barquisimeto, preparando su propio avance hacia el corazón de la provincia de Caracas.

La jornada de Niquitao proporcionó a Ribas, además de un abundante parque, el ingreso de 450 soldados

---

(32) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 123, página 288.

que pasaron de las filas reales al ejército patriota; licenció a los indios merideños que figuraban en sus cuadros y su división pasó de 500 hombres más disciplinados y mejor equipados que las fuerzas reclutadas en Mérida.

Consecuencia de la victoria obtenida por la retaguardia, fué la fuga de Tizcar hacia Nutrias perseguido por Giradot quien le capturó el parque y engrosó sus filas con las tropas que permanecían, casi por violencia, en el campo realista.

Bolívar, junto con restablecer las autoridades republicanas en Barinas, acometió la organización de nuevos grupos de caballería y de un batallón de infantes que llamó *Valientes Cazadores*, cuyo mando confió al Coronel Sanelli.

El minúsculo ejército patriota se había casi triplicado y fué posible crear una nueva brigada, llamada del centro, a las órdenes de Urdaneta. Las fuerzas de Ribas, aunque siempre combatieron en los puntos más avanzados de la marcha, siguieron llamándose *división de retaguardia,* conservando los destacamentos de Girardot el nombre de vanguardia, aunque las posiciones estaban cambiadas como resultado de la feliz acción de Niquitao.

Hacia el 15 de Julio, Bolívar se despedía de las autoridades de Barinas y se trasladaba a Guanare para iniciar la cuarta jornada que, después de haber conquistado a Mérida, Trujillo y Barinas, le pondría en posesión de Caracas.

IX

Los centros que ocupaban Oberto en Barquisimeto, con 1.000 hombres, e Izquierdo en San Carlos, con 1.200 soldados escogidos, eran los objetivos de Bolívar y para derrotar a los Jefes españoles contaba con un ejército de 1.500 plazas en cuyo heroismo ponía el General en Jefe la confianza que no podía inspirarle la diferencia de contingentes.

Bolívar juzgó indudable que Oberto e Izquierdo tratarían de fusionar sus elementos en Araure y se propuso dirigir los suyos a este mismo punto, mas, obrando en forma tal que, distraída la atención del núcleo de Barquisimeto, su jefe retardara su contacto con las fuerzas de San Carlos. Con este objeto, abrió dos líneas de operaciones: una al Occidente, por el pié de las montañas, a cargo de Ribas, y otra por el nacimiento de los Llanos con las Brigadas de Urdaneta y Girardot y bajo su propia dirección.

En respuesta al parte de la victoria de las Mesitas, Bolívar había dicho al jefe de la retaguardia: "a "nombre de la Patria tengo la satisfacción de dar a V. S. "y a su división las gracias por esta batalla, que sin du- "da es la más gloriosa de la campaña". Y sin agregar frase alguna, le hace presente que marche sin demora hacia el Tocuyo, desde donde el canario González amenaza con una fuerza de 500 a 600 hombres, y le señala como punto de concentración la villa de San Carlos. Más tarde, de regreso a Guanare, Bolívar indica a Ribas que

se dirija a Araure que es el punto de concentración de las brigadas de Urdaneta y Girardot.

El intrépido Ribas marcha por el camino de Viscucuy y el Humucaro Alto hacia la villa del Tocuyo, a donde llega el 18 de Julio; entre tanto, el jefe español de Barqusimeto había descendido hasta Araure; mas, el saber el avance de Ribas, contramarcha para cortarle en su camino. Los ejércitos enemigos se encontraron en el sitio de los Horcones el 22 de Julio, empeñándose el combate a las 11 de la mañana contra las tropas que traía González de Coro, las fuerzas de Barquisimeto y los dispersos que logró reunir Cañas, después de su desastre de Carache. La lucha fué sangrienta, casi cuerpo a cuerpo, viéndose obligado el Coronel Ribas a cargar por dos veces al frente de sus tropas que, finalmente, rechazaron al enemigo, tomándole la artillería, los pertrechos y los bagajes. Los ginetes patriotas persiguieron metódicamente a los fugitivos hasta Cabudare; la división realista quedaba deshecha, retirándose sus jefes Oberto, González y Cañas con 15 ginetes hacia Puerto Cabello, por el camino de San Felipe.

Ribas entraba en Barquisimeto y recogía en este pueblo un botín caudaloso que compensaba los elementos tomados por Monteverde en aquella plaza en los aciagos días del terremoto de Marzo de 1812.

El éxito de Ribas en los Horcones obraba paralelamente a su triunfo de Niquitao: Bolívar podía apresurar ahora su marcha sobre San Carlos como antes lo hiciera operando sobre Barinas. El 24 de Julio llegaba el General en Jefe a Araure y al día siguiente marchaba a San Carlos, que se decía abandonado por Izquierdo, en obedecimiento a las órdenes de Monteverde que deseaba concentrar estos elementos y las tropas de Ca-

racas en Valencia, para tentar allí un último y desesperado esfuerzo.

Las tropas de Girardot venían en camino de Nutrias a San Carlos y, deseoso de asegurar el triunfo, Bolívar ordena al vencedor de los Horcones que se le reuna en esa misma ciudad. Esta vez no pierde tiempo en felicitarlo y el 25 de Julio escribe al Coronel Ribas: "La división del centro ha marchado hoy a "San Carlos, en donde no puede subsistir sin auxilio "de la de V. S. o la del comandante Girardot; es pues "preciso que V. S. acelere su marcha, no sea que el ma- "yor Urdaneta sea atacado y no lo podamos proteger con "un pronto refuerzo". (33)

El 28 de Julio se reune Ribas a Bolívar, en San Carlos, y el General en Jefe pasaba revista a un ejército de 2.500 hombres para combatir a Julián Izquierdo quien, a pesar de haber recibido refuerzo que elevaba sus tropas a 2.800 combatientes, se retiraba a Tinaquillo, sobre el camino de Valencia. (34) Sabedor de esta posición del enemigo, Bolívar organiza rápidamente una expedición de descubierta y el 30 de Julio explora personalmente, según su costumbre, las vecindades del territorio ocupado por el enemigo y localiza en la sabana de Los Pegones una avanzada de 1.000 realistas, que fué rechazada por la caballería republicana retirándose hasta los Taguanes.

Dió órdenes inmediatas para el avance de la infantería patriota, con el fin de aprovechar las ventajas ofrecidas por la llanura en que se situaba el enemigo. Un ataque de frente de la infantería, y un flanqueo de la iz-

(33) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 153, página 317.
(34) Baralt y Díaz.—Página 144, edición de 1841.

quierda realista por los escuadrones de Bolívar, decidieron esta primera acción que el General en Jefe mandaba personalmente en territorio venezolano. "La intre- "pidez de nuestras tropas produjo en los españoles el "pavor, dice Bolívar; inmediatamente emprendieron su "retirada ordenada y la sostuvieron por espacio de 6 "horas, hasta que, viendo que nuestra caballería casi los "cortaba, se introdujo el desorden, empezó la disolución "y a las dos horas de persecución ya teníamos en nues- "tro poder más de 200 prisioneros, porción de fusiles, "cartucheras y pertrechos que dejaban en el campo. To- "da la tarde duró la acción en que murieron muchos es- "pañoles, entre ellos 6 de sus mejores oficiales, uno de "éstos el comandante Izquierdo; perdieron toda su in- "fantería que quedó dispersa por los bosques, o prisio- "nera o pasada a nosotros, pudiendo asegurar a V. S. "que no escapó ni un sólo infante". (35)

Durmió Bolívar en la noche de su victoria de los Taguanes, en el sitio del Hoyo, y desde la mañana si- "guiente, primero de Agosto, emprendía la persecución de Monteverde, que venía de Valencia en auxilio de Izquierdo con dos escuadrones de caballería y alguna infantería. Al saber el desastre, volvió grupas el jefe español, teniendo a sus espaldas la división de Girardot, a cuyas filas iban ingresando los fugitivos con armas y municiones.

Monteverde corría a encerrarse en Puerto Cabello, con 250 hombres, y escribía a su segundo, Manuel del Fierro, que defendiera a Caracas a todo trance. Bolívar penetraba, sin la menor resistencia, el 2 de Agosto

(35) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 159, página 321.

de 1813, en Valencia que le brindaba un rico parque de artillería e infantería.

Dos días después, estaba Bolívar en La Victoria e imponía a los delegados de Caracas la capitulación que daba fin a la campaña. Hé quí el texto del pacto firmado por el General en Jefe y los representantes del caído Gobierno de Caracas:

Artículo 1º

"*Proposición realista.*—Que se establezca y plan-
"tée en la ciudad de Caracas y demás de Venezuela la
"Consitución de las Españas, y que se elija para llevar
"las riendas la persona que merezca la confianza de to-
"das las clases en general.

"*Contestado.*—Que aunque poseído de los mismos
"benéficos sentimientos y conceptuando que para ejer-
"cerlos es inconducente la propuesta, no difiere a ella,
"y que a su llegada a la ciudad de Caracas se establece-
"rá la forma de gobierno que parezca más justa y adap-
"table.

Artículo 2º

Proposición realista.—Que haya una reconciliación
"general, olvidándose todo lo pasado, respecto de los
"habitantes, sin distinción de origen ni clases, de mo-
"do que no podrán sufrir extorsión alguna, ni en sus
"personas ni en sus bienes, por la adhesión que hayan
"manifestado al gobierno español, con cuya condición
y comprometimiento se entregará pacíficamente la ciu-
"dad de Caracas, y todos los pueblos que comprende la
"Provincia de este nombre con el puerto de La Guaira.

"*Contestado.*—Concedido y se observará religiosa-
"mente.

Artículo 3º

"*Proposición realista.*—Que sea libre la emigración "de todos los que la pretendan, para retirarse con sus "intereses donde más les acomode.

"*Contestado.*—Concedido, con calidad de que ha- "yan de presentársele dentro de un mes, a solicitar el "correspondiente pasaporte, y dentro de otro realizar su "salida, no habiendo embarazo por la falta de buques "y pudiendo constituir apoderado de su confianza para "la recaudación de sus intereses y conclusión de sus ne- "gocios.

Artículo 4º

"*Proposición realista.*—Que la entrada a la capi- "tal de las tropas no haya de verificarse hasta pasados "quince días contados desde la fecha de ratificación de "este convenio, en cuyo intermedio podrán las tropas es- "pañolas evacuarla con todo el honor que corresponde "a la nación a que pertenecen, siendo del cargo del go- "bierno que se establezca el satisfacer su trasporte.

"*Contestado.*—Que no pudiendo detener la mar- "cha de las tropas de su mando, pasarán inmediatamen- "te a la capital, luégo que reciba la ratificación de este "tratado, que deberá hacerse dentro del término preci- "so de veinte y cuatro horas, que correrán desde la en "que se la entreguen al gobierno de Caracas los comi- "sionados, quienes lo ejecutarán en todo el día de ma-

"ñana, y que los militares españoles serán comprendi-
"dos en la emigración concedida, dejando las armas y
"pertrechos, y permitiendo sólo a los oficiales su espa-
"da, cuya entrega se verificará en el cantón de Capu-
"chinos, como también la de las existencias de arcas
"públicas, archivos y demás correspondientes al Estado
"en sus respectivas oficinas, luégo que tomen posesión
"las tropas de la Unión". (36)

Era la revancha de las capitulaciones de San Mateo.

El General en Jefe hacía su entrada triunfal a Caracas el 7 de Agosto, al frente de sus tropas victoriosas, en el entusiasmo delirante de una población que le obligaba a descender de su caballo para seguir en un carro arrastrado por doce doncellas, las más hermosas y distinguidas de la Capital. Las puertas de las cárceles públicas se abrieron y los aplausos de los prisioneros libertados dieron la nota culminante en las emociones de la multitud y del propio triunfador.

No había trascurrido un año desde la emigración de Bolívar y de Ribas en la goleta *Jesús, María y José;* hacía nueve meses escasos desde que iniciaron sus operaciones en Barrancas y habían trascurrido poco más de 100 días desde su entrada al territorio venezolano y ya el joven general de 30 años redimía a su patria con un puñado de bravos que pusieron a su disposición Torices, Nariño y el Congreso de Tunja y con los partidarios a quienes sedujeron en su marcha victoriosa la confianza de sus ideas de libertad y los prestigios de su acción brillante.

---

(36) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 163, página 325.

El ilustre historiador argentino, Don Bartolomé Mitre, tributa a Bolívar el merecido elogio por esta campaña; pero agrega: "si Bolívar después de ocupar "a Valencia hubiese marchado con su acostumbrada "actividad y resolución sobre Puerto Cabello, la habría "tomado fácilmente pues nada había previsto para su "defensa. En vez de esto, el Libertador atraído por la "vana gloria se dirigió con todo su ejército a Caracas "en busca de las embriagantes emociones que le espe-"raban".

No creemos que fuera la vanidad lo que llevaba a Bolívar a Caracas; las consagraciones del éxito halagan al corazón humano, por cierto, y el temperamento del General en Jefe era de aquellos que miran esas manifestaciones con tal agrado que llegan a ser una necesidad; por ora parte, tras un año de inmensos sinsabores, nada era más natural que ofrecerse este regocijo para su espíritu. Si pudo Bolívar desear este triunfo a la romana que, por lo demás, en nada perturbó su actividad, la entrada a Caracas tenía un objetivo más alto; no era su exaltación lo que anhelaba, era el producir en el pueblo una impresión profunda que lo ligara para siempre a la causa republicana.

En su carrera de victorias, haciendo zig-zags como el rayo de Mérida a Trujillo, de aquí a Guanare, de este punto a Araure y luégo a San Carlos y a Valencia para venir a irradiar, cual meteoro luminoso, sobre Caracas, se había penetrado de la profunda división de la familia venezolana y anhelaba constituir un centro de tendencia única en la ciudad en que preponderaban los patriotas. Caracas debía darle jefes, oficiales, tropas y recursos para proseguir la guerra y la facilidad para obtenerlos exigía que conquistara sus ha-

bitantes para la causa, inspirándoles la mayor confianza en el éxito.

Este no es un juicio parcial ni antojadizo de nuestra parte, es el programa mismo expuesto por Bolívar al Congreso granadino en múltiples ocasiones. Citaremos entre otras su carta del 12 de Mayo escrita desde Cúcuta. "Para el mes venidero no habrán más elementos "en el país que vamos a libertad y se hace absolutamen-"te necesario entrar a la provincia de Caracas, cuya "ocupación puede sernos fácil si las circunstancias nos "favorecen como hasta el presente". (37)

El aprovechamiento de todos los recursos necesarios no podía hacerse sino acercándose directamente a los criollos pudientes que habitaban la capital, y que contribuirían con espontaneidades relativas, o bien forzando a los partidarios del rey a dar su cuota de guerra. Estas necesidades eran urgentísimas a fin de satisfacer los justos anhelos de un ejército que había recibido con tardanzas excesivas su mezquinos haberes.

La entrada triunfal tenía, a la vez, aspectos sociales, militares y económicos que estaban sobre toda otra consideración y ella, que formaba parte del plan de Bolívar desde un principio, no puede ser tachada de mísera ambición de vanagloria.

En cuanto al apresuramiento por llegar a la capital, sin hacer una corta diversión hacia Puerto Cabello, a fin de anonadar a Monteverde y apoderarse de esa plaza fuerte, es preciso considerar que en el ejército de Bolívar sólo había unos 300 hombres de tropas aguerridas y formadas por las victorias, las que constituían la brigada de Ribas, y además los cuadros de los re-

---

(37) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 63, página 220.

gimientos granadinos; el resto eran elementos incorporados en el entusiasmo de los triunfos y sobre cuya disciplina no se podía contar aún. Bolívar ha debido recordar las deserciones de su tropas en Ocaña, al término de la brillante jornada de Barrancas a Puerto Nacional por el río Magdalena; la constancia del éxito no fué en aquella ocasión suficiente para mantener la cohesión en filas improvisadas y esto mismo podía acontecerle al ejército libertador, al término de la campaña que le había entregado la posesión de Caracas. Enviar a los veteranos al sitio de Puerto Cabello era privarse de los elementos para reconstruir el ejército, destacar allí tropas bisoñas era exponerse al fracaso.

Largos meses de esfuerzos incesantes han debido imponer a la columna libertadora las ansias del descanso y es humano creer que, en la hora del triunfo, habría visto de mala gana la imposición de un nuevo sacrificio, predisponiéndola a la rebelión o a la indisciplina cuando menos.

Además, sentía Bolívar la inmediata necesidad de mandar expediciones contra Miyares en Maracaibo, a batir a Ceballos en Coro, para desruir a Yañez en las Llanuras y, aún, la de formar una división que estableciera su contacto con los patriotas de Oriente; todo esto tenía más premura, o tanta, como el sitio de Puerto Cabello y requería elementos considerables que sólo podía obtener impresionando profundamente al pueblo con el triunfo del ejército libertador. Este programa militar de conjunto era la preocupación de Bolívar, junto con el de la reorganización política y económica que debía servirle de base, y no podía arriesgar la idea fundamental por un simple detalle, por importante que fuera, como el asedio inmediato de Puerto Cabello.

Vamos a ver al joven general, en medio de los delirios del triunfo popular, perfectamente sereno en la humareda sofocante del incienso que no anublaba las luces de su cerebro ni paralizaba sus energías en la acción.

CAPITULO QUINTO

LA ORGANIZACION

I.—Importancia de la entrada a Caracas.—II.—Organización del Gobierno.—III.—Propaganda republicana.—IV.—La guerra y la renta pública.—V.—Primeras gestiones con Mariño.—VI.—El plan general de la campaña.

I

Por grande que hubieran sido la fe en el éxito, la confianza en el empuje de los suyos y el entusiasmo por su causa, el resultado mismo de la primera campaña que dirigía debió causar en las intimidades de la conciencia de Bolívar las impresiones de todo lo que es gratamente inesperado; no es lógico suponer que el joven general pretendiera triunfar tan rápida y fácilmente con una hueste de 600 hombres sobre las fuerzas españolas estratégicamente escalonadas para cerrarle el paso; este convencimiento del suceso cierto lo necesitaba Bolívar como estímulo constante en su propia acción, debía ser la fuerza de cohesión de su ejército y la base política

de sus conexiones con los Gobiernos de Nueva Granada que le auxiliaban en su empresa. Cualesquiera que fueran sus vacilaciones en aquellos amargos días en que luchaba contra la sorda campaña del Coronel Castillo, tuvo siempre carácter suficiente para encerrar sus dudas en lo más íntimo de su pensamiento y demostrar únicamente las alentadoras certidumbres que ofrecían sus programas.

Ya victorioso, no se aparta de esta línea de conducta y exhibe los hechos como una comprobación de sus predicciones. En la ante víspera de su entrada a Caracas, escribe al Congreso granadino diciéndole: "Tiene V. E. cumplida mi oferta de libertar a mi país "y tiene V. E. la prueba más clara que puedo haber da- "do de que no era aventurada la empresa como preten- "dían algunos hacer creer a ese gobierno. Tan lejos es- "tuvo de ser aventurada, que no es posible haya una "campaña más feliz; durante los tres meses que he he- "cho la guerra en Venezuela, no he presentado acción "que no haya sido ganada por nosotros y de cada una "de ellas he sacado todas las ventajas imaginables, lo- "grando, con la actividad y rapidez en las marchas, des- "concertar a los enemigos, al paso que el valor de mis "tropas los aterraba.

"Sólo me falta para completar la obra, la plaza de "Puerto Cabello, que no resistirá mucho tiempo si no "se rindiere a la intimación que pienso hacerle desde "Caracas, para donde parto en este instante a poner "en ejecución los tratados y organizar las cosas de ma- "nera que pueda ocurrir a donde la necesidad me lla- "me". (1)

---

(1) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 167, página 329.

Los objetivos de Bolívar están claramente definidos en esta carta; no iría a Caracas a buscar las satisfacciones más o menos efímeras de una ovación, iba a recoger y a garantir los frutos de su campaña y a consolidarlos en el porvenir, iba a erigir el cumplimiento de la capitulación impuesta a Fierro y a organizar los elementos para la destrucción completa del poderío español en Venezuela.

A estos propósitos principales se agregaba el temor por la suerte de la ciudad abandonada por el jefe español que huía con sus tropas, sin esperar el perfeccionamiento del pacto que acababa de firmar. En La Victoria, tuvo Bolívar conocimiento de este suceso por noticia del Gobernador Don Francisco Paúl en el cual Fierro había delegado sus poderes de jefe político y militar; justamente alarmado, el jefe del ejército libertador instruye inmediatamente a Paúl para que "pro-"cure por cuantos medios le dicte la prudencia y las "circunstancias exijan, conservar el orden, sosiego y "tranquilidad pública, haciendo entender a todos que "mis tropas marchan con la brevedad posible a esa ca-"pital y que me será muy sensible cualquier desor-"den". (2)

Las capitulaciones de La Victoria estipulaban la libertad de emigrar sin más condicones que la de tener un pasaporte en regla dentro del primer mes y realizar la partida en los 30 días siguientes; los militares estaban comprendidos en la emigración y sujetos a sus reglas, pudiendo conservar sus espadas, pero entregándose todas las armas y pertrechos a los comisionados patriotas. (*Artículo 4 de las capitulaciones de La Victoria*).

---

(2) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 168. Pág. 330.

Monteverde vencedor en Julio de 1812 no había respetado las capitulaciones de San Mateo; del mismo vencido en 1813 rehusaba sancionar los pactos que firmara su representante Fierro, que se embarcaba en La Guaira con todos los elementos que pudo acumular, dejando confiadas al honor del ejército patriota las vidas de los afectos al régimen español y aun las pequeñas guarniciones de Budía y Mármol que ajustaron pactos especiales con los representantes de Bolívar.

Deja constancia el General en Jefe de la mala fe de los vencidos y de los peligros a que dejaron expuesta a la capital en sus proclamas del 8 y del 9 de Agosto: "Se concluyó, dice, una capitulación en La Victoria "con ventajas que no podía aspirar su estado misera-"ble. La conciencia de sus crímenes no les permitía es-"perar tampoco el resultado de la negociación; corrie-"ron vergonzosamente en tropel a los buques de la ba-"hía, como solo medio de su salvación. Habitantes de "Caracas y de La Guaira, vosotros habéis sido testigos "oculares del desorden escandaloso con que el Gobier-"no español ha desaparecido de entre nosotros, abando-"nando a merced de los vencedores a los mismos que "debían ser el blanco de la ira y la venganza.

"Nuestra clemencia ha perdonado esta última per-"fidia: ha retirado del suplicio a los destructores de Ve-"nezuela y ha propuesto por una comisión a sus resi-"duos, acogidos en Puerto Cabello, extender a ellos "mismos tan incomparable generosidad". (3)

A pesar del decreto de Trujillo, la *guerra a muerte* no era en el ánimo del jefe republicano sino una amenaza viva, una espada de Damocles suspendida so-

---

(3) Blanco y Azpurúa.—Tomo 14. Doc. 850. Pág. 675.

bre las cabezas de los aventureros españoles y, aunque en el derecho la declaración de Bolívar no era sino la legalización del estado de hecho creado por los realistas, sus aplicaciones eran casi nulas y las manifestaciones reiteradas de clemencia evidenciaban nítidamente el verdadero objetivo de tan grave medida que no era otro sino el traer a los enemigos a las prácticas regulares de la guerra, en el terreno de la compasión humana y bajo las reglas caballerescas del honor.

Bolívar, que se había apresurado a entrar en Caracas con su ejército, en mérito de los intereses fundamentales de mantener el orden para acometer la empresa de organizar un Gobierno y de asegurarse las ventajas de las capitulaciones de La Victoria, se mostraba clemente a fin de mostrar el verdadero alcance de la guerra sin cuartel y de captarse las buenas voluntades que tan necesarias le eran para su obra constructiva; mas, al propio tiempo, no olvidaba el estímulo y el aplauso que se debe a su ejército y se apresura a exhibir ante el pueblo de Caracas el cuadro de sacrificios y de glorias de sus soldados. "Aparecen, dice, el 8 de Agosto, "vuestros libertadores y desde las márgenes del cauda- "loso Magdalena, hasta los floridos valles del Aragua "y recintos de esta ilustre Capital, victoriosos han sur- "cado los ríos del Zulia, del Táchira, del Boconó, del "Masparro, la Portuguesa, el Morador y Acarigua, tran- "sitando los helados páramos de Mucuchíes, Boconó "y Niquitao, atravesando los desiertos y montañas de "Ocaña, Mérida y Trujillo, triunfando siete veces en "las campales batallas de Cúcuta, La Grita, Betijoque, "Carache, Niquitao, Barquisimeto y Tinaquillo, donde "han quedado vencidos cinco ejércitos que en número "de diez mil hombres devastaban las hermosas provin-

"cias de Santa Marta, Pamplona, Mérida, Trujillo, Ba-
"rinas y Caracas.

"Por fin, compatriotas míos, vuestra república aca-
"ba de renacer bajo los auspicios del Congreso de Nue-
"va Granada, vuestra auxiliadora, que ha enviado sus
"ejércitos, no a dar leyes, sino a restablecer las vuestras
"extinguidas por la irrupción de los bárbaros que envol-
"vió en el caos, la confusión y la muerte a los Estados
"Unidos de Venezuela, que hoy existen nuevamente
"libres e independientes y elevados de nuevo al rango
"de Nación.

"Esto es, caraqueños, mi misión; aceptad con gra-
"titud los heroicos sacrificios que han hecho por vues-
"tra salud mis compañeros de armas, quienes al daros
"la libertad se han cubierto de una gloria inmortal". (4)

No había, pues, permanecido inactivo el joven general en medio de las manifestaciones de un pueblo en delirio por los triunfos del más preclaro de sus hijos; aprovechaba el momento favorable para atraer por la clemencia a los enemigos, para estrechar la unión con los suyos y anunciaba su deseo de inmediata constitución de un gobierno nacional fuerte y eficaz. El ruido de los aplausos, los perfumes de las flores arrojadas a su paso, el dulce mirar de las mujeres que en todas las épocas y en todos los mundos se sienten inclinadas a dar su alma a los fuertes que triunfan, ninguna de estas causas había perturbado el sentimiento fundamental de Bolívar, el dictado de su responsabilidad que le prescribía la ordenación inmediata del país conquistado con cuyo objeto se había apresurado a venir a Caracas.

---

(4) Blanco y Azpurúa.—Tomo IV. Doc. 849. Pág. 674.

II

El régimen constitucional de la primera república venezolana, en cuya discusión los patriotas habían empleado sus mejores actividades en 1811, sólo había existido en el nombre; en efecto, en los propios días en que se juraba la Carta Fundamental de la Federación, Monteverde iniciaba su audaz ataque desde Coro a Caracas y el Poder Ejecutivo venezolano y luégo toda autoridad pasaron a manos del Dictador Miranda.

La situación, que en 1812 no era adecuada para implantar un régimen seriamente democrático, no era más propicio en 1810 para restaurar un gobierno con base popular en conformidad a los deseos expresados por el Congreso granadino en las autorizaciones que confiriera al Coronel Bolívar.

La familia venezolana, cuyas profundas divisiones había revelado la primera etapa de la lucha emancipadora, ofrecía ahora caracteres más profundos en su diferénciación y las líneas divisorias no consistían ya en simples expresiones idealistas o en trnasitorias controversias de intereses materiales, pues afectaban las fibras más delicadas y las pasiones más violentas de los hombres; la represión realista había llevado la muerte, la miseria y el deshonor a muchos hogares, muy a menudo sin tomar en cuenta las opiniones políticas; y la concordia, en torno de un acuerdo pacífico para constituir un gobierno de origen popular o engendrado por los directores del pueblo, era prácticamente imposible. El mero intento de invitar a semejante discusión era la

provocación a la guerra civil cuando aún no estaba terminada la lucha con el extranjero.

Bolívar comprendió la situación en su aspecto integral y tuvo la valentía moral de asumir la responsabilidad por completo, sin vacilaciones y sin esconder su propósito; si Venezuela se perdió en 1812 por la esterilidad de una constitución federativa, sin base en la sociabilidad de una nación que apenas iniciaba su evolución democrática, fracasaría nuevamente en un régimen análogo que se armonizaba menos que antes con las condiciones del país. La anarquía de la familia francesa que se tradujo en la tormenta revolucionaria del siglo XVIII hizo necesaria, indispensable aún, la voluntad omnipotente del Primer Cónsul y luégo del Emperador, de igual modo las perturbaciones que introducía en Venezuela el advenimiento de una idea nueva, prescribía un régimen fuerte y tanto más enérgico cuanto más dispersos andaban los elementos y más enconadas las pasiones.

El General en Jefe, consciente de sus deberes para con la Patria que estaba formando, desdeñó los críticos y afirmó su resolución escribiendo, el 8 de Agosto, a los delegados del Congreso granadino: "Interin se "organiza un gobierno legal y permanente, me hallo "ejerciendo la autoridad suprema, que depondré en ma- "nos de una asamblea de notables de esta capital, que "debe convorcarse para erigir un Gobierno conforme a "la naturaleza de las circunsancias y de las instruccio- "nes que he recibido de ese Augusto Congreso".

Bolívar solicitó consejos e ideas de los ciudadanos capaces de trasmitirle los anhelos de la opinión y se di-

---

(5) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 172. Pág. 355.

rigió especialmente al respetable e ilustrado miembro del Congreso Constituyente de 1811, don Francisco Javier Ustáriz, pidiéndole un proyecto de régimen provisorio. A fin de que las ideas cambiadas tuvieran la mayor difusión posible, sin que su discusión perturbara aún más la situación, hizo publicar el siguiente aviso:

"Deseoso el General en Jefe del Ejército Libertador de restablecer la República de Venezuela sobre "las bases de la libertad política y civil, de dar al go- "bierno el vigor y nervio necesarios para adelantar la "guerra contra nuestros pertinaces enemigos y de facili- "tar todos los recursos que en las críticas circunstancias "del día puedan sostener al Estado, ha consultado al- "gunos ciudadanos de reconocidas luces y virtudes po- "líticas, para que le ilustren sobre la forma que conven- "ga dar a la administración suprema. El ciudadano "Javier Ustáriz, cuyos conocimientos en el derecho pú- "blico y jurisprudencia civil bastantemente se han de- "mostrado en las sabias constituciones que hizo para la "Confederación de Venezuela, ha presentado un plan "que el General en Jefe da a luz pública para que sus "conciudadanos manifiesten en otras o semejantes me- "morias su opinión a cerca de materia tan importante y "trascendental, pues atendiendo únicamente a la felici- "dad y satisfacción de todos, invita a todos para que ex- "pongan los proyectos o reformas que crean justos y "necesarios". (6)

Ustáriz analizó el problema con profundo buen juicio y propuso un sistema transitorio destinado a la vez a dar garantías a los ciudadanos y a facilitar las operaciones del ejército que eran las consideraciones primordiales que imponía la situación.

---

(6) Blanco y Azpurúa.—Tomo 14. Doc. 858. Pág. 689.

Desde luego, dió independencia al poder judicial que se centralizaba en un Tribunal Supremo de Justicia, con asiento en Caracas, al cual vendrían en apelación las sentencias de los juzgados provinciales; dividía el territorio en provincias bajo la doble autoridad de jefes políticos y militares y lo seccionaba en grandes corregimientos a fin de facilitar las tramitaciones adminisrtativas y, particularmente, el servicio de los ejércitos en campaña; creaba la Superintendencia de las Rentas de Estado y dejaba a los gobiernos locales con las mismas prerrogativas y obligaciones que tenían antes de la reconquista de Monteverde.

'En cuanto a política, decía el informe de Ustáriz, "no hay necesidad, por ahora, de corporaciones y con- "sultas de esta clase, si se quiere no exponer el curso "de los actuales negocios, abriendo la puerta a variedad "de opiniones que, cuando se trata del Poder Supremo "sugieren la intriga, la ambición y otras privadas pa- "siones".

Y en mérito de estas atinadas consideraciones, proponía que los Poderes Legislativo y Ejecutivo residieran en el General en Jefe del Ejército y que todo lo gubernativo, económico y de policía estuviera a cargo de sus respectivos magistrados, bajo su dependencia. El proyecto de Ustáriz era la carta de una dictadura ligeramente reglamentada y que sólo eliminaba del alcance del Dictador la intervención en las sanciones de sus propias leyes o de las que estuvieran en vigencia. No vacilamos en decir que semejante organización era lo único posible, a fin de que obrara con los sentimientos de la responsabilidad máxima quien fuera capaz de organizar aquel caos.

Debemos mencionar, aunque sea de paso, las pro-

yecciones internacionales del proyecto de Ustáriz. Bolívar, a raíz de su entrada a Caracas, había comunicado al Gobierno de Cundinamarca sus deseos de unión y alianza, anticipándose a sus grandes ideales del futuro; (7) semejante idea fué consultada en el informe de constitución provisoria cuyo autor *proponía el nombramiento de cierto número de diputados que, investidos de las más plenas y amplias facultades*, vayan inmediatamente a incorporarse en el Congreso de la Nueva Granada, para tratar esa unión, ordenarla y fijarla sobre las firmes y permanentes bases de una buena constitución".

En realidad, Bolívar asumió la dictadura y no pudiendo ni debiendo consagrarse a la dirección política del país, ya que su puésto estaba a la cabeza del ejército, eligió tres Secretarios de Estado en las personas de Don Antonio Muñoz Tébar, Don Rafael D. Mérida y Don Tomás Montilla. Al comunicar su resolución al Congreso granadino, le consultaba sobre el proyecto de Ustáriz y terminaba diciéndole: "Durante la guerra "civil y las revoluciones internas, el sistema de admi-"nistración debe entre nosotros reducirse a la mayor "sencillez, de donde nacerán también su fuerza y cele-"ridad. Debo asegurar a V. E. que mis sentimientos, "en esta parte, no son animados sino del vivo deseo de "destruir a nuestros tiranos y afianzar el gobierno in-"dependiente sobre bases firmes y respetables.

"*Cuàndo el territorio de Venezuela esté libre de "sus enemigos, terminada entonces mi misión, se cele-"brará la Asamblea representativa, donde será nombrado "el Presidente de todos los Estados. Esta misma Asam-*

(7) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 76: Pág. 341.

"blea pronunciará sobre la Unión con Nueva Grana- "da, sino estuviera aún sancionada y mi destino desde "entonces será aquel que conduzca nuestros invenci- "bles soldados contra los enemigos de la independencia "americana". (8)

En esta carta, el brillante vencedor de los ejércitos de Monteverde establece un hecho y, sobre él, se marca sus propios deberes; la independencia de las colonias del Norte es la llave de la emancipación americana y sin ella no se podrán franquear las puertas de la libertad a los demás pueblos que permanecerían en la opresión si el carcelero fuera dueño de Venezuela y de Nueva Granada; libertar y unir a estas colonias es la obra inmediata, la semilla del árbol de la libertad que él se compromete a llevar a otras regiones.

"Mi destino será aquel que conduzca nuestros invencibles soldados contra los enemigos de la independencia americana", esta frase que Bolívar comunica al Congreso granadino, síntesis profética de su historia, fué tal vez la misma que, entre delirios de gloria y expansiones de amor, confiara al oído de su segunda Teresa, aquella su amante prima que no pudo retenerle a su lado en París, apesar de aquel amor, que debió ser grande, pues la creyó capaz de confiarle su secreto, pero que era inferior al impulso de su adhesión a la patria y al de su propio genio que las circunstancias aumentaban.

A los 30 años, el General Republicano iniciaba brillantemente los cumplimientos de un programa que, si para su amada de la juventud soñadora, aparecía como una ofrenda a su recuerdo, serían para él obra de

(8) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 188. Pág. 361.

un incansable esfuerzo de gigante y causa, más que de sus goces transitorios, de los fundamentales quebrantos de su cuerpo y de su alma ofrecidos en holocausto a la libertad de su patria.

III

Desde luego, tenía Bolívar que luchar con sus propios elementos para mantenerlos en la unidad de acción y en la disciplina militar y extender su propaganda de libertad a todos los pueblos que, mantenidos en la más crasa ignorancia, no eran siquiera capaces de sentir la vergüenza de la servidumbre.

Sus continuas proclamas, comentarios de los triunfos de su ejército, no eran dictadas por la torpeza de un exhibicionismo personal que no necesitaba; ellas obedecían al propósito de difundir en las masas los sentimientos que a él le dominaban y las ideas que, antes que él, nadie había llevado hasta la mente popular. A las enseñanzas de los fanáticos misioneros españoles y a las pastorales del Arzobispo de Caracas, oponía Bolívar las palabras vibrantes de sus partes de victoria o las frases de fuego de sus amenazas contra los traidores a la patria.

Al llegar a Caracas, ya siente en la masa popular los efectos de la predicación religiosa y ordena al Secretario de Estado, Don Rafael D. Mérida que deslinde las responsabilidades del arzobispo. Con valentía se dirige Mérida, en nombre del General en Jefe al prelado caraqueño, diciéndole: "V. S. Illma. no sólo contribu-

"yó a la opresión de los americanos, al oprobio y vili-
"pendio de los amantes de la libertad, al conflicto de "tantas familias que errantes por todas partes lloraban "sin consuelo la triste suerte de sus maridos, padres, "hermanos y deudos; sino. lo que es más, que en los "últimos momentos de su mando (el de Monteverde) "y con el designio expreso de perpetuar la tiranía, pu- "blicó una pastoral en términos muy depresivos y vi- "lipendiosos del nombre americano... Y en fin, quiso "convencerlos de que sus miras a la independencia "eran delirantes; que sólo el Gobierno monárquico de- "bía dominarlos, *con otras proposiciones que vertidas "por personas de menos representación estarían ya es- "carmentadas con el último suplicio.*

"El General en Jefe tiene a la vista esta proclama "y también a los que claman altamente contra ella y pi- "den la vindicación. Por lo que a S. E. toca, le son muy "despreciables estos viles recursos de los españoles; "mas no puede ver con indiferencia las acusaciones que "contra V. S. le hacen como enemigo público de nues- "tra causa. Haciendo justicia, tomará sin duda provi- "dencias las más serias, si V. S. Illma. no se propone sa- "tisfacerlas por otra pastoral, concebida en términos "que los haga desistir de sus propósitos y esto muy bre- "vemente. De otro modo, ni el General mismo respon- "dería de la persona de V. S. Illma". (9)

Monseñor Narciso Coll y Pratt demoró largo tiempo en publicar su pastoral y ella, como los anteriores documentos de este género, deja transparentar la poca simpatía episcopal por la causa republicana. En la larga oración que el prelado dirige a sus diocesanos se habla

(9) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 179. Pág. 351.

mucho de la virtud como alma de la República, de la Religión como base de la felicidad de los Estados; pero, en cuanto al punto capital indicado por el General en Jefe sólo hay frases ambiguas y la única que tiene cierta precisión se encuentra así como perdida en un largo período sobre la práctica de las virtudes: "Adunaos en "vuestros sentimientos, dice, y decidiéndonos constan-"temente por el orden y común tranquilidad, obedeced "pronta y eficazmente al Gobierno de la República para "defender vuestra Religión y vuestra Patria". La idea republicana queda subordinada al orden como punto de partida y al objetivo religioso como fin principal.

A pesar de que la adhesión del prelado carecía de sinceridad, Bolívar trata por todos los medios posibles de atraer a la causa emancipadora a los misioneros y párrocos que eran las avanzadas más eficaces de la reacción realista y, si en el caso de la pastoral que dictara el Arzobispo en celebración de los triunfos de Monteverde en 1812, hace hablar a su Ministro con toda la altanera amenaza que merecía la doblez del prelado, busca ahora la unión por otros resortes y pone en manos de los agentes de la Iglesia la propaganda del evangelio de la libertad.

En el primer mes de su entrada a Caracas se ordena la publicación de la *Gaceta de Gobierno* a la cual *irremisiblemente* deberán suscribir los empleados públicos y se dispone que la distribución se haga por los párrocos.

"El conducto de ellos, dice el gobernador Paúl al "Arzobispo, es importantísimo para este designio, por-"que acostumbrados los pueblos a oir de su boca las ver-"dades evangélicas se impresionarán sin repugnancia "de los documentos de su regeneración política, de la

"justicia de su causa, y se esforzarán en llevarla a su "perfección, si por todas partes resuena el eco de la li- "bertad comprobada.

"V. S. Illma. interesado en la tranquilidad común "está en caso de contribuir con sus oficios pastorales a "los designios que el gobierno se propone; y yo espero "de la cooperación de V. S. Illma. que exhortando y "ordenando a los honorables curas y vicarios de esta "capital y su distrito la suscrición indicada la verifi- "quen y con ella trasmitan a sus respectivos vecindarios "los acontecimientos, el estado y las circunstancias en "que se hallan". (10)

Este trabajo de convencimiento debía ser constante, sostenido, de cada momento para lograr resultados rápidos y contrarrestar la influencia del clero y de las personas que, permaneciendo en la indiferencia, eran, en realidad, factores favorables a la monarquía. El clero activo y la población sin ideales influían constantemente en la conciencia popular, entre tanto, la república tenía a casi todos sus hombres bajo las banderas y no contaba con otros elementos de propaganda que sus triunfos y, así, en cuanto la fortuna vacilara o se mostrara adversa los partidarios se harían menos ardientes o ingresarían al campo enemigo.

A pesar de estos esfuerzos de Bolívar, la gran masa de habitantes, fuera de las irradiaciones de sus campamentos, se mostraba más bien hostil y contra ellos lanzaba una furibunda proclama desde su cuartel general de Puerto Cabello. "Reposaba tranquilo y lleno "de la mayor confianza en la gloriosa lucha contra los "últimos restos de nuestros comunes enemigos, cuan-

---

(10) Blanco y Azpurúa.—Tomo IV. Doc. 867. Pág. 712.

"do he sido informado que algunos de aquellos mis-"mos americanos que con tanta generosidad ha trata-"do el Ejército Libertador olvidando sus crímenes, se "esfuerzan en subertir el orden, formando conventícu-'los y protegiendo conmociones populares. Semejante "conducta ha herido dolorosamente mi corazón y lo que "es más, la gloria de Venezuela, por lo que no he du-"dado hacer los últimos sacrificios. Notorio es esto; pe-"ro más notorio será el horror y oprobio que cubrirá a "estos infames y viles desnaturalizados hijos que pos-"ponen el bien y felicidad general a la baja adulación "de sus primeros opresores". (11)

IV

Sólo los prestigios militares y los fulgores de la gloria se habían mostrado eficaces para galvanizar el cuerpo nacional y Bolívar consagraba a la organización del ejército sus mejores actividades; la creación de una fuerza que encarnara el alma venezolana se imponía como una necesidad de orden social para el éxito republicano con tanta ó más importancia que la de un simple instrumento para anonadar a la reacción realista.

El llamamiento de nuevas tropas debía hacerse antes que se apagaran los ecos del triunfo y en esta consideración, entre otras, se basó, sin duda, Bolívar, que conocía a sus compatriotas, para apresurar su entrada a Caracas y darle todo el lucimiento que correspondie-

---

(11) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 183. Pág. 355.

ra a su objetivo. Demorar la recluta, era exponerse a ciertas lacitudes propias del medio y a las consecuencias de la acción tenaz de los detractores de la República.

Mas, si el problema de llenar los cuarteles tenía soluciones relativamente fáciles, no acontecía lo mismo con el aspecto económico de la defensa nacional.

El terremoto y la guerra habían arruinado las ciudades y despoblado los campos; los conflictos europeos y la política española de prohibiciones había empobrecido, aniquilado casi el comercio y todos estos factores tendían al anulamiento de cualquiera base que pudiera servir de plataforma para crear un sistema tributario racional..

No era posible dar vida a los impuestos españoles cuya recaudación, engorrosa en tiempos normales, era casi imposible en medio de la convulsión revolucionaria y que, además, se apropiaba el clero casi en su tercera parte. Del antiguo régimen se podía conservar algún impuesto sobre los consumos, especialmente el tabaco, y el Secretario de Hacienda, Don Antonio Muñoz Tébar, refrendaba un severo decreto-ley de Bolívar que condenaba a muerte y embargaba los bienes de cualquiera persona que defraudara las rentas nacionales del estanco del tabaco.

La escrupulosa recaudación de estos ingresos no bastaba, por cierto, y era necesario crearse recursos extraordinarios. El 11 de Agosto de 1813, el General en Jefe lanzaba un decreto-manifiesto, solicitando donativos voluntarios en dinero o en artículos necesarios para la guerra y estimulando a todos, padres de familia y jóvenes expertos a que, no pudiendo contribuir con valores, entrasen al servicio de la república sin devengar

los sueldos de sus respecivos empleos, debiendo contentarse con quedar inscritos en el Gran Libro de Honor de la Patria. En este mismo documento anuncia a los empleados de Caracas que deben partir sus rentas con los defensores de la libertad; *"ellos viven en las comodidades de una ciudad bien abastecida, argumenta Bolívar, mientras el soldado, artífice de sus prosperidades futuras, lucha en las breñas, y sin alimentos, ni vestidos ni municiones, nada podría hacer; la paga del soldado debe ser íntegra, pues sin esta condición todo se arriesga y aventura".* (12)

En este antiguo decreto del general Bolívar están los gérmenes de la conscripción civil y de la contribución extraordinaria sobre las rentas y salarios que se han hecho normas generales en las guerras posteriores.

Más tarde, y sin perjuicio de los cupos de guerra impuestos a los indiferentes o los enemigos, la Secretaría de Hacienda había de generalizar el impuesto sobre la renta en la provincia de Caracas en forma que ligaba directamente a los propietarios de la riqueza con el presupuesto de gastos del ejército.

Las justicias de los pueblos, dice el decreto-ley de Bolívar refrendado por Muñoz Tébar, en unión de dos vecinos deben formar el rol de propietarios de haciendas, labranzas o tiendas de cada partido y asignar a cada uno, según sus capacidades, la obligación de atender al *pré* de uno o más soldados, cuota que debería satisfacerse con un mes de anticipación so pena de medidas coercitivas. Todos estaban sometidos a esta contribución, sin exceptuar los sacerdotes ni los cuerpos y colegios religiosos y sólo se acordaban reducciones de

---

(12) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 174. Pág. 335.

un 50% en el *pré* respectivo a los labradores y artesanos que no se encontraran en situación muy holgada, amoldándose en cierto modo a las reglas modernas del impuesto progresivo. (13)

Como recursos inmediatos, y para satisfacer el clamor justísimo de las personas que habían sido despojadas por Monteverde, se ordenó la confiscación de los bienes de españoles y canarios emigrados.

Bolívar se esforzaba, además, en introducir economías en la administración y en extirpar la empleomanía tan desarrollada durante el imperio colonial y la primera república venezolana. "Desde ahora os hago "conocer, dice en un decreto fechado en Caracas el 13 "de Agosto, que todo empleado, sea militar o político, "lo será para servir y no para presentarse con pompo-"sas condecoraciones y para obtener sueldos extraordi-"narios que debilitaron e hicieron ridícula nuestra pri-"mera república.

"Una multitud de pretendientes rodea las oficinas, "les quita el tiempo precioso a la organización del go-"bierno y paraliza la marcha rápida que deben hacer en "las actuales circunstancias. Ciudadanos, desde ahora "os anuncio que habrá una reforma saludable en todos "los empleos de la República, sea con respecto al nú-"mero, sea con respecto a los sueldos". (14)

Y no sólo en los empleos civiles había de introducir orden y economía, también llevaba estos principios a la organización del ejército, reglamentando los uniformes, creando los servicios de comisaría en los regimientos y fijando los sueldos y socorros de las tropas en

(13) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 205. Pág. 400.

(14) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 175. Pág. 340.

un máximo que no pasaba de doce dollars mensuales, moneda americana de hoy, para los sargentos y apenas llegaba a la mitad para los soldados.

No había, pues, perdido su tiempo el General, que de un solo vuelo de águila real, había venido desde Cartagena hasta cernirse sobre las cabezas de sus hermanos redimidos que le victoreaban con entusiasmo, que tapizaban de flores su camino, que uncían sus hijas a su carro triunfal, mientras allá en las alturas las campanas, que son como la voz del Señor, se unían al regocijo de un pueblo libre que ofrecía el incienso de su gratitud al salvador.

En los diez días siguientes a su triunfo estaban ya tomadas casi todas las medidas fundamentales de gobierno general, de hacienda, de economía, de propaganda y de organización del ejército que hemos esbozado en estos párrafos y el General en Jefe, lejos de dormir sobre sus laureles y de solazarse en las embriagueces del triunfo estaba ya pronto, con los elementos disponibles, a iniciar las campañas que debían consolidar su victoria.

V

En su marcha desde la frontera venezolana hasta Caracas, la hueste bolivariana había corrido como un ciclón que arrolla lo que encuentra en su camino y dispersa a lo lejos los despojos de las selvas destrozadas; hacia Maracaibo, Coro y Puerto Cabello habían huído las tropas realistas derrotadas en la izquierda del ejér-

cito invasor, entre tanto los destacamentos vencidos en su flanco derecho eran anonadados o se retiraban en desorden hacia la cuenca del Orinoco. El general había llenado su gran objetivo: ocupar la provincia de Caracas que le daría hombres y recursos suficientes para reforzar los puéstos que dejaba a retaguardia y que debían servir de bases para arrojar a los enemigos asilados en los baluartes de las costas.

Se había colocado en el centro estratégico del país y desde él trabaría la lucha por una serie de movimientos radiales contra las fuerzas que tendían a comprimirlo desde el círculo marítimo externo. Podía obrar Bolívar hacia el Sur y el Occidente, mas para actuar en Oriente necesitaba contar con la cooperación de los patriotas de ese territorio importantísimo que se habían rebelado con éxito contra el gobierno de Monteverde al propio tiempo que se realizaba la invasión de Occidente.

El plan bien madurado en la juventud, cuando Bolívar abrió su alma a los sentimientos de la libertad en sus viajes por Europa, y el sentimiento de las responsabilidades, adquirido por él durante la primera república venezolana, fueron las grandes energías que movieron al triunfador desde Cartagena a Caracas; otras causas debían precipitar a una empresa semejante a la juventud venezolana de Oriente, el impulso se engendraría en las protestas de la dignidad herida por las crueldades y depredaciones de los secuaces de Monteverde, Cervériz, Antoñanzas, Zuazola y otros que obraban como verdaderos Atilas en las provincias de Barcelona y Cumaná.

Los hombres aterrados por la feroz persecución se habían retirado a las montañas, a los acantilados de

la costa y a las islas vecinas; un grupo pequeño en número, más de gran significación por la energía de sus jefes, se había asilado en el peñasco de Chacachacare que cierra la entrada del golfo de Paria, entre la península de este nombre y la isla de Trinidad. Eran, en todo, 45 patriotas, jóvenes, resueltos y desesperados en su horrible situación; su jefe nato era Don Santiago Mariño, gallardo mancebo natural de Margarita, aficionado al mando, a la revuelta y a la ostentación, según nos lo pintan Baralt y Díaz; su compañero más íntimo era un curazoleño Manuel Piar, de quien se cuenta que tenía limpia sangre venezolana en sus venas por el lado materno, hombre ambicioso y violento; los hermanos Francisco y Bernardo Bermúdez, audaces y enérgicos ambos, turbulento el primero y más reposado el segundo, figuraban en la inmediata intimidad de Mariño junto con Piar. Entre los jefes del pequeño grupo debemos aún citar al comandante de ingenieros Francisco Azcúe y a Manuel Valdés, mozo infatigable y magnífico, con cierta indiferencia en materia política que no era para él otra cosa que el odio al conquistador.

Todos ellos habían figurado en la primera insurrección, especialmente Mariño que formó parte de la expedición de Villapol a Maturín, centro oriental donde los patriotas tenían simpatías y en el cual pudo concentrar algunos elementos el jefe republicano al retirarse perseguido por las expediciones españolas venidas desde Guayana en los primeros días de 1812.

En el mes de Enero de 1813, Mariño inflamado por el entusiasmo de sus 25 años hizo firmar un acta a sus 45 compañeros en virtud de la cual comprometían su palabra de caballeros para vencer o morir en la gloriosa empresa de libertar a Venezuela.

El 12 de Enero resuelven atacar la plaza de Güiria, en el golfo de Paria, mandada por el marino Gabazo cuyas piraterías le habían hecho odioso a los pobladores. Bastó la presencia de los 45 patriotas con 6 fusiles para que la guarnición indígena se uniera a los asaltantes, trabándose una corta lucha con los soldados españoles. Provisto de armas y municiones en ésta feliz iniciativa, Mariño formó dos brigadas; la primera a las órdenes de Francisco Bermúdez y de Manuel Piar se posesionaría de Maturín, en busca del parque que allí dejara Villapol, y la otra, un simple destacamento de 75 hombres, mandados por Bernardo Bermúdez, avanzaría hasta Irapa. Los primeros tomaron sin dificultad a Maturín y los últimos derrotaron un destacamento de 400 hombres, obligando a su jefe, Cervériz, a refugiarse en Yaguaraparo, en el fondo del golfo.

Mariño organizó sus fuerzas en Irapa, sin que le molestaran grandemente los ataques de la escuadrilla española de Paria, pero inquietando él continuamente a Cervériz en su refugio.

Temeroso Monteverde por la suerte de Cumaná, despachó una fuerza de 500 hombres al mando del vizcaíno Antonio Zuazola, verdadero monstruo que derrotó alguno partidas de patriotas en Magueyes y en Aragua de Maturín, hacia mediados de Marzo. La sed de sangre, que este bandido demostraba donde quiera encontrara un sér humano que pudiera tomar como enemigo, le entretuvo, cometiendo una serie de crímenes abominables, sin que lograra llegar hasta el reducto patriota de Maturín.

Dejemos al juicio de Baralt y Díaz la apreciación de Zuazola cuyas acciones iban a tener atroces influencias en la prosecución de la guerra. "Digno subalterno

"de Antoñanzas, cometió en el tránsito las mayores vio-"lencias, persiguiendo sin distinción como enemigo a "cuantos americanos encontrara, quemando las casas y "talando las siembras. A los prisioneros pasó por las "armas, y luégo llamó de paz a los vecinos de la villa "que temerosos andaban a leva y monte por la sierra. "Muchos escarmentados con las pasadas perfidias no "se fiaron; otros inocentes y candorosos se presentaron "con sus familias, tanto más tranquilos cuanto que eran "gente quieta que no se había metido en nada. Hom-"bres y mujeres, ancianos y niños fueron desorejados "o desollados vivos. A quienes hacía quitar el cutis de 'los piés y caminar sobre cascos de vidrios o guijarros; "a quienes hacía mutilar de uno o dos miembros o de "las facciones del rostro, haciendo mofa después de su "fealdad; a quienes mandaba coser espalda con espal-"da. Las fieras matan por necesidad, por instinto; sólo "el hombre mata por placer y Zuazola era el más fiero "y atroz de los nacidos. Sucedió entonces que un niño "de 12 años se le presentó ofreciéndole su vida por sal-"var la de su padre, apoyo de numerosa y desvalida fa-"milia. Hízolos matar a entrambos, antes al hijo. Obra "penosísima y larga sería referir las atrocidades de aquel "monstruo. Pero; admírese hasta que punto ciegan a los "hombres más pacíficos e inofensivos las pasiones po-"líticas! El feroz vizcaíno obtuvo por sus crueldades el "título de valeroso y buen vasallo; muchos cajones de "orejas que envió a Cumaná fueron recibidos con sal-"vas y algazaras por los catalanes, y estos pobres hom-"bres, antes conocidos por su modestia y honradez ador-"naron con ellas las puertas de sus casas y las pusieron "en sus sombreros a modo de escarapelas".

Los crímenes horribles de Zuazola alarmaron a

los españoles de Caracas, mas Monteverde acalló toda protesta, exhibiendo la aprobación de su conducta y un despacho del secretario de guerra que sancionaba su programa de exterminio. Estas crueldades fortificaron las almas de los patriotas de Maturín que rechazaron por dos veces, el 30 de Marzo y el 11 de Abril, la expedición enviada desde Cumana a las órdenes de Lorenzo de La Hoz y derrotaron al propio Monteverde que vino por mar, de La Guaira a Barcelona, para marchar en seguida hasta Maturín en donde dejó el 25 de Marzo 500 hombres en el campo, cinco cañones, multitud de fusiles y pertrechos, seis mil pesos en plata y todo su equipaje.

"Yo escapé de milagro y he pasado trabajos que "nadie se podrá figurar, escribía Monteverde; pero, fe-"lizmente, lo cuento". El jefe español huía dejando el Oriente perdido.

Mariño había avanzado con sus tropas hasta sitiar a Cumaná, donde estaba encerrado Antoñanzas con 800 hombres, y mantenía con dificultad sus posiciones, pues la escuadrilla de Francisco Salas Echeverría era un auxiliar constante de la plaza asediada. Felizmente, los patriotas de Margarita se insurreccionaron el 3 de Junio, aprisionando al Gobernador Pascual Martínez y dando libertad a los republicanos entre los cuales estaba el Coronel J. B. Arismendi, que tanta participación había de tener en las luchas venideras. Mariño recibió armas, municiones y el auxilio de una escuadrilla de 3 goletas armadas y otras embarcaciones, a las órdenes del comandante José Bianchi que estrechó el cerco marítimo de Cumaná.

El 2 de Agosto se rendía la plaza y Antoñanzas, escapando herido, iba a morir en Curazao. Esta vic-

toria aseguraba a Mariño el dominio del Oriente, donde sólo quedaba la guarnición de Cervériz en Yaguaparo, a cuyo encuentro envió a José Francisco Bermúdez. Cervériz, tan cobarde como cruel, se embarcó hacia la Guayana. En el camino supo Bermúdez que había hecho asesinar a su hermano Bernardo y juró vengar esta afrenta, promesa atroz que cumplió con creces al pasar por Cariaco, Carúpano y Río Caribe.

Los horrores de Cervériz, Antoñanzas y Zuazola fueron vengados por los patriotas en Cumaná y Margarita, fusilando a 15 españoles que cayeron en su poder, entre estos el gobernador Martínez.

En los días de la toma de Cumaná, Bolívar estaba a las puertas de Caracas y el Mariscal de Campo Juan Manuel Cajigal, que ocupaba a Barcelona, sabedor del doble triunfo patriota, prefirió retirarse hacia la Guayana. Se encaminó con sus oficiales y unos 150 ginetes al Bajo Orinoco; desde Angostura marchó Cajigal a Guayana, dejando a sus oficiales, José Tomás Boves y Francisco Tomás Morales, cien hombres y todas las armas y pertrechos disponibles con la promesa de organizar guerrillas para reanudar la lucha contra los rebeldes.

Aquellos oscuros aventureros, acampados al borde de un río en aquellas inmensas llanuras, iban a formar una guarida en que enseñarían a los incultos llaneros el odio, la venganza y el crimen, estaban destinados a capitanear una legión verdaderamente infernal que ahogaría en un mar de sangre la libertad venezolana.

Mariño ocupaba a Barcelona el 19 de Agosto y se hacía proclamar Jefe Supremo y Dictador de Oriente, sirviéndole Manuel Piar de lugarteniente y José Bianchi de Comandante de su escuadrilla. Se organizó un

gobierno personalísimo, dando preferencia más a la formación de un ejército que a las operaciones militares mismas, sin que se inquietaran los patriotas orientales ni por perseguir a los fugitivos de Barcelona, cuya acción en los llanos eran un gran peligro, y mucho menos en buscar sus contactos con las tropas triunfantes de Bolívar.

El General en Jefe, apreciando debidamente la noble actitud de Mariño y de sus compañeros, le escribía el 12 de Julio, desde el cuartel general de Barinas, mientras aquél sitiaba a Cumaná: "Tengo el honor "de dirigir a V. S. este pliego por la vía de Nutrias, que "según parece está enteramente libre hasta el cuartel "general del Ejército de Oriente. Esta comunicación "debe sernos tan satisfactoria como importante; pues "habiendo libertado ambos ejércitos el inmenso terri- "torio de Venezuela, podemos continuar nuestras opera- "ciones o unir nuestras fuerzas entre San Carlos y La "Victoria, para estrechar a los enemigos y expulsarlos "de una vez de las plazas de Valencia, Puerto Cabello, "Caracas y La Guaira. En siete meses de no interrum- "pidas victorias, han obtenido las armas de Nueva Gra- "nada, que están a mi mando, libertar las provincias de "Santa Marta, Pamplona, Mérida, Trujillo, Barinas y "la mitad de Caracas; han destruido los ejércitos del "Coronel Correa, de 1.500 hombres; el de Cañas, en "Carache, de 600; y el de Tizcar en Barinas de 2.000 "infantes y 500 caballos. Con estos brillantes sucesos "nos hemos puesto en aptitud de libertar el resto de "Venezuela oprimido aún con el auxilio de vuestros "hermanos los invictos soldados de Oriente, que tan "gloriosamente han triunfado del tirano Monteverde; "mas, como nosotros deseamos que nuestros laureles

"sean comunes, me tomo la libertad de invitar a V. S. "para que se sirva acelerar sus movimientos, siempre "que sea posible, para que hagamos juntos una entra- "da en la ilustre capital de Venezuela". (15)

Mariño, que tenía apenas 25 años y a quien sus compañeros quemaban los perfumes del adulo, se había de mostrar por largo tiempo sordo a los ruegos de Bolívar, provocando de este modo un verdadero cisma venezolano en los instantes en que era más necesaria la unión para destruir a un enemigo que no estaba vencido sino atemorizado. El General de Oriente había tomado un compromiso de honor al firmar el acta preliminar de Güiria con sus 45 afortunados compañeros: *libertar el territorio venezolano;* mas se detenía a medio camino, se había creado una especie de satrapía para sí y sus negativas de inteligencia con el general de Occidente le alejaban sensiblemente del cumplimiento de su promesa solemnísima.

Al enemigo mismo, Bolívar sumaba las dificultades que encontraba entre los propios venezolanos insensibles a la idea de independencia y debía agregar aún el importantísimo factor del desacuerdo con Mariño cuya rivalidad, sin las hostilidades de una guerra civil, tendría las mismas fatales consecuencias que una contienda fratricida. El auxiliar con que el General en Jefe contaba por el Oriente, era un neutral en sus campañas y, aún peor que eso, pues las mayores actividades de Bolívar y la importancia preponderante de las provincias que ocupaba harían pesar sobre su propio ejército a los enemigos que Mariño había rechazado sin aniquilarlos.

---

(15) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 136. Pág. 301.

VI

En la profunda decepción que le causaron las reticencias de Mariño, Bolívar procuró acometer con sus propios elementos la liberación total del suelo patrio.

Bien posesionado de su centro de Caracas, que se mostraría constantemente generoso de sangre y de recursos, el General en Jefe buscaba los medios de crear en torno de él un círculo militar que fuera ensanchándose metódicamente, a medida que la reorganización interna lo permitieran hasta compeler a la derrota definitiva a las tropas obligadas a embarcarse o a rendirse.

Los dispersos de Correa habían acudido a Maracaibo, los de Oberto se habían refugiado en Coro, y Monteverde con las reliquias de su ejército se hallaba encerrado en Puerto Cabello, plaza fuerte que podía ser utilizada para recibir refuerzos de España o de las Antillas. Había, además, el peligro de una posible concentración de los elementos de Coro, y aún de Maracaibo, con los sitiados de Puerto Cabello para reunirse y renovar un movimiento rápido sobre Caracas, como lo hiciera Monteverde en 1812.

El problema admitía una solución única: el sitio de Puerto Cabello y el envío de una expedición contra Coro, para limpiar de enemigos esa región, si era posible, o para mantenerlos en jaque, por lo menos.

Ambas cosas dispuso Bolívar, iniciando el sitio de Puerto Cabello y enviando hacia Occidente una expedición al mando del teniente coronel Ramón García de Sena.

Después del triunfo de Ribas en Niquitao, huyó Tizcar de Barinas y Yañez escapó desde Guasdualito hasta San Fernando de Apure; era necesario destinar una columna a destruir estos elementos o a maniobrar en la región de los llanos en forma tal que se malograrа su proyecto de reorganización. No descuidó este punto el General en Jefe y despachó, también a mediados de Agosto, un destacamento a las órdenes del Teniente Coronel de húsares don Tomás Montilla que debía penetrar a los llanos por Calabozo.

En Barinas existía una guarnición que sería reforzada y cuyo programa era indiscutiblemente impedir, paralizar o retardar cualquier movimiento de contramarcha de Yáñez hacia el Norte, buscando sus contactos con las fuerzas españolas de Coro.

El gran círculo podía, así, cerrarse en Barinas, cuando los resultados de las expediciones de García de Sena y de Montilla, y los reclutamientos de la capital, permitieran crear un verdadero ejército de Occidente.

Guardada su línea oriental por la expedición de Montilla, Bolívar no tenía para que preocuparse del enemigo español que suponía dominado por el ejército de Mariño; sin embargo, deseoso de no ofrecer un flanco vulnerable por este lado, despachó hacia los valles de Barlovento, donde había algunas partidas de tropas de Cumaná, al Teniente Coronel Don Francisco Bolívar. (16)

Trazadas estas líneas generales de organización estraégica de la nueva campaña, todo se reducía a reforzarlas continuamente, a enviarles pertrechos y municiones en abundancia y mantenerlas en el constante

---

(16) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 186. Pág. 359.

avance que asegurara, por el éxito, la adhesión de los pueblos.

Un factor extraño, imprevisto, desconocido de los observadores inmediatos, y completamente ignorado de Bolívar, había de perturbar este programa. Una fuerza esporádica, por decirlo así, nacería en los llanos del Orinoco, levantada al empuje de dos hombres, Boves y Morales, que iban a dirigir la guerra en un momento dado con el brutal empuje de dos tigres feroces.

Al ejército de Mariño debía corresponder la vigilancia de los llanos en que se organizaba Boves en continua comunicación con la Guayana; pero el joven general permanecía en la inacción que le aconsejaban sus veleidades de preeminencia política y el montonero, cierto de vencerle algún día en su molicie, prefirió descargar sus golpes sobre Bolívar, sobre el enemigo que, aunque más fuerte, se encontraba amagado por todas partes. Es indudable que si Mariño, en un acuerdo con Bolívar, hubiera tomado a su cargo, desde sus comienzos, la campaña contra Boves, habría logrado destruirlo en sus iniciaciones y, pacificando los llanos, más abajo de San Fernando de Apure, hubiera consolidado su dominio en las provincias de Oriente, apoderándose de la Guayana y dispersando los últimos elementos españoles del Mariscal de Campo Cajigal.

Por su parte, Bolívar habría limitado su campaña a la contienda con los realistas, desde Puerto Cabello y Coro hasta el Alto Orinoco, y la victoria que preveía como efectivamente la tuvo, habría sido definitiva si no se hubiera visto obligado a combatir después con las hordas salvajes de Boves que Mariño debió dominar.

Faltó el acuerdo con el jefe de Oriente y, en medio de esta guerra civil solapada, el General Bolívar se

vió obligado a sostener dos campañas: la primera contra los elementos principalmente españoles en la que el triunfo fué suyo por su rapidez en el obrar, su actividad infatigable y su dominio sobre el ejército; y la otra, guerra salvaje en que la lanza y el machete de las masas aplastantes de llaneros se sobrepusieron por el temor a todos lo comandos de la inteligencia superior o de la abnegación por una causa.

Un nuevo año de fatigas se inicia para Bolívar, después de la satisfacción de su entrada triunfal en Caracas, año de privaciones, de amarguras y decepciones profundas, pero año también de victorias que le dieron la medida de las capacidades de los oficiales venezolanos y del empuje de sus soldados, infundiéndole aquella constancia sin límite que no le hizo jamás desmayar en su fe de lograr la independencia de su patria para hacer de sus hijos los artífices de las emancipaciones de otros pueblos.

CAPITULO SEXTO

LA GUERRA CONTRA LOS ESPAÑOLES

I.—Operaciones sobre Puerto Cabello.—II.—El ejército de los Llanos.—III.—El ejército de Occidente.—IV.—Concentración realista en Araure.—V.—Concentración patriota en San Carlos.—VI.—Batalla de Araure.—VII.—Consecuencias.

I

El sitio de Puerto Cabello tenía dos objetos: positivo el uno, negativo el otro. Logrado el primero, o sea apoderarse de la plaza, los patriotas enriquecían su parque con los elementos allí acumulados, alejaban un peligro de las cercanías de la capital y se adueñaban de una plaza fuerte que les serviría para sus propias operaciones marítimas, privando de esta ventaja al enemigo. Estas últimas consideraciones eran de importancia más aparente que real; en efecto, los republicanos no tenían marina de guerra ni elementos con que formar una escuadra capaz de medirse con los navíos españoles,

lo que disminuía la importancia de una base naval, por el momento; además, privados los españoles de Puerto Cabello, podían utilizar a Coro, Maracaibo o Guayana para sus desembarcos de tropas, puntos lejanos del centro patriota y situados en regiones afectas al realismo y en los cuales era posible organizar un verdadero ejército en torno de tropas disciplinadas enviadas de España.

El objeto negativo, o sea la mera inmovilización de la plaza, no tenía más inconveniente que el distraer un grupo importante de fuerzas; pero esto se compensaba por la igual necesidad del enemigo y, aún, por las posibilidades de encerrar en Puerto Cabello a los contingentes que pudieran llegar, tentados por la seguridad de las fortificaciones.

De todo modos, el sitio se imponía como medida de seguridad y Bolívar se apresuró a llevarlo a cabo, conjuntamente con las expediciones al Sur y al Occidente reclamadas por la consolidación de la conquista. Después de enviar a Montilla hacia Calabozo con 600 hombres; a García de Sena, por el camino de Barquisimeto con un contingente igual, y de organizar la retaguardia en Valencia con 400 hombres, formaba una expedición de 800 soldados para asediar a Puerto Cabello, dejando al incansable Ribas en Caracas con el encargo de formar y equipar nuevos batallones, tarea que el vencedor de Niquitao y Horcones desempeñaría con éxito gracias a sus influencias en la juventud y en el pueblo caraqueños.

Dentro de la primera semana de su magnífica entrada a la capital, las brigadas estaban ya en formación y antes que expirara una quincena se encaminaba Girardot con las probadas tropas granadinas hacia Puerto

Cabello por el camino de Las Trincheras y de El Palito, amenazando la plaza por el Oeste; entre tanto Bolívar con los "Valientes Cazadores" y algunos ginetes, se dirigía al mismo punto por San Esteban, amagando los fuertes por el Sur.

La más ruda faena correspondería a la vanguardia granadina que se encontraría ante los fuegos del Mirador de Solano y de dos fortines inferiores, llamados Vigías Alto y Bajo; atacaron con denuedo las tropas de Girardot, el 25 de Agosto y lograron apoderarse de ambos vigías. La división de retaguardia, a cargo de Urdaneta y en la cual estaba Bolívar, se encargó de dominar las alturas del Mirador y de conquistar el pueblo exterior, tarea que se encomendaba a los "Valientes Cazadores".

"Todas estas operaciones se ejecutaron con buen "suceso, dicen las "Memorias del General Rafael Ur-"daneta", excepto la que se confió á los *Cazadores,* los "cuales, batiéndose en las calles, fueron rechazados y "puestos en fuga desordenada, la que advertida por el "Libertador ordenó al Mayor General Urdaneta que "con las cuatro compañías de reserva rehiciera el com-"bate. Los españoles, que ya se creían victoriosos, tu-"vieron que ceder toda la ciudad exterior a la impetuosa "carga de estas tropas".

El General en Jefe se apresuró a fortificar los puntos conquistados con los elementos que abandonaba el enemigo y, con cañones traídos de Valencia y otros de mayor calibre venidos de La Guaira, por el puerto de Borburata, consiguiendo paralizar los fuegos de los buques enemigos y del Mirador de Solano, que durante tres días dominaron, por los cuatro vientos, a los patriotas atrincherados en el pueblo exterior.

Monteverde estaba reducido a las estacadas del pueblo interior y al real San Felipe y, en tal situación, intentó una salida el 29 de Agosto, protegido por el fuego de sus baluartes, siendo rechazado con grandes pérdidas.

A su vez intentó Bolívar un ataque nocturno en la noche del 31 de Agosto; la guarnición española no se dejó sorprender; pero aterrorizado por la violencia del ataque el comandante del Mirador de Solano, el feroz Zuazola, abandonó su fuerte. El mismo Bolívar refiere esta acción al Congreso de Nueva Granada en los siguientes términos: "A consecuencia de haber atacado el "31 del mismo Agosto al enemigo en sus atrincheramien- "tos, y haberlos abandonado vergonzosamente, se fugó "la guarnición del inexpugnable castillo Mirador de So- "lano, de que tomamos inmediatamente posesión. Mas, "habiendo sido perseguida, se encontró en los bosques "al malvado Zuazola, capitán español y verdugo de in- "finidad de hombres, mujeres y niños degollados por "sus propias manos; cuatro españoles más y algunos "americanos. Zuazola ha sido ahorcado en la plaza de "Puerto Cabello, castigo merecido por sus enormes crí- "menes, los cuatro españoles pasados por las armas y "los americanos perdonados". (1)

El Jefe de Estado Mayor, Urdaneta, propuso a Monteverde, a nombre del General en Jefe, el canje de Zuazola por el Coronel Jalón, preso en las bóvedas desde la traición de Fernández Vinoni, y el de los cuatro españoles por cuatro patriotas. Monteverde, por oficio de 3 de Setiembre, (2) se negó y juró sacrificar dos de

---

(1) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 182. Pág. 354.

(2) Blanco y Azpurúa.—Tomo IV. Doc. 868. Pág. 713.

sus prisioneros por cada uno que inmolara el enemigo. Zuazola merecía la muerte y no vaciló Bolívar en mandarlo ejecutar con sus compañeros; Monteverde se manchó de nuevo, haciendo morir un doble número de prisioneros que no eran ni siquiera hombres de guerra sino simples ciudadanos presos a raíz de la violación de las capitulaciones de San Mateo.

El General republicano aplicaba con mesura su decreto de guerra a muerte provocado por las crueldades de agentes que no supieron o no pudieron moderar los responsables del comando español; entre tanto, Monteverde respondía a estos actos puramente militares, inmolando a desgraciados sin conexión alguna con la guerra. Bolívar, siempre dispuesto a mitigar la dureza de su ley, llegó hasta aceptar en definitiva una proposición de canje total que Monteverde, a quien bien conocía Bolívar, hacía con el mero propósito de ganar tiempo, proposición que evidentemente obraba en favor de los españoles, pues era superior el número de los que estaban en las cárceles de La Guaira y de Caracas al de los que encerraba Monteverde en Puerto Cabello.

El Presbítero Salvador García Ortigosa, que había formado parte de la comisión que negociara inútilmente el reconocimiento de las capitulaciones de La Victoria, escribía a Monteverde el 6 de Setiembre: "Aunque V. S. no se ha servido contestar ni a don "Francisco Linares ni a mí, en orden al contenido de "nuestros dos últimos oficios, dejándonos en la mayor "consternación; ni fué admitida del Jefe de la Unión "la proposición de canje de todos los europeos y cana- "rios por los presos detenidos en Puerto Cabello, canje "que a mi última despedida me encargó V. S. solicita- "se; no obstante estos antecedentes, compadecido ya de

"la suerte de aquellos infelices, no he perdido ocasión "de instar, y aún importunar la clemencia del señor Ge- "neral a fin de que ceda a aquel tratado. Por último, "hoy he conseguido lo que aseguro a V. S. no espera- "ba; conviene este jefe en que haga saber a V. S., co- "mo a su nombre lo hago, que canjeará por los pa- "triotas ahí presos todos los europeos y canarios que "quisieren emigrar, o que tuviera a bien V. S. pedir, no "obstante la grande desigualdad de número, mas con "la condición de comprenderse entre aquellos al Coro- "nel Jalón y obligándose todo canario y europeo puesto "en libertad a no tomar las armas contra Venezuela en "esta campaña y en la misma no la tomarán los patrio- "tas canjeados". (3)

Esta comunicación quedó sin respuesta e igual atención merecieron al empedernido Monteverde las proposiciones análogas, por dos veces reiteradas, que le hiciera Bolívar deseoso de evitar un derramamiento de sangre humana al cual no podía oponerse en vista del afán de venganza que irritaba a los suyos dolorosamente impresionados por los crímenes de Antoñanzas, Boves, Morales y otros cuyas noticias se iban difundiendo en el ejército patriota.

La obra humanitaria que deseaba Bolívar fracasaba ante la terquedad de Monteverde y sus consejeros sobre quienes cae la sangre vertida después en uso del duro derecho de represalias.

Activaba Bolívar el sitio en medio del cansancio de las tropas que principiaban a diezmarse por efectos de la peste y del paludismo de esas regiones, hasta el punto que solía haber más gente en los hospitales que

---

(3) Blanco y Azpurúa.—Tomo IV. Doc. 871. Pág. 875.

en las líneas y deseaba, a toda costa, acumular elementos para el triunfo definitivo. El conocía a fondo la situación del pueblo interior y del real San Felipe que sólo la traición había podido arrancarle en 1812 y trataba de estrechar el cerco por mar, negociando con Mariño el auxilio de la escuadrilla que se habían procurado los patriotas margariteños.

"Dentro de pocos días, decía al Congreso granadino el 4 de Setiembre, espero tenr la satisfacción de "avisar a V. E. que Puerto Cabello está bloqueado por "mar y entonces no podrá continuar el enemigo en su "resistencia". (4)

El Dictador de Oriente permanecería aún por largo tiempo sordo a los ruegos de Bolívar a quien acontecimientos inesperados obligarían a levantar, momentáneamente, el asedio de Puerto Cabello.

El 13 de Setiembre se presentaba en La Guaira la fragata española *Venganza,* llevando a su bordo 1.200 hombres del regimiento *Granada* a las órdenes del Coronel Salomón. Este auxilio era vagamente conocido por noticias que recibían de Cádiz los comerciantes españoles; mas bastaba esta sospecha para que el jefe de Caracas, el Coronel Ribas, mantuviera una estrecha vigilancia sobre La Guaira. Al ser avistada la fragata, Ribas usó la estratagema que la guerra moderna ha llamado *camouflaje;* el puerto aparecía como posesión española a fin de que la tropa desembarcara sin desconfianzas y apresarla cuando el último pertrecho estuviera en tierra. La tentativa fracasó y sólo quedaron en manos de los patriotas 15 ó 20 hombres que vinieron a tierra con Miramón, el segundo jefe del *Granada.* La *Venganza*

---

(4) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 182. Pág. 354.

se hizo a la vela y el 16 de Setiembre desembarcaba su contingente en Puerto Cabello; al día siguiente las tropas sitiadoras se retiraban a Valencia.

La llegada de refuerzos de la Madre Patria, a más de ser por sí mismos un elemento valioso por la disciplina de los soldados y la pericia de los jefes, tendría un efecto moral enorme sobre los destacamentos realistas dispersos y sobre la población españolizante. Era indispensable un golpe de audacia para aniquilar a la vez las influencias militares y políticas de la expedición capitaneada por la *Venganza* y Bolívar se preparó para ello, provocando al enemigo a que saliera de sus atrincheramientos y le presentara batalla en un sitio en que pudiera maniobrar con éxito dada su falta de artillería.

El ejército republicano retrocedió hasta Valencia, cubriendo sus avanzadas por el Norte hasta Las Trincheras y dejando en el centro el llano de Naguanagua, que era el escogido por Bolívar para dar el ataque.

Apenas repuestas de las fatigas de la travesía, Monteverde decidió que las tropas españolas salieran en presecución de los sitiadores. Dejó guarnecida la plaza y con una división de 1.600 hombres se encaminó por El Palito y Agua Caliente hasta Las Trincheras, donde formó su retaguardia con 1.100 hombres, haciendo marchar hasta Bárbula, que domina la llanura de Naguanagua, una columna de 500 hombres.

Al conocer estos movimientos, Bolívar que avanzaba por escalones desde Valencia, no podía creer en los datos de su servicio de informaciones que le aseguraban la realidad de estas posiciones del jefe español, que dejaba un espacio de 10 kilómetros entre sus brigadas; desde el 25 de Setiembre procura, por medio de peque-

ños destacamentos de descubierta, atraer hacia el llano al grupo de Bárbula, sin conseguir que abandonara sus posiciones contra las cuales no podía maniobrar la caballería republicana.

Decidióse, finalmente, al combate de infantería y el día 30 de Setiembre, tres secciones al mando de Girardot y D'Eluyar trepaban a las posiciones de Bárbula y deshacían las vanguardia de Monteverde, haciendo numerosos prisioneros.

Girardot, que conducía el ataque de avanzada, murió en el campo de batalla en el momento en que decía a Urdaneta, lleno de entusiasmo: *"Mire Ud. cómo huyen esos cobardes"*.

El General en Jefe deja cubierto el campo de Bárbula y, formando un núcleo de fuerzas en Naguanagua, siguió a Valencia a tributar los honores fúnebres que merecía el heroismo del pundonoroso granadino Atanasio Girardot. El día 2 de Setiembre se completó en Naguanagua una división de 1.000 hombres que, a las órdenes del Comandante D'Eluyar, debía marchar sobre Las Trincheras con instrucciones de batir a Monteverde el día 3, al amanecer.

Las tropas granadinas, deseosas de vengar a su jefe, y los contingentes venezolanos rivalizaron en audacia y en valor, obedeciendo a la consigna de "vencer o morir" y después de seis horas de combate, en el cual fué gravemente herido Monteverde, el jefe español se encerraba para siempre en Puerto Cabello, dejando a la mitad de sus soldados en el campo de batalla.

El clarín de la victoria resonaba en Las Trincheras en los propios momentos en que las campanas de Valencia doblaban, como si fueran el eco de un ejército que lloraba a una de sus glorias, y la angustia de un pue-

blo que plañía ante la desgracia de uno de sus salvadores.

Dió Bolívar toda la resonancia que merecía el heroísmo de Girardot; por un decreto-ley consagró como día fúnebre el 30 de Setiembre, ordenó un luto general de un mes, dispuso que su corazón se llevara en triunfo a Caracas, dió su nombre al batallón que mandaba y lo hizo inscribir en todos los registros de los municipios, y acordó para siempre a su posteridad los sueldos de que gozaba y las demás gracias y preeminencias que se pudieran acordarle.

El mismo se trasladó a Caracas a dar realce a la entrada triunfal del corazón del héroe y no faltan quienes atribuyen esta actitud de Bolívar a una sed insaciable de ovaciones.

Desde luego, hay en los honores discernidos a Girardot el homenaje personal del jefe al subalterno disciplinado, leal, valeroso, que en todas partes aseguró el éxito: además, ellos eran un dictado de estricta gratitud para con Nueva Granada, patria del héroe, que con tanta generosidad había auxiliado la reliberación de Venezuela.

Estas consideraciones bastarían para justificar la noble actitud de Bolívar; pero hay aún algo más y que tenía grande influencia en el momento: era preciso con la exhibición de un nuevo triunfo, en forma ruidosa, evidenciar la impotencia española y atraer a las masas que se inclinan al más fuerte y que, en efecto, se estaban aproximando por todas partes a la política realista.

Los honores discernidos a Girardot se inspiraron en el triple concepto de la gratitud personal, del homenaje fraternal a Nueva Granada y de las conveniencias políticas. En cuanto a la parte personal de Bolívar en

el triunfo de las cenizas del héroe, la encontramos perfectamente explicada en la siguiente proclama que dirige a sus soldados al alejarse de Valencia, el 6 de Octubre:

"Yo no me aparto de vosotros, amados compañeros "míos, sino para ir a conducir en triunfo a Caracas el "gran corazón del inmortal Girardot; y a recibir con "los honores debido a los libertadores de Cumaná y de "Barcelona, que ansiosos de adquirir nuevos trofeos, "vienen a participar de nuestros peligros y de nuestras "glorias, guiados por el joven héroe General Santiago "Mariño, salvador de su patria". (5)

Los éxitos de sus tropas y las ovaciones de la capital, a los cuales se asociaban los representantes del dictador de Oriente, influirían ciertamente en el ánimo de su rival para llegar a un acuerdo salvador de la patria y éste nos parece uno de los grandes móviles de Bolívar al preparar este escenario y fué sin duda la causa determinante de su viaje, como él mismo lo dice.

Había vencido a las tropas veteranas españolas y deseaba por el conocimiento de este suceso afirmar la confianza general que debían merecer la bondad de la causa y la pericia del jefe de la campaña y este empeño era una necesidad imperiosa del momento y no una banal satisfacción de su amor propio.

Sus propios oficiales recibieron ascensos y distinciones bien merecidos en este punto culminante de sus esfuerzos, halagos que les estimularían para los nuevos sacrificios que la patria reclamaba. No tendrían descanso esos soldados ayer bisoños y ya veteranos acariciados siempre por los besos de la gloria. Así, D'Eluyar,

---

(5) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 197. Pág. 387.

después de su triunfo en Las Trincheras, ascendido a Teniente Coronel, volvió modestamente desde el 5 de Octubre, a ocupar su puésto en el sitio de Puerto Cabello, con los pobres elementos de que disponía, esperando siempre la escuadrilla de Piar y allí permanecería, guardia inflexible, hasta la hora trágica del desastre.

Cúmplenos ahora seguir en sus movimientos a las otras secciones del ejército libertador.

II

El Teniente Coronel Don Tomás Montilla había partido en el mes de Agosto hacia Villa de Cura para expedicionar sobre los llanos y estorbar la reorganización que intentaba Yáñez de las fuerzas realistas que había abandonado Tizcar en Barinas y Nutrias y de las tropas que él había salvado de Guasdualito huyendo hasta San Fernando de Apure.

El enemigo que encontraría Montilla no sería Yáñez sino personajes hasta entonces desconocidos y cuyos nombres iban a ser en breve el emblema del terror; Boves y su segundo Morales, aquellos dos oficiales del ejército de Cajigal huído de Barcelona que se despedían de su jefe jurando organizar una guerra de montoneras contra la República, serían los adversarios de la expedición patriota.

Sea por rivalidades entre Boves y Yáñez, sea porque hubo acuerdo entre ellos, el hecho es que ambos obraron con independencia al organizar sus legiones en los llanos del Orinoco, obrando el primero al Oriente

de Apure, en los llanos de Guayana y de Caracas, y el segundo en la provincia de Barinas principalmente.

Boves, asturiano de nacimiento, se llamaba en realidad José Tomás Rodríguez y era empleado de los hermanos Joves, de Puerto Cabello, cuyo nombre imitó en señal de gratitud por haberle obtenido la gracia de conmutación en destierro a Calabozo de una sentencia a 8 años de presidio por delito de contrabando. Fué guerrillero de la revolución patriota y, debido sin duda, tanto a las peculiaridades de su temperamento como a las injusticias que se cometieron en el comienzo de la revolución, fué despojado de sus bienes y reducido a prisión, en la que estuvo hasta que Antoñanzas le puso en libertad.

Lleno del odio que acrecentaba su carácter sanguinario, toda la sangre que derramaba le parecía poca para lavar su injuria y, como tenía en el fondo esas fierezas indolentes de la vida del marino y del contrabandista, mataba sin deleitarse en la hecatombe que fué para él una revancha al comenzar y luégo una necesidad, en fuerza misma de la costumbre que había llevado a este hombre de crimen en crimen, desde el contrabando, en que se está dispuesto a matar un guardián, hasta capitanear una horda de asesinos.

Por recomendación de Monteverde entró al servicio del Mariscal de Campo Cajigal, con grado de Capitán y allí trabó amistad con José Francisco Morales, alférez de artillería, modesto revendedor de origen canario, patriota en un comienzo y realista luégo por motivos análogos a los de su futuro jefe.

Morales era un alma esencialmente villana; había sido ladrón y asesino en una sociedad vigilada por un sistema policial; en los llanos era despiadado y cruel y se apoderaba de los despojos de sus víctimas.

Ambos eran valientes hasta la temeridad, los primeros en los peligros, infatigables en el esfuerzo y astutos como todos los hombres que desean alcanzar un objetivo determinado por cualquier medio; con estas cualidades les sería fácil adquirir a estos hombres el dominio completo que ejercieron sobre los llaneros, masa semi-nómade de mestizos que vivían aislados de toda civilización como no fuera las enseñanzas de los misioneros que no eran adecuados para marcarles su puésto en la tierra sino el sitio en el cielo que debían adquirir con sumisiones y limosnas, especialmente con estas últimas.

Hasta 2.500 hombres de esta clase habían reclutado Boves y Morales en los llanos de Oriente, armándolas con lanzas forjadas con hierros arrancados a las ventanas y se encaminaban por el rumbo de Calvario hacia Calabozo, a mediados de Setiembre de 1813. Sabedor Montilla de este avance, despachó a su encuentro con 600 infantes al Teniente Coronel Don Santiago Padrón: ni el número ni la condición de las fuerzas eran adecuados para combatir con los ginetes del llano, máxime a tan larga distancia de la base de operaciones patriotas que estaba en Villa de Cura. Padrón fué completamente derrotado en el cañadón de Santa Catalina, entre Calvario y Calabozo; las tropas aterradas pelearon débilmente y huyeron hacia Villa de Cura, escapando muy pocos fugitivos de la matanza ordenada por Boves. Las hordas penetraron en la población, la entregaron al saqueo y se retiraron a mejores posiciones para su caballada hacia el interior.

Ocurría este desastre el 20 de Setiembre, en los propios días en que Bolívar debía considerar el grandísimo problema de atacar a Monteverde reforzado en

Puerto Cabello por el regimiento *Granada* que había traído la *Venganza*. Sin tardar escogió unos 300 hombres en la guarnición de Valencia y ordenó un rápido alistamiento para completar una división de 1.000 combatientes siquiera.

Tan importante como reunir este grupo era la elección de un jefe adecuado, capaz de moverse con rapidez y de equiparar en energías al capitán de los llaneros.

Había entre los oficiales de Bolívar un militar, de origen español, Don Vicente Campo-Elías que, desde antes de la ocupación de Mérida, se había puesto al servicio de la causa republicana, llegando hasta organizar destacamentos de exploración y de descubierta, temiendo cualquiera sorpresa del lado de Barinas.

Campo-Elías se había distinguido en toda la campaña y Bolívar, después de las acciones de Bárbula y Las Trincheras, le había ascendido a Teniente Coronel, confiándole el mando del batallón *Barlovento*. ¿Qué secreto llevaba en su alma este súbdito español que abandonaba su familia en Mérida para entregarse, como él decía, a la dicha de matar españoles? Nadie penetró jamás el misterio de aquella terrible decisión y la respuesta de Campo-Elías a toda investigación era siempre la misma: los mataría a todos y después me suicidaría para que no quede ninguno. ¡Misterio!

Era éste el jefe indicado y Bolívar le confió el mando de 1.000 hombres con orden de trasladarse a Villa de Cura y formar escuadrones de caballería, en los centros vecinos de San Sebastián y Chaguaramas, hasta completar un contingente capaz de dominar al enemigo.

Cumplió Campo-Elías con presteza su misión y, ya en los primeros días de Octubre, se hallaba al mando de 1.000 infantes, confiados a Miguel Ustáriz, y 1.500 gi-

netes para salir en demanda del tropel llanero. Atravesó por La Puerta para llegar al valle del Guárico donde encontró a Boves en el sitio de Mosquiteros, a la vista de Calabozo, con 2.000 hombres de caballería y 500 soldados de infantería comandados por Morales.

Aceptó el llanero el encuentro y disparó gran parte de su caballería sobre el ala izquierda de los patriotas, haciéndola retroceder y alanceándola sin piedad. Contuvo Campo-Elías su centro y su ala derecha, dando tiempo a que los ginetes de Boves se separaran del núcleo de fuerzas y, en el momento oportuno, ordenó a Ustáriz una eficaz descarga de su infantería, precipitándose él a la cabeza de sus tropas en un furibundo ataque contra los llaneros. El choque fué irresistible, la lucha se hizo individual y pocos enemigos espacaron con vida, pues las tropas de Campo-Elías no daban cuartel.

Boves y Morales, este último gravemente herido, escaparon hasta Guayabal, en las márgenes del Apure, un poco al norte de San Fernando, seguidos apenas por unos 30 ginetes. Los perseguidores del ala izquierda patriota volvieron al campo para sufrir la misma suerte de sus desgraciados compañeros, salvándose sólo algunos pocos dispersos que tomaron el camino de Guayabal.

El triunfador de Mosquitero manchó su victoria con la muerte de muchos soldados americanos que, con benignidad, pudo atraer a la causa patriota, y también con las ejecuciones que ordenara en Calabozo para castigar a este pueblo por el concurso que prestara a Boves y a Morales. Campo-Elías había trasgredido las prescripciones del decreto de Trujillo y había entregado a los vencidos un gran factor de propaganda para rehacer sus huestes; los pueblos de los llanos se dejarían impresionar por los relatos de esta derrota y, en

cambio, los patriotas no tenían elementos para penetrar en esas regiones y referir el aniquilamiento de la división de Montilla y el saco de Villa de Cura.

Es indudable que si el ejército de Mariño hubiera cooperado en estas operaciones sobre los llanos, penetrando en ellos por la zona que le era propia, hasta adueñarse de Angostura, por ejemplo, la reorganización de las legiones de Boves fuera casi imposible y la campaña se habría encaminado al triunfo defintivo de los republicanos. Hasta ese momento, el acuerdo de Bolívar y Mariño no se producía y esta diferencia iba a traer sobre Venezuela un diluvio de lágrimas y de sangre.

El triunfo de Mosquitero tenía lugar el 14 de Octubre y el propio día ocupaba Campo-Elías a Calabozo sin poder perseguir al enemigo hasta sus guaridas porque los llanos estaban totalmente invadidos. Allí permanecería disciplinando y organizando sus huestes, hasta que las necesidades del ejército de Occidente le llamaran a otros campos de batalla.

III

La situación en el lejano Occidente no era tranquilizadora; Mérida y Trujillo permanecían lealmente adictas a la cáusa republicana, tal vez más la segunda que la primera a causa del sentimiento egoísta que nacía de las mayores seguridades que tenía de recibir socorros de Caracas en caso de una agresión realista; Mérida, más alejada del centro de operaciones se hallaba expuesta a las incursiones que pudieran venir de Mara-

caibo o aún de la frontera neo-granadina en donde las montoneras españolas principiaban a mostrarse activas.

La revolución de la independencia podía a pesar de todo, contar con la afección de ambos pueblos, mas no le ocurría lo mismo con Bailadores, ni con Carache, villa que rivalizaba con Trujillo, ni con Aroa, Siquisique y demás lugares del valle del Tocuyo en los cuales Ceballos, el gobernador español de Coro, hacía sentir su influencia por medio del cura Torrellas y del indio Reyes Vargas, los mismos eficaces auxiliares de Monteverde en su tan violenta como feliz atropellada en 1812 contra el ejército de Miranda.

El mayor peligro se encontraba, sin duda, en el valle del Tocuyo, territorio favorable para los reclutamientos del ejército español y al que podía suministrar elementos de guerra la plaza de Puerto Cabello por la Vela de Coro. En esa dirección fué despachada la columna de 600 hombres del Teniente Coronel García de Sena, al propio tiempo que Montilla avanzaba por Villa de Cura a expedicionar en los llanos.

Hacia el 15 de Setiembre, encontró García de Sena al indio Reyes Vargas en el sitio de los Cerritos Blancos, entre Quíbor y Barquisimeto, y logró derrotarlo después de un sangriento combate que debilitó profundamente a la pequeña división patriota.

García de Sena avanzó hasta Barquisimeto para rehacerse y continuar la expedición que confiaba a su segundo, el comandanté Miguel Valdés, estando él gravemente enfermo.

La victoria de Cerritos Blancos no impresionó grandemente el ánimo de Bolívar que veía acumularse graves peligros en Occidente; la noticia le llegaba en los propios días del desembarco del *Granada* en

Puerto Cabello y el jefe republicano juzgó que Monteverde podría auxiliar a Ceballos colocándole en situación de provocar la rebelión general en El Tocuyo.

Rápido en sus concepciones, diligente para ordenar y enérgico para hacer cumplir sus mandatos, Bolívar creó inmediatamente un ejército de Occidente bajo las órdenes del General de brigada don Rafael Urdaneta, jefe prudentísimo, valeroso, disciplinario como pocos, porque era, a la vez, un convencido de la causa republicana y un admirador de su jefe.

Las fuerzas de Occidente las compondrían el batallón *Caracas*, mandado por el comandante José Rodríguez, una compañía de infantes del *Agricultores de Caracas*, a las órdenes del Capitán Piñango y un piquete de caballería que guiaba don José Antonio Guzmán.

A estos 700 hombres debía agregar Urdaneta las fuerzas de García de Sena y el campo volante que operaba desde San Carlos sobre los llanos, bajo el comando de don Teodoro Figueredo.

A comienzos de Octubre, se puso en marcha Urdaneta desde Valencia a San Carlos para incorporarse al campo volante y seguir por los valles del Cojedes y del Barquisimeto a reunirse con la brigada de García de Sena, formando de este modo un contingente capaz de empeñarse seriamente en una acción contra Ceballos y Oberto que venían desde Coro con una fuerza de 2.000 hombres.

Ceballos, conocedor de los preparativos que hacía Yáñez en Apure, se había esmerado en preparar una expedición que le permitiera ir al encuentro del compatriota para batir juntos al ejército independiente. El 22 de Setiembre salía de Coro con 351 infantes y 23 oficiales al mando de Miguel Correa y, marchando por Siqui-

sique hacia Barquisimeto, incorporó los elementos del cura Torrellas y del indio Reyes Vargas, los elementos reunidos por el juez Cordero, los dispersos de Cañas y Oberto y la caballería del río Tocuyo, mandada por Pedro Luis Inchauspe, formando una división de 2.000 hombres más o menos.

En los días en que Urdaneta marchaba hacia San Carlos, la división de Ceballos alcanzó a Valdés, a cargo de las tropas de García de Sena, en Barquisimeto.

En la marcha supo Urdaneta que este contingente, muy desmoralizado después de la cruenta victoria de Cerritos Blancos, se había retirado hacia Yaritagua en las cabeceras de Barquisimeto; le envió instrucciones para que bajara hasta El Altar, en el valle del Cojedes, hacia donde se encaminaba el núcleo de la expedición.

Partió de San Carlos el General Urdaneta sin poder auxiliarse con el grupo de Figueredo, que estaba expedicionando muy lejos en los llanos, y marchó resuelto a iniciar su campaña con sus tropas y las de Valdés. Prosiguió su avance y, no encontrando a Valdés en El Altar, cruzó por la montaña hasta el punto llamado El Gamelotal, donde supo que la brigada del Norte había sido derrotada en Yaritagua y que se replegaba a Valencia por San Felipe.

La prudencia, cualidad característica de este jefe, aconsejó a Urdaneta esperar mientras pedía socorros a Bolívar para empeñar una acción decisiva o para retirarse en orden, salvando sus tropas, si el auxilio se hacía imposible.

En esos momentos la situación militar era más bien favorable; los combates de Bárbula y Las Trincheras habían enmurallado a Monteverde, y Campo-Elías en Mosquiteros ahuyentaba las hordas de Boves; las acti-

vidades de Ceballos eran la preocupación de Bolívar, que se preparaba activamente contra él y pudo atender con presteza al pedido de Urdaneta.

El General en Jefe se puso en marcha con el batallón *Aragua*, mandado por el Coronel Florencio Palacios, debiendo incorporársele el escuadrón *Soberbios Dragones*, de Caracas, a quien su jefe, el Coronel Rivas-Dávila llevó siempre a la victoria. Hacia el 8 de Noviembre se reunieron Bolívar y Urdaneta y tres días después, marchando por la sierra, llegaban al poblado de Cabudare, desde donde se alcanza a divisar a una legua de distancia, el campamento realista de Barquisimeto.

Las fuerzas españolas dominaban el camino real y Bolívar dispuso el avance por la vereda de Tierras Blancas que intercepta el camino entre Santa Rosa y Barquisimeto, pudiendo llegar sin peligros a trabar un combate eficaz con el enemigo.

Dividió Bolívar sus 1.200 infantes en tres secciones, confiando la derecha al Coronel Palacios, la izquierda al Coronel Ducaylá y el centro a Rodríguez, el comandante del batallón *Caracas*.

La caballería de Guzmán se había engrosado con pequeños piquetes venidos de Ospino, Guanare y Barinas y no alcanzaba a 200 hombres; a pesar de esto, dada la naturaleza del terreno, se juzgó suficiente este número para empeñar la acción sin aguardar la llegada de los *Soberbios Dragones*.

Contaba, además, el ejército independiente con dos cañones traídos de Valencia por Urdaneta, cuyos fuegos dirigía el subteniente S. Mancebo.

El jefe español Ceballos mandaba directamente la caballería y su segundo Oberto gobernaba a la vez la

infantería y la artillería; sumando entre ambos los 2.000 soldados que habían logrado rechazar a García de Sena y a Valdés en Barquisimeto y Yaritagua. Abrió el combate la infantería patriota, al propio tiempo que la caballería de Guzmán arrollaba a los ginetes de Ceballos, poniéndolos en fuga hasta la laguna de Piedra, en el camino de Carora. Triunfante la caballería de Bolívar echó a vuelo las campanas de Barquisimeto y, aunque en estos momentos la infantería alcanzaba ventajas sobre las tropas de Oberto, *por una desgracia cuyo origen no está averiguado,* dice el General Urdaneta, *se oyó el toque de retirada, los cuerpos fueron envueltos al intentarla y ni los esfuerzos heroicos de Bolívar, Urdaneta y los demás jefes fueron bastantes para detener en su fuga a los soldados ya desordenados que, para huir, tiraron los fusiles.*

La caballería de Guzmán, que había empujado hasta el camino de Carora a los ginetes de Ceballos, volvió a tomar parte en el combate, mas se contagió con el pánico de la infantería en fuga y no se hizo sino aumentar el desorden de la derrota. Felizmente, Luis María Rivas-Dávila llegaba a tiempo con los *Soberbios Dragones* para organizar la retirada y mitigar los efectos de la persecución del enemigo envalentonado. Logró Rivas-Dávila contener las tropas realistas en las márgenes del río Cabudare y dar tiempo a Bolívar y a Urdaneta para recoger a los dispersos y marchar hasta el campo de El Altar, en las márgenes del río Cojedes. Cuatrocientos muertos, otros tantos prisioneros; seiscientos fusiles, dos cañones y tres banderas sumaban las dolorosas pérdidas de esta jornada que debió ganarse y que el destino marcó con la cruz negra de la desgracia.

Por primera vez, las sombras de la derrota oscurecían la frente de Bolívar, el *azar* que con mano cruel se empeña en destruir las combinaciones humanas, el *azar* que es un factor considerable en las luchas armadas, había estado, hasta el día de Barquisimeto, obrando en favor de los republicanos cuya estrella sufría un primer eclipse. Bolívar, que ya había probado en Puerto Cabello sus capacidades para obrar bajo el peso de la desgracia, no se mostraría ahora inferior a sus antecedentes.

Instruyó a Urdaneta para recoger los dispersos en El Altar, con el auxilio del grupo de Izquierdo que el mismo Bolívar iría a buscar a San Carlos, debiendo después replegarse a esta ciudad. El General en Jefe seguiría hasta Valencia a formar un nuevo ejército y a preparar una concentración general para batir a Ceballos.

En esta empresa se hallaba Bolívar, auxiliado por Villapol, cuando supo que Monteverde, alentado por el desastre patriota de Barquisimeto, había ordenado una salida del Coronel Salomón por las sierras del noroeste para caer sobre Guacara y amenazar a Valencia desde allí.

Inmediatamente ordena Bolívar a D'Elhuyar, que sitiaba a Puerto Cabello, que se ponga en observación en Naguanagua; al mismo tiempo pide refuerzos al General Ribas quien se presenta con 500 infantes de la juventud de Caracas y 200 ginetes formados en los campos vecinos de la capital; acude Bolívar con 1.300 hombres y alcanza las fuerzas de Salomón atrincheradas en las alturas de Vigirima desde el 20 de Noviembre.

"En los días 23, 24 y 25, dice Bolívar en una comunicación a los comisionados de Mariño, fechada en "el campo de Vigirima el 26 de Noviembre, nuestras "tropas han buscado a los enemigos en sus mismos "atrincheramientos, causándoles estragos considerables "de muertos, heridos y prisioneros; pero ayer 25 han sido batidos en sus mismas posiciones, tomadas por "nuestros soldados a viva fuerza, a pesar del terrible "fuego de su artillería. Las consecuencias de esta señalada victoria han sido abandonar su posición inexpugnable del centro, su artillería, algunos fusiles y cajas militares, dejando vestigios, aun en su huída, del "destrozo que han padecido".

Salomón huía a Puerto Cabello para encaminarse luégo con sus tropas, diezmadas por la derrota y las fiebres, a reunirse con Ceballos en Coro. D'Elhuyar después de recoger su cosecha habitual de laureles en Vigirima, volvía estoico y sereno a contener a Monteverde.

El desastre de Barquisimeto estaba vengado y el General en Jefe, restablecido el prestigio de sus éxitos, prestigio que era la gran fuerza coercitiva de los elementos republicanos, podía consagrarse con reposo moral, mas con inauditas rapideces materiales, a la gran operación de concentrar fuerzas en San Carlos para dominar la rebelión de Occidente.

IV

En el mes de Julio, había organizado Bolívar el gobierno de Barinas, dejando a su jefe el señor Pulido relativas libertades para conciliarse al ánimo de este

patriota muy afecto a las ideas federalistas; pero prescribiéndole al propio tiempo instrucciones precisas en cuanto a la persecución del enemigo, que se había retirado a San Fernando de Apure, y muy especiales en cuanto al régimen económico que debía ser de bastarse a sí mismo y de contribuir con alguna ayuda de dinero a los gastos generales, sin perjuicio del suministro de armas y municiones que pudiera hacer la administración central.

El gobernador Pulido logró satisfacer las aspiraciones de su jefe, enviándole hasta 25.000 pesos como contribución de guerra y logrando, tan luego como el estiaje de los llanos se lo permitió, dispersar las numerosas guerrillas que infestaban la provincia de Barinas.

Por grandes que fueran los refuerzos de los jefes políticos y militares del campo patriota, Yáñez, el escapado de Guasdualito les superaba en resultados, contando como contaba con elementos de que aquéllos no podían disponer. Desde luego, había salvado de su brigada y del contingente de Tizcar, una base homogénea de 1.100 hombres; operaba en terreno predispuesto en favor de los realistas por la propaganda de los misioneros y, finalmente, tenía sus comunicaciones expeditas con Guayana para proveerse de armas, municiones y toda clase de pertrechos.

La situación de Don Manuel Antonio Pulido se hacía difícil a medida que avanzaban los preparativos de los realistas apureños y se afanaba en recursos desesperados para perturbar a Yáñez y a las guerrillas que levantaba por todas partes. El jefe realista, para preparar su marcha, provoca revueltas en las cercanías de Barinas, envolviendo a la capital en una línea de montoneras desde Pedraza y Quintero por el Sur, hasta San

José y Guanarito por el Oriente, aislando los minúsculos destacamentos patriotas que obraban en la isla de Achaguas, en la vecindad misma del cuartel general realista.

Yáñez, que obraba en connivencia con Ceballos y con Boves, movió su campamento desde San Fernando a fines de Setiembre, llevando 2.500 hombres, entre los cuales dos regimientos de infantería bien organizados, el "Sagunto" y el "Numancia". Luégo se incorporaron las guerrillas que operaban al sur de Barinas y Pulido se vió obligado a evacuar su capital el 2 de Noviembre.

Bolívar empeñado en el Norte en la triple lucha contra Ceballos, Monteverde y Boves, no podía prestar ningún auxilio eficaz al destacamento de Barinas cuya concentración al cuartel general se imponía con el fin de atraer a los enemigos a una sola batalla decisiva que era el programa perseguido por el General en Jefe. Pulido clamaba por armas y oficiales, haciéndose responsable de procurar soldados; pero de todo carecía el ejército central que sólo salvaba la situación a fuerza de rapidez, de obrar como el rayo, a semejanza de Napoleón en sus campañas italianas.

Ante la propia miseria, Bolívar sólo podía estimular su acción a fin de poder salvar la provincia del Sur cuyo jefe le enviaba este lastimero aviso: "Me ho-"rrorizo al conocer la índole de estas facciones; casi to-"das obran estimuladas de un mismo principio, el de-"seo de acreditarse los pardos con los españoles para "que los premien cuando vuelvan y los eleven sobre los "criollos blancos; porque al advertir nuestras pocas "fuerzas creen que perderemos al fin y que entonces "ellos gozarán. Tan diseminada está esta idea subversi-

"va entre los ignorantes, que yo me atrevo a jurar que "bastará que avancen 200 hombres desde Coro hasta "Araure para que todas estas partidas estén unidas a "favor del invasor, sacrificando primero a la parte sana "de la población, sobre cuyas ruinas fundan estos ini- "cuos su felicidad; de manera que al instante estarían "en San Carlos amenazando a V. S. ¡Qué porvenir tan "horrendo, pero factible! derrotar a Yáñez o tomar el "castillo donde está Monteverde dentro de 8 ó 15 días, "o esperar una disolución general y la subsiguiente rui- "na de la república, en que promete quedar envuelto "con horror si por Occidente llegare a amenazar cual- "quiera fuerza". (6)

Al saberse la aproximación de Yáñez, la población amedrentada se aprestó a emigrar al amparo de las fuerzas patriotas que se retiraban y, en su fatigosa marcha de Barinas hasta Guanare, los desalentados tercios de Pulido debían librar combates casi diarios con las montoneras de Puy y otros que rondaban como aves de presa en torno de aquella muchedumbre de hombres indefensos, de ancianos, mujeres y niños, que dejaban sus hogares entregados al saqueo, llevando consigo las reliquias que les recordaran su pasada tranquilidad y algún trozo de carne para sustentar a los débiles.

Ya a las puertas casi de Guanare, después de pasar el río Tucupido, soportaron los patriotas un último feroz ataque de las avanzdas de Yáñez, logrando abrirse camino hasta Guanare merced al denodado empuje de la caballería de Olmedo. El 11 de Noviembre ocupaba Pulido esta ciudad desolada por el reciente paso de

(6) Blanco y Azpurúa.—Tomo IV. Doc. 877. Pág. 743.

Puy que la había abandonado después de alancear a los infelices que estaban en la cárcel.

Siguió su marcha por Ospino y Araure hasta San Carlos la macilenta expedición de Pulido, perseguida siempre por Yáñez que se detenía en Araure a fines de Noviembre para reunirse con Ceballos.

El jefe español, que tan felizmente había triunfado sobre Bolívar en la jornada de Barquisimeto, permaneció en esta plaza en espera de los acontecimientos y al conocer la aproximación de Yáñez movió su campamento, por el camino de Sarare, al abrigo de las montañas, hacia Araure.

Los jefes realistas habían reunido el ejército más numeroso que hasta entonces comprimiera la libertad americana; Yáñez había llegado a Barinas con 3.000 combatientes. 2.500 de su base apureña y 500 de las montoneras incorporadas; en su marcha hasta Guanare encontró a otros guerrilleros y se ha estimado por crítico tan juicioso como el Dr. Vicente Lecuna, que este nuevo contingente no sería inferior a 1.500 hombres, lo que eleva la división de los llanos a 4.500 soldados.

Por su parte Ceballos bajaba desde Barquisimeto con sus tropas victoriosas el 11 de Noviembre, no inferiores a 2.000 hombres, y es de suponer que en tres semanas de espectativas de su reunión con Yáñez no habría perdido el tiempo para hacer nuevos reclutamientos en los valles del Tocuyo, que simpatizaban con la causa española y donde tenía agentes de tanta influencia como el indio Reyes Vargas y el cura Torrellas. Sus fuerzas llegaban tal vez a 2.500 hombres.

El mínimo del ejército realista concentrado en Araure, en virtud de estos datos, no puede haber sido inferior a 6.000 combatientes y puede conceptuarse co-

mo muy probable una cifra superior, muy cercana a 7.000.

Contra este ejército mandado por jefes aguerridos y compuesto de hombres que sentían el estímulo de victorias recientes, debía Bolívar medir sus propias capacidades militares y el empuje de soldados bisoños que sólo confiaban en la inteligencia del jefe y en el heroísmo de los oficiales que sabían llevarlos al combate.

El Jefe republicano había logrado concentrar a sus enemigos para terminar de un solo golpe la campaña de Occidente. La acción debía ser decisiva: derrotado trataría de salvar sus elementos para rehacerse en tiempos mejores, vencedor aseguraría la conquista y, obtenido un acuerdo eficaz con Mariño, lograría la independencia de su patria.

V

Esta campaña había de poner a prueba las capacidades militares del General en Jefe; ya no se trataba de un desfile entre el doble frente de una serie de columnas enemigas cuyo ataque en detalle era posble tentar, conservando expedita la retirada en una emergencia desfavorable; tampoco era el caso sencillo de disponer el asalto de una plaza fortificada: la situación era muchísimo más seria.

El enemigo, operando en terreno favorable, había logrado dominar todo el Occidente y reunir el mayor ejército que hasta entonces obrara en América a las órdenes de un jefe español: Bolívar sólo contaba con

una débil avanzada en las inmediaciones del agrupamiento realista y debía llamar en su auxilio a sus brigadas que se hallaban diseminadas en todo el territorio de la provincia de Caracas, sin dejar desguarnecidas ni la capital, ni el asediado Puerto Cabello, ni las puertas de los llanos por donde podía precipitarte la avalancha de muerte de los llaneros de Boves.

La hora era decisiva, formidable el problema y el General en Jefe iba a mostrarse capaz de las energías de los momentos supremos y a poner en evidencia su genio militar.

El 11 de Noviembre sufría Bolívar la derrota de Barquisimeto y diez días después ya estaba preparado para rechazar a la guarnición de Puerto Cabello que salía a parapetarse en las alturas de Vigirima; en estos propios momentos, fresco aún el desastre, y sintiendo la amenaza de una fuerza española por uno de los flancos de su marcha, el General en Jefe prepara su concentración metódica sin perder un momento la calma.

Encontramos su programa en un oficio reservado que dirige al Dictador de Oriente, General Santiago Mariño, en la víspera de ponerse en marcha de Valencia hacia Vigirima. "Yo aseguro a sus comisionados, "leemos en este documento, que dentro de doce o quin-"ce días más, podré regresar a esta ciudad a tratar con "ellos sobre el objetivo de su comisión y en efecto lo "espero, pues cuantas fuerzas había en la ciudad de Ca-"racas, en La Guaira, en la ciudad de Calabozo mar-"chan ya a reunirse en el cuartel general de San Carlos "y yo vuelvo a la cabeza de estas tropas a salvar a la "patria". (7)

(7) V. Lecuna.—*Los Copiadores de Secretaría.*

En San Carlos, Urdaneta y Villapol reorganizaban la perdida división de Barquisimeto y formaban un batallón al que no se dió denominación alguna, confiando a sus proezas futuras la tarea de conquistarse un título; los soldados le llamaron el batallón *Sin nombre*, expresión que importaba casi una mengua para los que huyeran ante las tropas de Ceballos.

Había, además, en San Carlos, los batallones *Valencia* y *La Guayra*, el escuadrón de caballería de Teodoro Figueredo y el piquete volante que mandaba el capitán Piñango.

Desde Vigirima avanzó Bolívar, hacia el 28 de Noviembre, con la división Villapol, los *Valerosos Cazadores* de Manrique, dos escuadrones de caballería, el uno de agricultores y de estudiantes el otro, y además la escolta del General en Jefe formada por los *Soberbios Dragones* de Luis María Rivas-Dávila y los *Lánceros de Ospino*.

Desde Calabozo había marchado Campo-Elías con 1.000 hombres del batallón *Barlovento*, dejando a Aldao el cuidado de la vigilancia de los llanos. El vencedor de Mosquiteros, celoso en el cumplimiento de su deber y animado por el fuego secreto que le llevaba a la contienda, buscó el camino más corto por los llanos en demanda del valle del Pao, para no faltar a la cita en el campo de honor que era también para él la arena de sus misteriosas venganzas.

Finalmente, desde Barinas llegaba el Gobernador Pulido con 400 infantes, 600 ginetes a las órdenes de Pedro Briceño Pumar y custodiando una numerosa emigración en la cual era posible seleccionar un contingente auxiliar o las plazas necesarias para llenar los cua-

dros de las diferentes unidades formadas con extraordinaria rapidez.

No hemos encontrado documento alguno que fije con precisión las fuerzas que concentraba Bolívar en San Carlos. El General Rafael Urdaneta nos dice en sus memorias al hacer el recuento de las tropas: "Todo "esto reunido hacía una fuerza de 2.000 infantes y 1.000 "caballos". Este cálculo es ciertamente muy bajo; en efecto, el propio Bolívar escribió desde Valencia a los comisionados de Mariño, el 26 de Noviembre: "Entre "tanto he dado mis disposiciones para que las tropas "venidas de Caracas sigan hasta la ciudad de San Car-"los, donde unidas al ejército de Occidente, aumentado "ya a tres mil hombres más que menos, atacarán a Ce-"ballos y marcharán rápidamente sobre Coro y la pro-"vincia de Barinas". (8) Las tropas que el General José Félix Ribas había traído de Caracas a la jornada de Vigirima sumaban 700 combatientes y, según este documento de Bolívar mismo, la concentración en San Carlos de este contingente y del reorganizado ejército de Occidente llegaría a 3.700 hombres. A esto se deben agregar los 1.000 hombres que traía Pulido desde Barinas y otros tantos conducidos por Campo-Elías desde Calabozo.

En virtud de estos datos fidedignos, el mínimo de fuerzas con que ha podido contar el General en Jefe en su extenso movimiento de reunión sería de 5.700 combatientes. El doctor Vicente Lecuna, en un estudio sobre la batalla de Araure que siguió a esta concentración, no acepta el efectivo de 3.000 hombres indicado por Urdaneta quien, tal vez, "contó sólo los veteranos dispo-

(8) V. Lecuna.—*Los Copiadores de Secretaría.*

"nibles y este número lo han copiado algunos historia-"dores; pero considerado el fenómeno de la emigra-"ción en masa, favorable al aumènto del ejército, y el "número de cuerpos que entraron en su composición, "parece más cercana de la verdad la cifra de 5.000 hom-"bres en que fija Yáñez el efectivo de Bolívar; José Do-"mingo Díaz lo hace subir a 6.000 soldados". (9)

La comunicación de Bolívar y los datos que se poseen sobre las tropas que marchaban de Barinas y de Calabozo, indican un total de 5.700 hombres y, como quiera que parece posible el aprovechamiento de los emigrantes que venían con Pulido, aceptamos como la más probable la cifra de 6.000 soldados por el ejército patriota que iba a medirse con las divisiones unidas de Ceballos y de Yañez.

En quince días había logrado Bolívar reunir bajo su comando el mayor ejército de que dispusiera hasta entonces un general sud-americano y lo había traído a través de un extenso territorio sin caminos adecuados, y en medio de la hostilidad de las comarcas sembradas de montoneras, recorriendo etapas de más de 200 kilómetros hasta el punto previamente elegido por él para lanzarse contra las huestes realistas.

El encuentro que preparaba el jefe patriota no sería la obra de la casualidad y podía confiar en el triunfo al pasar revista a sus tropas, en la plaza de San Carlos, el 1º de Diciembre, en la victoria que cuatro días antes anunciaba a los representantes de Mariño, diciéndoles: "La buena disposición de nuestras tropas me hace es-"perar fundadamente que dentro de ocho días podré es-

---

(9) Vicente Lecuna.—La Batalla de Araure.—*El Nuevo Diario,* diciembre 5 de 1913.

"tar de vuelta a la ciudad de Valencia, dejando termi-"nada, por decirlo así, la campaña de Occidente". (10)

Esta comunicación tiene fecha 26 de Noviembre y los ocho días de plazo que se daba Bolívar expiraban el 4 de Diciembre, sus previsiones fallaron sólo por algunas horas, ya que la noche de esa fecha sería la última velada de armas de las huestes patriotas antes de recoger los laureles de Araure.

VI

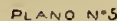
Al conocer el avance de Yáñez, se había movido la columna realista de Ceballos bajando hacia los llanos por el valle de Sarare y se detenía en Araure, pueblo situado en las pendientes bajas de las montañas que dividen las hoyas hidrográficas del Acarigua y del Sarare.

Yáñez, por su parte, hizo su avance, persiguiendo a las fuerzas patriotas de Barinas, por la vía de Ospino y, cruzando el Acarigua, se unía a Ceballos en Araure.

El punto de asamblea estaba bien escogido; en las emergencias de un desastre, las tropas realistas podían retirarse sea por la ruta de Sarare o remontando el Acarigua a rehacerse en los valles del Tocuyo, cuyas poblaciones les eran fieles; una tercera línea de escape era la derrota que había seguido Yáñez por la cual se les ofrecía la posibilidad de reorganizarse en los llanos.. En cuanto al avance, si la victoria coronaba sus esfuerzos,

(10) Vicente Lecuna.—*Copiadores de Secretaría.*

LA CONCENTRACION EN SAN CARLOS I LA BATALLA DE ARAURE



no había duda: marcharían por San Carlos y Valencia a posesionarse de la capitàl.

Bien defendidos por las condiciones del territorio que ocupaban, los realistas estaban también en excelente situación en cuanto a los ánimos de los pobladores de esa zona. Entre San Carlos y Araure merodeaban numerosas guerrillas que obedecían a la dirección general de Carlos Blanco y a espaldas del pueblo, en el valle de Acarigua, se habían reunido respetables masas de indios. Una derrota de los republicanos en Araure podía atraer sobre ellos a las montoneras de Blanco y a los indígenas de Acarigua que habrían trocado un desastre, tal vez irremediable, en la hecatombe final del ejército independiente.

Bolívar, al dejar su campamento de San Carlos el 1º de Diciembre, ignoraba la situación exacta del enemigo, pues no le era posible informarse en un terreno que le era hostil, debiendo acoger con prudencia excesiva cualquier dato que recibiera de los enemigos. En estas condiciones, tomó la vía de Camoruco, desde donde podría oblicuar a Barquisimeto o por el camino de Araure.

Pernoctó el 2 de Diciembre en Camoruco y, cerciorado de la asamblea del enemigo en Araure, se dirigió a su encuentro al día siguiente, cruzando el río Cojedes y forzando su marcha para llegar hasta Agua Blanca en el valle de Sarare, que recientemente había cruzado el enemigo. Las amenazas de los guerrilleros le obligaron a cubrir su retirada, dejando en Cojedes los escuadrones de Escolares y Agriculores para contener al montonero Carlos Blanco.

El 4 de Diciembre avanzó el ejército libertador hasta tener a la vista la sabana de Araure y, sin pérdida

de tiempo, el General en Jefe en persona, asistido por Urdaneta y escoltado por dos piquetes de caballería, hizo la descubierta del enemigo que se encontraba situado en las lomas altas, la Galera de Araure, que protegen al pueblo por el Oeste. El día estaba avanzado, eran cerca de las cuatro de la tarde, y las tropas fatigadas por cuatro días de marchas forzadas. Bolívar decidió aplazar el combate para el siguiente día y preparó la distribución de sus fuerzas, acampando a las puertas de Araure, por el lado oriental.

Dividió su infantería en cuatro brigadas; mandaba la primera Manrique con el batallón *Valientes Cazadores* como núcleo; la segunda obedecía a Palacios con el batallón *Sin Nombre* como centro; la tercera estaba a las órdenes de Villapol y dirigía la cuarta brigada Campo-Elías con las probadas tropas del *Barlovento.*

Las fuerzas de caballería quedaron bajo las órdenes de Briceño Pumar, salvo los *Soberbios Dragones* que formaban la reserva y la escolta de Bolívar.

En la noche del 4 de Diciembre, el jefe realista manifestó la situación de su campamento, iluminándolo con numerosas fogatas, lo que era el signo manifiesto de alguna estratagema que prescribía proceder con las mayores precauciones.

Al amanecer del 5 de Diciembre, Bolívar ordenó a la primera brigada de Manrique, auxiliada por 200 ginetes, "marchase oblicuamente por la derecha y saliera a la Galera por el punto más fácil que se presentaba a la vista, y que procurase averiguar si el enemigo estaba en la sabana alta de Acarigua y no se comprometiese hasta nuevas órdenes; el resto del ejército se dirigió hacia el pueblo con precaución, y una vez que

"se conoció que el enemigo no lo ocupaba, se dió orden "a todas las divisiones para que siguiesen por el cami- "no real a La Galera". (11)

Aún permanecía el Estado Mayor en el pueblo de Araure cuando se sintió tronar el cañón más allá de La Galera. El General Urdaneta acudió al punto del peligro, haciendo mover la segunda brigada, para correr en auxilio de la vanguardia que había encontrado libre de enemigos la primera sabana y había subido hasta la planicie más alta donde estaban en línea apoyados en los bosques de Acarigua. En esta posición Ceballos y Yáñez podían esconder sus tropas, como efectivamente lo hicieron, sorprendiendo a Manrique que se vió obligado a presentar combate contra un grueso destacamento de caballería.

El encuentro fué verdaderamente terrible y cuando Urdaneta llegó en su auxilio ya la vanguardia estaba destruída; "todos los *Cazadores*, dice Urdaneta, eran "500, fueron lanceados sin que uno de ellos volviese ca- "ras para huir. Cuanto pudo conseguirse, fué ofrecer "un apoyo a la caballería de vanguardia y a Manrique "y otros oficiales que estaban montados y que efectiva- "mente se salvaron al abrigo de los nuevos cuerpos que "avanzaban".

Este incidente precipitó la batalla; los realistas descubiertos ya y animados por la derrota de la vanguardia patriota, formaron sus líneas, colocando la infantería en el centro, la caballería en las alas y cubriendo su frente con 10 piezas de artillería.

Bolívar colocó en la primera línea del combate sus tres brigadas de infantería; las probadas tropas de Vi-

(11) General Rafael Urdaneta.—*Memorias*. Pág. 34.

llapol y de Campo-Elías formaban los flancos derecho e izquierdo respectivamente, llevando al centro la brigada de Palacios con el batallón *Sin Nombre*, cuyos efectivos no inspiraban igual confianza. La caballería de Briceño Pumar formaba la segunda línea y Bolívar guardó en la reserva a los *Soberbios Dragones.*

La infantería patriota inició un fuego metódico, avanzando con serenidad a pesar de los estragos que hacían en ella los cañones realistas. El General Urdaneta, que dirigía el combate de los infantes, llamó en su auxilio dos piquetes de caballería comandados por oficiales de elección, Nicolás Briceño y Mateo Salcedo, y logró apoderarse de dos piezas de artillería colocadas en los flancos y cuyos fuegos eran los más mortíferos.

Disciplinadas y dominadas por el prestigio de sus jefes, las columnas de Palacios, Villapol y Campo-Elías ganaban terreno y las fuerzas realistas del centro empezaban a flaquear. Ceballos ordenó un ataque de la caballería de su ala izquierda a fin de rechazar a los infantes patriotas; paró el golpe el General en Jefe destacando la mitad de los escuadrones de Briceño Pumar. Los ginetes realistas eran superiores a los escuadrones venidos de Barinas y estaban mejor armados; apenas trababa la lucha, la desorganización y el desbande comenzaron en los escuadrones patriotas y Bolívar, después de arengar a sus infantes que combatían bravamente, colocándose a la cabeza de su reserva de caballería cargó con los *Dragones de Caracas* y los *Lanceros de Ospino.*

Rivas-Dávila condujo una vez más sus ginetes a la victoria; la caballería realista cedió al golpe de ariete de los patriotas y Briceño Pumar pudo rehacer sus escuadrones y cargar por el flanco al enemigo que inició la

fuga. "Los españoles, dicen las memorias de Urdaneta, "desencantados y acuchillados, volvieron caras y entrabaron a los de atrás; de este modo el solo escuadrón de "*Dragones* derrotó y lanceó a más de 500 enemigos".

La izquierda enemiga, mandada por Ceballos estaba en plena retirada y sólo resistía la derecha mantenida por los esfuerzos de Yáñez. Dispuso Bolívar que la segunda mitad de su caballería de primera línea, que estaba aún intacta, cargara sobre Yáñez, precipitando la derrota total del enemigo con un ataque a la bayoneta de las tres brigadas de Villapol, Palacios y Campo-Elías.

A la una de la tarde la batalla estaba terminada, el enemigo abandonaba sus posiciones y unos huían por el camino de Barquisimeto y hacia Guanare los otros. "El enemigo había dejado en el campo más de mil muer-"tos, nos refiere Urdaneta, y como allí se hallaban to-"dos los españoles y canarios que habían escapado an-"tes de la guerra, o habían sido perdonados por algunos "jefes, en el espanto de la derrota creyeron muchos de "ellos que el mejor modo de salvarse era subirse sobre "los árboles, de donde caían muertos a balazos. Los sol-"dados patriotas, amargados con la heroica muerte de "los *Valientes Cazadores,* no perdonaron a ninguno".

En el propio campo de batalla, dispuso Bolívar que la división Villapol, aumentada con el regimiento *Barlovento* al mando del segundo jefe, A. Linares, marchara en perseguimiento de los fugitivos de Barquisimeto. Segregaba del mando del *Barlovento* el audaz Campo-Elías, cuyos servicios le eran indispensables en la campaña sobre los llanos que debía iniciar sin tardanzas.

Un pelotón de caballería, a las órdenes de Salcedo, inició la persecución del enemigo que se replegaba hacia el Acarigua; Yáñez intentó presentar un nuevo

combate en la sabana de Guache, mas Bolívar venía muy cerca de su avanzada y el jefe español abandonó la partida. En la noche, el ejército independiente estaba a 30 kilómetros del campo de batalla y tomaba 600 prisioneros en la Aparición de la Corteza.

Las fuerzas españolas estaban aniquiladas; Ceballos huía hacia Guayana y Yáñez haría un nuevo esfuerzo para reorganizarse en el Apure; Salomón que había salido de Puerto Cabello con 1.300 hombres en auxilio de Yáñez, por el camino de Montalbán, llegaba tarde y, tras de una penosísima marcha se refugiaba en Coro con un resto de 750 hombres que servirían de base para nuevas operaciones.

En la propia noche del 5 de Diciembre la ley inexorable de las represalias, el ojo por ojo y diente por diente que reclamaban las tropas de Barinas como un homenaje a las víctimas de Yáñez, el severo decreto de Trujillo hubo de aplicarse en numerosos prisioneros.

Bolívar había agregado otro laurel a sus estandartes; mas, consciente de la situación ambigua de sus territorios, en la noche misma del triunfo tomó medidas para su pacificación total. La división Villapol había marchado hacia el Norte, para contener a los españoles de Coro, y Urdaneta con la caballería de Barinas, los *Dragones* y el batallón *Sin Nombre,* vigilaría los movimientos del llano y de la región andina. El propio General en Jefe se preparaba a salir sin tardanza a organizar la expedición que debía contener los avances de los llaneros de Boves.

Con sobriedad, el Ministro de Guerra, Tomás Montilla, publicaba el boletín de la victoria en el campamento de la Aparición: "La división del Coronel Villa-"pol que fué destinada a socorer el campo de batalla que

"quedó cubierto de cadáveres, artillería, pertrechos, etc., "recogió diez cañones de bronce de diferentes calibres, "19 cargas de pertrechos, 30.000 cartuchos de fusil, seis "sacos de plata con nueve mil pesos, varias cargas de "acero, lanzas y víveres, 40 cajas de guerra, más de "1.000 fusiles, 500 cartucheras, 4 banderas, entre ellas "la de Numancia, y 300 prisioneros". Este botín venía a enriquecer el pobrísimo parque del ejército libertador que no había podido auxiliar con armas al afligido gobernador de Barinas que clamaba por fusiles para armar a los hombres de que disponía.

Certera había sido la combinación estratégica de asamblea en San Carlos; llevada con orden y con método científico la batalla y, desde el triunfo de Araure, Bolívar dejó de ser para los españoles un capitán de fortuna a quien las torpezas ajenas habían franqueado el paso de Cartagena a Caracas, era todo un general que sabía mover sus hombres con rapidez y precisión en un vastísimo territorio y que era capaz de agruparlos con pericia para el combate mismo.

Crecía también Bolívar en el concepto de sus compatriotas que empezaban a tener en él las confianzas ilimitadas, los prestigios de admiración que iba conquistando el joven general.

Al amanecer el 6 de Diciembre, pasó revista a su ejército en la Aparición de la Corteza y al saludar a los soldados del batallón *Sin Nombre* les dijo: "Vuestro "valor ha ganado ayer en el campo de batalla un nombre "para vuestro cuerpo y, aún en medio del fuego, cuan- "do os vi triunfar, lo proclamé el batallón *Vencedor "de Araure*. Habéis quitado al enemigo banderas que un

---

(12) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 211. Pág. 407.

"tiempo fueron victoriosas, se ha ganado la famosa lla-
"mada invencible de Numancia. Llevad, soldados, esta
"bandera insignia de la República, yo estoy seguro que
"la seguiréis siempre con gloria".

Y al ruido marcial de fusiles y sables que se movían a la orden de *Presenten armas*, se alejó el Libertador hacia Caracas. Había vencido a los españoles y debía salvar a su patria del empuje salvaje de los llaneros. Nuevas fatigas y nuevas victorias le esperaban; sólo hacía cuatro meses desde su entrada triunfal a Caracas y, ya derrotado el más formidable ejército español, ganaría nuevos combates sobre las hordas de Boves; pero, en la intimidad de su conciencia, sentía Bolívar que aún no había realizado la conquista suprema, la del alma venezolana para la causa de la libertad: a pesar de sus triunfos, la masa popular se mostraba adicta a España, prefiriendo la paz del pasado, que era la servidumbre, a la guerra de hoy, que era la libertad.

CAPITULO SEPTIMO

LA GUERRA Y LA POLITICA

I.—El Libertador.—II.—Bolívar dictador.—III.—Bolivar y Mariño.—IV.—El regionalismo como origen del fracaso.—V.—Primeros desastres.

I

Los tormentos de los grandes hombres, aquellos que hieren profundamente el alma, son pocos conocidos; casi nada sabemos de aquella tortura infinita del general Bonaparte, al sentirse adorado por sus harapientos soldados de Italia, que él vestía de gloria, mientras Josefina se encaminaba con desagrado a participar de su triunfo; no tenemos noticias sino de las alegrías de Napoleón I ante la cuna del rey de Roma e ignoramos la intensidad de su decepción ante el lecho vacío de María Luisa, que burlaba al Emperador y traicionaba a la Francia; las quejas que conocemos deben ser muy inferiores al dolor causado por la frialdad de sus mariscales, que iban olvidando en el derroche de las riquezas y en las lujurias de la gran vida aquel afecto nacido de otros

derroches, el de la sangre en las batallas, y de otras lujurias, el placer infinito de la victoria; Talleyrand, Marmont y tantos otros hicieron, sin duda, en el alma de Napoleón impresiones cruelísimas; mucho más duras que las expresiones con que él ha podido recordarlas.

La profundidad de esos dolores sólo encuentra medidas en la grandeza misma de esos hombres; ellos guardan para sí sus angustias y, así como el cóndor lanza sus gritos sobre las cimas coronadas de nieve, las águilas humanas murmuran sus desalientos en las majestuosas soledades de su espíritu.

Sólo ellos aprecian sus decepciones y las guardan para sí, no por desprecio a los demás sino por la clara visión de la pobreza humana. Por grande que sea la fuerza del genio, debe desalentarse viendo que su penetración inmediata e intensa es de poco alcance; la nueva idea que nace de él conquista a unos pocos privilegiados que creen comprenderle, interesa como simple curiosidad a los espíritus de cierta cultura, deja indiferente a los que sólo aman la vida por sus materialidades: oro, placeres o vicios y, llegando a la masa social, allí donde el ideal no es comprendido, su fuerza obra por simple seducción, por el instinto del humilde que se siente arrastrado a colocarse al amparo del poderoso, cualquiera que sea su potencia.

La organización, que fué el gran ideal napoleónico, el que surge a través de las nubes de su ambición, atrajo a los hombres que le ayudaron con su cerebro y con su brazo, aun sin meditar toda la magnitud del problema; interesó vivamente al círculo inmediato; se convirtió en instrumento de bienestar para los indiferentes que son siempre oportunistas y cautivó por sus prestigios al pueblo que había fecundado con su sangre los

campos de la libertad y de las grandes glorias de Francia.

La violencia misma de la sacudida genial da cierta instabilidad al primer período de su acción; las viejas ideas reaccionan, minan la fama del reformador, se apoyan en los oportunistas que se han apoderado de las fuerzas materiales, enfrían éstos a los elementos intelectuales, el pueblo se deja arrastrar y coloca un ídolo nuevo en su corazón. Al lado del genio sólo quedan unos pocos de los escogidos, los mejores entre aquellos que le comprendieron y que serán artífices de nuevas reacciones en ese movimiento ondulatorio del progreso que, gracias a la inercia humana, sólo se acerca por aproximaciones sucesivas al ideal puro, al que nunca logrará, pues los genios lo perfeccionan con la rapidez que no alcanza el común de los hombres.

Al moralista le quedan sus apóstoles, al filósofo el círculo de su escuela y al guerrero sus generales; con ellos permanecen los que sufrieron en la hora de la predicación, de la propaganda o del combate, a ninguno de ellos los acompañan quienes hicieron del dogma, de la doctrina o de la victoria un pedestal para sus mezquinas grandezas; estos herederos del genio podrán continuar la obra, atrayendo de nuevo a los intelectuales, manifestando ventajas a los oportunistas y apoyándose en esa alma viva de las naciones, en el pueblo que todo lo da, que es como el agua de las cascadas que pasa por las turbinas, hace la luz en los dinamos y va a perderse en el Océano; que es como el carbón, que chispea en las parrillas de los calderos, se hace fuerza y va a perderse en humo.

Los escogidos y el pueblo son las esperanzas del genio y ellas se vuelven certidumbres cuando los pri-

meros salen de la masa del último; el mariscal Lefebvre, duque de Dantzig, y su esposa la lavandera Madame San Gêne, fueron bajo las cenizas del Primer Imperio el fuego sacro conservado en el alma de los cooperadores y el corazón del pueblo.

Hay como un dictado de instinto superior que impulsa a los reformadores al cuidado especial de los que son instrumentos de su obra y materia prima para realizarla; no es la mera ambición lo que inspira las preferencias por los suyos y los adulos al pueblo; es la conservación misma del ideal la causa preponderante de estas manifestaciones externas que parecerían futilezas, si no fueran derivadas de la exacta comprensión de las pasiones del hombre.

Napoleón abrió el camino de la nobleza al talento, a las virtudes cívicas, al valor, y llenó de cruces el pecho de sus heroicos soldados. Lo hizo con el brillo, el fausto, el ruído, si se quiere, exigidos por los pueblos que durante siglos se habían educado en los triunfos de César y en la pompa de Luis XIV; el origen humilde del dispensador de honores dió margen para ridiculizarlo, mas, el emperador de los franceses daba menos que lo que otorgara Guillermo el Conquistador al crotar en Inglaterra ducados y baronías para sus compañeros normandos; hacía lo mismo que el rey británico que consolidaba su núcleo de gobierno, ennobleciendo a los servidores públicos, sin que hubiese más diferencia que la del festejo por la novedad en el París lleno de luz y el frío ceremonial de las costumbres en el Londres de las brumas.

Guillermo de Normandía cimentó su conquista sobre la base del engrandecimiento de sus capitanes; los monarcas ingleses, con las promesas de enaltecer a los

mejores, cruzaron la sociedad de vías que van de todas partes hacia el trono; Napoleón consolidó su obra reorganizadora, premiando al instrumento principal, al ejército, lo que era simplemente justo, y prestigiando sus miembros cuyas familias debían ser garantías de conservación del nuevo orden de ideas, lo que era medida de alta previsión.

Los problemas de organización social son fundamentalmente idénticos en todas partes; sus diferencias locales no influyen sino en la oportunidad para encararlos o en los medios secundarios para resolverlos; pero, en cuanto a los procedimientos generales, los que se derivan de las condiciones comunes a todos los hombres, son también comunes a todos los pueblos. Las circunstancias pueden dar más o menos vigor a las aplicaciones de unas mismas reglas; así, una reforma prematura prescribe estímulos especiales para los cooperadores y compresiones fuertes sobre los elementos reaccionarios. La fundación de una República en Venezuela, en tesis general, no era una cuestión diferente de la transformación de la Francia gobernada por la corte y sus militares, la nobleza y el clero, en la nación que iba a dirigir la burguesía, bajo diferentes nombres; en Caracas, como en París, había una corte, la del Capitán General representante del rey; una casi-nobleza, no por sus títulos, sino por sus preocupaciones de origen; un clero que era el elemento social de mayor poderío.

Las continuas guerras, el lujo del monarca y la codicia de la Iglesia, cuyo servicio era casi una profesión, habían creado en Francia un sistema tributario injusto que oprimía a la clase media y sofocaba al pueblo; la situación era insostenible y las ideas liberales contaron con la adhesión inmediata de los elementos que eran la base

real del país. La revolución fué la obra de causas que obraban desde largo tiempo y cuyo procedimiento evolutivo llegó hasta rasgar sus envolturas en 1789, ni más ni menos que como el trabajo oculto de las raíces elabora la savia que rompe las yemas al primer rayo de sol primaveral. Ninguna causa extraña influyó en la revolución francesa y, no obstante, el país vivió agitado hasta que vino a calmarlo la mano del primer cónsul y para reogarnizarlo fueron necesarios, en el máximo de su aplicación, todos los medios que hemos recordado para prestigiar a los reformadores.

Los elementos predominantes en Venezuela no habían tenido ocasión ni pretexto para ejercer sobre las clases inferiores las duras opresiones que sufría el pueblo francés; su efecto se hacía sentir más bien sobre los criollos de la alta clase, justamente orgullosos del progreso que era la obra de su raza y que no recibían de la metrópoli las consideraciones debidas ni la participación que, con justicia y para conveniencia general, merecieran tener en la administración. Este antagonismo dejaba indiferentes a los otros grupos sociales, que no veían sino un juego de ambiciones sin darse cuenta de que, en el fondo, palpitaba el problema de la autonomía. Los principios liberales comenzaban a propagarse en las colonias americanas e impresionaban especialmente a los criollos pudientes cuya esfera se ensancha, desde las míseras prerrogativas hasta el culto de un nuevo evangelio de la dignidad humana. Tampoco impresionaron los nuevos programas al pueblo diseminado en un territorio extensísimo, sin contacto con los reformadores, como no fuera en las ciudades y en sus propias haciendas, y subyugado en todas partes por la predicación religiosa.

En estas condiciones, la revolución que se imponía doctrinariamente a los pensadores y a los hombres de corazón venezolanos, resultaba obra prematura a causa de la indiferencia del medio y, para realizarla, sería preciso dar las mayores intensidades a las reglas generales para la conquista de la voluntad popular.

Bolívar y su gran amigo el Gobernador de Caracas, don Cristóbal de Mendoza, debieron tener más de una entrevista para estudiar a fondo la situación. Durante la primera República, la guerra y el terremoto habían empobrecido al país, privándole de los directores de sus fuentes produtivas y de los brazos que las explotaban; el régimen terrorista de Monteverde había llevado a la miseria al último grado, hasta el punto que una contribución de 25.000 pesos impuesta a toda una provincia era su ruina misma; los triunfos brillantes del ejército libertador distrajeron al pueblo de sus dolores, consuelo efímero, pues las necesidades de continuar la guerra iban reproduciendo las mismas causas del descontento general que obraba hoy contra los patriotas, como antes afectara a los realistas.

El clero mismo, que ya se inclinaba a la República, habiendo obtenido Bolívar la adhesión del Arzobispo de Caracas, no encontraba eco en el favor público. Se alejaba el pueblo, con él los oportunistas, y para mantener la situación, guerreando contra los españoles por el noble afán de la independencia, faltaba el apoyo franco de las multitudes; otros lo encontrarían, mas no para combatir por un ideal sino para pelear con el incentivo del saqueo, para lucrar o para matar por instinto.

Entre tanto, los hombres que encarnaban la nueva doctrina, la libertad, sólo contaban con el instrumento inmediato, con el ejército vencedor de Cúcuta, Niqui-

tao, Horcones, Taguanes, Bárbula y Trincheras. El era la única garantía del momento y también la única esperanza de atraer al pueblo mediante las eficacias de su servicio.

Aumentar el prestigio de la fuerza armada era, en esos momentos, una necesidad de la causa y no una medida de fútil vanagloria. Los gobernantes venezolanos obraban, sin saberlo tal vez, tal como el senado francés procediera con Napoleón y como éste lo hiciera con su ejército.

En los días que siguieron a los triunfos de Bárbula y Trincheras, el Gobernador político de Caracas reunía a la Municipalidad en cabildo extraordinario el 14 de Octubre de 1813, y tomaba el acuerdo que consta de la siguiente acta:

"La Asamblea, como órgano de la voluntad expre-"sa y general que han manifestado los pueblos a quie-"nes este invicto General y sus compañeros de armas "han roto las cadenas, y que no pueden ver con indife-"rencia al Héroe Libertador con el solo carácter de Bri-"gadier en que se ha mantenido por una consecuencia "de su delicada moderación, cuando él mismo ha ascen-"dido y condecorado con grados militares, aún de mayor "jerarquía que el suyo, a los que se han distinguido en "campaña; resolvió aclamar, como por el presente acto "aclama solemnemente al Brigadier de la Unión y Ge-"neral en Jefe de las armas libertadoras, ciudadano Si-"món Bolívar, por Capitán General de los ejércitos de "Venezuela, vivo y efectivo, con todas las prerrogativas "y preeminencias correspondientes a este grado militar. "También le aclama la Asamblea con el sobrenombre "de Libertador de Venezuela, para que use de él como

"de un dón que consagra la patria agradecida a un hijo "tan benemérito". (1)

El Libertador, título que ya su ejército y el pueblo daban a Bolívar, agradecía la honra dispensada a nombre del pueblo venezolano y hacía reflejar todo el mérito sobre los jefes, oficiales y tropas de su ejército.

"He tenido, dice, el honor de conducir en el cam- "po de batalla, soldados valientes, jefes impertérritos y "peritos, bastantes por sí solos a haber realizado la em- "presa memorable que felizmente han terminado nues- "tras armas. U. S. S. me aclaman Capitán General de "los ejércitos y Libertador de Venezuela: título más "glorioso y satisfactorio para mí, que el cetro de todos "los imperios de la tierra: pero ustedes deben conside- "rar que el Congreso de la Nueva Granada, el Maris- "cal de Campo José Félix Ribas, el Coronel Atanasio "Girardot, el Brigadier Rafael Urdaneta, el Comandan- "te D'Eluyar, el Comandante Elías y los demás oficia- "les y tropas son verdaderamente estos ilustres liberta- "dores. Ellos, señores y no yo, merecen las recompen- "sas con que a nombre de los pueblos quieren premiar "ustedes en mí servicios que éstos han hecho". (2)

Desea Bolívar compartir con su ejército los honores que se le dispensan y que todos lleven su propio título; ya no obra como Brigadier granadino, en nombre del Congreso de Tunja, actúa como Libertador de Venezuela y General en Jefe de sus Ejércitos y, junto con dictar medidas en favor de sus soldados, crea la Orden de los Libertadores, dentro de las inspiraciones

---

(1) O'Leary.—*Memorias.* Tomo XIII. Doc. 202. Página 395.

(2) O'Leary.—*Memorias.* Tomo XIII. Doc. 203. Página 397.

de justicia y de gratitud democráticas que hace constar en el preámbulo de su decreto de 22 de octubre de 1813: "Nada caracteriza más la demencia y arbitrariedad del "Gobierno español que ver prostituidos al favor y a la "quimera del nacimiento, los emblemas honoríficos, con "que los pueblos libres han recompensado en todos tiem- "pos las naciones heroicas. Llamado a la autoridad su- "prema para reparar los ultrajes hechos a la virtud, "uno de los primeros actos del poder debe llevar por ob- "jeto tributar a los libertadores de la patria un honor "que les distinga entre todos, para expresar, en símbo- "los que representen sus grandes servicios, la gratitud "y consideración que todos les deben". (3)

El distintivo de la orden sería una estrella con la inscripción *Libertador de Venezuela* y el nombre del héroe que la hubiera merecido por una serie no interrumpida de victorias, lo que le daba derecho a ser considerado bienhechor de la patria, a ser denominado benemérito y a militar bajo las banderas nacionales con preferencia a otras.

El historiador argentino don Bartolomé Mitre, al examinar estos acontecimientos, censura la proclamación de Bolívar como Libertador y dice: "la posteri- "dad lo ha confirmado, olvidando los pobres medios por- "que fué alcanzado y la pequeñez moral del que lo acep- "tó en nombre de la soberanía popular, de quienes no "podían hacer otra cosa que lo que él les permitiese, "cuando había negado al pueblo, al proclamarse justi- "ficadamente dictador, la capacidad de instituir un go- "bierno propio. Es el primer síntoma del delirio de las "vanas grandezas personales". (4)

---

(3) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 206. Pág. 401.
(4) Mitre. Historia de San Martín. Cap. 38. Pág. 12.

En realidad, las manifestaciones que se hacía tributar Bolívar y que él reflejaba sobre su ejército, correspondían a la necesidad de prestigiar y de mantener contentos a los únicos soportes del régimen republicano, al ejército, ya que las afecciones populares se hacían débiles y escasas por los motivos que hemos analizado.

No era lógico que él tributara honores a sus hombres sin recibirlos; si los jefes y oficiales de la campaña invasora merecían estímulos y recompensas, a mayor abundamiento debían coresponderle al audaz capitán que los había guiado. En esos momentos, no había más autoridad que la de Bolívar, que se había proclamado justificadamente dictador, como dice Mitre, y no era propio ni digno que él mismo se decretara honores y en este caso, se buscó a la corporación de mayor importancia en la República, a la que tuvo una significación especial en todas las colonias y tan alta que de ella emanaron las declaraciones de autonomía en los comienzos de la revolución separatista; el título de Libertador dado por el Cabildo de Caracas no es, por consiguiente, un origen humilde, ya que de igual fuente se derivaron en todas las capitales hispano-americanas las primeras resoluciones en favor de la emancipación política.

Bolívar, ciertamente, buscó un título para prestigiarse a los ojos de las multitudes y fué a pedirlo a la autoridad que más influencia había tenido en la formación de la primera República venezolana; si hay en esto un movimiento de vanidad es una simple cuestión de fuero interno, mas para juzgar al hombre público hay que considerar el alcance de semejante medida que era aconsejada por las necesidades de propaganda en los durísimos momentos en que la opinión se mostraba des-

afecta al régimen que sostenía Bolívar con un pequeño núcleo de compañeros esforzados.

A los honores recibidos en Venezuela, se agregaban los del Congreso de Nueva Granada, que dió a Bolívar el rango de Mariscal de Campo, y los del primer amigo del Libertador en la desgracia, del joven Presidente de Cartagena don Manuel Rodríguez Torices, el que puso en sus manos la espada de sus glorias. Con acuerdo del Poder Legislativo de Cartagena, el Presidente Rodríguez lo declara hijo benemérito de la Patria y ordena colocar en el archivo una inscripción en letras de oro que dirá: "El General Simón Bolívar, na- "tural de Caracas, no vió con indiferencia las cadenas "que la barbaridad española, puso por segunda vez a su "patria; concibió el atrevido proyecto de redimirla, y "agregándose a este Estado, logró entrar en la empresa. "La República de Cartagena lo vió con placer entre sus "hijos, y le confió el mando de sus armas: desde las "orillas del Magdalena hasta los muros de La Guaira, "corrió con gloria este héroe americano. La República "tiene el orgullo de llamar su hijo benemérito al Liber- "tador de Venezuela". (5)

II

El prestigio interno de Bolívar nacido en su campaña de invasión, acrecido por las victorias de Bárbula y Trincheras, se afirmaba con el éxito militar de

---

(5) O'Leary. *Memorias*. Tomo XIII. Doc. 225. Pág. 450.

Araure y se agigantaba aún con las resoluciones de las autoridades granadinas que elevaban su persona hasta las eminencias de una figura internacional.

Todo esto robustecía su base de acción, pero el Libertador necesitaba algo más para ensanchar la popularidad de su Gobierno y llegar, por este medio, a extinguir el cisma producido por la dictadura de Santiago Mariño en Margarita, Cumaná y Barcelona, unificando el país o llegando a un acuerdo con el general de Oriente.

Mientras preparaba su ejército para las nuevas campañas contra los españoles de Coro y los llaneros del Orinoco, reunía el 2 de Enero de 1814, en el Templo de San Francisco de Caracas, una gran Asamblea política para dar cuenta de su gobierno de hecho y entregar a la voluntad popular las decisiones del futuro.

A las diez de la mañana se reunían las autoridades caraqueñas representadas por el Gobernador, el Municipio, los Corregidores y la Administración de Rentas; la Iglesia enviaba a la asamblea al Provisor del Arzobispado, al Clero, a las Ordenes religiosas y al Seminario; concurrían la Universidad, el Colegio de abogados y el Consulado; el pueblo, finalmente, iba a sancionar con su presencia lo que se decidiera.

Presidió el Libertador, rodeado de su Estado Mayor y asistido de sus tres Ministros, abriendo la sesión con un discurso en que esbozaba la materia sometida a la discusión: "Para salvaros de la anarquía, decía, y des-
"truir los enemigos que intentaron sostener el partido
"de la opresión, fué que admití y conservé el poder so-
"berano. Os he dado leyes: os he organizado una admi-
"nistración de justicia y de rentas: en fin, os he dado
"un Gobierno.

"Ciudadanos: yo no soy el soberano. Vuestros re-"presentantes deben hacer vuestras leyes: la hacienda "nacional no es de quien os gobierna; todos los deposita-"rios de vuestros intereses deben demostraros el uso "que han hecho de ellos. Juzgad con imparcialidad si he "dirigido los elementos del poder a mi propia eleva-"ción, o si he hecho el sacrificio de mi vida, de mis sen-"timientos, de todos mis instantes, por constituiros en "nación, por aumentar vuestros recursos; o más bien, "por crearlos.

"Anhelo por el momento de trasmitir este poder a "los representantes que debéis nombrar, y espero, ciu-"dadanos, que me eximiréis de un destino que alguno de "vosotros podrá llenar dignamente, permitiéndome el "honor a que únicamente aspiro, que es el de continuar "combatiendo a vuestros enemigos; *pues no envainaré "jamás la espada, mientras la libertad de mi patria no "esté completamente asegurada*". (6)

Leyeron sus Memorias los Ministros y le siguió en el uso de la palabra Cristóbal de Mendoza; tras de un caluroso elogio del Libertador, a quien comparaba con Washington y Franklin, propuso la continuación del régimen de autoridad: "no perdiendo de vista, dijo, "la necesidad de establecer un Gobierno y de formar un "cuerpo de nación respetable, sólo debemos por ahora "encargar este mismo jefe, cuya liberalidad de ideas, "cuya actividad y pericia se ven tan acreditadas, que tra-"baje *desde luégo en la unión indisoluble de Venezuela "occidental con la parte oriental y con todas las provin-"cias libres de la Nueva Granada*, a cuyo Congreso ge-

(6) O'Leary.—*Memorias*. Tomo XIII. Doc. 213. Página 410.

"neral toca por naturaleza formar la nueva Constitución, "manifestando con esta misma confianza nuestra gratitud al Libertador, a quien por el mismo pueblo doy las "gracias".

El hábil Mendoza indicaba claramente los tópicos perseguidos: la unión interna y un grandioso programa internacional; ambos traducían los propósitos de obrar enérgicamente e indicaban las posibilidades de garantir la tranquilidad pública, lo que permitía atraer la opinión hacia la causa republicana.

En su justa oratoria con Mendoza, Bolívar no cede aún y le replica: "Compatriotas: yo no he venido a "oprimiros con mis armas vencedoras: he venido a traeros el imperio de las leyes: he venido con el desig-"nio de conservaros vuestros sagrados derechos. No es "el depotismo militar el que puede hacer la felicidad de "un pueblo, ni el mando que tengo puede convenir ja-"más sino temporariamente a la República. Un solda-"do feliz no adquiere ningún derecho para mandar a su "patria. No es el árbitro de las leyes ni del Gobierno; "es el defensor de su libertad. Sus glorias deben confun-"dirse con las de la República: y su ambición debe que-"dar satisfecha al hacer la felicidad de su país. He de-"fendido vigorosamente vuestros intereses en el campo "del honor, y os protesto los sostendré hasta el último "período de mi vida. Vuestra dignidad, vuestras glorias, "serán siempre caras a mi corazón; mas el peso de la "autoridad me agobia. Yo os suplico me eximáis de una "carga superior a mis fuerzas. Elegid vuestros repre-"sentantes, vuestros magistrados, un Gobierno justo; y "contad con que las armas que han salvado la Repú-"blica, protegerán siempre la libertad y la gloria nacio-"nal de Venezuela".

Suben a la tribuna los ciudadanos Juan Antonio Rodríguez Domínguez, Presidente que fué del primer Congreso venezolano, y Domingo Alzuru. "Continúe "V. E. de dictador, dice el primero, perfeccione la obra "de salvación de la Patria y cuando lo haya conseguido "restitúyalo al ejercicio de su soberanía, planteando el "Gobierno democrático".

Alzuru, con mayores energías, acentuaba la significación de la Asamblea popular que daría a Venezuela un gobernante deseado por ella misma y no derivado de una autoridad extraña. "Es, pues, necesario, dijo, "marcar este acto como el primero de la República, co-"mo el más glorioso de nuestro Libertador, como el más "útil para nosotros. *Es, pues, necesario, marcarle, vuel-"vo a decir, con la espontánea y pública aclamación de "la suprema autoridad dictatorial en el ciudadano Simón "Bolívar, para que constituyéndole nuestro primer Ma-"gistrado, salga, así él como la República, de la especie "de dependencia con que obraba como comisionado del "honorable Congreso de la Nueva Granada*".

Bolívar se resiste aún; desea conservar el mando militar; pero insinúa que se nombre Jefe Supremo a Mariño, a su rival: "confieso, dice, que ansío impacien-"temente por el momento de renunciar a la autoridad. "Entonces espero que me eximiréis de todo, excepto de "combatir por vosotros. Para el Supremo Poder hay "ilustres ciudadanos que, más que yo, merecen vuestros "sufragios. El general Mariño, Libertador del Oriente, "ved ahí un digno Jefe para dirigir vuestros destinos".

El Libertador acepta finalmente la dictadura y hace consignar en el acta el origen popular de su nombramiento, su gratitud para con Nueva Granada y su programa de unión estrecha con esa República. "Concluí-

"do este acto, dice la relación oficial, por el cual el General en Jefe de los ejércitos de Venezuela y su Libertador, ciudadano Simón Bolívar, queda reconocido "popularmente dictador por el tiempo que baste a afirmar la libertad de la patria, el Gobernador del Estado "mandó extender esta acta, y pasar ejemplares auténticos de ella a S. E. para su cumplimiento en todas sus "partes, *encargándole muy especialmente que, a nombre "de todo el pueblo venezolano, manifieste a los Estados "Unidos de la Nueva Granada en su Congreso general "y por cuantos medios dicte su prudencia, no sólo el reconocimiento y eterna gratitud por la libertad que le "ha venido de sus manos, y de que se le considera deudor, sino sus ardientes deseos de unirse en masa de nación a tan benemérita República,* y proceda en uso de "la plena autoridad con que se halla investido, a realizar dicha unión, del modo más pronto, firme e indisoluble, como la mejor prueba de la serenidad de nuestros sentimientos".

En el fondo, la asamblea popular de Caracas obraba con Bolívar como el Senado Francés lo hiciera con Bonaparte; la diferencia está solamente en el escenario y en el número de voluntades consultadas. Hay tal vez otra distinción que hacer: Barthélemy consagró cónsul perpetuo a Napoleón antes de hacer su elogio y Cristóbal de Mendoza invirtió los términos al proclamar la dictadura de Bolívar. Las frases de la moción que aprobara el Senado Francés son casi idénticas a las de la reunión caraqueña; hé aquí lo que dice Thiers; "Llevaba la palabra el presidente Barthélemy y dijo al primer cónsul: El pueblo francés, agradecido a los inmensos beneficios que le habéis hecho, quiere que la "primera magistratura del Estado permanezca inamovi-

"ble en vuestras manos. Disponiendo así de vuestra vida "entera, no ha hecho más que expresar el pensamiento "del senado consignado en el senado-consulto del 18 flo- "real. Con este acto solemne de gratitud, la nación os "confiere la misión de consolidar nuestras instituciones".

"Después de este exordio, enumeraba el presidente, "con brevedad, las grandes acciones del general Bona- "parte en paz y en guerra, predecía las prosperidades "del porvenir, sin las desgracias que quizás entonces na- "die preveía, y le repetía, finalmente, lo que en la ac- "tualidad proclamaban todas las bocas de la fama". (7)

Esta medida que tomaba el Libertador para conso- lidar su gobierno es juzgada por Mitre con los durísi- mos términos que copiamos:

"Poseído de una insaciable ambición en que se mez- "claban lo sublime y lo impuro, como en los torrentes "que arrastran el lodo del fondo en sus ondas impetuo- "sas, buscaba con avidez la realidad del poder supremo "sin controlar que repudiaba en teoría, y renunciaba tea- "tralmente el mando absoluto de que estaba en posesión, "y que tenía que ejercer por necesidad y por deber, "protestando no aceptarlo jamás, para recibirlo después "sin condiciones como lo buscaba. Es una escena de su "gran comedia política, en que contradiciéndose a sí "mismo, expondrá con sinceridad moral una doctrina, "que prácticamente no podrá serle aplicada". (8)

Acabamos de recordar la situación de Napoleón, Primer Cónsul a perpetuidad, que no era distinta de la de Bolívar dictador; los diligentes caraqueños obraron

---

(7) Thiers. El Consulado y el Imperio. Tomo III. Libro XIV.

(8) Mitre. Historia de San Martín. Capítulo 39. Párrafo I.

como los políticos franceses, al consagrar una autoridad única para salvar las instituciones o más bien dicho, para darse el tiempo de organizarla en las tranquilidades de un régimen transitorio de gobierno fuerte; no fué Bolívar inferior a Napoleón al aceptar las graves responsabilidades de un cargo que no era, y muy especialmente en el caso de Bolívar, obra de la simple ambición sino de las decisiones de esos hombres para servir inquebrantablemente a sus ideales.

Queremos dejar al propio don Bartolomé Mitre la refutación de su apasionado concepto al criticar la dictadura de Bolívar. Al apreciar los efectos de la resolución de la Asamblea Caraqueña, dice Mitre: "fuerte mo-"ralmente Bolívar con el voto de confianza de sus con-"ciudadanos, que a pesar de sus formas artificiales era "dictado por un sincero entusiasmo, él comprendía que "la lucha era desesperada sin la concentración de todas "las fuerzas independientes, y que esto no era posible "sin un acuerdo franco y patriótico con Mariño".

Según estos conceptos la dictadura era necesaria para dar fuerza moral a Bolívar y ella se engendraba en una sincera adhesión popular, lo que justifica ampliamente la política que venían persiguiendo los directores de la causa republicana desde el otorgamiento del título de Libertador hasta la investidura dictatorial.

En conformidad a las opiniones vertidas en la Asamblea, ya tenía Bolívar todos los elementos que deseaba para resolver el cisma venezolano; era una autoridad nacional y no un mariscal granadino en comisión; exhibía un programa de unión con Nueva Granada, lo que acrecentaba la importancia de sus provincias sobre el territorio de Oriente; contaba con un ejército siempre victorioso y podía con estos elementos, según se lo acon-

sejara la prudencia, tratar con Mariño de igual a igual, y aún con ventaja en cuanto al origen de sus poderes y no dudaba que los mayores prestigios del brillo de sus éxitos y las cooperaciones de Nueva Granada habían de traer a su contendor al arreglo pacífico, en beneficio de la Patria, sin agregar la esterilidad de una lucha civil a los sacrificios de la guerra contra España y a los horrores de la contienda contra los llaneros de Boves.

III

La reconquista de las provincias orientales de Margarita, Cumaná y Barcelona por el general Mariño, coetáneamente con la invasión del ejército de Bolívar en Mérida, Trujillo, Barinas y Caracas, iba a originar un conflicto interno nacido de las ambiciones personales de los caudillos o de las exigencias de quienes obraban en torno de ellos.

Evitar el rompimiento era indispensable y la unión de ambos grupos no lo era menos; la ruptura era un desastre, la falta de inteligencia presagiaba el fracaso del objetivo común. Eran los destinos de la patria lo que jugaban los caudillos cuyas actuaciones nos interesa conocer para fijar las responsabilidades de cada uno en los acontecimientos afectados por el cisma.

Bolívar conoció los éxitos de Mariño, a su llegada a Venezuela, y se apresuró a comunicarle sus propios triunfos desde su cuartel general de Barinas y a invitarle para que *apresurara su movimiento e hicieran jun-*

tos una entrada en la ilustre capital de Venezuela, como antes lo recordamos. (9)

Las negociaciones para restablecer la concordia debieron iniciarse tan pronto como las tropas orientales ocuparon a Barcelona, mas, desgraciadamente, fueron retardadas por la guerra, que alejaba a Bolívar de Caracas, sin que lograra que los representantes de Mariño acudieran a su Cuartel general de Valencia. Se había perdido un largo mes; pero Bolívar no desmaya en sus propósitos y estimula a su rival en la despedida que dirige a sus representantes.

"En nuestra estrecha unión, les dice, está cifrada la "seguridad común e individual de estos Estados. Perfi- "dias, felonías, iniquidades, todo se pone en movimiento "para subyugarnos otra vez. El venezolano, sin embargo, "que ha jurado ser libre, a nada teme, todo arrostra y "no excusará sacrificio para destruir a sus tiranos. ¿Po- "drán resistir estos malvados las virtuosas legiones gra- "nadinas, que han señalado sus pasos con victorias, uni- "das a las invencibles huestes del general Mariño? Ser- "víos de renovarle mis consideraciones y el aprecio que "me merecen sus virtudes". (10)

El General en Jefe del ejército de Occidente, que aprecia en toda su extensión el problema militar, atribuye la merecida importancia al apoyo de las provincias orientales y, usando toda clase de influencias en el círculo de Mariño, procura obtener que le auxilie con su escuadra en el sitio de Puerto Cabello y que despache una

---

(9) O'Leary.—*Memorias.* Tomo XIII. Doc. 136. Página 301.

(10) O'Leary.—*Memorias.* Tomo XIII. Doc. 198. Página 388.

expedición a los llanos. A pesar de sus insistencias, sólo obtiene las promesas del envío de nuevas misiones para negociar.

Ninguna ocasión desperdicia Bolívar para insinuarse en el ánimo de Mariño y de sus íntimos que dirigían sus ambiciones con más consulta de sus propios anhelos que de las necesidades de la campaña. Proclamado Libertador, comunica a Mariño la gratitud y veneración con que recibió este homenaje y llega hasta solicitar su propia adhesión al testimonio de la voluntad de sus conciudadanos, diciendo que así consulta la voluntad de los pueblos. Comparte sus honores con Mariño y los hace reflejarse en el ejército oriental, remitiéndole las insignias de la Orden de los Libertadores para sus jefes y le ruega que la lleve él mismo. "Suplico a V. E., le dice, "se sirva usar la misma venera que la gloria de haber li- "bertado su patria del yugo español pone imperiosamen- "te sobre su intrépido pecho que puso al sacrificio en el "campo por la libertad venezolana".

Tres meses habían pasado desde que la fortuna de las armas enseñoreara a Bolívar y a Mariño en Caracas y Barcelona y todo el esfuerzo gastado por el primero, en tan diferentes formas, desde las demostraciones razonadas sobre el deber de unirse hasta el adulo, todo resultaba estéril y el cisma se mantenía.

La aspiración de los consejeros de Mariño era la supremacía de su Jefe y, dentro de este rumbo político, la actividad que imprimían a sus gestiones era en razón inversa de los éxitos de Bolívar; las llevaron débilmente en los días del primer entusiasmo, las intensificaron ante las amenazas del refuerzo que Monteverde recibió en Puerto Cabello, las dejaron decaer ante las victorias de Bárbula y Trincheras y las reanudaron

cuando Bolívar se hallaba en los trances de su derrota de Barquisimeto.

Esta táctica debió apoyarse, como pretexto altamente valorizado a los ojos del Jefe, en las pretensiones de intervenir en Oriente que podían atribuirse a Bolívar, pretensiones sin fundamento como no fueran en las apariencias.

En aquellos años de intensas perturbaciones, los países sud-americanos sólo podían gobernarse por el régimen de autoridad apoyada en las armas y esto, desde luego, porque era el método existente en la colonia cuyos escasos progresos cívicos no permitían cambios considerables, y, en seguida, porque a estas capacidades sumábanse las guerras, y empleamos el plural pues eran tres, por lo menos, las contiendas diversamente caracterizadas: *lucha contra España, posibilidad de una discordia armada entre los ejércitos republicanos* y la *sublevación de los llaneros.*

El régimen militar debía estar centralizado y Bolívar se apresuró a consultar la opinión, dando toda la publicidad necesaria al proyecto constitucional de Uztáriz, cuyas líneas generales ya expusimos; este programa de ventajas evidentes, que era un hecho en las provincias dominadas por el Libertador, no fué considerado en el territorio del general Mariño, salvo en la provincia de Margarita, que tan eficaz auxilio le prestara para el éxito de su empresa.

Los margariteños, deseosos del bién general, aceptaron el 18 de Octubre de 1813 la Constitución de Uztáriz y decidieron incorporarse a la dirección de Bolívar. Este ejemplo no había de tener simpatías en los círculos que obedecían a las influencias de los compañeros de Mariño, y el Libertador, conociendo los tem-

peramientos de los jefes de Oriente, vió en la adhesión de Margarita el peligro inmediato de una nueva guerra civil, la de esta provincia contra su rival. La consulta de su egoísmo le habría aconsejado aceptar una situación que le permitía dominar o debilitar al contendor con sus propias fuerzas, mas no era éste su objetivo. Deseaba la unión con el Oriente para combatir a los enemigos de la República y, lógicamente, había de rechazar cuanto tendiera a debilitar una fuerza cuyo auxilio solicitaba con insistencia.

Mientras el patriotismo de los margariteños servía de pretexto para sembrar desconfianza, Bolívar se apresuraba a remover los obstáculos y no aceptaba el ofrecimiento, según consta de la siguiente carta al Gobernador de la Isla de Margarita:

"Contesto al oficio de V. S. de 20 del pasado y ac-"ta que me incluye de 18 del mismo relativa al recono-"cimiento de mi persona como la autoridad suprema de "la Confederación y a las restituciones con que se han "adoptado la Constitución provisoria del ciudadano "Francisco Javier Ustáriz los individuos que se reunie-"ron para ese objeto.

"Ese papel nunca ha pasado de mero proyecto de "un particular. Mi objeto era obtener la opinión V. S. "sobre él; como la había pedido igualmente a los gober-"nadores de las demás provincias.

"Al mismo tiempo V. S. me permitirá asegurarle "que no acepto el reconocimiento, ni podría hacerlo sin "cometer la más violenta e injusta usurpación". (11)

Y no se limita al rechazo de un cargo que le honra, que puede darle elementos, pero que envuelve peli-

---

(11) Vicente Lecuna.—Copiadores de Secretaría. *Cultura Venezolana,* de enero de 1920.

gros mayores que estas ventajas; va más allá aún, trata de eliminar el conflicto y ofrece su mediación.

El 18 de Noviembre escribe de nuevo al Gobernador Arismendi: "me ha sido en extremo dolorosa y "sensible la diferencia entre V. S. y el general Mari-"ño; estoy seguro que, siguiendo, debe necesariamente "aumentarse, y llegar hasta el punto de ser irremediable "o, por lo menos, serlo a costa de sacrificios imponde-"rables. Ellos han excitado en mí un vivo deseo de me-"diación para que, apagada la llama de la discordia, que "tan al principio empieza a encenderse, contribuyan to-"das las provincias a la expulsión de nuestros tiranos, "que se valdrán entre otros medios de la guerra civil "para subyugarnos". (12)

Al propio tiempo, representa a Mariño las funestas consecuencias de una compresión militar de los margariteños, le llama a la conciliación y se ofrece como mediador. El 27 de Noviembre de 1813, le escribe desde Valencia:

"El pueblo de la Isla de Margarita y el coronel "Juan Bautista Arismendi me dirigieron sus oficios, in-"teresándome vivamente a que interpusiera mi media-"ción con V. E. sobre las últimas desavenencias ocu-"rridas en cuanto al reconocimiento de un centro del po-"der. Nada sería más funesto en las presentes circuns-"tancias, sino que estas desavenencias produjeran la "guerra entre las provincias. Esto causaría a nuestros "enemigos más satisfacción que obtener diez victorias. "Pero estoy íntimamente persuadido que nunca fueron "las verdaderas intenciones de V. E. hostilizar a Marga-

(12) Vicente Lecuna.—*Ut supra.*

"rita, aun cuando los actos del gobernador Arismendi "obligaron a amenazarle.

"Finalmente, aunque mi mediación la hacen inútil "los sentimientos de V. E., que en esta parte como en "las demás obran de acuerdo con los intereses de Vene- "zuela, sin embargo la interpongo, como se me ha pe- "dido, para que V. E. se sirva no tomar medidas de "hostilidad contra el pueblo de Margarita". (13)

Todo esto ocurría a fines de Noviembre; los comisionados de Mariño permanecían inactivos, vacilantes entre la derrota de Barquisimeto y el triunfo de Vigirima; la situación era la espectativa y nada se decidía. El Libertador, conciente de este estado de ánimos, las mantiene al tanto de los sucesos para inspirarles confianza y, después del triunfo de Araure, cuyas consecuencias se apresura a comunicar a Mariño, éste se decide a prestarle la cooperación de su escuadra y de un destacamento que obre en los llanos.

La prudencia de Bolívar triunfaba sobre las ambiciones del círculo de Mariño; el conflicto llegaba a su término y, para tranquilidad de su rival, el Libertador nombraba Gobernador de Caracas al Jefe margariteño que encabezó el pronunciamiento en favor del poder central.

La armonía eficaz no sería duradera; a fines de Diciembre, Mariño ordenaba el retiro de sus elementos, provocando las dificultades que el Libertador consigna en su carta de 3 de Enero:

"Un oficio del segundo Jefe de Oriente, Coronel "Manuel Piar, me instruyó de que V. E. le había inti- "mado sus órdenes para que se restituyera a Cumaná

(13) Vicente Lecuna.—*Ut supra.*

"con la escuadrilla que estaba a su mando. Consternado "con este golpe imprevisto, escribí en el momento a "aquel jefe, que ha pasado después a esta ciudad y ha "accedido por mis súplicas a suspender la salida de la "escuadrilla, tanto por la recomposición que necesita, "habiendo padecido algunos buques en la noche del 2, "como por aguardar las nuevas resoluciones de V. E., "a consecuencia de lo que debo representarle y que me "atrevo a esperar producirá la revocación de sus pri-"meras órdenes.

"En estos momentos no era mi designio quedar li-"mitado a estas hostilidades. Me proponía aumentar la "triste situación de los sitiados, apoderándome del Trin-"cherón y las Vigías, y en consecuencia, de la parte ex-"terior del pueblo. La retirada de la escuadrilla echa por "tierra el más importante proyecto, y lo que es peor, "deja libre la entrada de socorros a la plaza, y siendo "intomable por fuerza de armas nunca sucumbiría". (14)

La situación en los llanos es más seria aún, según lo expresa Bolívar en el mismo documento:

"Al mismo tiempo, he visto desaparecer de los va-"lles de Barlovento que están en insurrección, la divi-"sión del Coronel Arrioja, lo que alentará más a los fac-"ciosos, pudiendo temerse con fundamento que efec-"túen una reunión que hasta este momento divididas "no nos han hecho quizás males irreparables, porque "no han logrado obrar de acuerdo".

La conducta de Mariño era inexplicable y Bolívar aborda un esclarecimiento con toda energía. "Repetidas "veces, dícele, he implorado los auxilios de V. E.; pri-

(14) O'Leary.—*Memorias.* Tomo XIII. Doc. 214. Página 421.

"mero, para que, marchando con sus tropas a cubrir a "Calabozo, pudiera impedirse que los enemigos lo ocu-"paran; segundo, para que, destinándolas contra Bo-"ves, cooperasen con las de Caracas a su destrucción. "V. E. tuvo la generosidad de disponer estos socorros, "pues estoy informado que aún V. E. en persona mar-"chaba a la cabeza de más de dos mil hombres sobre el "Llano. Repentinamente llegan las órdenes de V. E. "para la retirada de la escuadrilla: se verifica también "la marcha de las tropas que se destinaron a los Llanos. "Permítame V. E. suplicarle también me revele las cau-"sas que han influído, y que no conozco, para unas de-"determinaciones tan contrarias a las que hasta ahora "V. E. había adoptado, en tanto que a nombre de la li-"bertad de la República, tan comprometida, pido a V. "E. instantemente todos los socorros para sostenerla. "Los comisionados que conducen éstos expondrán ade-"más a la voz nuestro estado verdadero, que reclama "tan urgentemente auxilios poderosos, le explicarán mis "sinceros sentimientos con respecto a V. E. y las miras "políticas que me animan acerca de un gobierno general "para las provincias".

La respuesta del Dictador de Oriente se basa en las ventajas que, según su criterio, ha producido y que dará aún el comando doble. Para justificar la situación escribe a Bolívar: "Cuando en uno de mis oficios anun-"cié a V. E. que me parece más acertado que, por aho-"ra, y hasta concluir la presente guerra, permanezcan "las provincias de Occidente y Oriente bajo la dirección "de los jefe que las gobiernan, me fundo en la necesi-"dad absoluta que tenemos de purgar de los enemigos "que aún no hemos acabado de extirpar, y de reducir a "Coro, Maracaibo, Guayana, etc., que deben formar el

"catálogo de nuestra unión, me fundo también en que, "si no me engaño, aquellos que de la nada supieron le- "vantar y sostener el pabellón de la libertad al frente "de los peligros, son los que por su propio honor han "de llevar con mayor entusiasmo al término de nuestros "deseos, las victorias adquiridas, añadiendo otras para "su complemento". (15)

Comenta Mariño largamente estas razones y de ellas, que a lo sumo podrían servir para la justificación de dos cuerpos de ejército, deduce la inoportunidad de un gobierno único y trata de apoyar su decisión en los deseos de las provincias bajo su mando. "Por no seguir, "continúa en su respuesta al Libertador, mi dictamen "desnudo del apoyo universal de los pueblos orientales, "he procurado explorar la voluntad, antes de ahora, de "los hombres más interesados en el bién público, y todos "a una voz se deciden por la opinión de formar un cen- "tro del poder; *mas añaden que no es ahora a propó- "sito"*.

Con estas frases respondía Mariño a los acontecimientos políticos del 2 de Enero, a la proclamación en Caracas de la dictadura de Bolívar y al programa de concordia interna y de unión con Nueva Grnada presentado por Mendoza y sancionado por la Asamblea popular de San Francisco.

Es el desconocimiento evidente de estos actos, impresión que aun acentúa Mariño en los párrafos siguientes:

"Mi consejo privado, mis consocios en las batallas, "la junta de guerra celebrada a consecuencia del oficio "de V. E. a que contesto, protesta no apartarse de las

(15) O'Leary.—*Memorias*. Tomo XIII. Doc. 215. Página 423.

"máximas políticas que él contiene, conoce el tino y la "sabiduría que las dictó; *pero reserva ponerlas en prác-"tica luégo que las provincias todas hayan logrado el "estado de tranquilidad en que se ven Cumaná, Marga-"rita y Barcelona, a beneficio del Gobierno Militar que "rige, y del que esperan resultará completamente"*.

Mariño se sentía firme en Oriente, sabía que la situación de Bolívar estaba llena de amenazas y se negaba a todo arreglo; sólo trataría con el Libertador cuando dominara en sus territorios con la eficacia que él creía tener en los suyos.

El personalismo exaltado de un general de 25 años ahogaba la idea de la Patria, cegaba sus ojos que no veían la comunidad del peligro y, con inquebrantable terquedad, trazaba el párrafo final de la respuesta que debía herir profundamente el patriotismo de Bolívar. Hé aquí la conclusión de Mariño:

"Espero que V. E. dará a mis reflexiones el lugar "que merecen las de un ciudadano particular, amante de "la felicidad común, removiendo las del interés, *que "emitirlas cabe al que se encuentra con la autoridad en "su mano;* y sin que se entienda que contradigo al voto "general de los venezolanos y granadinos, ni que resis-"to, o no apetezco la unión que tan sabiamente se propo-"ne; si, por el contrario, invito de nuevo a todos mis "compatriotas, a establecer un Gobierno sólido y perma-"nente, y a V. E. con especialidad a que, para conseguir-"lo, continuemos el curso de nuestras operaciones mili-"tares, despreciando cuanto la calumnia nos impute, a "cambio de no aventurar la salud de la Patria, hasta que "podamos decir con propiedad que la hemos libertado "del cautiverio en que gemía".

El Libertador, con aquella pertinacia heredada de

sus antepasados eúscaros y con la entereza que le hacía erguirse ante los desastres, que era su característica individual, no da entrada al desaliento; envía sus propios comisionados a Mariño, y, en beneficio de su causa, cede a todas las exigencias políticas, a trueque de tener el concurso militar y consigna sus elevados propósitos en la nobilísima carta en que disminuyendo su propia personalidad, ensalza al joven Mariño, le hace árbitro de la situación y le eleva hasta el servicio de la causa integral de Venezuela, hasta el propio anhelo del Libertador.

"Quisiera hacer sentir a V. E., escribe Bolívar a "Mariño el 30 de Enero, las miras sanas, los deseos de "sincera unión que han dictado todas mis operaciones; "y puedo afirmar a V. E. que, podré engañarme sobre "los medios, pero que el más puro celo me ha guiado "constantemente en los que he elegido. Por fortuna, la "virtud de V. E. y su perspicacia han suplido mis faltas "y, ocupado exclusivamente de destruir a los enemigos, "ha auxiliado a Caracas en los valles de Barlovento, en "el sitio de Puerto Cabello, y ahora a la cabeza de un "ejército, para marchar contra Boves para cubrirse de "nuevas glorias y hacer uno de los más grandes servi-"cios a la provincia de Caracas.

"Bajo este concepto, he expedido las correspondien-"tes órdenes al Comandante de las tropas que obran "contra Calabozo. Volaré yo mismo a encontrar a V. E. "luégo que me lo permitan las operaciones del sitio, que "exigen ahora mi presencia. Haré cuanto esté de mi "parte para proporcionarme la satisfacción de tener "una entrevista con el héroe Libertador de Oriente y "lamentaré sobremanera que la obstinación de los ene-"migos me impida verificarlo.

"V. E. ha dado la mejor acogida a mis comisiona-"dos. Ellos me lo manifiestan, en términos que hacen "ver la rara generosidad de V. E. No es menos admira-"ble V. E. como Libertador Jefe de Oriente, que como "el Grande Hombre dotado de todas las virtudes". (16)

Las negociaciones de seis meses han terminado; la prudencia de Bolívar había evitado un movimiento separatista, cuyo éxito habría creado dos naciones insignificantes, incapaces de sostenerse aisladamente; sagazmente había reforzado este concepto por su programa de unión con Nueva Granada, a fin de constituir una república sólidamente establecida en un gran territorio e imponerse a la consideración general. Conjurado estaba el cisma y ahogada en su cuna la guerra civil entre Arismèndi y Mariño. El Libertador había dominado las pasiones ajenas y se había vencido a sí mismo, inmolando en aras de Venezuela libre toda ambición personal.

Con el mismo tino con que condujera las negociaciones para obtener el auxilio de Nueva Granada, en medio de los desacuerdos de sus diferentes Provincias, con igual mesura y con el cabal conocimiento de los personajes, lograba el éxito buscado en las discusiones con Mariño. La tardanza y la continua intriga que entorpecieron el acuerdo con sus compatriotas debieron irritar sus sentimientos al comparar esta conducta con las mayores facilidades que le dieran los neo-granadinos, mas, supo dominarse en cada momento para no perder el imperio de la situación y no malograr su objetivo final.

---

(16) O'Leary.—*Memorias.* Tomo XIII. Doc. 216. Página 426.

Con el regocijo que se traduce en sus impresiones dió cuenta de sus arreglos con Mariño al Congreso de Tunja, el 1º de Febrero de 1814: "El General Mariño, "a la cabeza de tres mil hombres, marcha hacia Cala-"bozo, debiendo antes reunirse con una poderosa divi-"sión al mando del comandante Campo-Elías. Juzgue "V. E. si estos movimientos asegurarán un resultado "feliz y permanente". (17)

En este mismo documento deja trasparentar las bases de su arreglo con Mariño, armonía transitoria ante los peligros que arreciaban: "La conquista de Coro y "Guayana, según el programa comunicado, que debe se-"guir a la ocupación de Puerto Cabello y a la destruc-"ción de Boves pacificarán completamente a Venezuela. "Entonces podrán acordarse el Oriente y el Occidente "acerca de un gobierno general, sin cuya precedente me-"dida no podrá afianzarse el Gobierno constitucional "de Venezuela".

IV

La necesidad de analizar los acontecimientos políticos que siguieron a la batalla de Araure, nos ha alejado de las operaciones militares del Libertador; este paréntesis era necesario para penetrarnos de la situación política y estudiar sus influencias en la guerra misma.

Sin este examen de conjunto no se puede apreciar un momento histórico de trascendencia en el desarrollo

(17) O'Leary.—*Memorias.* Tomo XIII. Doc. 219. Página 421.

de un pueblo, ni formarse juicio cabal sobre los directores de un movimiento cuyas sacudidas se proyectaban más allá de las fronteras patrias. Las campañas de la independencia son de interés americano y no simplemente nacional; no deben considerarse como hechos aislados, pues ellas tuvieron conexiones que los patriotas no estuvieron en situación de aprovechar y que España utilizó siempre para prolongar su dominio.

Los jefes de la revolución, desde Chile hasta México, no pudieron conocer en toda su extensión las campañas emancipadoras, pues no tenían una dirección común ni siquiera una fuente de información que les hubiera permitido coordinar sus actividades para obtener la resultante máxima. Un triunfo o un desastre en un pueblo hermano llegaba con grandes atrasos a conocimiento de los que combatían por la libertad en otras comarcas; esta tardanza afectaba por igual a España y a las colonias sublevadas, mas no había igual paralelismo en cuanto a la caracterización del acontecimiento. En las capitales republicanas el anuncio de una victoria patriota era un regocijo para el pueblo y un aliento para los jefes; la nuéva de un desastre traía tristezas y ponía a los caudillos a la defensiva; en ambos casos no se tenía elementos para apreciar la importancia real del hecho y hubo derrotas justificadas que produjeron desalientos perjudiciales y triunfos mal interpretados que engendraron confianzas perniciosas.

En cambio, el gobierno español tenía informes completos, detallados, de todos los sucesos y podía aquilatarlos en su origen, desarrollo y consecuencias. Sobre estos conocimientos podía formar una gran síntesis y trazarse un programa general, cuya realización no podía tener más tropiezos que los propios de la época.

El éxito asombroso de la campaña de Bolívar, desde Cartagena a Caracas y luégo hasta derrotar el ejército español en Araure, como también la reconquista del Oriente por Mariño, fueron interpretados en América como la consumación efectiva de la Independencia de Venezuela. Esto parecía lógico; en efecto, la rapidez de estas campañas presagiaba el favor popular con que se recibía a los libertadores, ya que de otra manera era inconcebible que jóvenes generales, que hacían la guerra por primera vez, hubiesen marchado de triunfo en triunfo hasta derrotar, con un escaso número de soldados bisoños a los veteranos españoles dirigidos por jefes expertos.

La impresión de estos éxitos era distinta en la metrópoli; Bolívar triunfaba por sus dotes militares efectivas reveladas en sus movimientos estratégicos, en sus capacidades de organización y en el dominio moral de sus huestes, virtud tan necesaria como las demás y sin la cual Aníbal no habría pasado los Alpes ni Napoleón triunfara en Marengo. El brillo del triunfo no importaba la consolidación de la conquista y los partidarios del Rey en Venezuela informaban a su gobierno que el ejército bolivariano no era suficiente para dominar un territorio extenso cuyos habitantes eran indiferentes a la causa de los *rebeldes,* como ellos decían.

El Libertador había pasado como el rayo a través de las nubes, produciendo resplandores de gloria; pero la nube se rasgaba para dejarle pasar y el cielo quedaba oscuro como antes. El prestigio de las victorias había alegrado a los corazones un instante; mas la luz de la libertad no había penetrado en ellos.

Los jefes españoles huyeron espantados ante la tempestad; pero, como pastores responsables del reba-

ño, no perdieron de vista el hato momentáneamente agitado. Allí estaban Cajigal en Guayana, anunciando la llegada de refuerzos españoles; Monteverde en Puerto Cabello, resistiendo y propagando iguales noticias; Ceballos y sus oficiales en Coro, recogiendo españoles prófugos y criollos descontentos y organizando las indiadas de Siquisique; José Yáñez, reclutando fuerzas en el Apure, y, por último, Boves y Morales cerrando en las llanuras del Orinoco un círculo de vigilancias que podía estrecharse hasta ser cadena que encierra y dogal que extrangula.

En estas posiciones residía la confianza de España y en ellas los temores de Bolívar; la inercia del medio favorecía a la primera y restaba energías al segundo; la Metrópoli podía hacer la guerra con recursos propios, sin sacrificar al país; la República contaba únicamente con su territorio y la causa independiente debía contentarse con el óbolo empapado en lágrimas de un pueblo empobrecido; la libertad era un ideal, anuncio patriótico de ventura que a lo sumo entretenía las veladas de los campos; el servicio del Rey para los jefes españoles era la renovación de la conquista, la promesa de enriquecimiento con los bienes de los criollos que reemplazarían al indio despojado y, con este programa, las hordas llaneras empuñaban la lanza y se aprontaban para correr a las provincias centrales y cargar de botín los lomos desnudos de sus caballos.

Bolívar se encontraba desarmado casi para afrontar esta situación políticamente. No podía negociar con España, pues la situación verdadera era bien conocida en la Metrópoli que no se habría prestado a tratar y, además, la reacción que triunfaba en Europa miraba con desdén a los revolucionarios americanos.

Los caminos internacionales estaban cerrados y ya se había seguido el único posible, el que franqueara el auxilio de Nueva Granada. Para la lucha política interna contra España, para arrebatarle sus adeptos, no había más instrumento que la propaganda y ni siquiera de este resorte disponía el Libertador.

La fuerza y la unión eran los únicos medios para asegurar la causa de la República, para penetrar en las regiones de Guayana, de los Llanos y de Apure y establecer contactos con las masas subyugadas. Organizar un ejército y acrecentarlo por su armonía con Mariño eran las preocupaciones de Bolívar.

Tenía plena confianza en las capacidades de sus oficiales y en el valor de sus soldados; la victoria de Araure era una garantía de éxitos continuos sobre las armas españolas y el mantenimiento en Occidente de una fuerza adecuada aseguraba la incorporación definitiva de ese territorio. Mas, no estaba allí el gran peligro; la verdadera amenaza venía de los Llanos y afectaba por igual a las dos secciones en que dividía al país la terquedad de Mariño; la unión era indispensable y el Libertador consagró a este problema de política interna sus mejores esfuerzos; atraer al general de Oriente era tanto o más importante que vencer a Ceballos en Araure.

Esta división republicana era un punto débil bien conocido de los españoles que, por su parte, obraban en perfecto acuerdo. Ceballos, Yáñez y Boves, que eran los elementos más activos de la campaña se comunicaban constantemente y obedecían a una dirección única; los patriotas, por el contrario, no se coordinaban. Hé ahí las circunstancias cuyo desconocimiento puede

inducir en error a quienes analicen las responsabilidades de los revolucionarios americanos.

El programa de Bolívar, al llegar a Caracas, fué bien preciso y puede resumirse en cuatro líneas:

Primero.—Adueñarse de Puerto Cabello o, por lo menos, inmovilizar su guarnición.

Segundo.--Pacificar las provincias de Occidente tan rápidamente conquistadas.

Tercero.—Penetrar a los Llanos, por el centro del país a fin de aislar a Boves de Yáñez.

Cuarto.—Hacer la unión política de la República o, en el peor de los casos, pactar un acuerdo militar con Mariño.

Este último punto era el más importante para que las operaciones fueran simultáneas en los diferentes sectores del ataque enemigo que, lógicamente, debía suponerse combinado con igual base de presiones en un momento dado.

El Libertador se dió por entero a realizar este programa de conjunto y en cuanto de él dependió llevóle a cabo, pero fracasó por la falta de concurso de los patriotas de Oriente.

Los hechos son claros, trasparentes; Bolívar mantenía sitiado a Puerto Cabello, contenía a Ceballos y a Yáñez en Occidente y a Boves que avanzaba por el Centro. Para las dos primeras operaciones se bastaba, y para la última requería el auxilio de Mariño. Mientras D'Eluyar bloqueaba a Monteverde y Salomón en Puerto Cabello, el Libertador triunfaba en Araure, el 5 de Diciembre sobre los jefes españoles.

La concentración de las fuerzas monárquicas en Araure fué coetánea con el ataque de Boves y Morales, obedeciendo a un plan único. Los caudillos de los Lla-

neros, después de su derrota de Mosquiteros, habían huído a Guayabal, según referimos, y ahí se organizaron con tan increíble rapidez que, después del fracaso del 13 de Octubre, ya estaban Boves y Morales con 4.000 hombres en camino de Calabozo, el 8 de Diciembre. Si para esta fecha, el ejército de Mariño hubiera marchado a esa zona de peligro la suerte de la guerra habría cambiado.

Las necesidades de la campaña de Occidente obligaron a Bolívar a dejar en los Llanos solamente 1.000 hombres de la división de Campo-Elías a las órdenes de Aldao; el Libertador conocía la eminencia del peligro y escribía a Mariño el 27 de Noviembre: "en dos "distintas ocasiones he ofrecido a V. E. que destine sus "tropas de tierra a Caracas, La Guaira y Calabozo, que "se hallan sin guarnición de resulta del suceso de Bar- "quisimeto. Temo con fundamento una subversión en "estos puntos; pero sobre todo si V. E. no las envía a "Calabozo puede V. E. contar que los enemigos se apo- "deran otra vez de aquel importante punto". (18)

El auxilio no llegaba y el jefe de la guarnición de los Llanos se vió obligado a empeñar una acción con Boves, en San Marcos, sobre el río Guárico.

El desastre fué completo; Aldao pereció con sus 1.000 hombres y las huestes de Boves marcharon hasta Calabozo, que era la puerta de la tierra prometida del pillaje.

Esto ocurría el 8 de Diciembre de 1813, tres días después del triunfo de Bolívar en Araure y debió ver con inmenso dolor el fracaso de sus planes por obra de

(18) Lecuna. Copiadores de Secretaría.

la mísera intriga política que le privaba de los recursos que habrían garantizado la destrucción de los llaneros.

La victoria definitiva debió alzar su vuelo batiendo ambas alas sobre los campos de dos batallas gloriosas, una en Occidente y la otra en el Centro; batióse triunfalmente la primera, la segunda fué destrozada y el águila de la libertad caía moribunda.

La primera República perdióse en las manos de Miranda por las intrigas políticas de los reaccionarios; las amarguras de Bolívar ante aquel suceso, inmensa como fué, tuvo un consuelo: era la obra de los enemigos de la Patria.

En esta nueva situación, en que el desastre de los Llanos trocaba en acíbar la miel de Araure, la angustia del Libertador debió ser más honda que en la hora del fracaso de Miranda, no porque el desastre le afectara personalmente, sino porque los causantes eran los propios amigos de la patria, los que debieron ofrendarle todo y, sin embargo, le rehusaban el sacrificio de esa pobre cosa que se llama el amor propio. El personalismo iba a destruir la segunda República Venezolana; pero Bolívar iba a erguirse de nuevo ante el desastre, daría a su potencialidad la medida de su desgracia y sería como la roca de la altura que más energía acumula cuanto mayor es la hondura en que se desprende.

Mariño no venía: pues bien, él continuaría solo hasta cuando pudiera.

V

Un nuevo esfuerzo iba a realizar el Libertador y un nuevo fracaso de origen político vendría a nublar su frente; reorganizaría sus fuerzas y seguiría solicitando a Mariño, tesonero, incansable, enteramente entregado a las responsabilidades de su obra.

Volvía a su primer programa: sitiar a Puerto Cabello, guarnecer el Occidente, enviar un nuevo ejército a los Llanos y buscar el acuerdo con el dictador de Oriente.

Al despedirse de sus tropas en Araure, confió el mando de esa zona al General Urdaneta. Como hombre, este jefe se caracterizaba por su ecuanimidad; como militar, por su prudencia; como patriota por su convencimiento inquebrantable y el Libertador hizo la más acertada elección de su lugarteniente en las provincias Occidentales.

De acuerdo con sus instrucciones, envió Urdaneta a Ramón García de Sena a cubrir la provincia de Barinas, sector sur de su territorio militar que era fuente de recursos y avanzada para dominar la insurrección en los Llanos de Apure constantemente agitados por Yáñez.

Entre tanto, él se trazaba su propio servicio de acuerdo con las necesidades de su zona: mantendría su contacto con el sur mediante guarniciones en Guanare, Ospino y Araure, ligando así su cuartel general de Barquisimeto con Barinas; destruiría las guerrillas en los valles vecinos; haría avanzar las fuerzas hasta Carora para dominar a los indios realistas de Siquisique.

Realizadas estas operaciones marcharía sobre Coro para pacificar definitivamente las provincias Occidentales.

En los primeros días de Enero de 1814, obrando con tranquila constancia, ya estaban construídas las bases de su plan; escalonadas se hallaban las guarniciones previstas; Villapol había destruído las montoneras y él derrotaba a los indios de Reyes Vargas. "Ya no se ha- "blaba, dicen las memorias de Urdaneta, sino del triun- "fo en Coro; cuando, al anochecer del día de la victoria "de Siquisique, se presentaron en el campo los señores "Nicolás Pulido y Luis Celis, que en tres días y tres no- "ches habían llegado de Barinas con pliegos del coman- "dante García de Sena".

Las noticias del jefe del Sur eran gravísimas: Yáñez, en el mes siguiente de su derrota de Araure, lograba rehacer un cuerpo de 2.000 ginetes en Apure y, dividiéndole en dos columnas, marchaba él directamente sobre Guanare y confiaba a la retaguardia, mandada por el catalán Puy y el montonero Ramos, el cuidado de atacar la guarnición patriota de Nutrias y avanzar sobre Barinas.

El Coronel Palacios sostuvo el primer empuje de la retaguardia llanera y, agotadas sus municiones, se vió obligado a replegarse desde Nutrias al cuartel de Barinas; hasta allí lo persiguieron Puy y Ramos que pusieron sitio a esta ciudad el 10 de Enero de 1814.

García de Sena ha descrito la situación general de su provincia en los desconsoladores términos que copiamos de una carta dirigida a Urdaneta.

"Debo igualmente manifestar desde ahora que todo "lo que dicen mis oficios en orden a la desafección de "los pueblos de Barinas a la causa de la independencia,

"debe entenderse con respecto al estado de los mismos "pueblos, después de la asombrosa emigración que hubo "en ellos al acercarse las tropas de Yáñez por el mes "de Noviembre último, no quedando en el territorio si-"no muy pocos patriotas que huyeron a los montes, y la "caterva de ladrones y gente soez que lo infestan, y son "los que componen el partido de los opresores en aque-"lla provincia; todos los amantes de la libertad dejaron "su suelo natal y muy pocos han vuelto a él, de modo "que yo encontré las poblaciones desiertas, porque el "resto de sus habitantes se unió al perverso Yáñez, en "fuga hacia San Fernando de Apure". (19)

En este medio hostil, con un escaso contingente, mal amunicionada la infantería y sin poder aprovechar a los ginetes, pues *los caballos, eran más propios para pasto de aves rapaces que para defender una plaza,* García de Sena juzgó peligroso afrontar un combate con las tropas frescas de los llaneros y resolvió encerrarse en Barinas, calculando que podría resistir 10 días y pidió auxilios a Urdaneta.

El socorro no podía llegar oportunamente y el comandante resistió a las duras condiciones que nos describe en su carta:

"Cada vez, pues, me afirmaba en la resolución de "defenderme bajo las trincheras, hasta que llegasen los "auxilios de V. S.

"Entre tanto, los enemigos incendiaban diariamen-"te por distintos puntos la ciudad, atacándonos en me-"dio de las llamas que nos rodeaban y del humo que casi "ahogaba nuestra respiración, pero nuestras tropas im-"perturbables y serenas en medio de aquel laberinto de

---

(19) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 223. Pág. 434.

"fuego, siempre los rechazaron, matándoles e hiriéndo-
"les soldados y caballos.

"A los dos días nos quitaron el agua y desde enton-
"ces, diariamente, debíamos darles un ataque en el río,
"para tomar este artículo tan interesante a la vida, au-
"mentándose de este modo las ocasiones y motivos de
"disminuir nuestras municiones".

Agotado, resolvió romper el sitio, y efectivamente lo hizo, antes del plazo previsto, y se encaminó por Mérida y Trujillo hacia Valencia, evitando a Yáñez que estaba en Guanare.

Mientras la guarnición del Sur sufría este contratiempo, Urdaneta se aprestaba para auxiliarla. Detuvo su avance sobre Coro, dejó cubierta la línea de Carora, ordenó que le siguiera el resto del ejército y marchó a su cuartel de Barquisimeto para formar una avanzada de 200 infantes y algunos ginetes que iba a conducir personalmente. El 23 de Enero llegaba Urdaneta al río Portuguesa y, al vadearlo con su pequeña columna, encontró a las descubiertas de Yáñez instaladas en la ribera opuesta del río, cerca de Guanare. El prudente General contramarchó inmediatamente sobre Ospino, unió sus fuerzas a la de esta guarnición, llamó al destacamento de Araure, juntó así 400 hombres y, mientras iba personalmente a buscar refuerzos a Barquisimeto, ordenó al Jefe de Ospino que se mantuviera hasta la llegada de nuevas tropas.

El 2 de Febrero, se acercaban desde Barquisimeto 200 infantes del *Valencia,* a las órdenes de Gogorza, y, en una feroz acometida contra los ginetes de Yáñez, que pretendió impedirles la entrada de Ospino, el comandante realista cayó herido de muerte. Desalentadas

las tropas de Yáñez huyeron dejando el cadáver de su jefe en poder del enemigo.

Urdaneta, que no alcanzó a participar en la jornada, celebró el triunfo con nuevas consagraciones al trabajo de pacificar el Occidente, tarea cada día más difícil, pues las desafecciones de la población se intensificaban y el segundo de Yáñez, Sebastián de la Calzada, rehacía sus tropas en Guanare.

El nuevo jefe realista era digno compañero de los que conducían a las hordas de llaneros; hé aquí como lo describen Baralt y Díaz:

"Don Sebastián de la Calzada fué simple soldado "del batallón de la Reina el año de 1810, preso y encau-"sado por aquel mismo tiempo con motivo de un hurto, "y libertado de galeras por el movimiento del 19 de "Abril y los desórdenes que se le siguieron. ¡Qué mora-"lidad y qué principios tuviese hombre semejante, ya se "dejará entender: fué en efecto uno de los que más sa-"quearon la tierra; y su dureza, si bien menos feroz que "la de Yáñez y Morales, no produjo efectos menos es-"pantosos".

La tranquilidad de Urdaneta no sería de larga duración; por segunda vez los desastres del centro de la República iban a agotar los frutos de las victorias de Occidente.

El Libertador, que con tanto éxito había escogido a Urdaneta, no fué menos feliz al designar a Campo-Elías para organizar la expedición sobre los llanos; por sus condiciones especiales era el hombre para medirse con Boves. Le trajo Bolívar en su viaje a Caracas, después del triunfo de Araure, y le confió el encargo de levantar una división en Villa de Cura para contener a los lla-

neros posesionados en Calabozo desde el desastre de Aldao.

Debidamente auxiliado con parque y municiones, Campo-Elías reunió un contingente de 3.000 hombres con el cual, siempre contando con las tropas de Mariño, confiaba el Libertador escarmentar definitivamente a Boves que había reunido 7.000 combatientes.

Las bandas llaneras avanzaban en dos divisiones: la más pequeña, a las órdenes del sanguinario Rosete, se dirigía a los Valles del Tuy, mientras el grueso de las fuerzas mandadas por Boves y Morales seguía de Calabozo por Villa de Cura a La Victoria desde donde, si el triunfo les favorecía, podrían operar a la vez sobre Caracas y Valencia.

Campo-Elías se adelantó con su división hasta el sitio de La Puerta, al Sur de Villa de Cura, y allí se vió obligado a sufrir el violento golpe de los ginetes del llano. El jefe patriota distribuyó sus infantes en un terreno que no ofrecía ventajas para la tropa montada y pudo así soportar durante una hora las incesantes cargas de la caballería de Boves; mas, luégo el terror cundió en sus filas; la infantería de su ala derecha, aunque probada en muchos combates, cedió sin que le fuera posible detenerla en su retirada a pesar de arrojarse personalmente en la pelea; el ala izquierda se puso también en fuga y la dispersión se hizo general. Apenas se salvó Campo-Elías con unos doscientos hombres, corriendo hasta La Cabrera, sobre el lago de Valencia.

¡Los llaneros tenían expedito el camino a La Victoria! Herido en el rudo combate, Boves se retiraba por breve tiempo, como el tigre a su guarida, a restañar la sangre que era apenas una gota en el torrente que hacía manar, guiando a los hombres primitivos de los lla-

nos por el camino del crimen; su segundo Morales se encargaba de continuar el avance mientras aquel espíritu del mál podía volver a capitanear su *División Infernal,* como él llamaba a sùs tropas.

Ocurría este desastre el 5 de Febrero de 1814, tres días después del triunfo de Ospino; el caso de Araure se repetía y la causa era siempre la misma: el General de Oriente no comprendía aún sus deberes para con la Patria y dejaba a las solas fuerzas de Bolívar el cuidado de redimirla.

Destruída la división de Campo-Elías, Bolívar se apresuró a conjurar el peligro mayor: la invasión de Boves y, junto con reclutar nuevos contingentes en el manantial inagotable de la sangre caraqueña, pidió a Urdaneta 900 hombres de infantería y dos compañías de los dragones de Rivas-Dávila. El Occidente quedaba casi desguarnecido: con 650 infantes, un piquete de dragones, los campos volantes de San Carlos y Araure y un grupo destacado en Ospino, debía cubrir Urdaneta la zona amenazada por los realistas de Coro y de Guanare.

Ya no era la causa de la Independencia la que había que considerar: era necesario salvar la obra de la civilización acumulada con el paciente trabajo de los colonos; se trataba de librar a los campos de la devastación, a los pueblos del incendio y del saqueo, a los hombres de las torturas, a las mujeres de la deshonra y a las criaturas del exterminio.

El Libertador afrontaría nuevamente la situación con sus propios recursos. La división política interna precipitaba el desastre y la guerra tomaba un nuevo aspecto; no sería ya el combate de César con los Galos, sería la lucha contra el bárbaro; ya no se pelearía por la

libertad, los combatientes iban a inmolar sus vidas para salvar sus hogares.

¡Formidable lección para los conductores de pueblos que no abaten sus pasiones ante la majestad del interés social!

CAPITULO OCTAVO

LA GUERRA BARBARA

I.—Los llaneros.—II.—Las hecatombes de La Guaira y Caracas. —III.—Ribas en La Victoria y Ocumare.—IV—Bolívar sitiado en San Mateo y Urdaneta en Valencia.—V.—Llegada de Mariño.—VI.—Un postrer destello: el primer triunfo en Carabobo.

I

La vida pastoril es, ciertamente, la que reduce a un mínimo la lucha del hombre con la naturaleza; el esfuerzo ordinario no es continuo y, cuando hay que realizar las faenas campestres, ellas resultan agradables, siendo pretexto para reuniones que podríamos llamar deportivas, para entretener las veladas con el recuento de hazañas, para cantar las proezas que los poetas populares transforman en leyendas.

A estas labores fáciles que enlazan a los hombres en las praderas, se añaden los trabajos domésticos de explotación de los ganados, casi siempre a cargo de las mujeres, que se reunen por las mañanas en los corrales y queseras para charlar sobre las bondades de sus hom-

bres y las cualidades de sus hatos y que vuelven a juntarse en los crepúsculos para recordar junto al hogar o en la margen de un pozo, según los climas, los mismos acontecimientos que los pastores rememoran, a cielo raso, en torno de una hoguera o junto al sombreado remanso de algún río.

La normalidad de esta vida no se interrumpe sino por las fatigas extraordinarias para combatir a las fieras o para encararse contra las intemperies periódicas, un río que se desborda o una sequía que se prolonga; pero estas fatigas no alteran el fondo apacible de un carácter ni la sencillez de un espíritu que se conserva casi infantil mientras perdura en ese medio.

Hay diferencias entre los pastores de las llanuras y los de las montañas; los primeros, sin barreras que los separen, tienen ciertas tendencias comunistas; los últimos se apegan al terruño y son por esencia individualistas; aquéllos se dejan guiar fácilmente por un caudillo, que es el jefe no porque sea autoridad sino porque es el más diestro; éstos sólo se agrupan en torno del hombre que ellos eligen, porque buscan alguien que les dé garantía; el pastor de los llanos toma los vicios y las virtudes de su caudillo; el montañés conserva su sello propio inalterable.

Así, en los Pirineos y en los Alpes, se mantiene inmutable el carácter de los primitivos pastores, mientras que, en las estepas rusas, el cosaco guerrero que luchaba antes por el Zar, se va transformando en el hombre que se aplica al bienestar social. Desde los fundadores del pueblo judío, que llevaron sus tribus a la conquista de la Palestina, pasando por Mahoma que mostró a los pastores árabes los caminos que les abrirían un gran reino, hasta Ghengis Khan que fundó el mayor imperio de

Oriente con los nómades del Asia Septentrional, la historia nos demuestra que son los régulos de los pueblos que viven en los llanos, quienes imprimen su propio carácter en esas almas plásticas, por decirlo así. Ahora bien, esos régulos se alzan siempre sobre su propia ambición, disfrazada o no, y llevan a sus hombres a la conquista y absorven ellos el poder.

El tipo del pastor de las llanuras venezolanas y el de su primer caudillo Boves caben dentro de este marco general. Hé aquí cómo describen Baralt y Díaz al llanero: "El clima abrasador de sus desiertos y las inunda-"ciones de su territorio los obligan a adoptar un vestido "muy sencillo, y moran ordinariamente en cabañas a las "riberas de los ríos y los caños, en incesante lucha con "los elementos y las fieras. Sus ocupaciones principales "son la crianza y pastoreo de los ganados, la pesca y la "caza; si bien algunos cultivan pequeñas porciones de "terreno para obtener raíces comestibles. Esta vida ac-"tiva y dura, sus marchas continuas y su necesaria fru-"galidad, desarrollan en ellos gran fuerza muscular y "una agilidad extraordinaria. Pobres en extremo y pri-"vados de toda clase de instrucción, carecen de aquellos "medios que en las naciones civilizadas aumentan el po-"der y disminuyen los riesgos del hombre en la faena "de la vida. A pié o sobre el caballo que ha domado él "mismo, el llanero, a veces en pelo, casi siempre con ma-"lísimos aparejos, enlaza a escape y diestramente el to-"ro más bravío, o lo derriba por la cola, o a usanza es-"pañola, lo capea con singular donaire y brío: un cono-"cimiento perfecto de las costumbres y organización de "los animales del agua y de la tierra les ha enseñado, no "sólo a precaverse de ellos, sino a arrostrar con sus "furores".

Entre estos hombres había reclutado Boves su ejército, "*falange desordenada, como dice Eduardo Blanco, tropel de bestias y de hombres feroces, híbrido hacinamiento de razas en el más alto grado de barbarie, esclavos sumisos y verdugos implacables, ejército fantástico y grotesco por su equipo en que predominaba el desnudo, hordas que ponían espanto y horror*".

En realidad, el juicio de Blanco cuadra con la actitud de esos hombres al ser manejados por Boves y Morales, mas no con sus características fundamentales que son más bien las que les atribuye un autor venezolano que les conoce, el señor V. M. Ovalles. "En la compleja naturaleza del llanero, nos dice este escritor, se "reflejan a un tiempo: la indolencia y la bondad de corazón del indio; la movilidad y la alegría del africano, "y la fortaleza y el ingenio de la raza conquistadora; y "por encima de todo esto el sentimiento genial de los "pueblos pastores por la independencia individual".

Boves y Morales se alzaron sobre estos hombres, les imprimieron los rumbos de sus propias malas pasiones, ahogando los sentimientos que pudieron haber hecho de ellos individuos útiles para el país y no el terror de las poblaciones, como los pinta Blanco.

Boves era impetuoso, valiente, se complacía en la sangre derramada y no se preocupaba de los despojos del combate. Morales era cruel, degollaba a los heridos, mutilaba a los cadáveres y se apropiaba la mejor parte del botín. El primero obraba por odio y el segundo por codicia. Creemos que ambos, sanguinarios por inspiración de venganza o de enriquecimiento, tenían otro objetivo que la devastación y el pillaje, ambos ambicionaban el poder, como los caudillos de todos los pueblos pastores, e iban a tratar de conquistarlo, valiéndose de los

llaneros en cuyas almas maleables pondrían la marca sangrienta de sus propios crímenes, marca que otros caudillos de espíritus más nobles iban a limpiar en las guerras futuras.

Boves era el jaguar y Morales el chacal de la selva y con ellos iba a medirse Bolívar, el león de la sierra, según la pintoresca expresión de Eduardo Blanco.

II

Al producirse el desastre de La Puerta, el horizonte militar de la República se obscureció con las densas sombras que presagian las tempestades.

El Libertador estaba en la línea central de operaciones, ora en Puerto Cabello para atender al sitio, ora en Valencia para vigilar los arsenales; desde allí, con la cooperación de Ribas en Caracas, acumulaba metódicamente los elementos necesarios para que sus tropas, que se extendían hasta los Andes por Occidente y hasta los Llanos por el Sur, dilataran este círculo de su dominio. La derrota de La Puerta trocaba este programa de ensanche en la horrible realidad de un estrechamiento que podía llegar hasta la compresión definitiva, como en los tiempos de Miranda.

Desecha la división de Campo-Elías, el enemigo podía avanzar sin obstáculos a La Victoria; hasta este punto, y no más allá, llegaban las visuales que antes penetraban hasta los llanos. Para evitar el peligro de la *cuña* que Boves podía interponer entre Caracas y el cuartel general del Libertador, fué necesario llamar re-

cursos de Occidente y, esta exigencia primordial, que desguarnecía a Urdaneta, podría provocar su repliegue. Valencia pasaba a ser, por esta causa, el límite máximo del horizonte que antes se extendiera hasta los Andes.

La maniobra conjunta de los españoles, renovada en Diciembre de 1813 y en Febrero de 1814, a pesar de las ventajas patriotas en Araure y en Ospino, inclinaba la balanza a favor de los realistas por el mayor peso de sus éxitos en San Marcos de Guárico y en La Puerta. La esfera del Libertador tendía a reducirse al Lago de Valencia, como en el año de amarguras de 1812.

En verdad, la situación era aún menos favorable; la guerra se prolongaba en un medio poco simpático para los republicanos que se movían con dificultades increíbles en un territorio cuyos habitantes les negaban informaciones, amenazaban a sus correos, que debían ser verdaderos piquetes armados, y favorecían a los montoneros que brotaban por todas partes.

El auxilio del ejército de Mariño era la única esperanza de ver despejarse esta atmósfera preñada de zozobras y, mientras no fuera una realidad, la defensa era el plan inmediato que se imponía; pero debía ser vigorosa, no sólo para ganar tiempo, sino para dañar al enemigo mientras se reclutaban fuerzas para una ofensiva eficaz. Dentro de este programa, los puntos cardinales del marco defensivo eran Valencia, La Cabrera, Caracas y La Victoria.

Bolívar se apresuró a preparar su capital, contra cualquier golpe de mano, hizo fortificar el estrecho de La Cabrera, formó una flotilla en el lago para defender a Valencia e instruyó a Ribas para que marchara a La Victoria, con todos los elementos posibles mientras él esperaba los refuerzos de Urdaneta.

Los desastres de los llanos habían consumido casi 4.000 hombres y ante el Libertador se alzaba el problema formidable de pedir a su pueblo un nuevo sacrificio para llenar sus batallones que en la capital misma necesitaban ser reforzados, pues se temía una insurrección de los presos.

Recibió ésta noticia Bolívar el 8 de Febrero en su cuartel de Valencia, por cartas de Arismendi y de Palacios, Gobernadores de Caracas y La Guaira respectivamente. La situación era gravísima: un fracaso de Ribas en La Victoria dejaba a la ciudad expuesta a todos los horrores de una sublevación que no habría podido contener una guarnición que habrían mermado los auxilios que, ciertamente, se habría mandado a Ribas y cuyos restos estarían desmoralizados por la noticia de la derrota.

El Libertador no vaciló y, comprimiendo sus propios sentimientos, como lo hiciera en Trujillo, expidió las siguientes órdenes:

"A Juan Bautista Arismendi en Caracas. Ordeno a "U. S. que inmediatamente se pasen por las armas todos los españoles detenidos en las bóvedas, con excepción de los que tengan carta de naturalización".

"A Leandro Palacios en La Guaira. Por oficio de U. S. de 4 del actual, que acabo de recibir, me impongo de las críticas circunstancias en que se encuentra esa plaza con poca guarnición y un crecido número de presos. En su consecuencia, ordeno a U. S. que inmediatamente se pasen por las armas todos los españoles presos en las bóvedas y en el hospital, sin excepción alguna".

Profundo examen merecen estos documentos para formarnos conciencia de la responsabilidad de Bolívar.

Acabamos de anotar que tomó está resolución dominando sus inclinaciones y si lo afirmamos es porque los actos anteriores de Bolívar, la política constante de mitigar los efectos del decreto de Trujillo eliminan todo reproche de crueldad. Empero, lo grave del caso exige más que la contemplación de actos lejanos y hemos querido buscar algo que nos ilumine sobre el estado de ánimo del Libertador en los mismos días de esos graves sucesos.

El Dr. Don Vicente Lecuna ha publicado una serie de documentos de los cuales consta que el gobierno republicano, después de sancionada la dictadura de Bolívar, tuvo el proyecto de embarcar a los presos para las Antillas o las Bermudas, lo que es una demostración clara de benevolencia.

A esto agregaremos su declaración de Puerto Cabello, fechada el 28 de Enero de 1814, once días antes de las órdenes que comentamos. "En 7 de Diciembre pasa- "do, dice, expedí un indulto en favor de los incautos "que, engañados por los europeos o guiados de sus pro- "pias desordenadas pasiones, tomaron las armas juntos, "o separadamente, contra el sistema de independencia, y "para su presentación prefijó un mes de término; mas "ahora, no sólo extiendo el referido indulto y perdón ge- "neral a los bandidos y otros individuos americanos, es- "pañoles y canarios que por cualquier pretexto hayan "hecho armas contra la República, igualmente que a los "desertores, sea cual fuere la fecha de deserción, con "tal que todos se presenten con sus armas o sin ellas a "sus jefes o magistrados, sino también hago ilimitado el "dicho perdón para que en todos tiempos puedan pre- "sentarse los que hayan sido y sean o se crean delin- "cuentes. Por tanto, mando a todos los jefes militares,

"civiles y políticos, que en ningunas maneras pasen por "las armas, ni castiguen con dicha pena de muerte, ni "menos arbitrariamente, a ningún individuo de los que "voluntariamente se presentaren, sea cual fuere su ori- "gen, estado y condición, apercibidos del cumplimiento "de esta disposición como igualmente lo serán de la li- "brada anteriormente para pasar por las armas irreme- "diablemente a todos los individuos que sean aprehen- "didos con las armas en la mano o en conspiración". (1)

En virtud de estos antecedentes, que revelan la continuidad del propósito de reducir al mínimum posible los sacrificios de la guerra a muerte, dijimos que el Libertador pronunció la fatal sentencia contra su deseo, como una imposición de las circunstancias a la cual no podía sustraerse sin comprometer su responsabilidad.

Esto absuelve al hombre, mas no es suficiente para justificar al Jefe de un Estado y debemos ir más allá en el análisis de tan grave medida. Ella pudo ser acto de represalia; como tal cae bajo la sanción del derecho de la guerra, si se nos permite esta expresión paradojal para caracterizar un argumento, de esa costumbre que autoriza el *ojo por ojo y diente por diente* entre los hombres enloquecidos como fieras por la pasión del combate, de esa aceptación de procedimientos absurdos que, en la vida privada, serían la destrucción de la base moral de la sociedad. Empero, como quiera que las represalias son admitidas, cabe examinar si la atroz sentencia tenía esta excusa y si ella se basaba en actos análogos del enemigo; las crueldades de otro orden cometidas por agentes anti-republicanos no justificarían la represalia; creemos que en este caso ella no puede fundarse

(1) Vicente Lecuna.—*Papeles de Bolívar.*

sino en igual medida aplicada por los realistas a los prisioneros patriotas.

El Libertador ordenó a su Ministro de Estado, don Antonio Muñoz Tébar, la publicación de un *Manifiesto al Mundo para dar la razón del derrame de sangre de prisioneros españoles como medida que exigían desde algún tiempo imperiosamente la justicia y el interés de casi la mitad del Universo*. Hay en este documento un gran acopio de hechos que se refieren a crímenes cometidos por agentes sanguinarios del régimen monárquico; estos datos no nos interesan para formarnos opinión sobre la materia y debemos meditar únicamente sobre aquellos que a los prisioneros se refieren. Hé aquí el primero que encontramos en el *Manifiesto*.

"La posteridad sabrá que el sanguinario Boves y "Antoñanzas hacían morder a algunos las bocas de los "fusiles para dispararlos en sus gargantas: que otros "aún vivos servían para blancos de las punterías, para "ensayar sus soldados en tirar lanzazos y sablazos. Dos "años han pasado y se ven aún en las empalizadas de "San Juan de los Morros suspensos los esqueletos hu-"manos".

Cita también el *Manifiesto* el caso de Bobare, donde trozaron las piernas y los brazos de los prisioneros hechos allí mismo y en Yaritagua y Barquisimeto y luégo da mayor extensión a la forma de muerte que el jefe español de Puerto Cabello daba a los detenidos en el Castillo de San Felipe.

"Desde el primer asedio de Puerto Cabello los es-"pañoles exponen inevitablemente a nuestros fuegos a "los prisioneros de los pontones, esas antiguas víctimas "del engaño cerca de dos años arrastrando las cadenas o "feneciendo por la falta de alimento o por fatigas pe-

'nosísimas. Aquella abominación se repitió en estos días: "era preciso usar ya de las represalias; y por haber co-"locado de igual suerte a los prisioneros españoles, cua-"tro de los infelices que oprimían fueron al punto fusi-"lados. Ellos mismos nos instruyeron de sus nombres, "de Pellin, Osorio, Pulido y Pointet". (2)

El derecho de represalias aparece fundado; pero la medida es de una dureza tal que nos obliga a buscar nuevos antecedentes para convencernos de su necesidad. ¿Había algún peligro inmediato que aconsejara una orden que se daba sin limitación de ninguna especie, sin exceptuar a ninguno de los detenidos en las mazmorras de Caracas y de La Guaira?

Si recordamos que Bolívar, cuando era simplemente Coronel a cargo de la plaza de Puerto Cabello, la perdió por la sublevación de los prisioneros, auxiliada por el traidor Fernández Vinoni, podemos creer que en los angustiosos momentos que pasaba temió que una rebelión parecida se produjera en Caracas, haciéndole perder su capital. Este miedo ha debido existir, indudablemente; mas este acto indica una pusilanimidad que Bolívar no tenía y, por otra parte, no es suficiente para justificar ante el más benigno de los criterios la horrible sentencia cuyo cumplimiento se encargaba a Palacios y a Arismendi.

No era un simple temor el que aconsejó la durísima resolución de exterminar a los prisioneros; había una amenaza real que el Manifiesto nos hace conocer en doble forma, la de un conato anterior a la orden de Bolívar y la de un complot que se estaba desarrollando en los propios momentos en que los Gobernadores de Ca-

(2) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 224. Pág. 444.

racas y de La Guaira pedían al Libertador que resolviera de un modo enérgico su consulta respecto a la suerte de los detenidos.

"A tantos motivos de indignación se añadió el des- "cubrimiento de una conspiración de los prisioneros de "La Guaira, después de nuestra derrota del 10 de No- "viembre de 1813 en Barquisimeto, conspiración justifi- "cada plenamente, aún con pruebas reales halladas en "las armas que nos ocultaban, en las ligaduras de los ce- "rrojos de las prisiones, y de los grillos de los que los "tenían. Un perdón concedido, prescindiendo de la vin- "dicta pública, se empleó como el noble medio de disua- "dirlos para siempre de sus intentos; confundía su de- "lirante audacia con la severidad descargada sobre diez "de los principales corifeos".

Si la derrota de Barquisimeto fué aliciente bastante para estimular una conjuración de los prisioneros, es fuera de duda que las autoridades republicanas han debido vigilar con ojo muy alerta las relaciones de los detenidos con los agentes realistas en los momentos que aparecían más propicios para un nuevo complot, como eran aquellos en que las fuerzas de Boves derrotaban por segunda vez una expedición republicana sobre los llanos. Los indicios de estas tentativas han debido obrar en poder de los funcionarios que presionaban el ánimo de Bolívar y de esto encontramos en el manifiesto la referencia que copiamos en seguida:

"De acuerdo los prisioneros de La Guaira con Bo- "ves, Yáñez y Rosete, las combinaciones de la sedición "habrían preponderado, si la Providencia no hubiera "puesto en nuestras manos la luz que nos ha guiado en "las tinieblas del crimen. Yáñez por Barinas, Boves por "la Villa de Cura, Rosete por Ocumare nos acometen.

"El complot de los prisioneros se revela entonces con-
"tra el Gobierno, y uniéndose al convencimiento de él,
"los clamores, más vehementes que nunca, del pueblo,
"se dispuso su decapitación".

La conspiración existía realmente y la necesidad de reprimirla, a fin de no aventurar por segunda vez la suerte de la República, como sucediera el 1º de Julio del año 12 cuando el motín de Puerto Cabello precipitó la reconquista, fué la razón que, agregándose a la de represalias, decidió a Bolívar a enviar la orden que reclamaban Arismendi y Palacios.

Pero cabe todavía preguntar si no había algún otro modo de garantizar a la ciudad de Caracas y a la causa republicana contra el levantamiento en masa de los prisioneros. No creemos que el Libertador tuviese medio eficaz para guardar en sus prisiones a los numerosos detenidos cuyo canje había ofrecido en múltiples ocasiones a Monteverde, sin obtener jamás del jefe español la respuesta favorable que deseaba. Para resistir al empuje de los llaneros había llevado Ribas las mejores tropas de Caracas, se habían solicitado de Urdaneta los regimientos escogidos de su ejército y, para formar un destacamento de guarnición en la capital había sido necesario llamar al servicio a todos los hombres hábiles desde 12 a 60 años. Este dato demuestra que Bolívar no tenía cómo contener con eficacia una sublevación que habría traído a luchar, con patrullas improvisadas de niños y de ancianos, a 800 o más hombres aguerridos, gran parte de ellos, y en su totalidad llenos del furor propio de los que han sufrido un largo cautiverio.

Recapitulemos: el Libertador se mostraba dispuesto a la clemencia, según se desprende del decreto de amnistía que copiamos anteriormente; había el peligro real

de una sublevación de los prisioneros; la situación del General Ribas en La Victoria era precaria y la ocupación de Caracas asaltada por los presos era la destrucción inmediata de las únicas fuerzas que se oponían al empuje de Boves; no tenía elementos para asegurar a los prisioneros en sus cárceles. Tales son los datos, eliminando el derecho de represalias, en virtud de los cuales, y en mérito de la responsabilidad superior de salvar a la República que pesaba sobre el Libertador, damos en nuestra conciencia un laudo de absolución por la sangrienta medida que, por estas consideraciones, no puede ser una mancha para su alma y que fué más bien causa de los más grandes dolores que pueden haber acompañado en sus noches de insomnio a aquel hombre que todo lo sacrificaba, aun el juicio que sobre él hiciera la posteridad, a la conquista del ideal que venía persiguiendo desde su juventud, de la causa que él mantenía con el esfuerzo incesante de su propaganda intelectual y de sus fatigas materiales, sin que lograra encontrar en su propio pueblo la amplia base que necesitaba para sus fines.

La dura sentencia, por la cual fueron inmolados más de 800 prisioneros, fué cumplida con sin igual crueldad por Palacios y especialmente por Arismendi y los vituperios de la historia recaen sobre los hombres que pusieron en el cumplimiento de una orden el sello de sus pasiones personales y no sobre el jefe de un Estado que se inspiró únicamente en su deber para con la Patria, sublime majestad a la cual las madres ofrendan a sus hijos, los hombres le brindan su sangre y Bolívar le dió, al dictar los decretos de 8 de Febrero, la honra misma, que es más que la vida, honra que quedaría empañada por largo tiempo mientras el juicio sereno de la

historia, que se cierne por encima de las pasiones, no vinera a precisar las causas de una resolución que ha sido tachada de sanguinaria e inútil y que, en realidad, sin dejar de haber sido lo primero, fué indispensable como precaución militar que el Libertador no podía eludir.

La barbarie con que se habían desarrollado en Oriente los actos de represión del movimiento republicano, los crímenes que habían hecho necesaria la ratificación de la guerra a muerte entablada con los agentes de la monarquía y aceptada por el decreto de Trujillo, y las noticias que estaban llegando desde los Valles del Tuy acerca de las atrocidades de Rosete, lugarteniente de Boves, han podido justificar hasta cierto punto los excesos con que se cumplieron las órdenes de Bolívar entre el 13 y el 16 de Febrero; pero, debemos decirlo con sinceridad, hubiéramos deseado que los jefes patriotas no se mancharan con la fealdad de esos crímenes como lo estaban haciendo los aventureros que, elevados hasta las direcciones militares en tiempos de anarquía para el gobierno español, se entregaron a todos los desmanes que juzgaron adecuados para saciar sus pasiones o coronar sus ambiciosos proyectos; estas manchas recaen solamente sobre esos hombres, ellas no afectan ni a la pureza de la causa de la libertad americana ni al prestigio de España.

III

Mientras el Libertador, agobiada su alma por el decreto que acabamos de estudiar, preparaba elementos en Valencia para venir en auxilio de Ribas, éste ponía al

servicio de la salvación republicana la incansable energía demostrada desde el comienzo de la campaña, el prestigio de sus victorias de Niquitao y de Horcones y el indomable valor que arrastraba a sus tropas al combate en pos de su gorro frigio, que era como la insignia de la República siempre presente en medio de los que le ofrendaban sus vidas en el campo de batalla.

El programa que la situación imponía a Ribas era muy superior a la fuerza con que podía atenderle y sólo sus cualidades especiales permitían acometer la empresa de sujetar a los llaneros que avanzaban, a la vez, por el camino de Cura y Cagua hacia La Victoria, persiguiendo el acceso de Caracas y que se derramaban también por Ocumare y Charallave, buscando el Valle del Guaire para tomar a la capital entre dos fuegos.

Los elementos de Ribas eran siete batallones de infantería, un escuadrón de ginetes al mando de Mariano Montilla y 5 cañones; contaba con el denuedo de sus oficiales y con alguna tropa aguerrida y debía pedir el resto del esfuerzo heroico que necesitaría para triunfar a la juventud de Caracas, enrolada en sus filas con más entusiasmo por la causa que preparación militar para defenderla.

El jefe republicano, con la calma propia de los hombres enérgicos de verdad, abordó serenamente la situación, decidiéndose a sostener el primer empuje de los llaneros que venían por Cagua, atrincherándose en La Victoria, y dejando para más tarde, cuando se decidiera este primer problema o cuando recibiera refuerzos, una expedición contra las columnas que conducía Rosete por el Tuy.

Boves, herido en La Puerta, había confiado el avance de sus hordas a Morales y fué este caudillo con quien

debió medir Ribas su capacidad militar y su valor el día 12 de Febrero, al ser sorprendidas las avanzadas patriotas de La Victoria por la tropa llanera en el sitio del Pantanero. No se amedrentó Ribas ante este primer fracaso; se concentró inmediatamente en el recinto de la plaza, se fortificó, usando los escombros de los edificios derrumbados en el terremoto de 1812, que la pobreza del país no había permitido aún reconstruir; hizo desmontar a los dragones de Rivas-Dávila para que combatieran como infantes; enfiló sus 5 piezas de artillería sobre los accesos del enemigo y dió comienzo a una lucha que, dado el empuje de los llaneros, no se limitaba a los fuegos de fusilería, pues las masas de que disponía Morales penetraban en la plaza misma y el combate era un pujilato de dos multitudes que luchaban cuerpo a cuerpo.

Un escritor venezolano, cantor de las glorias de su patria, ha trazado la fisonomía general de este encuentro en las elocuentes frases que siguen:

"En poco tiempo el encarnizamiento degenera en "frenesí; no es ya una lucha de racionales, sino un "asalto de furias, una acometida de caníbales, una bre-"ga de demonios bañados en sangre.

"En aquella lucha, espantosa y frenética, no hay "tregua, ni piedad, ni perdón: tras el vencimiento está "la muerte, tras la capitulación está la muerte; tras la "menor flaqueza o el mayor heroísmo la muerte ha de "sobrevenir: siempre la muerte; no hay cuartel para el "vencido, ni Boves ni Morales conocen la piedad: caer "en sus manos es caer al sepulcro".

Los actos de heroísmo brotan en ese campo de sangre y de fuego; allí demuestran las abnegaciones de que serán capaces más tarde Blanco, Jugo, Maza y otros

jóvenes oficiales; el Teniente Coronel Carlos Soublette da la medida del coraje con que se distinguirá más tarde en la Popa y en Boyacá y de la serenidad con que marchará por el camino de sus laureles hasta la primera magistratura de una República; muchos dejan sólo recuerdo de su heroísmo como lección para los que quedan y entre ellos el más noble, el más tranquilo, el que se batía con las frialdades del deber, que muchas veces valen más que los simples entusiasmos: Luis María Rivas-Dávila, el que fué nervio de las persecuciones del enemigo en otras victorias, el que salvara a los restos dispersos en la derrota de Barquisimeto, caía al frente de sus dragones y, arrancándose la bala que lo matara, pedía a sus amigos que la llevaran como el último homenaje de amor a su esposa. Ocho horas duraba el sangriento combate; más de la mitad de los patriotas estaban fuera de combate; tres piezas de artillería habían silenciado sus fuegos y el desaliento empezaba a cundir en el reducto cuando, a lo lejos, se divisó una nube de polvo: era Campo-Elías que regresaba de su escapada a La Cabrera, con 220 ginetes salvados del desastre de La Puerta. Con presteza, hace montar el jefe de la plaza a los dragones, cuyo mando confía a Mariano Montilla y le ordena salir oportunamente al encuentro del terrible vencedor de Boves en Mosquiteros, cuyo prestigio infunde nuevos ánimos a los soldados de la Patria. En las últimas horas de la tarde, mientras la caballería de Morales pretendía cerrar el paso a Campo-Elías, sale Montilla a cumplir su deber y luégo, viendo el éxito que alcanzaba la maniobra, ordena Ribas una salida general y las tropas de Morales se pronuncian en la más completa derrota.

En la mañana del siguiente día 13 de Febrero, las

hordas llaneras se presentaron de nuevo en las vecindades de La Victoria; pero el diligente Ribas les sale al encuentro de nuevo y, desmoralizadas ya por el desastre de la víspera, huyen por Pao y el Valle de Aragua, en busca del campamento general de Villa de Cura.

¡Caracas estaba salvada del peligro de Morales! pero quedaba aún la amenaza de Rosete, que el 11 de Febrero había penetrado en el pueblo de Ocumare, cometiendo en él los crímenes que así nos describen Baralt y Díaz.

"Rosete el primero violó el recinto sagrado, pues "sus tropas, después de haber robado y saqueado el pue- "blo, derribaron a hachazos las puertas de la iglesia y "regaron con la sangre de algunos ancianos el coro, la "nave principal y el ara misma de los altares; luégo sa- "cándolos en las puntas de las lanzas, esparcieron por "las calles y caminos sus cuerpos mutilados. La fama "de estos horrores se propagó tan rápidamente, que "cuando llegó Rosete al pueblo de Charallave lo encon- "tró desierto: Caracas se consternó sobre manera, y en "los primeros momentos de sobresalto los vecinos y las "autoridades hicieron cortaduras, fosos y parapetos en "todas las calles que rodean la plaza mayor, con el in- "tento de defender la ciudad a todo trance".

Sin pérdida de tiempo, el General Ribas se encaminó a cortar el camino de Rosete que marchaba sobre Caracas; el 20 de Febrero encontró al feroz llanero parapetado en el pueblo de Charallave. El lugarteniente de Boves inutilizaba su propia caballería; los patriotas pudieron emplear con eficacia a sus infantes e infringirle una completa derrota.

¡La capital podía estar tranquila! Ribas regresaba por el camino de Ocumare y, al contemplar el hacina-

miento de cadáveres que Rosete dejara en este último pueblo, hacía este horrible juramento: *"Los horrores "que he presenciado me hacen a un tiempo estremecer y "jurar un odio implacable a los españoles. Ofrezco no "perdonar medio alguno de exterminarlos".*

Caracas recibía en triunfo a su salvador y Bolívar, que había avanzado desde Valencia a San Mateo, le honraba con el cargo de General en Jefe de los Ejércitos Nacionales; como en todos los casos de sus anteriores triunfos, el héroe de La Victoria no dormiría sobre sus laureles, dedicándose a la organización de nuevos elementos para contener el avance de las tropas realistas que había tenido la fortuna de vencer, pero que se estaban rehaciendo y serían bien pronto una nueva amenaza.

IV

Con su acostumbrada actividad, el Libertador, dentro de los diez días de conocido el desastre de La Puerta, y mientras Ribas perseguía a Rosete, llegaba a San Mateo el 20 de Febrero con los escasos elementos que había podido reunir: sólo contaba con 1.200 infantes, 600 ginetes y 4 piezas de artillería.

Al abandonar la línea central de operaciones de Valencia a Puerto Cabello, Bolívar se vió en la obligación de distraer algunos elementos para contener las guerrillas que se levantaban por todas partes en los alrededores de la laguna; debió dejar guarnición suficiente para que D'Eluyar continuara encerrando a los realistas en Puerto Cabello cuyo jefe Monteverde había sido se-

parado del mando, y, finalmente, preocupóse de dar a la plaza de Valencia algunos hombres para que, a las órdenes del General Juan Escalona, defendieran el parque allí acumulado y, además, conservaran esa plaza que podía ser punto de asamblea en cualquier momento de peligro.

Esto mermaba su recursos de sangre y debía suplir con la elección de un punto adecuado para la resistencia esta escasez que no le permitía tomar la ofensiva contra la invasión llanera. La pericia de los subalternos, la abnegación de las tropas a la cual estaría alentando constantemente y la buena dotación de su parque eran sus elementos de confianza; pero todo esto no bastaba para afrontar con seguridad a la masa enorme de ginetes que acaudillaba Boves. Era preciso buscar un terreno en que los caballos llaneros no pudieran obrar con eficacia y eligió el sitio de San Mateo, un poco al Occidente de La Victoria, en el camino que, por el Norte del lago, comunica a Valencia con Caracas y cercano al empalme de esta vía con la que va a los llanos por Cagua y Villa de Cura.

El pueblo de San Mateo estaba enclavado en una de las mayores heredades de Bolívar que llevaba, así, a su propia casa los peligros del combate, evitando que la ruina recayera sobre otras personas menos pudientes que él y con menos responsabilidades en la contienda.

El sitio elegido se encierra en un valle relativamente estrecho, guardado al Norte por una cadena de montañas entre las cuales las cumbres más importantes son la llamada del Calvario y otra en la cual había una casa de la hacienda del Libertador. Por el Sur, los picos más elevados de la serranía, llamados ambos Puntas del

Monte, enfrentan a las alturas que acabamos de mencionar.

El camino real bordea los cerros del Norte, atraviesa el pueblo de San Mateo y cruza el río que corre por el fondo del valle. Bolívar levantó una trinchera para interceptar esta línea de comunicación y en ella estableció su centro, apoyándose en el Calvario, por la derecha, y en la Casa Alta del Ingenio, por la izquierda. Su avanzada protegía el cruce del río y estaba a las órdenes de Mariano Montilla.

En estas posiciones, esperó el Libertador el ataque de Boves cuyas descubiertas se estrellaron con las fuerza de caballería patriota destacadas en el río. La resistencia vigorosa de este grupo de fuerzas disciplinadas obligó a Boves a retirarse para buscar una plataforma más amplia que le permitiera derramar a sus soldados en un frente más extendido que el estrecho pasaje de un valle. Al siguiente día, el 28 de Febrero, trepaba por las cumbres del Sur, las Puntas del Monte, y sus hordas bajaron hacia el valle cargando principalmente sobre el centro y la izquierda de la formación del Libertador. El combate duraba desde el amanecer hasta las 2 de la tarde y, como el centro y la izquierda patriotas empezaran a manifestar fatiga, Bolívar ordenó que su izquierda, mandado por el Coronel Villapol, presionara con mayor energía sobre las filas de Boves, proporcionándole para este efecto una pieza de artillería. El fuego se hizo más recio en la lucha para apoderarse de las alturas del Calvario y allí cayeron heridos de muerte el Coronel Villapol, que fué sostén de tantas victorias, y el audaz Campo-Elías, que se había batido con éxito en las primeras luchas del centro venezolano contra los hombres de las llanuras. Treinta oficiales patriotas quedaron he-

ridos de gravedad y más de 200 hombres ofrendaron en ese día su sangre a la República.

En la refriega cayó herido Boves y sus tropas, a quienes sólo agrupaba el prestigio del caudillo, empezaron a desbandarse; la retirada se hizo general, en orden disperso, no por el camino dónde habrían sido acuchilladas por la caballería de Montilla y diezmadas por el fuego certero de los infantes de la patria, sino trepando por la alturas de Puntas del Monte, para acudir a Villa de Cura, a custodiar en su tienda al Jefe herido.

Unos días de tregua iba a tener el Libertador y los emplearía en extender sus líneas por la izquierda, a fiin de proteger el parque que instalaba en la Casa Alta del Ingenio, confiando su custodia al Capitán granadino Antonio Ricaurte. Sus tropas se daban un merecido reposo, las caballadas pastaban en los cañaverales de la propia hacienda de Bolívar: pero estas tranquilidades serían de corta duración. Nueve días después del rechazo de Boves, hacia el 8 de Marzo, llegaba al campamento del Libertador la noticia de una nueva invasión de los valles del Tuy capitaneada por Rosete que, en el corto espacio de dos semanas, había logrado reunir una masa de 3.000 ginetes.

La situación de Caracas se hacía en extremo peligrosa y no resistiría al empuje brutal de la columna conducida al pillaje por un verdadero bárbaro, en la más clásica acepción de la palabra. Ante la gravedad del peligro, Bolívar decidió sacrificar su propia posición, privándose de los contingentes que le fueran menos útiles y enviándolos a contener a Rosete; podía desprenderse de algunas fuerzas de caballería, dejando el peso de la defensa a los infantes y disminuyendo la eficacia de las persecuciones en las salidas que pudiera efectuar;

esta medida prolongaría el sitio, pero permitía auxiliar a la capital. Con la prontitud de sus resoluciones, el Libertador despachó el 10 de Marzo una columna de 300 ginetes, a las órdenes de Mariano Montilla, hacia el territorio invadido por Rosete.

Los sitiadores no pudieron oponerse con éxito a la partida de estas tropas y, conociendo que la plaza se debilitaba, empeñaron un vigoroso ataque en la mañana siguiente, 11 de Marzo, siendo rechazados con grandes pérdidas. El Libertador respondió a estas iniciativas con una salida de sus ginetes comandados por Tomás Montilla y Manuel Maza que derrotaron a los cuerpos de caballería llanera que merodeaban por el camino de Valencia, empujándolos en confusión y desorden hasta Cagua.

La dirección de los asaltantes se resentía de la falta de Boves; mas el caudillo ya restablecido volvía al campo el 20 de Marzo y era recibido con júbilo por sus tropas; desde ese momento los asaltos se sucedían continuos y violentos, estrellándose con la tranquilidad de la infantería republicana, bien provista de municiones que escaseaban en el campo realista.

En medio de este batallar de cada instante, un nuevo desastre se anunciaba: la división de Occidente se perdía y Urdaneta estaba encerrado en Valencia; las fuerzas de la República habían sido comprimidas al último límite, eran ya dos núcleos colocados sobre el yunque para recibir el golpe final que las aplastaría. Era nceesario un último esfuerzo, desesperado como el que hacían la heroica guarnición de San Mateo y el propio Libertador que decía a sus soldados: *"Aquí entre vosotros, mis valientes, moriré yo el primero"*.

La respuesta a la comunicación de Urdaneta fué inmediata y precisa: "Defenderéis a Valencia, ciudada-"no General, hasta morir; porque estando en ella todos "nuestros elementos de guerra, perdiéndola se perderá "la República. El general Mariño debe venir con el ejér-"cito de Oriente; cuando llegue batiremos a Boves e "iremos en seguida a socorreros. Enviad 200 hombres "en auxilio de D'Eluyar a la línea sitiadora de Puerto "Cabello, a fin de que pueda cubrir el punto de El Palito, "por donde sería fácil a los españoles enviar pertrechos "de guerra a Boves que carece de ellos".

Privar a Boves de pertrechos, a fin de conservar sus ventajas en la jornada decisiva de San Mateo, es punto capital de estas instrucciones y esto lo deberá hacer Urdaneta aún mermando su brigada, como Bolívar acababa de hacerlo, al enviar a Montilla tras de Rosete. Sacrificio por sacrificio, el Libertador no exigía a los otros nada que no diera el mismo.

¡Defenderéis a Valencia hasta morir! Esta orden llegaba como un grito de angustia a los lejanos campamentos de Occidente y Urdaneta, en este momento supremo, no olvidó la promesa que hiciera al Coronel Bolívar en los azarosos días de las dificultades con Castillo y Santander: *Si para salvar a la Patria bastan dos hombres, contad conmigo.*

Debemos abrir un paréntesis para relatar los sucesos de Occidente que habían tenido por consecuencia el embotellamiento del ejército en Valencia, creando la extraña fisonomía de esta parte de la campaña: los republicanos encerrados, custodiando su capital y sus arsenales; algunos realistas encerrados también, guardando los depósitos de Puerto Cabello, y las grandes fuerzas de la reacción monárquica organizándose en todo el

país. El alma de Viriato necesitaban los patriotas para tener alientos en aquel trance cuyo desenlace fatal les obligaría a exterminar a los suyos con su propia mano, como los héroes numantinos, antes que abandonarlos a las furias de un pueblo que embriagaban de barbarie sus jefes sedientos de venganza.

Urdaneta había ya dado una gran prueba de abnegación, de disciplina personal y de capacidad de mando: el Libertador le había pedido sus mejores tropas para defender el Centro del país y el no vaciló en mandarlas, comprimiendo las protestas de sus oficiales. Conservó sólo 650 infantes, un escuadrón de dragones para su cuartel general de Barquisimeto, y 300 hombres en San Carlos que se daban la mano con pequeños grupos en Ospino y en Araure; estos elementos eran pobrísimos para llenar el programa de pacificación de un territorio amenazado por Ceballos, desde Coro, y por Sebastián de la Calzada, el sucesor de Yáñez, desde Guanare.

El infortunio se abatió sobre Urdaneta en aquella primera década de Febrero preñada de zozobras para la causa emancipadora: el día 2 era derrotado Campo-Elías en La Puerta, el 8 los temores de la sublevación de los presos engendraban la terrible sentencia de muerte sin excepción y el 9 perdía Urdaneta su posición en Barquisimeto.

¿Cómo había caído el cuartel general de Occidente en poder de los españoles? El fracaso, según refiere Urdaneta en sus Memorias, se derivó de las oportunas informaciones que tuvo Ceballos en una marcha desde Coro a Quíbor, en busca de víveres; traía este jefe 1.000 hombre y Urdaneta despachó a su encuentro al Comandante Domingo Meza, con 500 infantes y 25 ginetes, guardando para su escolta 135 hombres de los cuales 25

dragones. Noticiado de esta maniobra, Ceballos contramarchó al punto débil, obligando al General republicano al abandono de Barquisimeto y a Meza, sabedor del fracaso de su jefe, a retirarse a Trujillo.

No creemos que estos movimientos se debiesen al azar de una comunicación oportuna; fueron más bien una estratagema que podía realizar el jefe realista en combinación con los destacamentos amigos que obraban en esas regiones, cuyo dominio real les pertenecía, siendo sólo aparente el imperio de las divisiones patriotas. Las partidas anti-republicanas hormigueaban en el territorio y es indudable que, al moverse Ceballos hacia Quíbor, no ignoraba que Calzada marchaba sobre San Carlos ni que los independientes de Mérida estaban bajo la amenaza de gruesas columnas realistas. Su objetivo real, en mérito de este análisis, era llegar a San Carlos, por Barquisimeto, y su avance a Quíbor fué una falsa maniobra para inducir a Urdaneta a interponerse entre él y los grupos de Mérida. El general independiente no tenía informaciones, en cambio Ceballos ha podido saber que sus oficiales habían discutido el proyecto de retirarse al Sur, para rehacerse en Mérida y Barinas, localidades, por lo tanto, que tendrían interés en defender.

Logró su objeto el comandante de Coro: la brigada de Meza quedaba en completo aislamiento en Trujillo y Urdaneta, con poco más de 100 hombres y batiéndose con las guerrillas de José Vega, Carlos Blanco, Jenaro Ponce y otros, pudo penetrar en San Carlos ya sitiado por Calzada con la infantería del *Sagunto* y del *Numancia* que le legara Yáñez y los ginetes de Ramos, formando un total de 1.800 hombres.

Urdaneta sólo disponía de su pequeña columna y de los 300 combatientes de la guarnición de San Carlos

para afrontar el sitio, como lo hizo, hasta que privados de agua, debiendo comprar en sus salidas al río cada gota con un chorro de sangre, resolvió retirarse a Valencia.

Un destacamento de 180 hombres era toda la guarnición de esta plaza; Urdaneta llegaba con 300 combatientes y con este núcleo se preparó a resistir. Se había reforzado en San Carlos para alejar un ataque inminente sobre Valencia y se organizaría para conservar esta plaza mientras el Libertador se desprendía de la presión de Boves.

Con 480 hombres debía resistir la presión de los 1.800 de la división de Calzada y de los contingentes que no tardaría en agregar Ceballos; la posición parecía insostenible, la orden que recibía de enviar 200 soldados a Puerto Cabello era casi una autorización implícita para capitular. ¿Qué podía hacer con 280 soldados? Para Urdaneta no había dudas: cumplir sus instrucciones, enviar los 200 hombres a D'Eluyar y resistir hasta la muerte, en la espera de los socorros que sólo serían posibles cuando llegara el ejército de Oriente.

Y aquí cerramos el paréntesis sobre la situación de Occidente, tan difícil, tan dura, sino más que la del propio Libertador en el Centro: él tampoco tenía otra esperanza que la llegada de Mariño. Boves, nervioso ante la resistencia inquebrantable de los patriotas favorecidos por su buena dotación de pertrechos que a él le escaseaban, multiplicó los asaltos e ideó una maniobra de sorpresa.

Una fuerte columna debía hacer un largo rodeo por la izquierda sepublicana, pasar por la retaguardia de la altura del Calvario y sorprender la guarnición de la Ca-

sa Alta del Ingenio, donde estaba el parque a cargo de Ricaurte; mientras se realizaba este movimiento envolvente, el propio Boves haría la más vigorosa de sus acometidas por el frente. El plan se llevó a cabo el 25 de Marzo; la infantería venezolana resistió valientemente el tumulto llanero y confiábase en el éxito de la jornada cuando se vió aparecer en la altura del Ingenio la partida encargada de la sorpresa. Un sentimiento indefinible de ansiedad paralizó, por un instante, el combate; la pequeña guarnición de Ricaurte cedía, el Libertador perdía su parque y la independencia de Venezuela iba a recibir un golpe de muerte.

Mas, de súbito la alegría de las filas realistas se trueca en un clamor horrible de espanto; las tropas asaltantes se adueñaban del parque y, en el propio momento, se producía una horrible explosión que las exterminaba. Dejemos de nuevo a la pluma de Eduardo Blanco describir el suceso heroico: "Conflictiva es la situación "para Antonio Ricaurte. La casa confiada a su custodia "no sólo encierra el parque y municiones del ejército, "sino gran número de heridos y mayor cantidad de ni-"ños, mujeres y ancianos, parte de la emigración de los "vecinos pueblos refugiada en San Mateo; contando "apenas para su defensa con tropas colecticias que no "llegan ni a la décima parte de las fuerzas por que se "ve atacado. Su bravura, con todo, se sobrepone a su "material debilidad; palmo a palmo disputa al enemi-"go el sagrado depósito que aquel se esfuerza en asal-"tar. Al fin se ve abrumado por el número y constreñi-"do a desamparar el puésto que custodiara; ordena a los "heridos, a los niños, mujeres y ancianos que aterrados "se agrupan o discurren por todo el edificio, abandonar "la casa e ir a refugiarse a otra parte. Luégo, con gesto

"irreplicable, se hace obedecer de cuantos le rodean: los "soldados que aún sostienen el fuego, descienden a su "turno el recuesto de la colina y, solo, con su heroica "grandeza, aquel predestinado de la gloria, espera al "enemigo que asalta el edificio en medio de atronadores "víctores. Un grito inmenso de triunfo y de alegría re- "suena al mismo tiempo en el campo realista; pero, ins- "tantáneamente, insólita explosión y aterrador estrépito "retumba en todo el valle y densa nube de humo y de "polvo asciende al cielo entre lenguas de fuego y cubre "la montaña".

Ricaurte daba su vida para salvar la del ejército y con ella la causa de la libertad; Boves, no pudiendo contener a sus legiones aterrorizadas y que habían sufrido el certero fuego de la infantería patriota, abandona su posición y, aunque intenta mantenerse aún, levanta el sitio definitivamente el 30 de Marzo.

Bolívar había puesto la tenacidad inquebrantable de sus propósitos en el alma de sus tropas que resistieron un largo mes el sitio de los llaneros; sus energías no estaban aún agotadas, sus municiones iban a escasear, mientras pudieran venir de otra parte y, en esta hora de suprema crisis, venía a economizarle mayores sacrificios el auxilio que buscaba desde los primeros días de su entrada a Venezuela, el apoyo por el cual rogó y suplicó en todos los tonos, el ejército de Oriente que, al fin, se encaminaba a unirse con sus huestes.

Mariño llegaba y Boves, justamente temeroso de ser atacado en el terreno poco favorable para sus ginetes al que lo atrajera el Libertador, se encaminó a los llanos, al encuentro del ejército de Oriente que avanzaba a marchas forzadas, sabedor ya de la angustiosa situación de San Mateo.

Los patriotas iban a salir de las trincheras de Valencia y San Mateo, de los reductos donde tuvieron que encerrarse por la falta de cooperación de las huestes hermanas; la guerra de asedios terminaba y se iniciaría una nueva campaña de recuperación del terreno perdido.

V

La heroica constancia de los jefes republicanos triunfaba de la tenaz acometida de los llaneros no sólo contra la división de Boves, sino también contra las columnas de Rosete, en cuya persecución había enviado el Libertador a Montilla con 300 ginetes desprendidos de sus elementos en los más críticos momentos del sitio de San Mateo.

Las autoridades de Caracas jamás creyeron que pudiera Bolívar sacar ni un solo soldado de su escaso contingente para destacarlo contra Rosete y resolvieron defender la ciudad con sus propios elementos, buscando al enemigo en los valles, a fin de alejar el peligro que se cernía sobre Caracas.

Ribas estaba enfermo y correspondió al Coronel Arismendi la organización de una columna de 800 jóvenes que empuñaban, por la primera vez, un sable o un fusil. Con esta tropa, cuyo entusiasmo no podía suplir su falta de preparación, alcanzó Arismendi a los 3.000 hombres de Rosete el 16 de Marzo, en Ocumare del Tuy.

Las lanzas llaneras destrozaron enteramente la columna caraqueña cuyos ardores juveniles no podían do-

blegar el brazo robusto de los ginetes; Arismendi escapó con uno que otro oficial, llevando la triste noticia a la angustiada capital.

El desastre no abatiría al incansable Ribas; sobre la base del escuadrón de Mariano Montilla, forma una nueva columna de 900 hombres, toma su mando, haciéndose conducir en una camilla, y sorprende el 20 de Marzo a Rosete que se había instalado en Ocumare. Dos horas de combate dirigido por Ribas bastaron para derrotar a las hordas de Rosete, que se puso en fuga, vivamente perseguido por Palacios y Móntilla que recibieron el encargo de aniquilar a los fugitivos.

Ribas salvaba una vez más a Caracas de la invasión llanera y, mientras la capital le tributaba su agradecimiento, sus lugartenientes perseguían a Rosete tierra adentro hasta las vecindades de San Casimiro.

Variadas emociones experimentaron estas fuerzas de avanzada en la tarde del 22 de Marzo: una columna armada les salía al encuentro, sin que pudieran indentificarla; se tomaron precauciones como para abordar a un nuevo enemigo, mas pronto aquella angustia se trocaba en profundo regocijo: eran las descubiertas del ejército de Mariño que, conocedoras de la derrota de Ocumare, perseguían también a Rosete. Tomado el llanero entre dos fuegos, sus ginetes se dispersaron por los montes en la oscuridad de la noche.

En conformidad a los acuerdos celebrados, el ejército de Oriente movió su campamento hacia Aragua de Barcelona a mediados de Enero de 1814; llevaba Mariño 3.500 hombres, principalmente ginetes, y 4 cañones de campaña encaminándose hacia el sitio de Belén como punto de Asamblea. (*Plano número 5*).

La expedición se dividió en cuatro columnas a las órdenes de Bermúdez, Valdés, Arrioja e Isava en la retaguardia del primero. Con el propósito de limpiar el trayecto de las bandas enemigas que lo infestaban, dando garantías a los habitantes expuestos al saqueo y al asesinato, y también para guardarse las espaldas en la emergencia de un fracaso, Mariño despachó a Valdés y a Arrioja hacia Tucupido y el Orinoco, logrando éxito estos jefes en las misiones que se les encomendaron.

La concentración prevista por Mariño en Belén se realizó sin más retardos que los exigidos por estas expediciones de seguridad y, reunido su ejército, tomó la vía de los valles de Aragua, poniéndose en contacto el 22 de Marzo con las tropas que habían derrotado a los llaneros en Ocumare.

La reunión de los ejércitos de Oriente y de Occidente, tan deseada y tan buscada por Bolívar, se realizaba al fin. Mariño traía tres mil quinientos hombres y la columna de Montilla contaba 500 soldados. En el pueblo de San Sebastián se reorganizaron las tropas, fatigadas unas por la larga marcha y por los recientes encuentros las otras; se tomaron las medidas de abastecimiento de la división y, con Montilla como Jefe de Estado Mayor y Palacios como jefe de avanzada, se encaminó Mariño hacia Villa de Cura para salir al gran camino que, desde Caracas a Valencia, por San Mateo y La Cabrera, era como el eje de las operaciones de la campaña.

Esquivó en su marcha el ejército venezolano los parajes de La Puerta, de fatal memoria por el desastre de Campo-Elías, y siguió hasta Boca-Chica sin que Boves lograra encontrarle en el sitio de su anterior victoria. Las fuerzas del llanero eran iguales en número a

la división republicana y, como quiera que ésta lo aventajaba por la mayor pericia de sus oficiales, el éxito no parecía dudoso.

El 31 de Marzo, Mariño hizo avanzar, ya a la vista de las bandas de Boves, la descubierta de Montilla, a fin de revelar bien las posiciones enemigas, y con instrucciones de no presentar combate sino de retirarse para atraer al ejército realista al campo elegido. Maniobró Montilla conforme a las instrucciones recibidas y, ante el ataque de las columnas enemigas, se replegó en buen orden para formar el centro de la línea de batalla patriota que cubrían, por la derecha, Bermúdez y, por la izquierda, Mariño en persona.

Desalojó Bermúdez a Boves de las posiciones que ocupaba en una altura; entre tanto, el centro, formado principalmente de tropas occidentales, resistía impávido todas las cargas de los llaneros. El combate se prolongaba, irritando las impaciencias del jefe realista que tomó la decisión de abrirse camino por su derecha, acometiendo las posiciones de Mariño. El jefe del ejército oriental se cubrió con una avanzada de 200 infantes y el fuego de un cañón, elementos que amedrentaron a los ginetes enemigos y provocaron la derrota de la derecha realista.

El desbande se generalizó y, por más esfuerzos que hicieran, no pudieron los capitanes de los llaneros contenerlos en su desordenada fuga; sin embargo, en la tarde del propio día, Boves reunió algunos ginetes e intentó un ataque a la desesperada; las líneas patriotas, entonadas por su primer éxito, lograron rechazar definitivamente a los llaneros que partieron por Güigüe, al sur del lago de Valencia, hacia la plaza que mantenían asediada Ceballos y Sebastián de la Calzada.

Bolívar, por su parte, despachaba en seguimiento de las tropas dispersas de Boves, a Tomás Montilla. Esta determinación de Bolívar, que se ponía en práctica al día siguiente de haber levantado Boves el sitio de San Mateo, fecha del éxito de Mariño en Boca Chica, se debió a la necesidad de perseguir al enemigo, medida que el general en jefe del ejército de Oriente no había llevado a cabo por falta de municiones. El Libertador suplía este defecto y ordenaba a las fuerzas orientales que se encaminaran a Valencia por el norte de la laguna.

Con aquella inquebrantable actividad que le caracterizaba, Bolívar se adelantó a la marcha de sus tropas, cruzando en la noche la laguna en una pequeña embarcación desde Güigüe hasta los Guayos, para ponerse al habla, tan pronto como le fuera posible, con el General Urdaneta.

Al siguiente día del triunfo de Boca Chica, ya está Bolívar al corriente de las necesidades de Valencia y con un programa formado para continuar las operaciones; sin desmayar, regresa a celebrar la primera conferencia personal con Mariño en La Victoria, el día 2 de Abril, y tres días después instalaba su cuartel general en Valencia, libre de la presión que sobre ella ejercían las fuerzas combinadas de los realistas de Coro y de Barinas.

La persecución ordenada por Bolívar vino a completar la jornada de Boca Chica en cierto modo, pues el comandante Montilla causó grandes destrozos en las filas de los dispersos realistas, haciéndoles prisioneros, tomándoles caballos y apropiándose del pertrecho de guerra que abandonaban. Al llegar los fugitivos al punto de reunión con las fuerzas sitiadoras de Valencia, debieron dar informes exagerados sobre los elementos de

los republicanos y en virtud de ellos, el capitán general Cajigal, que mandaba ya en Jefe las fuerzas realistas, decidió el levantamiento del sitio.

Cajigal se encaminaba por Tocuyito a rehacerse en San Carlos y Boves volvía a los llanos por la ruta del Pao.

La guerra tomaba un nuevo aspecto y, en líneas generales, la situación era parecida a la del mes de Octubre o Noviembre del año 13 antes de las concentraciones que produjeron la victoria de Araure en Occidente y la derrota de Aldao en los llanos del Guárico; los programas debían ser fundamentalmente los mismos, con más las mejoras que la experiencia dictara; pero el país no estaba en situación de ofrecer a la causa de la libertad recursos de hombres y de elementos de guerra de toda especie para cubrir con eficacia los ataques que pudieran venir por el centro y los avances de los realistas de Occidente.

Agotado el país, ya no era posible formar dos cuerpos de ejército para dominar a la vez el centro y el occidente y el nuevo plan debía inspirarse en la rapidez de maniobras que permitieran dar un golpe a Cajigal en un rumbo, aniquilarlo o debilitarlo profundamente y moverse con suma presteza y con todo el núcleo del ejército a detener las nuevas invasiones llaneras que se reclutaban en una fuente que parecía inagotable en hombres y en recursos.

El Libertador, sin dejar de cubrir a su capital, sin paralizar el sitio de Puerto Cabello, dedicóse a llenar los cuadros de su ejército y a preparar una nueva asamblea para atraer a los enemigos Occidente, librarse de ellos tan pronto como le fuera posible y no dar tiempo a Boves de reformarse por tercera vez en los llanos.

VI

Bolívar organizó, sobre la base del ejército de Oriente, una división de 2.800 hombres de los cuales 2.000 eran de infantería; puso este contingente a las órdenes del General Mariño y lo destinó a la observación, principalmente, de los movimientos de Cajigal, teniendo también como objetivo el que se trasportara a los puntos en que pudiera vivir, pues los recursos escaseaban de tal modo en Valencia que las tropas, como dice Urdaneta, se alimentaban con carne de burro o de caballos, teniéndose por manjar delicioso la de gato o de perro.

El primer campamento para la división de Mariño debía ser el Tinaco, pueblo sobre el río de su nombre que mora al oriente de San Carlos: la situación estaba bien escogida para observar al enemigo y para proveerse de los artículos necesarios de subsistencia. Además, allí debía reparar el parque y esperar municiones.

Algunos días antes del 16 de Abril, el General Mariño recibió el aviso de que Cajigal había evacuado el pueblo de San Carlos, distante unas 6 leguas de Tinaco, y se propuso ocuparlo sin tardanza; el General Urdaneta, que actuaba como Jefe de Estado Mayor, le hizo presente que no había ventaja alguna en tomar una posición evacuada por el enemigo tan cercana a la suya de Tinaco, y mucho menos, moviéndose hacia ella sin las municiones necesarias. Por otra parte, el prudente Urdaneta le aconsejaba la verificación de la noticia, que bien podía ser un falso aviso, antes de tomar resolución alguna.

El General Mariño, con las impaciencias de la juventud, tal vez con el deseo de ocupar una plaza que acababa de ser teatro de hechos heroicos, decidió su marcha sobre San Carlos y, en la mañana de la fecha citada, el 16 del mes de Abril, se encontró en el riachuelo Orupe, que media entre Tinaco y San Carlos, con las avanzadas de Cajigal.

Falto de municiones como se encontraba, debió regresar a su campamento; pero, confiado siempre en el aviso que recibiera continuó hacia San Carlos.

El jefe realista le esperaba en la llanura llamada del Arao con un cuerpo de 2.500 hombres, en cuyo centro se agrupaban los infantes guarnecidos por grupos de caballería en las alas. Obligado a presentar combate, Mariño adoptó una formación parecida: Bermúdez ocupaba unas colinas en la derecha patriota, Valdés se situaba en el centro, Montilla y Ayala dirigían la izquierda con tropas del ejército de Caracas; la caballería guardaba los extremos y el general Mariño guardó para reserva dos escuadrones y un grupo de infantes que, marchando a retaguardia, debían incorporarse pronto.

La función de armas del Arao es la más peregrina de cuantas hallamos encontrado descritas, y no podía ser de otro modo, pues en ella iban a actuar un hombre con la experiencia y la calma de Cajigal y un joven de 25 años envanecido con otros triunfos que, ciertamente, no eran fruto de su experiencia militar.

En las posiciones que hemos descrito, las tropas realistas se mantenían a la defensiva y Mariño, temeroso tal vez de agotar sus pocas municiones, imitaba esta conducta. Hacia las cuatro de la tarde, la caballería del ala derecha realista amagó la posición de Montilla y de Ayala, lo que hizo necesario reforzarla con un des-

tacamento que se encargó de dirigir el propio General Urdaneta. Esta maniobra fué más bien un simple amago de Cajigal, cuya intención efectiva era la de producir una vacilación en la línea republicana para dar un fuerte ataque en las posiciones de la derecha ocupadas por Bermúdez. En el momento que juzgó oportuno, lanzóse la caballería de la izquierda de Cajigal, asaltó en un violento esfuerzo las colinas que defendía Bermúdez, huyeron las tropas de éste y los ginetes victoriosos de la izquierda realista tomaban por la retaguardia a la infantería patriota, al propio tiempo que igual movimiento se pronunciaba en el ala defendida por Montilla, que se vió envuelta por la caballería de la derecha de Cajigal.

La infantería realista no había disparado un solo tiro y con dos movimientos de caballería bien combinados quedaban todos los infantes de la República entre los posibles fuegos de los batallones realistas y los sables de sus ginetes. Faltó la calma a Mariño y a Cedeño que huyeron, dejando abandonadas sus tropas cuya pérdida habría sido total si Urdaneta, con su pequeño destacamento de reserva, no hubiera organizado la retirada y si el jefe español hubiera procedido con mayores actividades.

En la noche, las fuerzas tan ligeramente comprometidas por Mariño acampaban en el sitio de Las Palmeras; allí se presentaron Mariño y Cedeño, a quienes se creían perdidos en el combate. Al llegar a Tinaco, se encontraron los destrozos de cajones que contenían parque y municiones, despedazados por los fugitivos a fin de que no cayeran en poder del enemigo; estos elementos habían llegado algunas horas después de aquella en que el General Mariño tomaba la determinación de

avanzar sin esperarlos, exponiéndose al revés que acababa de sufrir. La noticia de este desastre sorprendió a Bolívar en los momentos en que con fuerzas suficientes proyectaba un ataque definitivo sobre Puerto Cabello, operación que debía postergar en vista de la inminente amenaza de un avance de Cajigal hacia el centro de la República, despejado como se encontraba ya su camino por la derrota de Mariño en el Arao.

Esta acción de guerra dió positivas ventajas al ejército realista, sin contar con el desconcierto que se introducía en la dirección republicana de la guerra. Cajigal pudo avanzar hasta las posiciones que son como la puerta de Valencia, recorriendo por Tinaquillo y Taguanes el propio camino que siguiera Bolívar en su campaña de glorias de 1813.

El Libertador, por su parte, no obtenía nada de lo que se propuso conseguir con destacar a Mariño hacia Tinaco; perdió el terreno de aprovisionamiento para su ejército y su situación era casi tan difícil como si estuviera sitiado en Valencia. Le era indispensable ensanchar el sector disponible y Bolívar, aún sin recibir los refuerzos debidos, salió de Valencia el 16 de Mayo para contener a Cajigal en sus avances. Encontróle en el río Guataparo, cerca de Tocuyito, y el Libertador formó sus líneas, apoyando su derecha en los bosques de la ribera. El Capitán General, recordando la fórmula de su éxito en Arao, se tendió en ángulo recto por la izquierda de los patriotas, teniendo a su caballería como cabeza de línea para el propósito manifiesto de tomar a Bolívar por la retaguardia. Ante esta amenaza, el ejército patriota giró sobre su derecha, apoyando su espalda en el bosque, y en estas posiciones se inició un combate flojo, cuyos fuegos se suspendieron por una violenta llu-

via que hizo degenerar el encuentro en una serie de duelos personales al arma blanca.

El 18 de Mayo, Bolívar se replegaba a Valencia y Cajigal contramarchaba a la sabana de Carabobo, desde donde podía vigilar, a la vez, a Valencia y a los caminos de San Carlos y del Pao, llaves de los accesos al lejano Occidente y a los llanos centrales.

Ambos jefes deseaban obrar rápidamente y es curioso anotar que era una misma la causa de este impulso; Cajigal encontraba mil dificultades para hacerse obedecer de los caudillos que había introducido en su ejército el reclutamiento de llaneros por Yáñez y de indios por el cura Torrellas en Coro. El Libertador tenía que dominar las intranquilidades de las tropas orientales que se mostraban descontentas en servicios más activos que los desempeñados en sus provincias; estas perturbaciones llegaron hasta el motín que, descubierto a tiempo, se redujo a la fuga de 200 soldados que fueron detenidos y recibieron el feroz escarmiento de una *quinta* frente al ejército formado para fusilarlos juntos con los cabecillas. La indisciplina estimulaba la acción rápida de los generales enemigos.

Cajigal, que ya había reunido 6.000 hombres, avanzó sus descubiertas el 20 de Mayo hasta las cercanías de Valencia; pero, encontrando a los patriotas en buena postura, regresó a Carabobo. Bolívar, con los refuerzos que le trajera Ribas de Caracas, tenía un cuerpo de 5.000 combatientes y se decidió al ataque definitivo. En la tarde de 26 de Mayo, salió de Valencia, terminando su primera jornada en Tocuyito. Al siguiente día acampaba el Libertador en la sabana de Carabobo y, después de los reconocimientos ordinarios, se trazó el plan para una acción en la madrugada siguiente.

En la desamparada sabana sólo había una miserable casita y allí fué necesario guardar el parque y el armamento de infantería para guarecerlos de una fuerte lluvia, quedando armados sólo los centinelas indispensables y el campamento bajo la custodia de patrullas de caballería y la salvaguardia de la celosa inspección personal de jefes y oficiales en servicio nocturno.

En la madrugada del día 28, pasaron los patriotas una grieta boscosa que prolongaba las quebradas por la sabana y, tras un ligero tiroteo con la descubierta enemiga que vigilaba esta posición, se formaron las líneas de combate en la forma que sugerían las posiciones enemigas.

El ejército realista estaba en el fondo de una herradura formada, como rumbos generales, por un contrafuerte de la cordilllera en el Occidente, un ramal desprendido de éste y llamado serranía de las Hermanas por el Sur y, por el Oriente, un terreno quebrado que empalma con las alturas que dibujan la hoya hidrográca del lago valenciano.

Cinco cañones tenía en su frente la línea realista, protegiendo el grueso de la infantería que se extendía entre dos colinas cubiertas de tropa y dotada de un cañón la de la izquierda; la caballería, abrigada en los bosques se apoyaba en las colinas, prolongándose por ambas alas a modo de antenas. La reserva de Cajigal era la tropa española escogida del regimiento *Granada.*

El plan realista era evidente: el jefe se prparaba para efectuar movimientos de flanqueo, como los de Arao y Guataparo, y Bolívar se formó, en consecuencia, en una doble línea para coger a los asaltantes como en una tenaza.

Las divisiones patriotas de Bermúdez, Valdés y Florencio Palacios, con un escuadrón de caballería y dos cañones en cada flanco, formaban la izquierda, el centro y la derecha de la primera línea que mandaba Urdaneta.

A retaguardia, bajo la dirección de Leandro Palacios, figuraba la caballería en el centro y los infantes de reserva en las alas. En esta sección estaban el Libertador, Mariño y Ribas y tras de ellos el parque.

Cerca de la una de la tarde, rompieron el fuego los realistas; Urdaneta respondió con firmeza y organizando el avance con su espíritu disciplinario que sabía obtener de sus tropas el máximo de fuerza. El impulso patriota precipitó el acostumbrado flanqueo de Cajigal, desprendiendo su caballería de la izquierda, convenientemente reforzada, sobre la derecha del Libertador.

Sgún Urdaneta, los ginetes de Cajigal llegaron a colocarse entre la primera y segunda línea de Bolívar, lo que no ha podido suceder sino arrollando la caballería patriota, en cuyo momento fué auxiliada por la reserva, precipitándose los realistas a escape por entre las dos líneas, sin comprometerse, para reunirse con las tropas montadas de la derecha española y emprender juntas la fuga en el momento en que la infantería venezolana decidía el combate.

Esta narración, que encontramos en las memorias del General Urdaneta, nos parece un poco inclinada a manifestar la participación decisiva de su propia línea y aceptamos otras versiones más verosímiles. Es fuera de duda que el rápido avance de la infantería provocó la carga de los escuadrones realistas y que éstos hicieron vacilar a los ginetes del Libertador hasta el momento en que, empeñadas las reservas de Leandro Palacios, huye-

ron los caballos de Cajigal por su propio flanco. Derrotados en su frente los infantes realistas y en fuga la caballería del ala izquierda, el pánico cundió en sus filas y la retirada se hizo general y violenta, la caballería hacia el Pao y la infantería por el camino de Tinaquillo.

Dejó Cajigal en el campo su artillería, 500 fusiles, gran cantidad de municiones, víveres, ganados, caballos, sus equipajes y hasta sus papeles.

Ocho banderas tomadas al enemigo formaban los trofeos de esta victoria en que, una vez más, derrotaba Bolívar a los jefes españoles de Occidente. La persecución se hizo con actividad, aumentando el número de prisioneros cogidos en el campo de batalla, Bolívar avanzó hasta Tinaquillo para darse cuenta de los resultados generales de la persecución y apreciar la influencia total de un triunfo obtenido gracias a la concentración de todos o casi todos los recursos disponibles de hombres.

El destino venía marcando cada victoria en Occidente con un fracaso en el centro; los esfuerzos del Libertador habían logrado restablecer por dos veces el equilibrio, agregando a la sangre de San Marcos del Guárcio y de La Puerta, las vidas inmoladas en las resistencias de La Victoria, San Mateo y Valencia y en los encuentros de Charallave y de Ocumare, conjunto de actos heroicos cuyos sacrificios de patriotas, principalmente caraqueños, sobrepasaban al auxilio de hombres del ejército de Oriente, cuya oportuna llegada habría salvado millares de vidas para el progreso venezolano que pudo consolidarse en las tranquilidades de la paz mediante la destrucción de las hordas llaneras en su primera acometida.

La tenacidad de Boves iba a renovar, por tercera vez, la dolorosa situación y Bolívar se encontraba en la más

angustiosa de sus cavilaciones, en la solución de un problema según su ideal y que ya otros elementos superiores a él habían decidido en diferente forma. Esta primera batalla de Carabobo era una chispa de gloria arrancada al pedernal por el acero de la voluntad de Bolívar y no la luz permanente de la libertad mantenida por el amor de un pueblo, como era su anhelo.

El fracaso se aproximaba y para formarse un juicio es preciso analizar todos sus factores, sin concretarse a la influencia personal de la figura predominante en el drama teribe que se iba a desarrollar.

CAPITULO NOVENO

EL DESASTRE

I—La situación general.—II.—Entre dos catástrofes: La Puerta y Aragua.—III.—El manifiesto de Carúpano.—IV.—El alma venezolana.

I

Hay censores cuya reputación de *sesudos homes,* como decía el romancero, conquista a su público con la excesiva serenidad de juicios que se aceptan porque son desfavorables y porque así lo quiere esa perversidad instintiva que acoge con una sonrisa la calumnia contra la virtud de toda mujer bonita y los reproches contra la honradez de todo hombre que triunfa, nubarrones que arrancan de las aguas muertas de la envidia esos mismos fulgores de la belleza o del genio y que suben hasta ellos como la tempestad cubre al sol; la belleza y el genio siguen brillando como el sol, más arriba de la tormenta que no les afecta.

Nuestras Repúblicas han tenido la misma suerte de la hermosura que encanta y de la inteligencia que domi-

na; eran una juventud triunfante que interesó a los censores, que vaticinaron sobre ella por las apariencias y cuyos juicios adversos se derramaron por el mundo y fuímos llamados el *Continente enfermo*; y, como consecuencia, los pobladores y los gobernantes eran los gérmenes de nuestro propio mal.

La verdad es sustancialmente distinta; nuestras democracias bajo diferentes formas han luchado un largo siglo para extirpar males que no eran engendro de sus fundadores sino frutos de las deficiencias directivas del régimen colonial y reflejos de los acontecimientos de otros países. Eramos más bien un *Continente sano* que se redimía, con sangre a veces, de las culpas ajenas.

Veamos el caso de Venezuela en el momento de la Independencia. Si entendemos por deber de gobernar el que se aplica al perfeccionamiento de los pueblos en su materialidad y en su espíritu, no podemos decir que Venezuela estuviera gobernada a comienzos de la pasada centuria; ni escuelas para el pueblo, ni organización de las fuentes productivas, ni facilidades para el intercambio de riquezas, nada de esto existía en una colonia que era fuente de tributo para la metrópoli y de prosperidad personal para sus representantes y nada más.

La línea crítica en la evolución humana que se atravesaba en aquellos años, sorprendió a los pobladores de Venezuela en situaciones diversas: la masa era indiferente, los que viven para medrar observaban cuidadosos de su porvenir y sólo algunos escogidos recibieron el impulso de los nuevos ideales; éstos desencadenaron la lucha por dictado de conciencia y no son más responsables de los desastres que lo que fuera el Cristo de las inmolaciones de sus mártires. Si la colonia hubiera tenido la educación que debió darle el régimen anterior, la obra

de las nuevas doctrinas habría sido de penetración continua y la lucha una discusión política en vez de un holocausto de vidas.

Esto era fundamental y sobre ellos se desenvolvió lo accidental que precipitó la catástrofe; la Madre Patria entraba a las luchas por la libertad, en la forma que tuvieron en aquellos años de una contienda que fué mundial, tanto como ha sido universal también la reciente guerra por la justicia social; comprometida España en el conflicto europeo, sus colonias se vieron más aisladas aún, abandonadas como no fuera para mantenerlas uncidas; por esta circunstancia el descontento creció sobre la base de las privaciones materiales de pueblos que se empobrecían en el aislamiento comercial.

A las dificultades de los reformadores para luchar contra la indiferencia, se agregaba el tropiezo de combatir en la pobreza, en la miseria que venía de otras causas, pero que la masa achacaría a quienes desencadenaron las guerras emancipadoras, a los que pedían hombres y dinero. Acudieron los soldados en los días de entusiasmo, muchos se ligaron a la causa sinceramente y muchos también se alejaron a medida que el éxito se esfumaba o que la miseria los abatía; en cuanto al dinero, se dió todo el que existía, hasta la plata labrada de los templos.

Y en el correr de los años, los campos se despoblaron y dejaron de producir, los hombres estaban sobre las armas, en las tropas regulares o en las montoneras, y a todo Venezuela podrían aplicarse estas palabras de Urdaneta: "Lo más importante era almacenar subsis-"tencias, lo que no era fácil, porque entonces a muchas "leguas de Valencia, no se conseguía una res y la lagu-

"na que proveía de granos estaba cubierta de partidas "enemigas".

La guerra era una desolación en las provincias ocupadas por los patriotas y lo era tanto más cuanto que las necesidades de sus habitantes más civilizados eran superiores a las que sentían los pobladores de las provincias dominadas por los generales españoles o por caudillos que aspiraban al poder, como Boves y Morales.

Las ambiciones de éstos agrupaban a los llaneros, otros caudillos secundarios se alzaban también y muchos hombres se agrupaban para vivir del pillaje, no teniendo ni educación ni ocasiones para consagrarse al trabajo. Sin base de moral colectiva, que no supo crear la colonia, el edificio se derrumbaba y era inútil el esfuerzo de los libertadores para afirmar la plataforma de la Independencia, que era la responsabilidad nacional como cimiento del futuro. Los republicanos no tenían garantías, debían concentrarse en las ciudades, Caracas o Valencia, o seguir al ejército; era la *patria ambulante*, según la dolorosa expresión de Urdaneta.

La causa se perdía, apoyada únicamente en las fuerzas internas; Bolívar pensó en el auxilio extranjero en forma directa, mediante el envío de naves de guerra, o bien indirectamente para hacer cesar las hostilidades. Mientras preparaba la batalla campal que se decidió en Carabobo, daba instrucciones a Lino Clemente y a Juan Robertson para que, como Agentes Extraordinarios, negociaran sobre esas bases con el gobierno británico. (1)

Entre tanto, sólo a sus propios elementos podía pedir la solución de un problema que ya no era propiamente militar sino de amparo para las masas errantes

---

(1) O'Leary.—Tomo XIII.—Doc. 231. Pág. 459.

de patriotas, de custodia para las ciudades, de salvar los restos del país civilizado de los peligros de la llegada inminente de nuevas bandas del Apure y del Orinoco.

¿Qué hacer después del triunfo de Carabobo? No podía abandonar el sitio de Puerto Cabello; ni perder el arsenal de Valencia; ni dejar de perseguir a Cajigal cuya caballería podía unirse con las bandas de Boves y el resto de sus tropas acometer a Valencia desguarnecida; ni mucho menos le era posible no oponerse a la invasión de los llaneros.

Para todo esto tenía unos 5.000 hombres, número que dejaba al azar la destrucción de un nuevo ejército en Occidente y que era insuficiente para oponerse al ataque de Boves.

Dos soluciones se presentaban, de paz la una, de guerra la otra: o negociar un arreglo, lo que no era posible porque no había con quién tratar, salvo si se obtenía la mediación inglesa como lo deseaba Bolívar; o continuar las hostilidades.

La solución de guerra tenía a su vez dos aspectos: activo el uno, defensivo el otro. El éxito del primero requería la concentración de todas las fuerzas para dar un golpe a Boves en los llanos, volviéndose en seguida, con la rapidez del rayo, sobre las fuerzas de Cajigal que no habrían vacilado en marchar sobre Caracas por Valencia. Un triunfo sobre el caudillo llanero costaría muchos sacrificios y la empresa de extrema agilidad presentaba las desventajas de una lucha después de un debilitamiento extraordinario; una derrota era aniquilar de un sólo golpe el ejército libertador tomado entre los fuegos de Cajigal y las lanzas de Boves.

Quedaba el aspecto defensivo, la solución que se aceptó después del desastre de Campo-Elías en La Puer-

ta, mientras se organizaban nuevos contingentes. Dentro del marco de esta solución cabía la protección de los patriotas y el amparo de la emigración que seguía al ejército, necesidad social, política, humana, que debía pesar considerablemente en las decisiones.

En resumen, la concentración del ejército en un solo cuerpo para dar un golpe a Boves y volver sobre Cajigal ofrecía mayores peligros que ventajas: era un golpe de fortuna en que se arriesgaba el todo.

La división de las fuerzas para desarrollar un programa defensivo, como el que contuvo a Boves en La Victoria, sin privarse de contener a los elementos de Occidente, parecía más justificado por la experiencia anterior, era impuesta por la necesidad de proteger a los partidarios de la causa y sería un éxito si el país diera aún los elementos que proporcionó para combatir en Charallave, Ocumare, La Victoria y San Mateo. Un fracaso parcial dejaba siempre la posibilidad de rehacerse en otra parte, sin perder todo el territorio, de una sola vez, con todo el ejército.

Contra la voluntad de muchos de sus generales, adoptó el Libertador este plan defensivo que las necesidades y las condiciones del país le imponían, sobreponiéndose a las exigencias simplemente militares de un golpe único que, aún suponiéndolas libres de toda crítica, no podían aplicarse por consideraciones superiores al problema estratégico: no se podía arriesgar en un solo encuentro la defensa nacional completa y la población misma adicta a la causa republicana.

Dividió, pues, sus fuerzas; Urdaneta quedaba con 700 hombres en Occidente; 500 soldados a las órdenes de Escalona guarnecerían a Valencia; Jalón con 1.100 combatientes iba al Pao a perseguir la caballería de Ca-

jigal, en cuyo rumbo podía también hostilizar la concentración de los llaneros; por fin, Mariño con 1.500 infantes, 700 ginetes y 100 artilleros marchaba a Villa de Cura, por donde de nuevo amenazaba Boves y esperaría allí los refuerzos que el Libertador pudiera reunir en Caracas.

El problema era de esos que se llaman indeterminados, pues son más las incógnitas que las relaciones que existen entre ellas; la solución elegida por Bolívar era tan buena como cualquiera de las que proponían sus críticos y las superaba por su aspecto de seguridad social; el fracaso no es base para censurarla, como el éxito no lo es para sancionarla; en realidad. el aspecto militar era secundario en una cuestión que ya habían resuelto las condiciones de fatiga moral y material del país.

II

No cedió el gobierno español en su empeño para pacificar las colonias sublevadas durante el régimen de vicisitudes de las guerras napoleónicas y más firme habría de mostrarse aún cuando la caída del emperador restablecía la normalidad de la situación. En el año de 1814 la reconquista estaba ya organizada casi en todas partes y era especialmente vigorosa en Venezuela y esto por un triple motivo: la vecindad de la colonia de Costa Firme, y las posibilidades de enviar expediciones desde las Antillas que permanecían fieles, facilitaba los programas de recuperación; además, la empresa apare-

cía fácil a los ojos del gobierno de la metrópoli, ya que en los años anteriores la empresa republicana había sido comprimida con la dirección de unos pocos realistas que se apoyaban en un grupo considerable de venezolanos; finalmente, Venezuela en poder de España era una base sólida para el dominio de las otras colonias.

Mientras era posible enviar jefes expertos y tropas veteranas, el programa se redujo a auxiliar a los caudillos que se habían levantado contra el ejército patriota, empresa fácil pues los realistas dominaban las grandes vías del Orinoco y del Apure, que cruzaba una comarca que parecía inagotable para el reclutamiento. Las actividades de Boves fueron constantemente estimuladas por el envío de algunos oficiales capaces de dar dirección a sus hordas y por el suministro abundante de pertrechos de guerra. El caudillo, en dos ocasiones, había probado la superioridad de los infantes del Libertador y no deseaba abordarlo nuevamente con sólo las lanzas de sus hombres. Preocupóse de organizar una fuerte división de infantería, para lo cual contó con todo el apoyo del Capitán General español.

Derrotado por Mariño el 31 de Marzo en Boca Chica, antes de dos meses tenía organizada una hueste que algunos hacen subir a 5.000 ginetes y 5.000 infantes, siendo lo más probable que los primeros no excedieran de 4.000 y de 3.000 los segundos; con estos elementos tomó su acostumbrado camino por Calabozo hacia La Victoria y llegó el 14 de Junio, sólo dos semanas después del triunfo del Libertador en Carabobo, a medir sus armas con la pequeña división de Mariño.

A los 2.300 hombres que el Libertador había confiado al general del ejército de Oriente, para que se situara en Villa de Cura a la espera de los movimientos

de Boves, se agregó la división del Coronel Jalón, que operaba sobre el Pao con 1.100 combatientes; el ejército de la patria llegaba así apenas a 3.400 hombres que debían resistir a fuerzas casi tres veces superiores, aleccionadas por las derrotas y mandadas, esta vez, por hombres que tenían experiencia de la guerra.

La prudencia aconsejaba esperar los refuerzos que el Libertador había acumulado en La Cabrera o bien facilitar la concentración, contramarchando a un punto en que se anularan las ventajas de la caballería de Boves. La experiencia indicaba como lo más acertado retroceder desde Villa de Cura hacia San Mateo, para reunirse allí con las tropas de La Cabrera y esperar a Boves en el sitio en que ya había sufrido una derrota. Desgraciadamente, así no sucedería y era el jefe llanero quien iba a escoger el campo de combate.

Mariño procedió en esta ocasión como en Arao, con igual valor, con igual confianza en la fortuna que le coronara de laureles a los 24 años; pero el fracaso no le había aún inspirado ni la reflexión para decidir ni la prudencia para ejecutar; supo el avance de Boves, no conoció ni el número superior de sus fuerzas ni el mejoramiento de sus tropas y, sin embargo, fué a su encuentro, por el camino de los llanos, llegando casi hasta San Juan de los Morros, en busca de una buena posición.

La zona que recorrían en sentido inverso Boves y Mariño está cortada por una erupción basáltica que la divide en pequeñas llanadas, entre las cuales señalaremos el sitio de La Puerta, donde se estrechan las colinas eruptivas y forman una división con la pequeña planicie de San Juan; mas allá de La Puerta, las quebradas se angostan aún y por largo espacio, no ofrecen

campo para maniobras de caballería. El afán de Boves era ir más allá de estos senderos estrechos y llegar a aquellas planicies que le eran favorables.

Bolívar venía de Caracas a dirigir las operaciones del impetuoso jefe oriental y le encontró, desgraciadamente, ya situado en La Puerta y con Boves al frente; el llanero había elegido el sitio del duelo a muerte con Bolívar.

La infantería de Boves estaba desplegada a todo lo ancho del valle y su caballería en las faldas, ocultando su enorme masa en los bosques. Acometieron con ímpetu los 3.000 infantes de Morales y Bolívar ordenó un doble flanqueo, con su caballería, por la izquierda de Boves y el batallón *Aragua* por la derecha. Los ginetes ocultos se derramaron como un torrente sobre los flanqueadores y, en breve tiempo, el ejército venezolano fué destrozado.

Más de 1.000 patriotas entregaron su vida en el campo de batalla o a las lanzas llaneras que los perseguían! Todo se perdía en aquella aciaga jornada del 15 de Junio de 1814!

Boves despachó 1.500 hombres, al mando del capitán Ramón González, hacia Caracas y con el grueso de sus fuerzas siguió a Valencia, destrozó con su avalancha la guarnición de Fernández en La Cabrera, acuchilló a los refugiados allí, se incorporó a los guerrilleros de esas regiones y el 19 de Junio se presentaba a sitiar a Valencia con 6.000 combatientes.

Entre tanto, Mariño volvía al Oriente a despachar con rapidez un pequeño refuerzo, que ya estaba en Pascua, y seguiría a procurar nuevos elementos en Cumaná; Bolívar ordenaba a la guarnición de Puerto Cabello que resistiera; el desgraciado Fernández de La Cabrera, que

no había logrado entrar en el combate por la precipitación con que fué empeñado, recibía iguales instrucciones; Urdaneta debería replegarse a Valencia y Ribas preparar la defensa de Caracas. Todas estas órdenes, cuyo cumplimiento sería imposible, las dictó el Libertador en la propia noche del desastre, cuando llegó a La Victoria con los pocos dispersos que pudo salvar.

El capitán González picaba vivamente la retaguardia de Bolívar y habría llegado casi junto a Caracas si el Libertador, con aquella entereza que demostraba en el peligro, no hubiera despachado inmediatamente a José Félix Ribas que logró detener el avance llanero con una columna de 400 hombres en el lugar llamado de Las Cocuizas. Tan pequeñas fuerzas fueron naturalmente arrolladas; mas los patriotas hicieron un nuevo esfuerzo, deteniendo casi a las puertas de la capital, en Antímano, a las tropas de González.

En auxilio de esta vanguardia de Boves, venían las hordas de Machado que ya estaban en El Valle, a 4 kilómetros de Caracas y no había elementos para contenerlas.

El instante no admitía demora para resolver y en la noche del 6 de Julio se decidió el abandono de la ciudad para intentar reorganizarse en las provincias de Oriente; la defensa de Caracas era imposible: no había hombres, ni pertrechos, ni alimentos; era la agonía con todas las angustias de una muerte cruel a manos de los llaneros; sólo se confiaba en las benevolencias del capitán Ramón González, que era un hombre de buenos antecedentes.

Hé aquí como describe Eduardo Blanco el primer momento de aquella retirada que arrastraba en pos del ejército a casi toda la población: "El ejército evacua en

"silencio la ciudad en medio de la general consterna-"ción que produce su marcha; toma el camino de Bar-"celona por la fragosa vía de la montaña de Capaya, y "20.000 personas de todos los sexos, edades y condicio-"nes, locas y despavoridas de terror, abandonan sus ho-"gares y le siguen las huellas. La sombra de Boves, y "el recuerdo amenazante de todas sus crueldades, se "ciernen sobre aquellos desgraciados que se imaginan "sentir ya en las entrañas las lanzas de las salvajes hor-"das a cuya merced van a encontrarse.

"Emigrar es el anhelo de todas las familias. Empe-"ro, no ha faltado quien achaque a Bolívar tan funesto "consejo, sin que nada lo pruebe. Aquella desatentada "huída, obra fué del espanto que supo infundir Boves "y que plenamente justificaban sus recientes crueldades".

Las consecuencias de esta emigración que seguía el ejército fueron dolorosísimas para Venezuela; gran parte de esas gentes pereció en el camino, muchas pasaron a las islas vecinas y fueron muy pocas las que, andando el tiempo, pudieron regresar a su país para consagrarse a su trabajo y al progreso nacional.

"Imposible es recordar, dicen Baralt y Díaz, sin es-"tremecerse los desastres que experimentó aquella po-"bre gente. El hambre, las enfermedades, los animales "dañinos de los bosques y el hierro del enemigo a por-"fía se cebaron en ella: las familias que llegaron al "Oriente siguieron la suerte de las tropas, y como ellas "perecieron o se desbandaron: en las colonias extranje-"ras viven algunas, antes hacendadas, una vida de ex-"trema pobreza, y cuando más tarde lucieron para Ve-"nezuela días mejores, pocas pudieron celebrar su ven-"tura y tornar a ver el cielo de la patria. Esta impruden-

"te emigración quitó a Caracas más habitantes que el "terremoto de 26 de Marzo de 1812".

Bolívar llevaba 2.000 hombres y llegó con este pobre contingente, perseguido por 8.000 soldados de Morales, a reunirse en la Villa de Aragua con el Coronel Bermúdez que le traía un auxilio de 1.000 combatientes orientales enviados por Mariño.

Venían las bandas llaneras por el camino real hacia el cruce del río que debían atravesar para el ataque del pueblo, situado al Norte de esa corriente y en su margen derecha. El programa republicano no podía ser otro que impedir el paso y así lo decidió Bolívar, tendiendo sus líneas entre la ribera y el pueblo, contra la opinión de Bermúdez, que obraba como segundo jefe, y deseaba atrincherarse en las calles inutilizando la caballería patriota, que era la fuerza en mejores condiciones.

La situación era desesperada no sólo por la superioridad numérica del enemigo, sino también por la preparación de los oficiales que dirigían ahora a las tropas llaneras, especialmente a la infantería, que estaba bien amunicionada.

Morales ordenó conjuntamente el avance de sus infantes y un flanqueo de la caballería por un paso del río, más arriba del pueblo, punto que había desguarnecido Bermúdez. Los republicanos se vieron obligados a parapetarse en las calles, volviendo así al programa de Bermúdez que se agotó en una resistencia tan heroica como inútil.

Bolívar tomó el camino a Cumaná por Barcelona, y Bermúdez se encaminó hacia Maturín, salvando las columnas de caballería de Tadeo Monagas, de Pedro Zaraza y Manuel Cedeño que iban a quedar como los

únicos restos de la segunda república venezolana, como vestales de Marte, manteniendo el fuego de la independencia en los llanos del Orinoco, en espera de la vuelta del Libertador.

Bolívar había experimentado en Aragua los efectos del desastre en la más dolorosa de sus formas: el antagonismo entre Oriente y Occidente renacía, Bermúdez se inclinaba a obrar por su cuenta y no sería fácil reorganizar un ejército para contener a Boves quien, después de haber vencido en Valencia, se alzaba con el cargo de Capitán General y decidía aniquilar el Oriente, marchando con fuerzas muy superiores a las que podían reclutar los republicanos.

Un postrer Consejo solemne celebraron en Cumaná, el 25 de Agosto, Bolívar, Mariño, Piar y Ribas; el acuerdo fué unánime para abandonar a Barcelona; pero los exaltados, que triunfaron, opinaban por llevar la campaña a Maturín, hacia donde huyera Bermúdez; Bolívar y Mariño, con mayor tranquilidad, deseaban replegarse a Güiria, el punto inicial de la campaña de Mariño, desde donde podrían recibir auxilios de la isla inglesa de Trinidad.

Al terminarse este Consejo, Bolívar y Mariño supieron que el jefe de la escuadrilla republicana, Bianchi, se hacía a la vela, llevándose el tesoro cedido por las iglesias de Caracas, el único recurso para reorganizar nuevos ejércitos patriotas. Se embarcaron inmediatamente para la isla de Margarita, negociaron con el aventurero la devolución de los dos tercios de los valores que pretendió apropiarse; volvieron al Continente en dos goletas que les dió Bianchi, *la Arrogante* y *la Culebra;* tomaron tierra en Carúpano para continuar sus esfuerzos dentro del programa aceptado en el Consejo, aunque

no mereciera su aprobación. El Libertador iba a cerrar su campaña con el broche negro de la traición; ya no serían las amarguras de sus discusiones con Castillo en los primeros tiempos de la travesía de los Andes; eran sus parientes, sus amigos, Ribas y Piar quienes le habían destituido del mando en su ausencia y le pedían cuenta del tesoro.

¡Estaba separado del mando por los suyos! No era el caso de Miranda que caía después de una capitulación injustificada a raíz de los triunfos de La Victoria; era el golpe rabioso de la ambición, de la insubordinación, de todas las malas pasiones que Bolívar había doblegado en los hombres que mandaba para ponerlas al servicio de la Patria; nada pudieron contra él en los días de éxito y de poder, entre las victorias de Taguanes y Carabobo, era fuerte, estaba alto y no le alcanzaban; pero ahora, después de La Puerta y de Aragua, vencido, desacreditado por el desastre, le creyeron débil y vengaron el dominio que sobre ellos ejerciera para enderezarlos al bien común.

Siguieron su campaña Ribas y Piar, campaña de desastre cuyo resumen y consecuencia están claramente expresados en las breves líneas de una presentación al rey hecha por Llamosas, capellán de los ejércitos de Boves. Entresacamos las frases que copiamos en seguida de un documento inédito que ha tenido la bondad de procurarnos el Dr. don Vicente Lecuna.

"Boves, dejando sujeta a V. M. la provincia de Ca-"racas con jefes provisionales decididamente adictos a "V. M., siguió a Bolívar y le derrotó en las inmediacio-"nes de Barcelona y continuó haciendo lo mismo con to-"das las tropas y sus gentes hasta Maturín en que se "habían hecho fuertes; dieron los enemigos una terri-

"ble batalla, con fuerza muy superior a Boves que, des-"pués de una valerosa resistencia, se retiró y, reunien-"do sus tropas, acometió de nuevo al enemigo que fué "derrotado, mas con la desgracia de morir Boves en la "acción. Sucedió en el mando don Francisco Tomás "Morales, quien en diversos ataques logró tomar a Ma-"turín y Güiria, únicos puntos que ocupaba el ejército y "sus gentes. En este estado, disponía Morales una ex-"pedición para invadir la isla de Margarita, último asilo "de los sediciosos, a cuyo tiempo llegó la escuadra de "V. M., al mando del general Enrilo, con las tropas que "comandaba el general Morillo, a cuyas fuerzas se en-"tregó a discreción dicha isla el 10 de Abril de este año "(1815) con lo cual queda pacificado todo el territorio "que comprende la Capitanía General de Caracas".

¡La causa de la libertad estaba perdida por el momento en Venezuela! El Libertador, a quien Bianchi había salvado de ser reducido a prisión, se embarcaba el 8 de Setiembre, en compañía de Mariño, con rumbo a Cartagena. Iba en la goleta *Arrogante,* confiado a la dirección del capitán Felipe Santiago Esteves. El nombre de aquella goleta era como un presagio de las nuevas energías con que Bolívar habría de volver a combatir por la causa de la Independencia Venezolana.

III

El Libertador había tocado la más inmunda de las llagas del hombre: la *codicia.* Por ella se alzaban contra él los que fueron compañeros de sus triunfos, por creer-

le capaz de apropiarse el tesoro sagrado de la Patria a la cual había ofrecido su fortuna y su vida.

Con desdén por los hombres y puesto su consuelo en su causa, que estaba resuelto a no abandonar, dictó en Carúpano una proclama de adiós que encierra los rasgos característicos de la campaña que emprendieron con fe en los suyos y que terminaba en nuevas decepciones que iba a vencer su inquebrantable voluntad.

Con valentía retraza las líneas de su programa y las causas del fracaso. "La destrucción, dice, de un Gobier-"no cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiem-"pos: la subversión de principios establecidos: la muta-"ción de costumbres: el trastorno de la opinión, y el es-"tablecimiento, en fin, de la libertad en un país de es-"clavos, es una obra tan imposible de ejecutar súbita-"mente, que está fuera del alcance de todo poder huma-"no, por manera que nuestra excusa de no haber obteni-"do lo que hemos deseado, es inherente a la causa que "seguimos, porque así como la justicia justifica la auda-"cia de haberla emprendido, la insuficiencia de sus me-"dios califica la imposibildad de su adquisición". (2)

La causa de la libertad era un ideal doctrinario que aún no había penetrado en su pueblo a causa de las energías preexistentes de la reacción, tanto más vigorosa cuanto más ignorante era el medio. "¿Cómo, agrega en "su proclama, podría preponderar la simple teoría de la "filosofía política, sin otros apoyos que la verdad y la "naturaleza, contra el vicio armado con el desenfreno de "la licencia, sin más límites que su alcance, y convertido "de repente por un prestigio religioso en virtud política "y en caridad cristiana?".

---

(2) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 236. Pág. 468.

Si la fuerza del ideal no levantó los espíritus oprimidos con el peso de añejas doctrinas las victorias mismas no serían capaces de conmover los corazones para mantenerlos unidos en el servicio de una causa de redención. Así expresa la proclama de Bolívar esta decepción: "En vano, esfuerzos inauditos han logrado innumerables "victorias, compradas al caro precio de la sangre de nues- "tros heroicos soldados. Un corto número de sucesos "por parte de nuestros contrarios ha desplomado el edi- "ficio de nuestra gloria, estando la masa de los pueblos "descarriada por el fanatismo religioso y seducida por "el incentivo de la anarquía devoradora".

La causa incomprendida y los sacrificios exigidos volvieron al pueblo contra sus libertadores; seducidos en su ignorancia y extraviados en las sombras de su miseria, fueron los venezolanos mismos los autores de la derrota; el ejército de Bolívar venció siempre a los españoles, pero nada pudo contra sus hermanos. "Los gue- "rreros granadinos, dice, no marchitaron jamás sus lau- "reles mientras combatieron contra los dominadores de "Venezuela, y los soldados caraqueños fueron coronados "con igual fortuna contra los fieros españoles que inten- "taron de nuevo subyugarnos. Si el destino inconstante "hizo alternar la victoria entre los enemigos y nosotros, "fué sólo en favor de pueblos americanos que una in- "concebible demencia hizo tomar las armas para destruir "a sus libertadores y restituir el cetro a sus tiranos. Así "parece que el cielo, para nuestra humillación y nuestra "gloria, ha permitido que nuestros vencedores sean nues- "tros hermanos y que nuestros hermanos únicamente "triunfen de nosotros".

Y luégo, como un estigma para los reaccionarios culpables del fracaso de la república, dice en su adiós:

"El Ejército Libertdor exterminó las bandas enemigas, "pero no ha podido, ni debido exterminar unos pueblos "por cuya dicha ha lidiado en centenares de combates. "No es justo destruir los hombres que no quieren ser "libres, ni es libertad la que se goza bajo el imperio de "las armas contra la opinión de seres fanáticos, cuya "depravación de espíritu les hace amar las cadenas co- "mo los vínculos sociables".

Mas, la potencia de su convencimiento, la fe del cruzado, provocan una reacción inmediata; no es posible abandonar la doctrina de la verdad y dice a sus compatriotas: "vuestras virtudes solas son capaces de com- "batir con suceso contra esa multitud de frenéticos, que "desconocen su propio interés y honor, pues jamás la li- "bertad ha sido subyugada por la tiranía. No comparéis "vuestras fuerzas físicas con las enemigas, porque no es "comparable el espíritu con la materia".

El mismo no se negará a nuevos scarificios; explicadas las causas del fracaso, invitados sus compatriotas a mantener vivo el fuego del ideal y a prepararse para nuevas luchas, anuncia su decisión de volver al combate: "Yo juro, que *Libertador o muerto,* mereceré siem- "pre el honor que me habéis hecho; sin que haya potes- "tad sobre la tierra, que detenga el curso que me he pro- "puesto seguir hasta volver segundamente a libertaros "por la senda del Occidente, regada con tanta sangre y "adornada con tantos laureles".

Es de nuevo el sentimiento de la responsabilidad el que le anima, el mismo que le moviera como diplomático en Europa, como Jefe de plaza en Puerto Cabello y como simple patriota en la prisión de Miranda. "Yo, di- "ce, muy distante de tener la loca presunción de con- "ceptuarme inculpable de la catástrofe de mi patria, su-

"fro al contrario el profundo pesar de creerme el ins-
"trumento infausto de sus espantosas miserias; pero
"soy inocente, porque mi conciencia no ha participado
"nunca del error voluntario o de la malicia, aunque por
"otra parte haya obrado mal y sin acierto. Es justo y
"necesario que mi vida pública se examine con esmero,
"y se juzgue con imparcialidad. Este gran juicio debe
"ser pronunciado por el soberano a quien he servido; yo
"os aseguro que será tan solemne cuánto sea posible, y
"que mis hechos serán comprobados por documentos
"irrefragables. Entonces sabréis si he sido indigno de
"vuestra confianza, o si merezco el nombre de Liberta-
"dor".

Responsable del pasado, buscará la aprobación de su conducta; responsable para con su conciencia por el triunfo de un programa de justicia, volverá a combatir por él.

IV

El 20 de Setiembre de 1814, Bolívar llegaba a Cartagena. Ya no era el humilde Coronel que pedía servicio en un fortín; era el Libertador que había conducido una columna de valientes a la victoria contra 6.000 realistas; era el diplomático que supo negociar un arreglo con todos los gobiernos de Nueva Granada divididos y anarquizados; era el internacionalista que preparaba un programa de agrupamiento de Repúblicas para incrementar sus respetabilidades, y por ende, sus bases de progreso; era el político sereno que evitó un conflicto interno, tratando a su rival Mariño con todas las contemplaciones impuestas por su deber de no abrir nuevas heridas en el

corazón de la patria; era, por fin, como él lo decía: *elegido por la suerte de las armas para quebrantar vuestras cadenas, como también he sido el instrumento de la Providencia para colmar la medida de vuestras aflicciones*".

La concepción de sus deberes era más alta hoy, Libertador, que ayer, simple Coronel, y se apresuraba a dar cuenta a su mandante, el Congreso de Nueva Granada, y a continuar en el servicio de su causa.

En su memorial al Presidente de la Unión dícele: "La sublevación general de todo el interior de Caracas "daba al enemigo un número de tropas incomparable con "las pocas que la capital y los pueblos vecinos podían "contribuirme para oponerle: la desvastación absoluta y "espantosa de todo el territorio, me priva hasta de los "víveres necesarios para la mantención del ejército, que, "obrando en orden y haciendo una guerra de nación, no "podía subsistir mucho tiempo sin los auxilios que le fal- "taban, mientras el enemigo, pillando, destruyendo y "usando de una desenfrenada licencia de nada necesita- "ba. Así los pocos pueblos que combatían conmigo por la "libertad desmayaron, cuando el enemigo se aumentaba "prodigiosamente y se conciliaba el afecto de sus tropas. "Tales fueron las causas radicales que han conducido la "República de Venezuela al sepulcro.

"Destruido el ejército, consumidas las municiones, "perdidas las armas, y reducido solamente a la costa de "Cumaná, tomé el partido de venir a la Nueva Granada, "a exponer a V. E. la relación de las desgracias que con- "sumen de nuevo a mi Patria, a impetrar de V. E. auxi- "lios, y a rendir cuenta de mi conducta, para que se me "juzgue". (3)

---

(3) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 237. Pág. 471.

La acusación contra Bolívar iba a ser terrible y la tomaba a su cargo el Brigadier Joaquín Ricaurte, que debió desempeñar el cargo de representante de Nueva Granada en el ejército Libertador y que llegó tarde, no pasando de Valencia. En su escrito, expresa que es su deber participar, aunque le llenen de amarguras, los recuerdos de la pérdida del ejército granadino debida a la mala dirección del General Bolívar.

Párrafo importantísimo de esta acusación es el siguiente: "el bárbaro e impolítico proyecto de la *guerra "a muerte,* que nos iba convirtiendo los pueblos y las ""provincias enteras en enemigos, no sólo hacía odioso "el ejército, sino el sistema que éste sostenía, y así es "que los mismos pueblos que por su opinión nos reci- "bían con la oliva en la mano, y que unían sus esfuerzos "a los nuestros para lanzar los españoles de su terri- "torio, luégo que observaban nuestra conducta sanguina- "ria, se convertían en enemigos nuestros, mucho ma- "yores que antes lo habían sido de los otros".

Al anotar esta acusación hecha al Libertador, bastaría referirnos a nuestras apreciaciones sobre el decreto de Trujillo que hicimos en capítulos anteriores; pero hemos tenido la suerte de examinar un documento inédito que da la palabra definitiva sobre esta materia.

El Dr. Don Vicente Lecuna nos ha proporcionado el memorial que presentó al rey Don Fernando VII el Dr. José Ambrosio Llamosas, Capellán del ejército de Boves; la narración de este sacerodte realista y que se demuestra político juicioso en su presentación al rey que le honró con grandes distinciones, es un testimonio de una absoluta imparcialidad y que arroja plena luz sobre las responsabilidades de la guerra a muerte.

"El comandante General Boves, dice Llamosas, des- "de el principio de la campaña manifestó el sistema que "se había propuesto y del cual jamás se separó: *fundá- "base en la destrucción de todos los blancos, conser- "vandô, contemplando y halagando a las demás castas, "como resulta de los hechos siguientes.* En el Guayabal, "poco después de la batalla de Mosquiteros, *declaró la "muerte a todos los blancos* y lo ejerció constantemente "hasta el pueblo de San Mateo. Por consecuencia de es- "ta resolución hizo asesinar en Calabozo 87 blancos que "pudo aprender y dejó lista de otros 32; para el mismo "efecto dió orden a su comandante militar para que "hiciese matar a todo blanco que allí llegase, que las mu- "jeres blancas de Calabozo y pueblos inmediatos fuesen "remitidas a la Isla de Arichuna, como se ejecutó, repar- "tiendo las casas y bienes de los muertos y de las deste- "rradas entre los pardos y dándoles papeletas de propie- "dad. En el pueblo de Santa Rosa, se mataron todos los "blancos que iban entre las compañías de los que se re- "cogieron en aquellos pueblos, sacándolos de noche al "campo y matándolos clandestinamente sin confesión, "cuya misma suerte tuvieron en San Mateo los que fue- "ron a vender víveres al ejército. Luégo que Bolívar sa- "lió de Cumaná para Urica, encontró varios blancos en "las compañías que se habían formado por su orden y "los hizo morir a todos en el campo por la noche. Esta "misma conducta observó el comandante militar de Cu- "maná, que hizo perecer de noche más de 200 personas "blancas ocultamente y sin confesión. La insaciable sed "de sangre de Boves no estaba sólo contraída a la de los "blancos, aunque contra éstos era más ardiente. En los "campos de batalla y en los pueblos pacíficos, se come- "tieron por su orden horrores de que hay pocos ejem-

"plares. A consecuencia de haber sitiado a Valencia, ca-
"pituló solemnemente con Boves quien, a nombre de
"V. M., perdonó vidas y ofreció respetar las propieda-
"des, en cuya virtud se entregaron sus habitantes; pero
"inmediatamente que entró Boves en la ciudad hizo de-
"gollar por la noche y sin confesión entre 800 a 1.000
"hombres en el cerro del Pato, saqueándola después.
"Igual suerte tuvo la ciudad de Caracas que se entregó
"sin hacer resistencia y, en las noches que permaneció
"allí Boves y después por su orden, se sacaban porción
"de hombres a degollar. Luégo que el 18 de Agosto de
"1814 se venció a la villa de Aragua, después de estar
"reducida a V. M., entraron las tropas de Boves con
"sable en la mano, y algunos a caballo, y dentro de la
"iglesia degollaron de 400 a 500 hombres con desacato
"de la majestad sacramentada que estaba patente. Des-
"pués del 16 de Octubre del mismo año fué batido en
"las inmediaciones de Cumaná el cuerpo de Piar que la
"había ocupado; dió Boves orden a la tropa para que
"entrara en la ciudad y matase cuantos hombres se en-
"contraran, como así lo ejecutó; después de estar aque-
"lla reducida, entrando varios a caballo dentro de la
"iglesia parroquial, buscando a los que a ella se habían
"refugiado para matarlos, como lo realizaron con más
"de 500 en cuya operación fueron privilegiados los par-
"dos. Todos los hombres, mujeres y niños de San Joa-
"quín y Santa Ana fueron degollados en número de más
"de 1.000 por el teniente Molinet, francés, en virtud de
"orden de Boves, y con otra por separado de éste al sar-
"gento Camero, para que si Molinet no cumplía su or-
"den le matase Camero. Estos dos individuos tenían las
"órdenes originales que leí y habiéndoles suplicado que
"no la ejecutasen, al menos con las mujeres y niños, me

"contestaron que no podían, porque peligraban sus vi-"das, por cuya conservación cumplieron exactamente las "órdenes de Boves y fueron incendiados los pueblos con "sus iglesias. Después que vencimos en la acción de Uri-"ca" se presentaron voluntariamente 500 hombres en-"tregando sus armas y, sin permitirme confesarlos, los "degollaron a todos aquella misma noche. Luégo que se "redujeron y tomaron por la fuerza los pueblos de Ira-"pa, Soro, Punta de Piedra y Güiria, se publicó indulto "a nombre de V. M. para que los refugiados en los mon-"tes se presentasen, los que haciéndolo en su virtud, in-"mediatamente que lo ejecutaban, fueron degollados en "las playas de Carúpano.

"La conducta observada por Boves fué consiguien-"te a sus palabras: *continuamente recordaba a sus tro-"pas su declaración de guerra a muerte a los blancos he-"cha en Guayabal: siempre les repetía que los bienes de "estos eran de los pardos. En sus cálculos militares y en "su clase de Gobierno este sistema formaba una parte "muy principal"*.

Este documento del Capellán Llamosas, que hace la impresión de un diluvio de sangre, no necesita comentario alguno; la situación que revela debió ser conocida por el Congreso de Nueva Granada al juzgar y al absolver a Bolívar y, hoy que estos datos son conocidos del público, no dudamos que merecerá el Libertador la absolución que le acordaron sus mandantes granadinos.

Para Ricaurte, era Bolívar, y no las circunstancias independientes de él, la causa única del desastre: "la "necesaria consecuencia de los errores militares que fue-"ron tantos cuantos pasos se dieron, la opresión de los "pueblos, la ferocidad que se les enseñó, su ruina consi-"guiente a los robos, la falta de un gobierno, y el espan-

"toso despotismo y disolución de los jefes, fué la pérdi-
"da del país; pero una pérdida tal que jamás podrá re-
"pararse, mientras no se haga la guerra en regla, por
"quien sepa hacerla; mientras la política no borre las
"profundas impresiones que la impolítica ha hecho en
"aquellos pueblos, dispuestos antes a entregarse a los
"otomanos que a sus paisanos, y *mientras que al frente
"del ejército que emprende nuevamente la reconquista,
"no se ponga un jefe que no sea de los que han mandado
"en la anterior desgraciada campaña*". (4)

¿Qué móvil tenía esta acusación tan poco fundada en los hechos? Tal vez fué la obra de la política que estaba ligando a ambos países; tal vez el deseo de aniquilar una figura que se anunciaba enérgica, inquebrantable, dominadora; posiblemente ambas cosas al mismo tiempo. Era necesario eliminar a Bolívar y Ricaurte terminaba su requisitoria del 9 de Octubre diciendo: "he creí-
"do de mi deber hacer estas indicaciones, *para que V. E.
"no vuelva a dejarse sorprender por intrigantes, que
"mudando más formas que Proteo saben humillarse pa-
"ra arrancar auxilios del cuerpo mismo a quien luego
"deprimen y burlan*".

El Congreso absolvió al Libertador y le tomó a su servicio. Realizó Bolívar la tarea que se le encomendara y el Gobierno de la Unión creó para él el cargo de Capitán General de sus Ejércitos que agradeció con las razones que pueden justificar tanto honor y con otras en que, si bien acentúa su propia personalidad, invita a todos a figurar en la propia fila de honra, en virtud del mismo esfuerzo.

---

(4) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 238. Pág. 473.

"El Gobierno General, dice Bolívar, premia en mí "el valor de mis tropas y por provincia que ellas han "añadido a la Unión, S. E. se ha servido distinguirme "con el título de Capitán General de sus ejércitos.

"Consagrada enteramente mi existencia a la des-"trucción de los tiranos, acepto aquel título, sólo por te-"ner un nuevo motivo de combatirlos. Los soldados que "han militado bajo mis órdenes, están animados de mis "mismos deseos; *y el registro a que mi nombre ha dado "principio, continuará con nombres igualmente ilustres, "igualmente devotos de la causa de la América"*. (5)

El Libertador recibía una satisfacción personal y, en aquella hora del éxito que añadía la sanción pública a las aprobaciones de su conciencia, ha debido presentarse a su espíritu el cuadro pavoroso del término de su campaña en un medio que le desconoció.

Ha debido ver los grupos desalentados, famélicos, viajando de noche por los caminos de Occidente, en busca de las tropas de Urdaneta para abrigarse en sus campamentos y trepar desde los calores de los llanos hasta los páramos andinos, en busca de un pedazo de suelo extranjero al cual pedirle el sustento.

Recordó, sin duda, aquella otra emigración que él conducía hacia el Oriente; casi toda la población de su capital le seguía en la más completa confusión de clases sociales, temblando ante la amenaza de la inexorable cuchilla de Boves; iban allí las damas castísimas en cuyas frentes fueran manchas los besos de los ángeles, compartiendo un mendrugo con las hijas del placer, medrosas aquéllas que nunca conocieron el peligro, indiferentes éstas que vivieron siempre en la tormenta; con

(5) O'Leary.—Tomo XIII. Doc. 84. Pág. 592.

él caminaban las madres que sólo tenían lágrimas para alimentar a sus hijos, los padres que cargaban en sus espaldas a los más pequeñuelos; y con éstos, que eran el dolor de su alma, marchaban los otros, que eran la preocupación de sus deberes, los que había que reprimir para mantener el orden y la disciplina.

Es la hora de su éxito en Bogotá, han debido presentarse a su memoria aquellas madrugadas en los campamentos de las playas estrechas, esas horas en que ya no es la tristeza de la noche ni la promesa de alegría del amanecer, ese momento de luz incierta que evoca todas las inquietudes del porvenir; el mar alumbrado en la lejanía del Oriente y la tierra llena de sangre, aún sombría; y, en esos momentos, era preciso despertar aquella colonia de miserias, olvidar todo sentimiento de piedad y organizarla para marchar de prisa. ¡ Cuánta maldición no escuchó entonces ! ¡ Cuánta amenaza de muerte !

Todo ese pueblo se unía por primera vez en el dolor; el éxodo de angustia formaba una democracia que no pudo realizarse con las enseñanzas de una doctrina, ni fundirse en el crisol de las batallas. (6)

Lo que él deseó, lo que deseaba aún, era unir a ese pueblo para la felicidad, para el trabajo, para el progreso común, agrupándolo en torno de la idea nacional. Su intento fué vano, sus compatriotas estaban divididos, no sólo por razas y clases sociales sino por antagonismo regional: uno era el oriental, otro el andino y distintos los caraqueños de los llaneros; la conciencia nacional no

---

(6) El talentoso pintor venezolano, Don Tito Salas, ha decorado la restaurada casa de Bolívar con un cuadro, entre otros, que evoca la figura del Libertador, amparando esta emigración y cuidando el tesoro de la patria.

existía y la guerra era únicamente el primer episodio de la formación del alma venezolana.

Antes de las iniciativas del Libertador, no había centro de atracción alguno, núcleo que fuera agrupando las masas; él encendió el brasero de la libertad y a su lado se agruparon los convencidos como Alamo, Mendoza, Peñalver y otros; los entusiastas como Ribas, los Montillas, Soublette, Diego y Andrés Ybarra, cien más y luégo, a los hombres, se unieron esos factores que son como una bendición para toda causa, los elementos sin los cuales no se triunfa: la juventud y la mujer.

El mozo elegante de elevada alcurnia, el estudiante que se labra un porvenir con su ciencia y el hijo del obrero, cada cual iba a dejar el salón, el aula o el taller para correr en defensa de la patria, convencidos los unos, entusiastas los otros; pero, en todo caso, adheridos al ideal por la mente o por el afecto, que engendran sentimientos duraderos, y no por el interés, que sólo produce simpatías transitorias.

Y como los jóvenes marchaban a la guerra, irían las mujeres a cuidar los heridos que llenaban los hospitales de Caracas y de Valencia; otras llevarían agua para enfriar los cañones que no debían cesar en sus disparos de metralla; no faltarían algunas que pidieran armas y no serían pocas las que, al recibir el cadáver del hijo muerto en el combate, dirían: *¡llevad a este otro si hace falta para la patria!*

Bolívar había perdido la guerra; pero la nación venezolana se estaba formando por las influencias de esa misma guerra que, persiguiendo un ideal que era superior a todas las facciones, tendría que unir, tarde o temprano, a los elementos tan diferenciados que poblaban el territorio. Desde las alturas en que moran los

hombres que piensan y dirigen, hasta los llanos en que viven las multitudes que sienten y obedecen, la idea de libertad e independencia iba a modificarse sensiblemente: sería la del valor y de la gloria y el alma venezolana, en su nacimiento, tomaba el sello de lo heroico y sobre ella iban a reflejarse las cualidades propias del fundador de la nación.

Como Clodoveo y como Guillermo de Normandía, el Libertador formó un pueblo guerrero; como en las Galias lucharon francos y borgoñones y en Inglaterra normandos y sajones, en Venezuela habían de luchar los diversos elementos hasta formar, con el tiempo, la unidad de conciencia nacional que a los sucesores de Bolívar ha correspondido llevar por las vías de un mayor desarrollo. Una diferencia hay entre Clodoveo y el normando, por una parte, y Bolívar, por la otra, como conductores de pueblos: en aquéllos, la conquista era la bandera y en éste la libertad era su pendón. Los primeros iban a hacer triunfar un interés material y el último una doctrina de ideales, cuya semilla dejaba arrojada en la tierra abierta por la metralla y regada por la sangre de los patriotas.

El resultado obtenido por el Libertador, en esta primera etapa, es superior a los medios de que dispuso y caracteriza su valor individual. Como guerrero, fué brillante, organizador y de un claro juicio estratégico; como diplomático, mostró un tacto especialísimo y reveló grandes concepciones que desarrollaría más tarde; como político, mostróse conocedor de los hombres y prudente para evitar las discordias; como servidor de ideales, él mismo se ha retratado: *Libertador o muerto.*

En pleno vigor de la vida, a los 30 años, con perfecto equilibrio entre el cerebro que ordena y la materia

que obedece, Bolívar es en esta época esencialmente el hombre que vive para una causa y que la sirve bien, el que caracterizó su prima Fanny, aquella su segunda Teresa que le escribía desde París:

"El amor de la gloria se había apoderado de todo "su sér y sólo pertenecía Ud. a sus semejantes".

Hemos de seguirle en sus próximas campañas en que irá completando la unión de su pueblo, atrayendo a los elementos que andaban descarriados por falta de un guía, hasta constituir sobre la base del esfuerzo de un alma heroica una gran unión de pueblos y, luégo, una agrupación de naciones que, si no perduró porque se extinguiera el soplo que le dió vida, permanece como una enseñanza y como un índice de posibilidades futuras en el terreno propio de las actividades modernas.

FIN

COLECCION "PATRIA"

EDITORIAL



"VICTORIA"

Bs. 6,50.